



BAD *Romance*

ALISSA BRONTË

A young man with dark hair and blue eyes is wearing a black leather motorcycle jacket over a teal-colored t-shirt. He is posing with his right hand on his head, looking directly at the camera. The background is a vibrant red with a cracked, shattered glass texture. The title 'BAD Romance' is written in white, with 'BAD' in a bold sans-serif font and 'Romance' in a script font, crossed out by a red brushstroke. The author's name 'ALISSA BRONTË' is at the bottom in a bold sans-serif font. The publisher's logo 'NEWADULT' is in the top right corner.

NEWADULT

BAD ~~Romance~~

ALISSA BRONTË

Copyright EDICIONES KIWI, 2021

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, mayo 2021

© 2021 Alissa Brontë

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Paola C. Álvarez Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 Rock Hill](#)

[Capítulo 2 ¿Peleas ilegales?](#)

[Capítulo 3 Preocupada por él](#)

[Capítulo 4 Sin aire](#)

[Capítulo 5 Anarchy](#)

[Capítulo 6 ¿Quién es el afortunado?](#)

[Capítulo 7 Un par de días](#)

[Capítulo 8 A punto de estallar](#)

[Capítulo 9 Glencairn Gardens](#)

[Capítulo 10 Rescatando damiselas](#)

[Capítulo 11 Todo menos el beso](#)

[Capítulo 12 Como si no corriera peligro](#)

[Capítulo 13 Mal humor](#)

[Capítulo 14 Su calor, sus palabras](#)

[Capítulo 15 Ganas insatisfechas](#)

[Capítulo 16 Un poco más en casa](#)

[Capítulo 17 Combustión espontánea](#)

[Capítulo 18 En llamas](#)

[Capítulo 19 Con más fuerza](#)

[Capítulo 20 Rojo intenso](#)

[Capítulo 21 A su antojo](#)

[Capítulo 22 Un fiel reflejo](#)

[Capítulo 23 En una encrucijada](#)

[Capítulo 24 Hecha de hierro](#)

[Capítulo 25 Para su sorpresa](#)

[Capítulo 26 Miles de veces](#)

[Capítulo 27 Jamás](#)

[Capítulo 28 Esa nueva aventura](#)

[Capítulo 29 Primera semana superada](#)

[Capítulo 30 De una forma especial](#)

[Capítulo 31 En la intimidad de su refugio](#)

[Capítulo 32 Sobre ruedas](#)

[Capítulo 33 Un demonio](#)

[Capítulo 34 Silencio, tan solo eso](#)

[Capítulo 35 Bajo arresto](#)

[Capítulo 36 Como un buitre](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Dedicado a todos aquellos que creen en las historias de amor,
aunque no todas tengan un final feliz.

A Shakespeare, por hacerme soñar tantas noches con sus obras.

Prólogo

Observaba todo a su alrededor, aturdida. Se encontraba en la comisaría de policía; era lo único que tenía claro. Miraba sus manos, una y otra vez, como si no creyese lo que había en ellas. Pero ahí estaba de nuevo, esa imagen que la arrastraba a un bucle que la retenía, que la mareaba sin compasión, dejándole claro que no había salida.

—Vamos, Mackenzie, cuéntame qué ha pasado. Tienes que centrarte y decirme de quién es la sangre.

Silencio. Tan solo eso. No era capaz de decir nada, aunque su mente no dejaba de rememorar lo sucedido a una velocidad apabullante, tanto que no le permitía ordenar los pensamientos que se mezclaban con los sentimientos dispares que la llenaban, que formaban una gran madeja enredada de la que no encontraba la punta de la hebra para tirar y deshacerla.

—Vamos, dime, ¿qué ha pasado? Sé que es una situación difícil, pero necesito que me digas algo, vamos, niña... —insistía el agente de policía.

Volvió a mirarlo, quería..., no, necesitaba enfocarse en su mirada, tratar de detener la rapidez a la que todo pasaba frente a sus ojos y que la mareaba. No lo conseguía. La turbación se acentuó hasta que una arcada la sacudió. Tal vez su cuerpo trataba de echar fuera el miedo que la invadía.

—Maldita sea, niña, reacciona, ¡joder!

Escuchaba lo que decían, los murmullos de las personas que en ese momento había en la misma sala que ella, el golpeteo insistente de un bolígrafo sobre la superficie fría de una mesa, las sillas chirriar al cambiar de posición sus ocupantes, su propia respiración agitada... Aun así, no era capaz de comprenderlos. Nada tenía sentido, lo único que podía ver con claridad era la sangre de sus manos.

—Déjala, viene en camino. No le va a gustar si te encuentra presionándola, está en *shock*, ¿no te das cuenta?

Una nueva voz se había unido a la del hombre que le preguntaba sin descanso qué había ocurrido. Alzó la mirada, aunque no sirvió para nada. Seguía enredada en la maraña de recuerdos que deseaba olvidar... no, que hubiese preferido no presenciar.

—¿Es el chico que estaba con ella? —preguntó el policía cambiando el foco de atención al joven que entraba esposado por la puerta en ese momento.

Al verlo, se llevó una mano temblorosa a la boca. Un llanto descontrolado la sacudió y pudo escuchar cómo gritaba, aunque no fue capaz de reconocer ese llanto como suyo: parecía el de una persona con alguna enfermedad mental.

Eso debía de ser lo que sucedía; había perdido la razón.

Sus ojos se encontraron con los de Jakob, que no parecía afectado. Llevaba las manos esposadas y cubiertas de sangre. Su camiseta blanca ya no lucía inmaculada, ahora mostraba las marcas del pecado que había cometido. Quiso levantarse, pero sus piernas fallaron y volvió a caer sobre la silla, como un peso muerto.

Él se detuvo e hizo un brusco movimiento que logró liberarlo de las manos del agente de policía que lo empujaba de malas formas.

—No te pases, cerbero... —gruñó el policía, sacudiéndolo por la camiseta.

Él giró la cabeza y encaró al joven agente, después regresó la mirada hacia ella y su boca se torció en una mueca que simulaba una sonrisa.

Lo último que vio era cómo tiraban de él hacia dentro por un pasillo. Quería enfocar, levantarse, salir de allí, huir..., pero nada de eso ocurrió porque la voz penetrante de su madre la detuvo.

Al buscarla con la mirada la vio, parecía satisfecha observando cómo se lo llevaban preso. Ella no. Sentía cómo la boca del estómago le ardía, cómo ese calor ácido subía hasta su garganta, y contuvo una nueva sacudida. Nunca debió entrar en ese juego. Nunca debió obedecer a su madre. Nunca debió permitir que la arrastrara a su juego de adultos.

Pero, sobre todo, nunca, jamás, debió enamorarse de él.

Capítulo 1

Rock Hill

Cuatro meses atrás.

Jakob miró, una vez más, su nueva habitación; se encontraba como un pez fuera del agua, rodeado de desconocidos, en un país extraño, en una casa más ajena aún. Se acercó a la ventana y observó lo que alcanzaba la vista.

Habían previsto que llegara justo para el comienzo de las clases, pero después, de manera inesperada, todo se había acelerado y los papeles para poder viajar habían estado listos antes de tiempo, así que había llegado con semanas de antelación a ese pequeño pueblo tan diferente del lugar en el que había crecido en Alemania.

Se miró las manos, todavía las tenía doloridas y las heridas no habían cicatrizado del todo, golpeó con fuerza la pared junto a la ventana y apoyó la frente sobre el vidrio sin dejar de preguntarse cómo habrían sido sus vidas de haberlas vivido en ese pequeño pueblo.

Al menos el idioma no sería una barrera. Lo hablaba y comprendía a la perfección, su madre se había preocupado de ello, aunque siempre pensó que era por su futuro laboral, no porque se iba a llevar la sorpresa de que su padre estaba vivo, que había abandonado a su madre sin saber que estaba embarazada y que ella nunca se lo había dicho. Todo eso justo en su lecho de muerte...

Así que cuando lo contactaron para comunicárselo se llevó la misma sorpresa que él. Y ahí estaba, en un pueblo de costumbres tan diferentes que en realidad no estaba seguro de poder adaptarse. Esperaba que todo mejorara cuando comenzaran las clases dentro de unas semanas.

Estaba aburrido como una ostra, ya había terminado su carrera matinal y había hecho sus ejercicios de entrenamiento. Miró hacia la casa de al lado y suspiró. Su padre le había pedido que le echara una mano al señor Thomson con su jardín y no le había agradado la idea para nada. Por otro lado, no conocía a nadie ni tenía la intención de trabar amistad con ninguno de los chicos de allí, tampoco le apetecía salir y conocer la ciudad y, además,

necesitaba justificar de alguna manera el hecho de tener dinero.

Bajó la escalera que separaba la planta superior de la inferior. No era una mansión, pero su progenitor vivía bien. La casa era amplia, tenía tres dormitorios, aunque uno lo usaba como despacho y biblioteca.

Lo primero que le dijo al llegar fue que tenía prohibida la entrada en esa estancia, el dormitorio libre era para él. No tenía claro por qué esa prohibición lo hizo enfadar y esa misma noche se largó en busca de un lugar en el que poder ser él mismo, un lugar en el que lo dejaran en paz. Tampoco salió como esperaba y antes de darse cuenta se había metido en una pelea.

Miró sus manos de nuevo, todavía estaban frescas las heridas, pero le había servido para que un chico se acercara a él y le propusiera pelear. Su primera pelea en ese país. Y estaba expectante. Lo necesitaba. Tenía que sacar la adrenalina que se acumulaba en sus venas y que amenazaba con explotar.

Salió al exterior y se dirigió a la casa de su vecino, un hombre mayor que, al parecer, no tenía a nadie que le echara una mano. Su padre le había advertido que era un hombre hosco y que pasaba mucho tiempo fuera, pescando. Así que tenía permiso para entrar y la llave para abrir la caseta de las herramientas.

Al llegar al jardín, se dirigió al pequeño cobertizo de madera y abrió la pesada puerta, que se quejó con un chirrido estridente. ¿Cuánto tiempo llevaba sin ser abierta? Por el sonido que había proferido... mucho.

La luz entró por la puerta y buscó algo para cortar la hierba hasta que vio el aparato adecuado. ¡Bien! Parecía que no iba a ser complicado, solo tendría que ponerlo en marcha y todo iría... sobre ruedas. Sonrió. Había estado divertido.

Sacó el cortacésped y tiró de una cuerda que, supuso, pondría en marcha el motor, pero no sucedió nada. Ni un ruidito agónico. Nada de nada. Dejó escapar el aire y volvió a intentarlo con más brío. Tampoco dio resultado. Nada. Tras tres intentos, perdió la poca paciencia de la que siempre hacía gala y empezó a tirar sin piedad de la cuerda.

El resultado fue el mismo. El dichoso aparato no estaba dispuesto a colaborar.

—¡Joder! —exclamó furioso a la vez que pateaba con fuerza el aparato. El dolor fue penetrante y pensó que se había roto uno de los dedos del pie —. ¡Joder! ¡Joder! —continuó gritando mientras cojeaba con los ojos cerrados, como si así fuese a desaparecer el sufrimiento.

—Parece que necesitas ayuda. ¿Se te resiste el césped? —lo interrumpieron de pronto.

La voz era suave, cálida, y le recordó, sin saber por qué, al tintineo de pequeñas campanas mecidas por el viento. Buscó la fuente de la que procedía y se encontró con una chica que debía de tener más o menos su edad, con el cabello largo, liso y del color del sol. Sus ojos eran tan verdes como la hierba que no era capaz de cortar y su sonrisa, sin saber por qué, hizo que se le detuviera el corazón un segundo. O dos. No podía estar seguro.

—Sí, eso parece —murmuró, dándose la vuelta y caminando hasta la máquina con la poca dignidad que le quedaba.

—Si quieres te puedo ayudar, se me dan bien las máquinas. —Parecía que no iba a marcharse, se giró de nuevo y la observó. Llevaba un pantalón negro corto que dejaba al descubierto unas piernas bien formadas y una camiseta blanca con letras impresas que no era capaz de distinguir: llevaba un nudo en la parte inferior que las arrugaba y que permitía que vislumbrara algo de la piel de su firme estómago.

No fue capaz de articular palabra porque, sin permiso, entró en el jardín y se acercó hasta él. Seguía sin decir nada, no podía, tan solo la miraba. Era... muy guapa. También muy niña. Nada que ver con el tipo de mujer que le gustaba.

—Vale, parece que está seco.

La escuchó, pero no entendió sus palabras, absorto en observarla.

—Eh, parece que no tiene combustible. Supongo que el señor Thomson no la ha usado durante mucho tiempo. ¿Te ha contratado para cortar el césped?

La joven levantó sus ojos verdes y los clavó en él. De pronto se sintió intimidado. ¿No le asustaba su aspecto? Por lo general, las adolescentes no solían mirarlo así, las mujeres, sí, pero las jóvenes solían cruzar la acera y

esta parecía una niña inocente. ¿Por qué no se alejaba?

—Vale, veo que no eres muy hablador y, además, tampoco sabes cortar el césped. ¿Eres uno de esos chicos de Fort Mill con problemas que hacen trabajos comunitarios?

Parpadeó, estupefacto; las chicas no eran tan directas con él. Carraspeó, debía decir algo, porque tenía que parecer un idiota, pero no podía. Estaba atónito.

—Sí, algo así. Supongo que se puede decir que es algo a lo que estoy obligado.

Esperaba la siguiente pregunta y sabía lo que iba a ser. No quería hablar del tema, esperaba no tener que dar explicaciones de cuál era o no su problema. No le gustaba que la gente supiera que no era capaz de controlarse a veces.

—¿Vamos? —preguntó, poniéndose en pie. A su lado. Muy cerca. Para su sorpresa.

Una suave brisa llegó y ondeó su cabello, que se enredó en su rostro y desprendió un olor delicioso que lo aturdió por completo. Sonrió bajo la maraña de cabello mientras trataba de colocárselo en su sitio. La miró sin pestañear. A pesar de no ser su tipo, tenía algo que despertaba su curiosidad. Tal vez fuera el hecho de que no lo había mirado cómo las demás: asustada.

—¿Adónde? —terminó por preguntar.

—A por combustible, gasolina..., ya sabes. Para poner en marcha el cortacésped.

No esperó su respuesta, comenzó a caminar sin mirar atrás. Ni una vez. Así que se vio en la tesitura de ir tras ella sin ni siquiera saber cuál era su nombre.

—Espera, ¿cuál es tu nombre? —preguntó, rudo.

Se giró lo justo para mirarlo y sonreírle. De nuevo se sentía extraño. No tenía claro qué era lo que le pasaba, pero sabía que era algo... diferente. Quizás el poder estar con alguien de su misma edad sin ver todo el tiempo el miedo reflejado en sus ojos, sí, eso debía ser y... le gustaba.

—Mackenzie, mi nombre es Mackenzie.

—Encantado, Mackenzie —dijo muy despacio para no equivocarse, su nombre sonaba raro en sus labios—, mi nombre es Jakob —se presentó.

—Jakob, me gusta. Te pega —afirmó sin más.

—¿Me pega? —preguntó, acortando la distancia entre ellos.

—Sí, te queda bien. Me gusta. ¿Vamos? A este ritmo nos van a cerrar la gasolinera.

No dijo nada más, tan solo dejó que sus labios se torcieran en una sonrisa que trató de ocultar. Era extraña y tenía, definitivamente, algo que lo atrapaba: era interesante. Diferente a las mujeres que había conocido hasta ese momento.

—¿Vas a la universidad? —inquirió para romper el silencio incómodo.

Jakob asintió y esbozó una sonrisa de medio lado.

—Este año empiezo el segundo curso.

—Ah, yo empezaré en la universidad este otoño. Estoy nerviosa.

—¿Irás a la universidad de Carolina? —preguntó.

—Sí, no me puedo permitir una universidad que me pille más lejos ni más cara. Así que iré a la estatal.

—Yo también. Es una buena universidad. Al menos eso me han dicho.

—Supongo, sobre todo, si eres bueno en algún deporte. ¿Practicas alguno? —interrogó como si nada.

—Boxeo —soltó sin más.

Jakob no dio importancia a sus palabras, sin embargo, ella detuvo el paso de forma abrupta y buscó su mirada.

—¿Boxeas? —interrogó como para cerciorarse de que había escuchado bien.

Volvió a mover la cabeza afirmando, sus ojos se agrandaron un segundo, curiosos. Era como si ese dato le hubiese llamado la atención, aunque no tenía claro por qué. Si ella supiera por qué boxeaba... ¿saldría corriendo como la niña que era?

—Vaya, boxeo. No me lo esperaba.

—¿Por qué? ¿No doy el perfil?

Negó con la cabeza, su cabello se agitó junto a la brisa; era bonita y, cuando sonreía, dejaba entrever la inocencia que guardaba dentro.

—La verdad es que no. No te pareces en nada a los boxeadores de aquí.

Dejó escapar un bufido y sonrió con malicia.

—¿Y cómo son los boxeadores de *aquí*?

Su pregunta pareció confundirla un poco, cerró los ojos un segundo y pudo advertir lo largas que eran sus pestañas, algo más oscuras que el tono dorado de su cabello.

—Dan... ¿miedo?

Esa confesión lo pilló desprevenido, de nuevo, ahí estaba esa sonrisa que intentaba hacerse con el control de su boca.

—¿Y yo no? —preguntó, acercándose a ella.

—Ni un poco —contestó con una tranquilidad pasmosa.

Como si nada, se dio la vuelta y reanudó la marcha. Jakob llevó las manos a sus caderas y bajó la cabeza, parecía, después de todo, que no iba a estar tan aburrido ni iba a ser tan horrible su verano en Rock Hill.

Capítulo 2

¿Peleas ilegales?

Mackenzie caminaba tratando de guardar la tranquilidad. No quería que notara que estaba nerviosa, pero lo estaba. Mucho. ¿Quién era ese chico al que no conocía de nada? ¿Qué problema tendría para estar en Fort Mill? ¿Por qué cortar el césped era un castigo? ¿Problemas con las drogas? No, no tenía ese aspecto. Debía de ser por el boxeo. ¿Peleas ilegales? Sí, eso era lo más probable.

El chico era diferente a los de allí, tenía unos rasgos afilados que lo hacían rudo y muy atractivo, varonil. Sus ojos azules destacaban sobre su piel pálida y su cabello oscuro. Era una mezcla explosiva, como si el cielo y el infierno se hubiesen mezclado en él.

Su mirada desprendía una luz que la cautivaba con fuerza, como nunca antes le había sucedido. No era una luz clara, sino una oscura la que emitía y, aunque había pretendido no estar asustada, lo estaba, porque podía ver que dentro de él había algo lóbrego que no presagiaba nada bueno. Algo que susurraba su nombre y la atraía sin remedio. Supuso que era normal sentirse embelesada por las tinieblas si se había crecido rodeada de ellas.

La verdad era que no esperaba que esa mañana diera un giro tan interesante. Nunca habría esperado encontrarse a un forastero tratando de arrancar el cortacésped del viejo Thomson, pero lo había visto y ya, desde la distancia, no había podido quitarle la vista de encima.

El silencio estaba volviendo a ser incómodo, porque sus pensamientos parecían gritar, y por eso se decidió a romperlo.

—¿Cuánto te paga el viejo?

—Poco, pero es lo que hay —contestó, tratando de aferrarse todo lo que pudiera a la verdad.

—¿Por qué estás en la casa de acogida de Fort Mill?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Podía verla, respirarla y hasta olerla. Tal vez no debería haberla hecho, pero ya era tarde. Observó la cara del joven y vio el cambio, aunque solo duró un parpadeo.

Este se paró en seco y se colocó frente a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho. La sorprendió lo alto que era a su lado, y fuerte. Supuso que si practicaba boxeo era normal que tuviera esos... ese todo.

—Creo que haces muchas preguntas para lo poco que nos conocemos, Mack.

—Tienes razón, disculpa, solo quería conocerte un poco. Y, para la próxima, no me llames Mack, solo mis amigos pueden hacerlo.

—¿Nunca has escuchado eso de que la curiosidad mató a la gata?

—¿Me veo como una?

Jakob se llevó la mano a la mejilla y la frotó de forma inconsciente.

—Creo que sí.

—Pues ten cuidado, porque las gatas tienen uñas.

Y reanudó el paso; al pasar a su lado, su hombro rozó el pecho de él y le sacó una sonrisa. Estaba claro que no era fácil de intimidar.

—Venga, así no vamos a llegar nunca a la gasolinera —ordenó—. Es allí, ¿la ves? —lo informó, señalando hacia el lugar en el que se encontraba la gasolinera de Bob.

Al llegar se percataron de cómo todo el mundo los miraba. Mackenzie supuso que les parecería raro verla acompañada de un chico que nadie conocía y sin el menor rastro de la sombra de los perros de su madre. La verdad era que Mackenzie también se preguntaba dónde estarían.

Compró la gasolina que Bob puso en una bolsa plástica especial para llevar y le dio las gracias cuando pagó. Salieron de la tienda y, al hacerlo, su hombro rozó su pecho, esta vez sin premeditación. Eso provocó un escalofrío en su cuerpo.

—Debería haber pagado yo —soltó serio, aunque sonó a disculpa.

—Bueno... ya me lo devolverás —contestó, encogiendo los hombros, como si fuera un detalle sin importancia.

—¿Cuándo? No me gusta tener deudas pendientes.

Sus palabras la frenaron durante un segundo. No había esperado un pago real, era una forma de hablar, pero la verdad era que tenía ganas de

conocer un poco más de ese misterioso chico.

—Mañana por la noche. Invítame a cenar.

—Vaya... —susurró, llevándose una mano al cabello, metió los dedos entre los mechones y tiró de ellos con descuido.

—Vaya... —susurró ella ante el gesto.

No pudo contenerse, era realmente guapo y al hacerlo había podido disfrutar de su formado bíceps.

—Mañana por la noche tengo una pelea —confesó.

—¿Tienes una pelea? —inquirió, sorprendida. Aunque no debería, ¿verdad? Le había dicho que era boxeador.

—Sí, en un local pequeño, pero me servirá para descargar. Hace mucho que no tengo un combate y lo echo de menos.

Pensó en sus palabras, así que de verdad boxeaba y, por lo que parecía, competía. ¿Sería bueno? ¿O lo usarían como saco?

—¿Peleas ilegales? —soltó sin disimulo.

No podía estar segura, pero tuvo la sensación de que pelearía en uno de los muchos locales que controlaba su madre, entre otros negocios poco honrados; el de las peleas ilegales era uno de ellos. Apuestas, peleas, drogas, partidas clandestinas de póker... Abarcaba un amplio abanico. Tal vez por eso no podía deshacerse de la sensación de que pelearía en uno de sus antros y que, con toda probabilidad, tuviera negocios con ella.

Agachó la mirada y llevó las manos a los bolsillos del vaquero, era como si hubiese pillado a un niño en una travesura. Había algo adorable en ese gesto que le dieron ganas de abrazarlo y no soltarlo. ¿De dónde coño habían venido esos pensamientos?

—Supongo que muy legal no será. Aunque no me había parado a pensarlo.

—¿Y la persona a cargo de ti en la casa de acogida te lo va a permitir?

—No tiene por qué enterarse, ¿no? —dijo encogiéndose de hombros, alzando la ceja y mirándola con recelo. Quizás pensaba que iba a ir con el cuento al que fuera que tenía su custodia...

—Como si no tuviera cosas más importantes que hacer. Eso es cosa tuya, es tu cuerpo. No me meto en la vida de los demás.

—Entonces..., ¿te gustaría ir a verme?

La pregunta la detuvo en seco y se giró con tanta rapidez que topó con su pecho. Alzó la mirada para encontrarse con la suya. De cerca sus ojos eran aún más... todo. No podía explicar la fuerza que emanaba de ellos.

—¿Ir... a verte? —interrogó tratando de que no se percatase de su falta de aliento.

Con tranquilidad, asintió con la cabeza y cruzó los brazos bajo el pecho. Con esa pose parecía un matón de los de su madre.

—Después de la pelea en el Anarchy, te invito a cenar donde quieras. Así celebramos la victoria.

—Eso suena tentador... —susurró sin pensar en la interpretación que sus palabras pudiesen tener.

—Sí, lo es —murmuró a su vez y, cuando se dieron cuenta de lo cerca que estaban, ambos se alejaron un paso.

—Aunque das por hecho que vas a ganar, ¿qué pasa si pierdes? —soltó para romper la tensión que habían creado.

Respiró de nuevo, como si el peligro hubiera pasado, pero ¿de verdad estaba en peligro? Algo le decía que sí, que lo estaba, que debía alejarse de ese joven extraño y centrarse en otras cosas, como su inminente ingreso en la universidad.

Sin querer darle más vueltas a sus pensamientos, se encaminó a casa del señor Thomson y una vez allí puso gasolina en el cortacésped, tiró un par de veces con fuerza de la cuerda y el motor empezó a ronronear.

—Listo, ahora puedes cortarlo.

—Ya veo. Gracias, Mackenzie.

—No te confundas, Jakob, no es gratis, va a costarte la cena y... algo más.

—¿Algo más? —inquirió con una sonrisa de medio lado.

¡Dios! ¡Era insoportablemente guapo!

Sabía que no debía, pero ¿cómo contenerse? Era joven, estaba sola y ese chico tenía algo... Así que se acercó despacio, comenzando el juego. De eso se trataba, ¿no? Aunque de pronto la invadió la sensación de que estaba a punto de iniciar algo peligroso no solo para él, sino para ella también. Un juego que podía írseles de las manos con facilidad.

—El postre —susurró—, dicen que es la mejor parte.

—Creo —musitó sin quitarle la vista de encima, ¿podía una mirada quemar?—, que estoy dispuesto a pagar el precio.

Su mirada se había vuelto más oscura. Sus ojos se alejaron de ella y empezó a cortar el césped, despacio, como si esa fuera su única misión en la vida, y ella no podía apartar los ojos de él.

—Eh, Mackenzie, ¿qué tal? —La voz inconfundible de su mejor amiga, Arizona, se coló en sus pensamientos y rompió ese hilo que la tenía atada a ellos sin escapatoria.

—Hola, Ari, bien, ¿y tú?

—Vaya, ¿y ese ejemplar? —soltó con sorpresa y acompañando sus palabras con un silbido.

Los ojos de Arizona estaban fijos en un punto que ella no podía ver, así que giró la cabeza para descubrir el porqué de su comentario cuando lo vio: Jakob se había quitado la camiseta y su espalda era digna de contemplar como si fuera un cuadro en un museo.

Podía vislumbrar, incluso desde esa distancia, los tatuajes que la adornaban. También las marcas de cicatrices que no podían ser disimuladas ni desaparecer, lo que la hizo preguntarse si todas serían a causa de las peleas. Era lo más probable, igual que la que lucía en su mejilla con forma de media luna, justo bajo su ojo.

—Mantente alejada de él, Arizona —susurró para que él no la oyese.

—No puedo creer —soltó con sorpresa— que mi querida y estirada amiga Mackenzie esté interesada en un chico.

La miró directamente a los ojos, pudo ver en ellos la misma incredulidad que la arrasaba por dentro, porque no era algo habitual en ella. Sin embargo, no podía estar segura todavía de nada, así que tan solo torció

la cabeza con desgana.

—No es eso, Ari, es... que hay algo en él que me hace sentir curiosidad.

No dijo nada más, pero no era necesario. El padre de Arizona, Brooklyn Clyde, era la mano derecha de su padre, Phoenix Taylor, y ahora de su madre, Carolina Taylor. Sí, lo sabía. En ese pueblo tenían un serio problema con los nombres, sobre todo, los chicos de su madre, todos tenían nombres que hacían referencia a una ciudad o estado de Norteamérica. Incluida su madre: Carolina.

—Entiendo... —susurró a su vez—, bueno no, en realidad no. No me puedo creer que a mi amiga le guste un chico por primera vez.

—¿Por primera vez? No hay que exagerar —rio.

—Mack, lo de antes... no cuenta. Además, ahora, gracias a él, tengo esperanzas.

—¿Esperanzas? —inquirió sin poder adivinar a qué se refería su amiga.

—Sí, con suerte no llegas virgen a la uni. Este parece ser un candidato perfecto para desvirgarte.

La risa de ambas se mezcló hasta convertirse en una sola. Eran mejores amigas desde que tenían conciencia, como hermanas, y sabían que nada las iba a separar porque nadie entendería nunca su mundo, ni sus ganas de escapar de él, tan bien como ellas.

—Tengo muchas ganas de poder largarme a la universidad y perder de vista todo esto. El pueblo, el club, a mi padre... A veces es asfixiante y necesito respirar con libertad de una vez.

—Lo sé, Ari.

Ari asintió con la cabeza, mejor que nadie sabía la presión que tenían que soportar, no todo era bueno dentro del club.

—Lo mejor de todo es que vas a venir conmigo.

—Sí, eso es lo mejor. ¿Sabes?

—¿Qué...?

—Él también irá a la Universidad de Carolina.

—¡Sí! —gritó sin contención.

En ese momento, Jakob tomó la camiseta de la presilla del vaquero donde la había enganchado y se secó el sudor para mirar hacia ellas.

—¡Oye, chico nuevo, soy Arizona! —gritó para hacerse oír por encima del ruido del cortacésped, agitando las manos para llamar más su atención.

Mackenzie no tenía claro que la hubiese escuchado, hasta que detuvo la máquina y se encaminó hacia ellas. Su abdomen, perfecto gracias a los ejercicios para mantenerse en forma y pelear, lucía un gran tatuaje que ocupaba desde su cuello hasta el ombligo. Parecía un ave, aunque no sabría decir cuál.

—Vaya, Mackenzie, decídate pronto, si no lo quieres, me lo quedo sin pensármelo —murmuró Arizona con la boca seca.

Podía entenderla, ella estaba en un estado similar.

—Hola, Arizona, soy Jakob —saludó.

Y un escalofrío la recorrió al darse cuenta de su acento marcado que arrastraba las erres.

—Encantada, Jakob... —se interrumpió al darse cuenta de que no conocía su apellido.

—Jakob Wolf —dijo como si fuese lo más normal del mundo apellidarse así.

—Vaya... y eres de...

—Alemania —contestó sin más explicaciones.

—¿Cómo has acabado aquí, Jakob Wolf de Alemania?

—Bueno —se detuvo un segundo—, si desvelo todo en un día, perderéis el interés por mí, ¿verdad?

—Creo que te va a ir bien aquí, Jakob Wolf —sentenció Arizona, extendiendo su mano hacia la de él—, vas a ser la sensación de la Universidad de Carolina.

Él elevó su ceja y con la mano, ya libre de la de Ari, se colocó el cabello en su sitio.

—No creo que eso sea bueno, ¿tú qué dices, Mackenzie?

Pero antes de saber qué debía decir, escucharon un sonido familiar. Eran los perros de su madre, la horda de jóvenes aspirantes dispuestos a hacer cualquier cosa que ella les pidiera con tal de ser un cerbero oficial. *Cualquier cosa.*

Todos miraron hacia la dirección del sonido de los motores y se quedaron contemplando al grupo de siete que aparcaban sus motocicletas frente a ellos. El que parecía el líder del grupo se bajó de su Harley y caminó hacia donde estaban con el casco en una mano y arreglándose el pelo con la otra.

Chicago se acercaba con actitud amenazante y nada disimulada. No le había gustado nada el rumor de que *su chica* se estaba paseando por el pueblo con un desconocido del que nadie sabía nada. Al verlo junto a ella, su sangre hirvió y no dudó en poner su pose más peligrosa para intimidar al extraño.

—Arizona —saludó primero a la joven que no era el centro de su interés con voz suave aunque fingida, porque por dentro se lo llevaban los demonios—. Mackenzie —continuó, dirigiéndose a ella en segundo lugar y dándole a entender sin molestarse en disimular que no le gustaba verla junto a otro chico—, ¿qué hacéis aquí? ¿Estáis bien?

Su voz seguía siendo peligrosamente sosegada y no miró ni una sola vez a Jakob, lo ignoraba como si no existiera. Como si fuera menos que nada...

—Estamos bien, charlando con nuestro nuevo amigo, Jakob —explicó Arizona, Mackenzie no era capaz de decir nada.

Siempre se había sentido en peligro cuando él estaba cerca. Siempre había creído que iba a terminar siendo suya. Era mayor que ellas, cinco años, y siempre había tenido la seguridad de que sería el siguiente jefe de la familia y ella, de su propiedad. Era uno de los perros más fieles a su padre y a su madre. Era casi obsesivo y se encargaba de instruir a los aspirantes y decidir si podían o no ser parte del club.

—Id a casa, es tarde —ordenó. Como si tuviera derecho. Como si tuvieran que obedecerlo sin más.

—Chicago, me iré cuando decida —escupió molesta Mackenzie, hasta

ahora en silencio—. Vete y llévate a los perros contigo. Métete en tus asuntos.

—Tú eres asunto mío, Mack —afirmó, serio.

—¿Es tu hermano? —preguntó de repente Jakob, logrando que la atención de todos se enfocara en él.

Arizona dejó escapar una sonrisa disimulada con un ataque de tos y Mackenzie tampoco pudo evitar esbozar una, podía ver la expresión de Chicago. Estaba descompuesto, como si lo hubiese insultado.

—No, Jakob, no lo es. Aún peor, es su perro guardián —murmuró Ari entre risas.

No podían evitarlo, Chicago estaba rojo como un tomate, parecía a punto de estallar. Jakob abrió un poco más sus ojos al darse cuenta de qué era lo que pasaba.

—Pues siento decirte, amigo, que los perros guardianes no me gustan.

Al escucharlo decir eso, Ari y Mackenzie se agarraron de la mano con disimulo. ¿Se iniciaría una pelea entre los dos?

—Eso nos hace estar a la par, amigo, porque a mí tampoco me gusta alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —interrogó, acortando la distancia entre ambos.

Por un momento, las chicas temieron la colisión que podría darse entre ellos.

—Un niño no debería tener tratos con hombres.

Y sucedió, de golpe, sin esperarlo, Jakob se encaró con Chicago, que se vio sorprendido por la rápida reacción del chico nuevo y por los huevos que parecía tener.

—¿Quién es un niño? No te olvides. Tú serás un perro, pero yo soy un lobo que puede morder más fuerte.

Y, tan deprisa como había sucedido, se alejó. No podía permitirse otra pelea antes de la que tenía pactada, aunque le había costado mucho contener las ganas de cerrarle la boca a ese perro. Mackenzie lo observaba con el corazón a mil y la boca abierta, hasta que este se giró y la miró con fijeza a

los ojos.

—No lo olvides, Mackenzie, tenemos una cita.

Capítulo 3

Preocupada por él

Todavía temblaba cuando lo vio desaparecer. No podía creer lo que había sucedido y supuso que su amiga Arizona, tampoco, ya que le apretaba la mano con la misma fuerza que ella la suya.

Cuando pudo reaccionar, miró en dirección a Chicago y al resto de chicos que contemplaban la escena tan alucinados como ellas. Y lo notó, en ese preciso momento vio el destello del odio en los ojos de Chicago. Jakob no sabía dónde se había metido; a pesar de sus burlas, ni Chicago ni ninguno de los chicos de su madre eran para tomarlos a broma. De repente, tomar conciencia de eso hizo que un nudo se formara en su estómago y se llevara las manos a esa zona que sentía oprimida.

—Siento si te he asustado, Mackenzie, no era mi intención. Pero estoy bien, no te preocupes.

Parpadeó. Volvió a parpadear. Y, en ese momento, dejó escapar una risa sonora. No sabía muy bien por qué había reaccionado así, si por la tensión que ahora liberaba a través de las carcajadas o por la idea absurda de que se hubiese preocupado por él.

—¿Estás bien, Mackenzie? —insistió, intranquilo.

Se giró hacia él y lo miró a la cara, en verdad parecía inquieto, pero para ella toda la situación era ridícula, ¿por qué seguía pensando que sentía algo por él y que lo único que pasaba era que se hacía la difícil para que no perdiera el interés?

—Estoy bien, Chicago, es que me ha hecho gracia eso de que podría estar *preocupada por ti*.

No esperó su respuesta, no le iba a dar tiempo para que replicase, o protestase, o se excusase, no le importaba si le habían sentado mal sus palabras, no le importaba nada. Así que comenzó a andar hacia su casa sin mirar atrás. No tenía claro si Arizona la seguía o había tomado otro camino; aunque nunca lo había dicho, era consciente de que sentía algo por Chicago, pero este era demasiado idiota para darse cuenta de que sí había una chica interesada en él. Una chica que no era ella.

Unos minutos después, escuchó el ronroneo de las motocicletas, se acercaban.

Ese sonido era mágico para ella, la relajaba. Desde siempre, tal vez porque se había criado en ese mundo. Ese que se movía entre revoluciones, motores y ruedas.

El grupo la sobrepasó, dejándola atrás, con calma, como si tan solo quisieran pavonearse de su belleza. Lo eran, las Harley eran los vehículos más hermosos que había creado el hombre. Sus líneas, su tamaño, su forma..., todo era perfecto en ellas. Y su ronroneo... Uf, ese sonido era el más sensual que existía. Podía poner de cero a cien a una chica en tan solo un segundo.

Justo a su lado se detuvo Chicago, a veces era agotador. Eso era lo malo de una relación unilateral, sobre todo, cuando el otro no se daba cuenta de que no había nada que hacer por mucho que se empeñara.

—Mackenzie... —la llamó en voz baja una vez a su lado.

—¿Qué pasa, Chicago? —preguntó sin dejar de caminar.

—No me gusta verte cerca de ese chico, no me gusta nada. No parece que sea adecuado para ti.

Se detuvo un segundo, colocó las manos en las caderas y miró la punta de sus zapatillas. Tenía que reconocer que el chico no era de los que se rendían con facilidad.

—Chicago, no te metas, no es asunto tuyo, es asunto mío.

—¿Lo sabe la Gran Jefa? —interrogó, refiriéndose a su madre, con un tono que sonaba a amenaza.

—Claro que sí, Chicago, de hecho, tengo *su bendición* —escupió, hastiada.

Y lo miró lo justo para ver cómo su mirada se había vuelto sombría, cómo apretaba la mandíbula con fuerza y cerraba los ojos un segundo, tal vez buscando la tranquilidad que necesitaba guardar en ese instante.

En el fondo no le gustaba que padeciera por ella, pero no era su culpa que no se diera por enterado, así que dejó de darle vueltas y se alejó caminando sin pausa.

Para su fastidio, no se fue, aunque mantuvo la distancia. Podía escuchar el sonido de su moto perseguirla, acompañándola como el canto monótono de una nana.

Estaba claro que no cogía las indirectas por más directas que fueran, pero lo conocía y no estaba dispuesta a entrar en su juego. Tan solo seguiría su camino y lo ignoraría.

—Mackenzie, que te quede claro que, aunque digas que tu madre está de acuerdo, y no entiendo por qué, no te voy a quitar el ojo de encima.

Y antes de poder decir algo, aceleró y se marchó dejando tras de sí una estela de humo que envolvía el rugido, ahora molesto, de la motocicleta, igual de furioso que lo estaba él.

Una sonrisa apareció en su rostro, no podía hacer otra cosa, a veces Chicago parecía un niño, suponía que estaba en su naturaleza y no podía evitarlo. La verdad era que no tenía la entereza ni la suficiente madurez para hacerse cargo de la familia en el futuro.

Llegó a casa, o a su cuartel general. Era curioso que siempre hubiese chicos de su madre alrededor, motocicletas aparcadas en la puerta y botellas de cerveza vacías por donde mirase. En algunas ocasiones le daban ganas de coger el cepillo y la fregona y dárselos a ellos para que limpiaran todo lo que ensuciaban. Pero, claro, si hiciera eso, podía herir su hombría.

La puerta se cerró con ese golpe sordo y pesado que recordaba a un anciano arrastrando los pies, tal vez porque tenía tantos años que había perdido la cuenta.

—¿Mackenzie, eres tú? —Retumbó la voz de su madre por el salón vacío y oscuro. ¿Es que no podían, siquiera, abrir las persianas? ¿Se creían que su casa era una *batcueva*?

—Sí, mamá, soy yo —murmuró y notó algo diferente en ella. Había sido un sonido apagado, cansado.

—Ven a mi despacho, por favor.

Puso los ojos en blanco y caminó, obediente, hacia su despacho. Al entrar, vio a Chicago apoyado en la esquina de la mesa, mirando en su dirección, con los brazos cruzados sobre el pecho, lo que hacía que su chaqueta de cuero negro se viera arrugada, tanto como lo estaba su ceño.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó justo al poner un pie en su... despacho. Sí, suponía que podría llamarlo así. Al fin y al cabo, era el sitio en el que se reunía con sus socios y en el que cerraba sus acuerdos.

Su madre levantó su mirada gris y cansada hacia ella, podía ver cómo algunas arrugas, que antes no estaban, ahora daban a su expresión profundidad, más edad... Era raro; no se parecía a la mujer que era.

Era consciente de que algo sucedía, algo grave porque no dijo nada, tan solo señaló con la cabeza el sillón frente a ella para que tomara asiento. Lo hizo sin rechistar, había aprendido que no tenía nada que hacer contra ella. Así que caminó hasta el sillón y tomó asiento, acortando la distancia entre ambas. ¿Cómo podían verse tan parecidas y a la vez ser tan diferentes?

Estaba casi segura de que su madre la quería, pero también sabía que era intimidante, aunque no fuera su intención. Siempre había pensado que su mirada fría, su postura segura, sus tatuajes y la leyenda negra que la perseguía ayudaban a que uno, cuando la miraba por primera vez, temblase.

—¿Qué sucede, mamá? —interrogó, de nuevo, en guardia. Sobre todo, le molesta el hecho de que Chicago, justo a la espalda de su madre, sonriese de esa manera que le provocaba escalofríos.

—Veo que has venido directa a casa —puntualizó Chicago, adelantándose a su madre.

—Claro, mamá, soy una buena chica —contestó, dirigiéndose a su madre e ignorándolo de nuevo a propósito.

Era consciente de que no le gustaba que le hablase así, menos delante de su madre, pero se lo había buscado él solo por no dejar de provocarla y de meter las narices en sus asuntos privados.

—Chicago está preocupado, hija, y eso ha hecho que me inquiete. ¿Con quién estabas?

—Estaba charlando con un amigo.

Carolina la miró y después a Chicago, cabeceó al comprender qué era lo que sucedía.

—¿Lo conozco?

—No creo, es nuevo... Bueno, no, no es de aquí. Tan solo tenía

problemas para poner en marcha el cortacésped y le he echado una mano, después me he encontrado con Ari.

—Está bien, hija, siempre y cuando no te olvides de lo importante.

—No te preocupes, madre, no me olvido. Por cierto, para que lo sepas, Chicago, he quedado con él mañana por la noche. Es una cita —incidió para que quedase claro.

—Está bien, Mackenzie, supongo que no puedo prohibirte hacer lo que hacen las chicas de tu edad. Pero ten cuidado —advirtió su madre.

Podría parecer que se preocupaba por ella, en el fondo a Mackenzie la agradaba la idea de pensar que era así, pero nada más lejos de la realidad. La conocía lo suficientemente bien para saber que ese «pero ten cuidado» significaba dos cosas: la primera, que no se quedara preñada, la segunda, que no se enredara con un chico porque ya tendría uno elegido para ella.

Chicago dejó escapar el aire con un resoplido sonoro y golpeó el tablero de la mesa antes de salir de la habitación, molesto. Su madre lo miraba... ¿divertida? Ella, molesta. Era un chico guapo y podrían haber sido amigos si no insistiera en tener con ella algo más de lo que podía darle.

—Chicago parece molesto. Está claro que no le gusta el chico nuevo.

—Jakob, se llama Jakob. No, no le gusta. En realidad, no le gusta nadie que se acerque a mí.

—Está... encaprichado. Se le pasará. Hay otro tema del que tenemos que hablar —la informó a la vez que se pellizcaba el puente de la nariz.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Papá está bien? —interrogó sin ocultar la ansiedad que empañaba su voz.

—Mackenzie —la llamó con voz baja y noto cómo se erizaba todo el vello de su cuerpo. Parecía que la cosa era seria, pero cuando una era la hija de la jefa de moteros más temidos de esa pequeña comunidad, ¿cómo no lo iba a ser? Más desde que su padre había sido enchironado por culpa del asedio continuo del jefe de policía—, sabes que mi relación con el jefe de policía Tunner no es... ideal.

Asintió con la cabeza, la enemistad entre su padre y el jefe de policía Tunner era conocida por todos. La culpable... había sido su madre. Sí, ella,

porque ambos, amigos inseparables durante la infancia y la adolescencia, habían estado locamente enamorados de Carolina. Tunner aún lo estaba. No hacía falta que nadie se lo dijera para saberlo. Como tampoco era necesario que le explicaran que Tunner nunca había entendido, ni perdonado, que su madre eligiera al chico malo en vez de a él. No fue capaz de aceptar que se enamorara de alguien que cabalgaba entre el bien y el mal y mucho menos le perdonaba que, a pesar de estar su marido entre rejas, ella hubiese seguido llevando el negocio hacia delante en vez de darse por vencida.

—Sabes que nos persigue sin tregua y que no nos deja ni respirar. Cada vez somos menos, está terminando con mis chicos y nuestros negocios...

—Tu negocio —incidió para que no olvidase que, aunque fuera su hija, no compartía su visión de futuro. Quería estudiar. Leyes para más inri, y su madre, aunque se lo había permitido porque siempre venía bien tener un abogado de su parte, no entendía que no deseara continuar sus pasos, que no quisiera tener nada que ver con ese mundo que estaba entre tinieblas.

—Nuestros negocios —insistió— van mal. Necesito que deje de respirar en mi nuca y me chafe todos los trabajos, a este paso no vas a poder asistir a la universidad.

—Voy a ir a la universidad aquí, no es cara. Puedo pagarla con un trabajo a medio tiempo en una cafetería, por ejemplo. Además, todavía queda todo el verano; ahorraré.

—¿Mi hija en un café? ¿Acaso quieres que mis perros dejen sin dientes a todos los jóvenes de Rock Hill?

—¿Por qué? —inquirió, cambiando su postura en el sillón para sentirse menos incómoda.

Carolina no dijo nada, tan solo la miró y levantó una ceja, como si fuera una respuesta que tuviera que entender.

—¿Por qué van a dejar a todos los jóvenes de Rock Hill sin dientes, mamá? —preguntó de nuevo, cruzando los brazos bajo el pecho a la vez que resoplaba. Sabía qué iba a decir, pero quería escucharlo de su propia boca.

—¿Por qué, Mackenzie? ¿De verdad lo preguntas? ¿No tienes ojos en la cara? ¿Hay algún motivo por el que no oigas los comentarios sobre ti?

Vamos, hija, no puedes ser tan inocente. Mírate, te has convertido en una mujer preciosa. Eres... igual que yo.

—Mamá —susurró—, tal vez nos parezcamos físicamente, pero no soy como tú. Ni de lejos —afirmó con los dientes tan apretados como lo estaban sus puños.

Su madre la miró de arriba abajo justo antes de esbozar esa sonrisa pretenciosa que le daba a entender que tenía razón, que ella ganaba.

—Mackenzie, somos iguales, es solo que no te has dado cuenta todavía. La verdad es que quería hablar contigo porque tengo un... trabajo para ti.

Escucharla decir eso la pilló desprevenida, sorprendiéndola. Nunca antes le había ofrecido un trabajo ni involucrado en sus negocios, aunque no era ajena a ellos. Así que no pudo evitar preguntarse, mientras la miraba con fijeza, qué era lo que querría que hiciera. Un nudo se formó en su estómago, aunque no tuvo claro si era por la emoción de que contara con ella o por miedo a lo que podría pedirle.

—¿Un trabajo para mí? —se aventuró a preguntar.

Asintió de nuevo y su rictus se volvió serio. Mackenzie se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa de madera desgastada, cada vez más intrigada, para después colocar la barbilla entre sus manos; tenía toda su atención.

—Hemos descubierto que Tunner tiene un hijo de tu edad —soltó sin previo aviso.

—¿El jefe Tunner tiene un hijo de mi edad? —repitió, sorprendida, desde luego no se esperaba para nada una confesión así—. ¿Y qué? —escupió acto seguido. En realidad, no sabía qué tenía que ver eso con ella o con el trabajo que le iba a encomendar. ¿Querría que le hiciera de niñera?

—Va a llegar en unas semanas y, al parecer, irá al mismo campus que tú.

—¿Quieres que le haga de niñera? —no pudo evitar preguntar en un bufido.

—Quiero que lo captes —susurró, y una sonrisa que le provocó escalofríos se extendió por su rostro.

—¿Cómo? ¿Quieres... quieres que sea un cerbero? —inquirió sin dar

crédito. ¿Su madre quería que atrajese al hijo del jefe de policía a ellos? ¿Para que formase parte de la familia? ¿En qué estaba pensando?

—Ha sido toda una sorpresa descubrir que el jefe Tunner tiene un hijo. La verdad es que pensé que después de... mí no había habido otra mujer. Pero me equivoqué —explicó y ella no pudo evitar notar un tono de decepción en sus palabras. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera solo toda su vida? ¿Que no la olvidara jamás? Tal vez su madre era así, pensaba que nada ni nadie se podía comparar a ella.

—Mamá, no entiendo nada. ¿Qué quieres que haga yo? ¿Cómo pretendes que se vuelva uno de los nuestros?

Mackenzie esperaba impaciente, su madre se inclinó hacia atrás sobre el respaldo de su sillón y la miró sonriendo a la vez que se llevaba los dedos índices a los labios y se golpeaba en ellos con suavidad.

—Al parecer, estuvo casado un tiempo, pero dejó a su mujer y al bebé. Ahora, la madre del chico ha muerto después de una larga enfermedad y está previsto que llegue en unas semanas para continuar sus estudios universitarios aquí.

—Si apenas tienen relación..., ¿de qué te sirve que sea uno de los nuestros? —preguntó sin comprender qué quería su madre ganar con todo eso.

—Tal vez de nada, pero me gustaría verle la cara cuando aparezca con nuestra chaqueta y nuestro tatuaje. Tal vez después, a cambio de *liberarlo*, consigo que nos deje en paz de una puta vez.

—Mamá..., yo... —balbuceó sin tener claro cómo rechazar la orden.

—Mackenzie, no quiero discutir este asunto. Quiero que logres que se encapriche de ti, no tiene que resultar muy complicado, ¿verdad? Lo demás déjalo en mis manos.

—¿Nunca va a terminar esa lucha continua entre vosotros tres?

No dijo nada más, pudo ver cómo la mirada de su madre había cambiado a una tan oscura como el infierno que trataba de ocultar, a duras penas, en su interior.

—No te lo estoy pidiendo, Mackenzie, es una orden. Deberías

agradecerme que te haya informado con tiempo, para que te hagas a la idea. Quiero que hagas lo que sea necesario para atraerlo a nuestras filas. Lo que haga falta. No me importa qué. Me lo debes, lo sabes. Si no hubiese sido por ti..., tu padre estaría aquí en vez de pudriéndose en ese pequeño calabozo.

Mackenzie tenía los ojos a punto de desbordarse; cuando quería, su madre era una arpía de las grandes y cuando no quería, también. Lo era, sin más. Y sabía darle donde le dolía: su padre. No dejaba nunca de recordarle que todo lo que pasó fue por su culpa.

—¿Dónde te va a llevar ese blandengue? —inquirió sin cambiar la postura de su cuerpo, pero sí de tema.

Blandengue, ¿lo había llamado así? Iba a decirle la verdad, pero después se arrepintió, mejor cuanto menos supiera de Jakob.

—A cenar, supongo que algún sitio cursi con hamburguesas y batidos de chocolate. De esos en los que ponen pajitas de colores y una cereza encima de la nata montada.

—Ya veo... No te preocupes, hija, sé que no tienes carácter suficiente para estar con un hombre de verdad.

—Gracias, mamá.

—De nada, de todas formas, no olvides el trabajo que te he encargado, así que sea lo que sea lo que pase con ese chico, que no dure mucho más allá del verano.

—No te preocupes, mamá, no creo que dure. —Y, al decirlo en voz alta, se dio cuenta de que estaba mintiendo otra vez porque, después de escucharla, lo último que deseaba era que acabara pronto; Jakob Wolf despertaba una fuerte curiosidad en ella y eso era algo que nunca antes había experimentado por ningún chico.

Se levantó y salió del despacho antes de que su madre la viera llorar, no quería que pensara que seguía siendo débil. Sabía que no le quedaba más remedio que hacer lo que le pedía, así que disfrutaría del verano antes de que llegara su primer curso de la universidad y con él *su trabajo*. Vivir con su madre era como vivir con el Diablo y tener siempre un pie dentro del infierno: como quemarse a fuego lento.

Cerró la puerta y dejó escapar todo el aire que había aguantado dentro, junto con las palabras que no se había atrevido a pronunciar. Le gustaba su familia motera, no lo iba a negar. La camaradería, saber que siempre, pasara lo que pasase, estarían ahí para ella. Pero, por otro lado, no le gustaba la sensación de estar caminando siempre con paso inseguro por una cuerda sobre un precipicio, sin red de seguridad.

Se dirigió hacia su dormitorio, no le apetecía ver a ninguno de los chicos. Así que se fue directa a su cuarto y se dejó caer en la cama a la vez que ponía una de sus canciones favoritas en bucle: *Heaven*, de Julia Michaels, y miró el techo. Estaba lleno de miles de puntitos fluorescentes que iluminaban por la noche la oscuridad que se cernía sobre ella. Cerró los ojos y se convenció a mí misma de que podía hacerlo, se convenció de que no tenía ninguna otra salida que hacer caso a la jefa de los Cerberos de Rock Hill.

Capítulo 4

Sin aire

Cuando estuvo seguro de que se habían largado todos, entró en su casa. No se permitió respirar con tranquilidad hasta que la puerta se cerró tras él. Ese... perro de Chicago no tenía ni idea de dónde ni con quién se había metido. ¿Qué se esperaba? ¿Achantarlo? Si supiera que tan solo se había contenido a duras penas, si supiera de lo que era capaz...

Subió a su dormitorio y se quitó la ropa. Se metió en la ducha porque *cortar el césped* lo había hecho sudar. Bajo el chorro de agua fría sonrió. El azulejo de color blanco se sentía caliente en comparación con el líquido incoloro que resbalaba con plena libertad por su cuerpo.

Su mirada verde y su boca generosa lo golpearon sin previo aviso, miró su entrepierna y su sonrisa se amplió. ¡Menuda erección tenía! Era normal, ¿no? Esa chica tenía algo..., algo que lo hacía excitarse al pensar en ella. Tal vez fuera esa mezcla explosiva de seguridad y de inocencia. Esa imagen que se balanceaba justo entre la niñez y la madurez. No era ni una cosa ni otra y esa mezcla la hacía... única. No pudo evitar imaginar esa boca de labios llenos lamiendo su polla. Y esa imagen fue su perdición.

Sin poder contenerse, agarró su miembro y lo acarició con los ojos cerrados, la frente, apoyada en la pared de azulejos y su mente, traviesa, que no dejaba de mostrarle todo lo que le gustaría hacer con esa joven que acababa de conocer y que lo torturó hasta que la liberación lo arrasó dejándolo sin aliento.

Salió de la ducha un rato después, más tranquilo, aunque con la certeza de que ese motero iba a traerle problemas. Se colocó la ropa interior, unos vaqueros desgastados y una camiseta de algodón blanca antes de bajar al salón.

La casa estaba desierta. No le molestaba el silencio. No le molestaba la soledad. En ciertos momentos la necesitaba, sobre todo, cuando perdía los nervios. Cerró los ojos para relajarse y, sin ser consciente, se perdió en ese recuerdo que lo atormentaba.

Él golpeándola sin parar, ese animal desahogándose con ella sin pensar

en si sufría, en si dolía, en si iba a poner fin a su vida..., se removía inquieto, estaba dentro del armario, pero era capaz de verlo todo a través de la ranura de la puerta que era más que suficiente para contemplar toda la escena. Todo era rojo violento, todo era dolor, sufrimiento, gritos, agonía..., hasta que dejó de revolverse, de pelear, de gemir... Hasta que cerró sus ojos.

—¡Mamá! —gritó a la vez que se incorporaba como impulsado por un resorte oculto en su espalda.

Miró alrededor, todavía perdido en las penumbras de la pesadilla. Un mal sueño... que una vez fue real. Y el rojo... Había vuelto a ver ese color rojo que era del mismo tono que lo cegaba cuando la ira lo hacía perder el control por unos segundos que se eternizaban. Unos segundos que luego perduraban para siempre.

Respiraba agitado, tenía las pulsaciones a mil y una leve capa de sudor bañaba toda la piel de su cuerpo. Sacudió la cabeza y parpadeó con fuerza para regresar de ese lugar al que había retrocedido.

—Estoy bien, estoy bien —susurró una y otra vez hasta que la puerta se abrió y ese hombre, que había resultado ser su verdadero padre, se presentó frente a él.

El alivio fue inmediato y a la vez lo llenó de un rencor salvaje que le recordaba que los abandonó, que la abandonó, y que tal vez todo hubiese sido diferente si se hubiese quedado con ellos. En ese instante el alivio se convirtió en odio. En un sentimiento tan visceral y profundo que partió su alma en dos. Un dolor que no tenía fuerzas para soportar.

Se levantó y salió del salón ante la atónita mirada de su progenitor, que no daba crédito a la escena.

—Jakob, ¿dónde vas? ¡Jakob! —insistió al advertir que no iba a detenerse—. Jakob, esto también es nuevo para mí, hijo. Pero tenemos que tratar de habituarnos —musitó, impotente.

Eso hizo que detuviera el paso, sabía que tenía razón, que fue su madre la que le ocultó que estaba embarazada, la que decidió ocultarle su existencia, aun así, no podía dejar de pensar que él era culpable también de la vida que habían llevado, por haberla dejado allí. Por no haberla llevado consigo.

—¿Por qué...? —interrogó sin enfrentarlo.

Tenía las manos apretadas en un férreo puño. Notaba las uñas clavarse en la tierna piel. Dolía, pero de alguna forma, aliviaba el dolor más profundo que anegaba su interior.

—¿Por qué...? —preguntó como si no supiera a qué se refería.

—¿Por qué la dejaste sola? ¿Por qué la abandonaste? ¿Por qué dejaste de amarla?

Las preguntas flotaban en el aire, lo enrarecieron hasta convertirlo en tóxico, irrespirable. Llevó la mano, temblorosa, al pecho y apretó la camiseta con fuerza entre sus dedos. No podía respirar. Tan solo... no podía.

Se largó de ese lugar que se hacía más pequeño por momentos, tenía que alejarse antes de que viera cómo se desmoronaba. Cómo se convertía en pedazos que no era capaz de unir. Tampoco sabía cómo.

Había llegado el momento, tenía que huir. Así que no siguió parado y se marchó. Salió hasta el garaje, allí lo esperaba su salvación, lo único que había traído consigo desde Alemania: su Breakout.

Era un modelo llamativo de Harley-Davidson en el que habían roto la línea de la marca. Era más alargada y de perfil bajo y su color rojo brillante le encantaba porque le recordaba que no a todos los tonos de rojo había que temerles.

Se sentó en ella, se colocó el casco a juego y le dio gas. Necesitaba alejarse, sentir las revoluciones, el viento en la cara, sentir que estaba vivo en vez de sentir que la vida se le escapaba.

Apretaba el gas una vez más cuando la vio. Frenó en seco, tanto que la moto se le fue un poco, aunque la controló enseguida; era un conductor experto.

—Me has asustado, Jakob —dijo con la respiración entrecortada y llevándose una mano al pecho cuando lo reconoció bajo el casco.

—Lo siento, no era mi intención. No esperaba verte a estas horas en la calle.

—Bueno... no me apetecía cenar en casa, así que he salido a ver si

encuentro algún sitio en el que tomar algo.

—Vamos, sube. Te invito a cenar.

Mackenzie miraba sin pestañear al chico que tenía frente a ella. Llevaba una simple camiseta de algodón blanca y unos vaqueros desgastados, aun así, verlo conducir esa Harley... la dejó sin aire.

—Vaya —silbó Mackenzie—. Una Breakout de 2013 —dijo para distraer su mente de él e intentar respirar de nuevo con normalidad.

—¿Entiendes de motos? —preguntó, asombrado, a la vez que bajaba de ella y se colocaba a su lado.

—Solo si son Harley y esta es preciosa —afirmó, moviéndose alrededor del vehículo.

«Tú también», dijo alguien en su cabeza, pero no había sido él, ¿verdad?

—¿Qué motor lleva? ¿Un 1700 Twin Cam? ¿Es la 103B?

—¡Bingo! Vaya, me tienes impresionado —confesó.

—Bueno, es normal que sepa algo, me he criado entre ellas. Me encanta la pintura —continuó como si sus palabras y su manera de mirar la moto no fueran lo más jodidamente sensual que había visto nunca, y había visto mucho a pesar de su corta edad—, el rojo es espectacular y el acabado brillante de la pintura negra le da un toque único. Es imposible quitarle la vista de encima.

«Como a ti», volvió a incidir esa voz en su cabeza, era nueva, ¿se debería a los golpes que había recibido esa noche?

—Nunca la había visto de cerca, las llantas son de estilo Gasser, ¿18 pulgadas la delantera y 21 la trasera? —Jakob asintió con la cabeza, porque estaba sin palabras, esa... mujer lo dejaba fuera de juego sin acercarse a él —. Y los guardabarros recortados... guau. Me encanta, es preciosa. Te pega.

—¿Me pega? —inquirió, sorprendido—. ¿Me estás llamando precioso? —volvió a formular y esta vez no pudo evitar acompañar la frase con una sonrisa.

—No, no te llamo *precioso*. Esta moto es llamativa y no pasa desapercibida, como tú. Eso es lo que quería decir.

De pronto el silencio se cernió entre ambos, sus miradas parecían haberse quedado enganchadas y todo lo demás se difuminaba poco a poco, como si nada más existiera en ese momento, como si nada más importara.

—¿Te... apetece acompañarme a tomar algo?

Mackenzie parpadeó tratando de volver en sí, de salir de ese lugar al que la había arrastrado sin pretenderlo, pero que tiraba de ella con fuerza y la anclaba al fondo de sus ojos azules.

—Si no te apetece, no pasa nada —soltó, cortante.

Estaba molesto, era evidente. Pero no podía darle una respuesta clara porque no sabía si le apetecía o no estar con él. ¿Adónde irían? Además... habían quedado al día siguiente y, aunque se moría de ganas por pasar un rato más a solas con él, decidió que lo mejor para ambos era que se fuera a casa. Habían sido muchas emociones para un solo día.

—La verdad es que tengo que regresar ya a casa. Gracias por la invitación. Nos vemos —se despidió, dándose la vuelta y caminando en la dirección contraria a la que él se dirigía.

Aguantó las ganas de mirar hacia atrás para volver a verlo, solo lo hizo cuando el sonido del motor le indicó que ya se había ido. Giró sobre sus pies y lo observó embobada hasta que desapareció de su vista. Ese joven extraño del que apenas sabía nada no dejaba de meterse en su mente, no le permitía, ni por un segundo, que dejara de pensar en él.

Capítulo 5

Anarchy

No podía dejar de moverse, necesitaba entrar en calor. Hacía sombras para practicar sus movimientos antes de subir al *ring*. El Anarchy había resultado estar más lejos de Rock Hill y más cerca de la Universidad de Carolina del Sur de lo que pensaba, por lo que la mayoría de los clientes eran jóvenes universitarios en busca de nuevas experiencias, en las que se incluía el tonto con las drogas, alguna que otra pelea con el tipo de al lado que iba igual o más puesto que ellos y alcohol, litros y litros de alcohol.

Él no podía permitirse esos lujos. No podía. Volvió a golpear el aire y después bajó los brazos y comenzó a dar pequeños saltos para no enfriarse y relajar los músculos.

—Vamos, cinco minutos y comenzará el combate. Es tu turno.

No dijo nada, tan solo asintió.

—Por cierto, suerte, te ha tocado un rival duro a batir, creo que está invicto.

El hombre le dedicó una mirada de lástima justo antes de desaparecer por la misma puerta por la que había entrado. Jakob sonrió, él también estaba invicto, pero eso nadie de allí lo sabía porque era un desconocido.

Había en juego un montón de pasta: cinco mil pavos que le iban a venir de lujo de cara al próximo curso.

Caminó por el mal iluminado pasillo en el que destacaba un fuerte olor a orín y salió a una sala que nunca antes había pisado. Las luces lo cegaron unos segundos, los que necesitó para que sus ojos se acostumbraran a la fuerte luz. Miró alrededor, pero no fue capaz de reconocer ningún rostro. ¿A quién quería engañar? El único rostro que deseaba ver era el de ella.

No la había visto desde su encuentro la noche anterior y no estaba seguro de que fuese a estar allí. La voz grave del árbitro lo sacó de sus pensamientos y se subió al *ring*. Después lo hizo su oponente y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—Esta noche, amigos, tenemos un combate especial. Se medirán las

fuerzas nuestro cerbero, invicto, contra el nuevo contrincante, Lobo. ¿Quién morderá más fuerte? Recordad las reglas: no hay reglas a excepción de una, cuando el contrincante no pueda defenderse o decida tirar la toalla, el combate acabará y el ganador será el que continúe en pie. ¿Entendido? —preguntó a ambos buscando su confirmación.

Una vez todo aclarado y las presentaciones hechas, el sonido metálico de la campana que daba el inicio a la pelea sonó con fuerza.

El golpe de Chicago no se hizo esperar, le pegó un fuerte derechazo que por un momento lo dejó fuera de juego y se golpeó contra las cuerdas en las costillas. Cabeceó y sonrió, y en ese instante la vio.

Estaba horrorizada... ¿o tal vez preocupada? Supuso que pensaba que Chicago lo iba a destrozar, pero el juego no acababa más que empezar. La miró a los ojos, se limpió la sangre que goteaba por la comisura de su labio y le dedicó una sonrisa que la hizo agachar la mirada.

Al girarse, se encontró con otro derechazo de Chicago, aunque esta vez lo esquivó y le devolvió un golpe con la izquierda que no se esperaba, tirándolo al suelo.

—¿Sabe bien la lona? —preguntó con sorna.

—Has tenido suerte, Lobo, pero ya no más.

Con una agilidad asombrosa, se levantó y se colocó frente a él, ambos se medían sin dejar de bailar uno frente al otro, esperando a ver quién atacaba de nuevo. No podían dejar de mirarse, Jakob sabía que era bueno, aunque no tanto como él, pero quería dejarlo crecerse, pensar que el combate era suyo antes de destruirlo. Era lo que más le gustaba, romper la seguridad de los demás. Dejarlos indefensos era una forma de rescatar a ese niño desamparado del maldito armario.

Los golpes se sucedieron, esquivó unos, otros los detuvo, también se llevó algunos en las costillas. El dolor empezaba a hacerse sentir, pero no le importaba, era lo único que le recordaba que estaba vivo, que seguía vivo, aunque estuviera atrapado en un cuerpo muerto...

La siguiente tanda de golpes fue imparable, Chicago golpeaba con rapidez y sin darle tregua, en la cara, en las costillas, en los riñones... Todo su cuerpo dolía y el sabor metálico de la sangre era intenso.

—Ríndete, *niño*, no vas a impresionarla. Lo único que vas a conseguir es una estancia en el hospital y allí... ya sabes, la comida no es buena.

—Te gustaría que me rindiera, ¿verdad? —soltó con una media sonrisa que le dejaba claro a Chicago que no iba a rendirse ni en el *ring* ni con ella.

—¿Crees que merece tanto la pena? Estoy seguro de que podrías tener a cualquier otra putita de las de este local.

—¿Eso piensas de ella? ¿Que es una más?

Chicago sonrió y miró en dirección a Mackenzie, que no les quitaba el ojo de encima.

—Lo es, pero es mía. Seré yo quien se la folle primero, después, cuando me canse, tal vez no me importe que la usen otros, que la uses tú.

Y esas palabras fueron su perdición y la de Jakob, el rojo intenso apareció, cegándolo. No había en él rastro de control, tan solo se dejó llevar y encadenó un golpe con otro, sin parar.

Sabía que su punto fuerte era que ambas manos eran dominantes, así que, a pesar de tener la guardia todo el rato para que su oponente pensara que era diestro, lo atacó con la izquierda. Primero un *cross* con la izquierda que lo dejó fuera de juego y sorprendido, después un gancho con la derecha que lo acabó de mandar al más allá, a esa zona en la que la cabeza se siente fuera del cuerpo y los oídos no dejan de pitar.

Y ahí lo supo, era el momento, así que encadenó un derechazo para luego darle con la izquierda y después golpear en sus costillas. Una y otra vez, una y otra vez, igual que si fuera un saco de boxeo. Hasta que cayó al suelo, inmóvil.

En ese instante el árbitro entró y paró el combate, Jakob jadeaba sin aire, se alejó de Chicago y se sentó en la pequeña silla que tenía preparada en el rincón.

—¡Joder, chico! Eres bueno, muy bueno —lo felicitó el hombre que minutos antes lo había ido a buscar al vestuario.

—Gracias —dijo escupiendo el protector bucal y dando un sorbo de la botella de agua que le ofrecía el extraño.

—¿Tienes representante? —interrogó con urgencia.

—Estoy en el equipo de la universidad —explicó al hombre que no le quitaba la mirada de encima.

—Así que el viejo Tacher se va a hacer cargo de ti... Eso es un problema... —murmuró más para sí mismo que para que Jakob lo escuchara.

—Lo siento, me llaman —lo cortó en seco, poniéndose en pie.

El juez lo llevó agarrado por la muñeca hasta el centro del cuadrilátero y alzó su brazo en alto mientras gritaba que se había hecho con la victoria. Los espectadores gritaron, silbaron y aplaudieron coreando su apodo una y otra vez. «Lobo, Lobo, Lobo», repetían sin parar.

Todavía con su muñeca atrapada entre la mano gruesa del árbitro, dieron una vuelta sobre sí mismos para lucir al ganador frente a los que lo contemplaban eufóricos. Sonrió porque era inevitable no dejarse seducir por la sensación que le provocaba saber que había ganado, pero ni por un segundo se olvidó de lo importante, de ella.

No dejó de buscarla con la mirada hasta que la encontró. Al toparse con la de Mackenzie, frunció el ceño. No podía asegurar que estuviese contenta como los demás, parecía preocupada o disgustada. También observó cómo sacaban a Chicago en camilla. Le había dado fuerte, pero se lo merecía, por cabrón.

Una vez recibidas las felicitaciones y el dinero, que le dieron en el vestuario en un sobre roto de papel, que confirmaba que toda esa pelea era poco legal, se duchó y salió a buscar a Mackenzie. Lo estaba deseando. Verla sería el verdadero premio.

La parte del local destinada a la bebida y no a las peleas era amplia. Estaba hasta la bandera y la conversación general era el combate que acababan de presenciar. Tuvo que quitarse de encima a más de una admiradora repentina que le dejaban claro que podía obtener de ellas lo que quisiera.

Pero, para su asombro, ninguna le llamó la atención más que ella, la chica a la que buscaba entre la marea de rostros que lo rodeaban.

Capítulo 6

¿Quién es el afortunado?

Mackenzie estaba molesta, también preocupada. Y, además, debía reconocer, impresionada. No podía decir que se hubiera asustado de la pelea, no era la primera ni sería la última que viera.

—Mack, voy a ir a ver cómo está Chicago. Creo que está herido.

—Está bien, no te preocupes por mí. Aunque creo que lo que más herido tiene es el ego. Va a estar inaguantable estos días y los chicos no le van a dar tregua. Ya me imagino las burlas.

—¿Estarás bien?

—Ya sabes que sí. Vete tranquila.

Mackenzie pidió al camarero un refresco de cola. Esperaba que se lo sirvieran cuando notó un calor y un peso desconocidos sobre su espalda que la hicieron ponerse en guardia.

—Será mejor que te largues antes de que termines herido —soltó con frialdad al que fuera que estaba pegado a ella como si fuera una segunda piel, sin molestarse en mirar al intruso—. ¿No me has oído? Te he pedido que te vayas —repitió con la voz cortante—, no estoy sola y te aseguro que no querrás vértelas con el tipo con el que estoy.

—Eso suena bien. Y dime, ¿quién es el afortunado?

Sus palabras se metieron bajo su piel sin permiso, erizando el vello de su cuerpo. Lo tenía cerca, su pecho firme rozaba su espalda y el calor la abrasaba. Ahora sabía que era Jakob y no tenía la necesidad de darse la vuelta para comprobarlo.

—¿Afortunado? ¿Eso piensas? —interrogó, dejando que su espalda cayese sobre su pecho.

Pudo escuchar el gruñido ahogado que profirió por el contacto, aunque no podía asegurar que fuese por su cercanía o por las zonas que tenía lastimadas.

—Supongo..., si a tu pareja le gustan las *niñas*.

Esas palabras se clavaron hondo, no era la primera vez que le insinuaba que era una cría, ni que él fuera mucho mayor. Se dio la vuelta y quedó atrapada por su pecho y sus manos, que se habían colocado sobre la barra.

Estaban tan cerca que podía ver con claridad cada herida. El labio roto, la mejilla inflamada y empezando a adquirir ese color púrpura característico de los golpes, la ceja abierta... Aun así, no podía dejar de pensar que era endiabladamente *sexy*. Y más después de haberlo visto pelear de esa forma brutal. Era bueno, muy bueno.

—Al parecer así es, ya que fue él quien insistió en verme. Yo no tenía ningún interés en venir, la verdad.

Jakob la miraba sin pestañear, estaba preciosa con el dorado cabello suelto y con el poco maquillaje que llevaba, lo justo para acentuar sus grandes y verdes ojos y hacer que su boca fuera todavía más apetecible. Cómo le gustaría tener esos labios justo en donde ahora mismo le apretaba el pantalón...

—Pero has venido...

—Sí, Chicago insistió en que viniese a verlo pelear y tú... tú me debes una cena. Con postre incluido —añadió.

—Yo ya he elegido la comida... y el postre —murmuró, acercándose más a ella.

—Ya veo, ¿un Happy Meal?

Por un instante parpadeó confuso, no había pillado la indirecta hasta que se dio cuenta de que se refería a ella. Al parecer, no le gustaba que la llamaran niña.

—Preciosa —los interrumpió la voz del camarero—, tu refresco. ¿Te está molestando? —interrogó con cara de pocos amigos haciendo un gesto con la cabeza para referirse a Jakob.

Mackenzie lo miró por encima de su hombro, era uno de los hombres de su madre, estaba segura. No hacía falta que nadie lo confirmara, negó con la cabeza para que se quedara tranquilo y el joven se dio la vuelta para seguir con su trabajo, fue en ese instante en el que vio el tatuaje en su cuello, justo debajo de la oreja.

El dibujo, en tinta negra, ocupaba una gran parte de su cuello. El perro de tres cabezas amenazantes y de dientes afilados reposaba sobre un montón de cráneos. Era el tatuaje de su club, lo sabía porque ella misma tenía uno igual, en la espalda, justo entre los omoplatos.

—Bueno, Lobo —dijo usando el nombre con el que lo habían llamado sobre el *ring*—, si no te apetece llevarme a cenar, estoy segura de que el camarero, o aquel tipo de allí, o aquel otro —continuó señalando con la cabeza de un lado a otro—, no tendrán reparos en hacerlo. Así que... decídete.

Jakob la miró con esa sonrisa en su cara que solo aparecía cuando estaba con ella, tal vez por eso seguía interesado en ella, porque no era un gesto habitual en él y eso acrecentaba su curiosidad.

—Perdona, ¿Mackenzie? —los interrumpió de nuevo, y sin previo aviso, un joven vestido de cuero negro. Jakob lo observó y pudo darse cuenta de que también llevaba un tatuaje igual al del camarero, pero en el hombro—. No puedo creer que seas tú, ¿cuándo te has convertido en una... mujer? —terminó sin dejar de sonreír y señalándola de arriba abajo.

—¡Joder! ¿Jackson? ¿Eres tú? ¡También has crecido! Tienes... pelo —puntualizó riendo.

Verla sonreír a otro hombre fue superior a sus fuerzas, sin esperar a que la ira lo dominara hasta ese punto en el que perdía por completo el control, la agarró de la mano con fuerza y tiró de ella para sacarla del local.

Esperaba que protestara, que dijera algo, que se opusiera, pero no fue así. Tan solo le gritó al chico un escueto «hasta luego» y lo siguió sin rechistar. Una vez fuera se detuvo en seco haciendo que ella golpeará su espalda y miró el cielo oscuro en el que apenas brillaban algunas estrellas.

—Vámonos —escupió, cortante.

—¿Dónde?

—Donde sea. No, mejor a un lugar en el que nadie nos moleste. Me gustaría cenar sin que se acerquen a ti cada cinco... cada dos minutos esos buitres carroñeros.

Mackenzie no pudo evitar sonreír, así que no le era tan indiferente ni pensaba que fuera tan niña.

—Es normal, al fin y al cabo, soy una joven inocente con un chico... ¿malo?

—¿Es lo normal...? —refunfuñó, asiéndola por la muñeca de nuevo hasta detenerse frente a su Harley—. ¿Chico malo? —bufó. Y, en ese momento en el que iba a subirse en la moto, se dio cuenta de que le dolía todo el cuerpo, Chicago le había dado con ganas.

—¿Seguro que estás bien? —inquirió, preocupada. Tal vez había ganado el combate, pero había recibido lo suyo por parte de Chicago.

Jakob volvió a esbozar una sonrisa, esta vez una entera y no solo con un lado de la cara, y al hacerlo le dolió. Tenía la mejilla inflamada.

—Seguro, soy un tipo duro.

—¿Nos vamos? —preguntó de nuevo. No quería meterle prisa, pero quería alejarse de allí antes de que algún cerbero la molestara.

—Sí, claro —afirmó, levantado la pierna para subir, y un quejido más agudo salió de su boca. Estaba hecho polvo, no tenía claro poder aguantar la hora de vuelta que había hasta Rock Hill.

—Te ha dado duro, ¿verdad? —murmuró—. Lo siento, no puedo dejar de pensar que he tenido algo que ver.

—Siéntelo por él, le he dado más fuerte —se vanaglorió—. Aunque me temo que no estoy en condiciones de conducir durante toda la vuelta. Tendremos que buscar la forma de regresar, a no ser que me digas que, además de entender de motos, eres capaz de conducirlos.

La sonrisa de Mackenzie le iluminó su mirada verde, dotándola de magia. Se sintió hechizado y no pudo dejar de contagiarse por ella.

—¿Capaz de conducirla? —inquirió destilando seguridad—. Me subí a una antes de poder andar, ¿pero... me dejarás montarla?

Afirmó sin más, la verdad era que nunca prestaba su moto, pero no creía ser capaz de hacerlos llegar bien a casa.

—Me dejas sorprendida, por lo general los chicos nunca prestan las cosas de montar. Eso incluye la moto y su chica.

—Bueno, en este caso no es que se la deje montar a otro. Además, me

gustaría ver si de verdad eres capaz de llevarla o solo es una bravuconada.

La mirada de Mackenzie cambió, el verde de su iris se oscureció y su sonrisa, hasta ese momento inocente, fue sustituida por una más... sensual. ¡Demonios! Era un bombón listo para abrir, metérselo en la boca y disfrutar mientras se derretía en el paladar, ¿dejaría que él la probara?

Mackenzie tomó el casco que le ofrecía, se lo puso y con agilidad y destreza se subió a la moto, la arrancó sin esfuerzo y miró hacia atrás sin dejar de sonreír esperando a que se subiera.

—Vamos, *nena*, voy a darte el paseo de tu vida.

El lugar estaba hasta la bandera y a eso había que sumar la excitación que flotaba por el aire, el combate había sido brutal. En realidad, Arizona lo había pasado fatal, sobre todo, cuando se dio cuenta de que el chico nuevo iba a ganar.

Esa tanda que Jakob enlazó de golpes sin parar, ni siquiera para respirar, fue mortal. Le gustaba el boxeo y siempre presumía que sabía algo de él. Además, no era algo que comentara muy a menudo, pero lo practicaba en secreto.

Con esfuerzo, se abrió paso a través de la multitud hasta la zona donde los boxeadores podían descansar, ducharse y ser atendidos por un médico llegado el caso. Conocía bien el local, había estado algunas veces.

Al entrar, supo que no era bien recibida, la mirada que Chicago le dedicó al girarse en dirección al ruido de sus pisadas le gritaba que allí sobraba. Pero le daba igual, quería saber cómo estaba después de haber sido derrotado. Lo conocía lo suficiente como para saber que lo que más herido tenía era el orgullo; llevaba loca por él desde... desde siempre. Aunque sabía que su foco de atención era su amiga Mackenzie.

—¿Tienes edad suficiente para entrar aquí? —escupió, molesto—. Vete, Arizona, antes de que me cabree y llame a tu padre —amenazó mientras se limpiaba la sangre que aún salía de la herida de su labio.

El lugar estaba tan sucio como el resto del local, Chicago llevaba tan solo los pantalones que había usado para el combate, por lo que supo que no había pasado por la ducha aún.

Sus tatuajes eran tantos como sus cicatrices, algunos se mezclaban y

formaban uno solo. Conocía la mayoría de ellos, eran las marcas que se había ganado haciendo según qué trabajos para el club.

—Solo quiero saber cómo estás.

—¿No es obvio? Jodido —farfulló sin molestarse en mirarla de nuevo.

—Te ha dado duro... —soltó sin pensarlo en voz alta. Error. La mirada de Chicago se congeló, al igual que la atmósfera entre ellos, la vio a través del espejo a pesar de la escasa luz.

—Arizona, vete a hacer lo que sea que hagáis a tu edad.

Sus palabras la hirieron más que sus miradas de indiferencia, mucho más.

—Solo tienes cinco años más que yo, ¿por qué te crees tan adulto? No lo eres, solo juegas a que lo eres.

—Vete, Arizona, no quiero volver a repetírtelo.

—Chicago, pero yo... —se detuvo para tomar fuerzas, apretando sus manos en dos férreos puños—, yo estoy loca por ti —confesó.

Y sin saber cómo ni cuándo lo había hecho, se encontró a su lado. Ante la inesperada cercanía, Chicago la enfrentó y ella dio un paso más, hasta que su boca estuvo a pocos centímetros de la del hombre que le robaba el sueño y los latidos. Y fue más lejos y pego sus labios a los de él. Lo besó, esperando que él se ablandara que, aunque solo fuera porque se lo ponía en bandeja, tomara lo que le ofrecía. Pero no fue así, sus labios no se movieron, tan solo permanecieron impasibles, fríos, como si fueran dos malditos trozos de hielo.

Sin vida.

Sin calor.

Sin sentimientos.

El sollozo que le sobrevino al darse cuenta de que no había nada que hacer, de que todo estaba finalizado antes de comenzar, la pilló por sorpresa al igual que las lágrimas que rodaron salvajes por sus mejillas. Estaba herida. No la quería ni para un rato. Ni para una sola vez.

Se alejó con el eco de un latido que quedó flotando en el aire y salió de

los vestuarios; se ocultó en una de las esquinas del pasillo que daban al local para recomponerse.

Oculto en las sombras estaba, tratando de relajarse, cuando vio a Carolina Taylor aparecer, sola. Caminaba con ese paso seguro de los que tienen el poder de dar órdenes que saben que los demás van a obedecer sin rechistar y la seguridad que le otorgaba su rango. Entró en los vestuarios, no se preocupó ni de cerrar la puerta, por lo que Arizona lo vio todo.

El beso. Las caricias. Los abrazos. Y las embestidas que Chicago descargaba en el interior de la madre de su amiga. De esa misma amiga de la que se suponía que estaba enamorado. ¿A qué coño jugaba? ¿Tanteaba a las dos para ver cuál caía primero?

Una rabia que no supo gestionar se apoderó de ella y salió de allí, buscó una mesa vacía en el lugar más tranquilo del atestado lugar y se sentó a beber lo que fuera que le trajera el camarero.

Capítulo 7

Un par de días

Sentir el aire en la cara era uno de los pocos placeres que tenía, pero, si era sincero consigo mismo, debía admitir que ir de paquete con ella como piloto... era la hostia.

Sabía lo que hacía, no le cabía la menor duda. Su moto iba como la seda y su ronroneo era diferente, pero le gustaba. Estaba cansado y dolorido, y poder relajarse apoyado sobre su espalda se sentía bien. No podía dejar de preguntarse cómo era que la conocían en ese local, cómo era que ese tal Chicago no la dejaba ni respirar, cómo era posible que hubiese ido a la pelea e ir a cenar después de haberlo visto en acción sobre el *ring*.

Muchas preguntas para las que no tenía respuesta y que estaba ansioso por averiguar. ¿Adónde lo llevaría? Seguro que a un local de esos de batidos con pajitas de colores y copas de helado gigantes o, tal vez, lo sorprendiera. Parecía una caja de sorpresas que no tenía fin. ¿Llegaría algún momento en el que se aburriera de ella? Estaba seguro, solo necesitaba un par de días para darse cuenta de que era como todas.

No, como todas no, si fuera otra, más madura, como a él le gustaban, ya se habría metido entre sus piernas. No supo con certeza cuánto había durado el trayecto, ni le importó. Mackenzie aparcó y se bajaron, al darse la vuelta y quitarse el casco, se quedó sin aliento. Lo miraba radiante. No podía describir su sonrisa con otra palabra, aunque fuera la más cursi que hubiese usado nunca: radiante. Era como un sol de medianoche. Brillando con fuerza, dando color a lo que la rodeaba, iluminando la oscuridad de su interior, volviendo el rojo menos violento, más cálido.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¿Necesitas que te lleve a un hospital? — De pronto, su expresión había cambiado y fue cuando se dio cuenta de que no la escuchaba, no podía dejar de mirarla.

—No, no. Estoy bien. Es solo que me ha sorprendido... —se interrumpió antes de decir lo que su mente gritaba.

—¿El qué? —interrogó sin darle importancia a sus palabras.

—Que sepas conducir una Harley.

—Tienes que aprender mucho sobre mí, entre otras cosas que no des nada por sentado y que, aunque sea una *niña*, he visto cosas que ni te imaginas —terminó sonriendo a modo de broma.

—Lo tendré en cuenta —murmuró a la vez que guardaba los cascos.

Caminó tras ella; como tenía que haber esperado, lo llevó a un sitio diferente al que lo haría cualquier otra adolescente. Las luces parpadeaban para darles la bienvenida, en él se podía leer el nombre del sitio: Poker Face. Ladeó la cabeza y una media sonrisa llenó la mitad de su rostro al ver que en el cartel aparecían, con luces de neón, un par de cartas de póker: el As y la J de picas.

No sabía en qué zona estaban, pero no le importaba; estaba con ella. Además, el sitio le había intrigado y no dejaba de preguntarse por el nombre del lugar.

—¿Son fans de Lady Gaga? —preguntó entre risas.

—Más bien de las partidas de cartas clandestinas —soltó sin darle importancia.

Como si fuera lo más normal del mundo y, probablemente, lo era en el suyo.

Ella abrió la puerta y entró, seguida de cerca por él. No debería haberse dejado sorprender, pero, de nuevo, ahí estaba: boquiabierto. El sitio era una mezcla extraña pero a la vez perfecta. Como si hubiesen cogido muchas cosas que le encantaba y las hubieran mezclado en un saco antes de desparramarlo por todos lados, cayera dónde cayese cada cosa.

Justo frente a la puerta se podía ver el escenario, no era demasiado grande, era... acogedor. Podía imaginarse allí al cantante con su guitarra entonando alguna balada que hablase de corazones rotos. Si de algo estaba seguro, era de que no había nada más inspirador que un corazón destrozado.

A la derecha, la barra. Sonrió, los grifos de cerveza eran motores de Harley y sobre las barras que separaban las hileras de mesas, abarrotadas, había diferentes tipos de Harley-Davidson, desde algunas muy antiguas que solo había visto en imágenes a otras más modernas.

—Supongo que aquí no vamos a tomar tortitas con sirope y batidos de fresa —murmuró más para él que para los oídos de ella, pero lo oyó.

—Ni loca, no me van esas mierdas llenas de azúcar, prefiero unas buenas costillas a la brasa.

—¿Costillas a la brasa? —preguntó sin poder dejar de reír. Desde luego costillas era lo que necesitaba, para reponer las suyas.

—¿No te gustan? —inquirió a la vez que se sentaba en una de las pocas mesas libres.

—Me encantan —murmuró sin quitarle la vista de encima imitándola al tomar asiento frente a ella.

—¡Dakota! —gritó para hacerse oír entre el barullo—, una fuente de costillas a la brasa, una cerveza y un refresco de cola.

—¿Una cerveza? ¿Para quién? —preguntó, sorprendido.

—Yo no puedo beber si voy a conducir de vuelta a Rock Hill, pero creo que tú la necesitas, además... te la has ganado.

—Bueno, no voy a negarte que me merezco un premio, aunque no era cerveza en lo que pensaba.

Y lo supo justo en el momento en que lo dijo, esperaba que el premio fuera ella y lo pilló con la guardia baja porque no era su tipo, para nada. Era... era demasiado inocente, sin embargo, tenía una personalidad fuerte, clara, segura de sí misma que lo atraía. Era una mezcla tentadora, la de una joven que va a dejar de serlo para transformarse en una mujer. La de la inocencia que da paso a la malicia. En unos años, Mackenzie sería... la puta bomba. ¿Lo sabría? ¿Sería consciente alguna vez del poder que tendría sobre los hombres si aprendía a usarlo?

—¿Conoces a todo el mundo aquí? —preguntó en su lugar.

—A todos los que aman las Harley. Me he criado entre moteros, ya te lo he dicho. Ya lo has visto. Así que sí, conozco a todos y ellos me han visto crecer. Dakota en concreto es un buen amigo de mi padre.

De pronto el ambiente cambió y él supo que había algo sobre su padre que le hacía daño, lo sabía bien porque a él le ocurría lo mismo al hablar de su madre.

—Así que en ningún lado voy a estar a salvo, ¿verdad? —bromeó.

—No, si te atreves a hacer algo indebido..., vas a terminar muy mal —afirmó, seria, alzando ambas cejas.

La carcajada los pilló por sorpresa, incluido a él. No sabía en qué lugar había nacido, pero ahí estaba, clara, limpia y ronca, como su voz. Llenándolo todo a su alrededor.

—Bueno, peor de lo que ya estás —puntualizó, señalándolo.

—Creo que tienes razón, ese perro de Chicago me ha dado fuerte, hasta me río y todo.

—¿No sueles reír? —interrogó, curiosa, acercándose a él.

Parecía algo natural, era como si una fuerza que no podía ver ni comprendía se empeñara en juntarlos cuando lo que debía hacer era alejarse de él. Estaba poniendo en riesgo su *trabajo*, no podía olvidarse de que tenía que *enamorar* al hijo de Tunner.

—No mucho... —susurró, acortando distancia. Sus codos se rozaban y sus ojos no podían dejar de observarse. Ni siquiera pestañeaban para no perderse ningún detalle del otro.

—¿Cómo es posible? —preguntó con un hilo de voz. Notaba la boca seca.

—No he tenido una vida fácil, tampoco he tenido muchos momentos divertidos o, tal vez, era que no tenía tiempo de tenerlos.

El camarero los interrumpió con un golpe sonoro de la jarra de cerveza, helada, sobre la mesa, que los hizo echarse hacia atrás con brusquedad. Con cara de pocos amigos, dejó el refresco frente a Jakob y la bandeja de las costillas en el centro. El olor hizo que salivara.

—Gracias, Dakota, pero la cerveza es para él. Para mí, el refresco.

—¿Crees que voy a dejar que beba y que luego te lleve a casa? Entonces es que no me conoces —bramó, serio y malhumorado. Si las miradas matasen, Jakob sería un lobo frito.

Mackenzie rio con ganas y le puso una de sus delicadas manos en el antebrazo, la diferencia con el brazo del hombre grande, fuerte y peludo hacía más evidente la delicada piel de ella.

—No, no, no te preocupes, es que conduzco yo.

Esa afirmación lo hizo girarse hacia Jakob y mirarlo de manera extraña. Después volvió hacia ella.

—¿Sales con un tipejo que no sabe de motos? ¿Por qué? ¿Es que le pasa algo...? Ya sabes —dijo sin disimulo, haciendo un movimiento de su dedo, como si su polla no funcionara—. Hay muchos de los nuestros que matarían por salir contigo, aunque fuera una vez, hombres de verdad.

Jakob se agarró al borde de la mesa para contenerse, nunca le había dolido tanto un insulto. Bueno, sí, una vez.

—No, Dakota, no es eso. Es que ha peleado esta noche en el Anarchy. Contra Chicago —especificó.

Eso cambió las tornas, de pronto el hombre lo miró de otra forma, con los ojos más abiertos y escrutadores.

—Entonces come, lo necesitarás, te habrá dejado destrozado. Chicago es el mejor boxeando por aquí. Está invicto.

—Ya no —dijo serio Jakob sin quitarle la vista de encima.

Dakota parecía no comprender bien lo que decía el chico y de nuevo se giró buscando la confirmación de Mackenzie.

—Sí, lo ha dejado *KO*. Así que esta noche conduzco yo su Breakout. Tiene una, ¿sabes? Es una pasada y además va de lujo. Está en la puerta, por si quieres verla.

El hombre, ni corto ni perezoso, los dejó a solas y salió por la puerta.

—Por tu victoria —dijo a modo de brindis, levantando el refresco frente a él.

—Por tener la oportunidad de verte otra vez —dijo con una media sonrisa sin quitarle la vista de encima.

Ella sonrió y dio un largo sorbo a su bebida de cola helada. Una gota, rebelde, resbaló por la comisura de su boca hasta la barbilla y, una vez a punto de caer sobre el mantel, Jakob acercó el índice y la tomó, sin ser consciente, para después llevarse el dedo a la boca y saborear esa gota oscura que llevaba impregnado el sabor de su piel.

Capítulo 8

A punto de estallar

No sabía cómo reaccionar, estaba allí, sentada frente a él con la sangre helada en sus venas. Lo había visto ¿o había sido un sueño? No, era real, lo sabía porque su mirada parecía tan sorprendida como la de ella.

Había tomado la gota que resbalaba por su mejilla hasta la barbilla y se había llevado el dedo a la boca. No era capaz de explicar lo que sentía en ese momento, sus manos sudaban, su corazón iba a mil, su respiración, a pesar de lo acelerada que era, parecía no llevar suficiente oxígeno a su cerebro, que estaba a punto de estallar.

Un calor desconocido para ella vibraba en su estómago y se extendía con lentitud por sus extremidades, pero, sobre todo, se concentraba entre sus piernas, que apretó sin saber que otra cosa podía hacer. Nunca, jamás, había sentido algo parecido a eso.

Ninguno era capaz de romper la tensión que existía entre ambos, se podía ver, tocar, oler. Tenía un aroma particular: a deseo.

—¡Vaya, chico! No solo parece que sabes boxear de puta madre —los interrumpió la voz de Dakota—, sino que además sabes de motos. Me gusta este chico, Mack, deberías...

Al escuchar a Dakota y adivinar qué iba a decir, reaccionó, no podía dejarlo acabar la frase.

—Está bien, Dakota, ¿podrías traerme un vaso de agua?

El hombre la miró serio y después al joven, no dijo nada, pero pareció comprender que debía cambiar de tema. Fuera el motivo que tuviera la hija de la jefa, lo aceptaría sin preguntar. Aunque estaba convencido de que sería un buen partido, no solo para Mackenzie, sino para la familia. El chico había tumbado a Chicago, le gustaban las Harley y estaba claro que le gustaba Mack.

Sin darle más vueltas al asunto, se largó a por el vaso de agua dejándolos solos.

—¿Puedo preguntar qué es lo que deberías hacer conmigo? —soltó con

la brusquedad que lo caracterizaba.

—Supongo que quería decir que debería presentarte a mi madre.

Los ojos de Jakob se abrieron de par en par. Estaba claro que no esperaba, para nada, esa respuesta.

—Bueno —continuó ella—, es un pueblo pequeño y tenemos nuestras costumbres.

—Entiendo, así que piensa que sería un buen candidato a tener en cuenta —repitió, reclinándose sobre el respaldo y colocando la mano sobre el reposacabezas, no tenía ni idea de por qué, pero eso le había gustado. Tal vez había sido el hecho de pensar que alguien lo consideraba bueno para otra persona, porque él era el primero que sabía que no lo era. Ni siquiera lo era para sí mismo, ¿cómo serlo para alguien más?

—No le hagas caso, no sabe de qué habla, además, en nada me marcharé de aquí.

—¿A la universidad? —interrogó a pesar de saberlo porque ya lo habían hablado—. No es como si te pillara muy lejos de Rock Hill, ni de tu madre, ni de mí. ¿O es que te has olvidado que iremos juntos?

—No, claro que no, pero en la universidad todo será diferente.

—¿Por qué habría de serlo? ¿No podremos vernos de vez en cuando? ¿Tomar algo? ¿Estudiar juntos?

Mackenzie cerró los ojos y sonrió. Le gustaba la imagen que se mostraba en su cabeza, pero tenía que ser realista y era consciente de que su madre no la iba a dejar respirar hasta que no atrajese al hijo de Tunner a ellos. Así que en cuanto pusiera un pie en el campus debía hacer el trabajo. Sabía que se lo debía, sabía que nunca iba a poder pagar la deuda. Si su padre estaba en la cárcel, era, en parte, por su culpa. Si tan solo hubiera obedecido...

—A ver, Jakob, no creo que tú vayas a estudiar mucho y, además, sé que no vamos a quedar. En cuanto pongas un pie allí y las chicas te vean —confesó a la vez que lo señalaba con las manos—, no te van a dejar en paz. Cuando sepan que encima boxeas, menos y cuando vean esa preciosa máquina que conduces..., vas a ser el chico más codiciado de todo el campus. No me gustas tanto como para estar vigilando mi espalda, ni

vigilándote a ti, ni pensando en cuántas mosconas tendré que ir apartando.

—Pero te gusto... —se detuvo para inclinarse hacia ella y sonreír. Era extraño que provocara ese gesto en él con tanta facilidad—, no lo niegues. Lo acabas de decir. —Sonrió otra vez, tomando una costilla y dándole un gran bocado—. ¡Joder! ¡Están de muerte!

—Gracias, chico —gritó desde detrás de la barra Dakota, que parecía pendiente de ellos. ¿Cómo podía escucharlos con ese murmullo continuo que había de fondo?

—¡De nada, es la verdad! —gritó a su vez, levantando la mano con un trozo de costilla todavía en ella.

—A ver... ¿me gustas? Bueno, se podría decir así. Creo que más bien, despiertas mi curiosidad —confesó sin poder hacer nada más. Había sido pillada, no, se había dejado pillar en un momento de debilidad.

—Es curioso... —murmuró.

—¿El qué? —inquirió, interesada.

—Eso mismo es lo que despiertas tú en mí. Curiosidad. No sé por qué, la verdad es que estás muy lejos de mi tipo ideal.

—¿Cuál es tu tipo ideal? —volvió a la carga, quería saberlo. ¿Qué le faltaba a ella para no serlo?

—Mayores. Sin responsabilidades, sin ganas de comprometerse y con ganas de echar un polvo rápido en cualquier lugar, aunque sea un baño sucio, sin más explicaciones. Sin tragedias. No me gustan los dramas, he tenido suficientes para tres vidas.

—Ya veo... Bueno, me alegra no ser tu tipo, de todas formas, tampoco es como si lo nuestro pudiera ser.

Y esas palabras lo hirieron. ¿Por qué no podía ser lo suyo? No es como si fuese a haber algo, ¿pero por qué no? ¿Qué lo impedía?

—No me digas que hay otro y estás portándote mal aquí conmigo.

—Algo así —dijo con una sonrisa triste—. Se podría decir que no soy libre para tomar mis propias decisiones.

—Vamos, en el siglo que estamos, ¿cómo podría ser eso posible? Si no

estás a gusto, vete. No dejes que nadie te quite la libertad.

—¿Crees que la libertad existe? Yo no, es lo que nos hacen creer. Nos venden la idea del libre albedrío, pero esa libertad está coartada por la sociedad. ¿Podemos elegir? Sí, pero entre las opciones que nos dan.

—Vaya, me dejas sin palabras. ¿Vas a estudiar Filosofía? Te pega.

—No, Derecho.

—Así que estoy en presencia de una futura abogada... No sé si a partir de ahora debo tener cuidado con lo que digo.

—Es lo que quiero. Supongo que por el ideal romántico de que puedo ayudar a que este mundo sea un poco mejor.

—Estaría bien. Eso de que el mundo fuera un poco mejor. Porque la verdad es que es una mierda, solo que no lo vemos o, si lo vemos, nos conformamos pensando en que no podemos hundirnos más en la mierda, que solo nos queda salir a flote. Pero no es verdad, cuando estás hasta arriba de porquería, resulta que pueden echarte más encima.

El ambiente se enrareció, Mackenzie no sabía bien por qué, pero le daba la sensación de que había sido una confesión que no solía hacer. ¿Qué le habría pasado en su vida para hablar así? ¿Había estado en el infierno? ¿Seguiría allí?

Iba a abrir la boca cuando la puerta se abrió y ambos miraron hacia ella para ver entrar al grupo. Mackenzie se quedó sin habla. Eran los perros de su madre, con ella.

Agachó la cabeza, molesta. ¿Por qué habían ido allí? ¿Los habría avisado Dakota? Mierda, ¡joder! Lo último que quería era que los vieran juntos. El grupo era ruidoso y pasó de largo, como si no los hubieran visto. Tal vez había sido una casualidad, miró en dirección a Dakota y esperó que comprendiera que no deseaba verlos. Este asintió y ella respiró algo más tranquila.

—¿Nos vamos, por favor?

Mackenzie esperaba preguntas y protestas por irse sin terminar una cena que apenas habían probado, pero nada de eso ocurrió. Tan solo asintió y se levantó sin hacer ruido, para no llamar la atención.

El grupo gritaba y reía a la vez que Dakota servía jarras de cerveza fría, una tras otra, y les preguntaba por el combate para tenerlos distraídos.

Sin pensarlo, Jakob se quitó la chaqueta, se la colocó por encima a Mackenzie y subió la capucha para ocultar su cabello. Después puso su brazo por encima de sus hombros y se largaron sin mirar atrás.

Una vez fuera, Mackenzie le agradeció el gesto en silencio devolviéndole la chaqueta. Estaba afectada, era evidente, y no pudo evitar volver la vista hacia dentro. Y los vio. Y a punto estuvo de entrar y liarse a golpes con su madre. No podía creerlo. ¡No podía creerlo!

Chicago estaba apoyado contra la barra y miraba hacia fuera, su madre acariciaba su labio inflamado, parecía un acto maternal, hasta que se acercó un poco más y dejó de ser inocente para convertirse en algo sexual. Podía verlo desde la distancia, la tensión entre los dos era espesa, oscura, tangible. Y ella no pudo evitar preguntarse una y otra vez si había algo más entre ellos que tensión sexual no resuelta. ¿Engañaba a su padre? Lo parecía, desde luego. Aunque también sabía que no podía hacer nada, porque si decía algo, su madre iba a volver a recriminarle que todo era por su culpa: que su padre estuviera preso, que ella se hubiera quedado sola tan joven y al mando de todo, que Tunner no los dejara respirar...

—¿Estás bien, Mack? —preguntó, colocándose, no sin molestias, la chaqueta.

—No, pero da igual. Como bien has dicho, cuando la gente cree que no puede estar más hundido en mierda, llega alguien y te entierra todavía más profundo.

—¿Es por Chicago? ¿Te molesta que esté con otra? Pensé..., pensé que no te gustaba.

—No, no me gusta. Y no, no es por Chicago. Es por mi madre.

Jakob abrió mucho los ojos, no se esperaba que esa rubia imponente, que se hubiese tirado en otras circunstancias sin dudar, fuese la madre de Mackenzie, aunque en ese momento el parecido entre ambas se hizo evidente. ¿Engañaba a su padre? ¿Estarían divorciados?

—¿Tu madre?

—Sí, ya sé lo que piensas. ¿Cómo es que una mujer así tiene como hija

a una mojigata como yo? ¿Verdad? ¿También tienes ganas de tirártela? Tienes mi permiso, no creo que seas el primero de mis amigos que lo hace.

—Mackenzie..., no, no pensaba en eso. Solo me ha sorprendido, además, he pensado en tu padre.

—¿En mi padre?

—Sí —murmuró, asintiendo con la cabeza—, he pensado...

—¿En si lo engaña? —Jakob no dijo nada, ¿qué coño se podía decir en una situación así?—. Creo que sí, aunque no es culpa de él, ni de ella... supongo. Todo es culpa de ese perro de Tunner.

Si algo no se esperaba para nada Jakob, era escuchar el nombre de su padre en esa conversación, pero, fuera lo que fuese que hubiese sucedido, le acababa de quedar clara una cosa: no podía decir que era su hijo. Debía mantenerlo oculto todo el tiempo que pudiera, o hasta que llegara el momento adecuado para hacerlo, que supuso que sería cuando ella le contara por qué su padre era el culpable de los engaños de la madre de Mackenzie a su padre.

—Ponte el casco, vámonos. Al final van a verte.

Mackenzie asintió para darle la razón, no quería que los vieran.

—¿Vas a conducir tú? Has bebido...

—Bueno, técnicamente no. Solo me ha dado tiempo de darle un sorbo a la cerveza y, además, ya no me duelen tanto las costillas. Sano rápido —bromeó a la vez que se golpeaba las costillas y apretaba los dientes disimulando con una sonrisa el dolor.

—¿Estás seguro?

—Como que hay noche y día. Vamos. Tengo hambre y te debo un postre.

Como si los hubiera estado escuchando, Dakota salió por la puerta de atrás, se acercó a ellos y les dio una bolsa de papel marrón cerrada.

—Vete antes de que tu madre se dé cuenta. Y tú, Lobo, cuídala —ordenó usando el mote que tenía para pelear.

Sin demorarse más, Mackenzie se subió atrás, se abrazó a él colocando

la bolsa en su regazo y Jakob arrancó para poner distancia entre la madre de Mackenzie y ellos.

Capítulo 9

Glencairn Gardens

Mackenzie estuvo pensativa durante todo el trayecto, tenía dentro de su pecho un mar revuelto de emociones que no sabía muy bien cómo gestionar. Tal vez lo mejor fuera irse a la universidad y no volver jamás. Vivir con la culpabilidad podría ser más sencillo que hacerlo con su madre.

—Gira aquí y aparca al final del camino.

Jakob asintió con la cabeza y obedeció. El camino era de tierra y aflojó la marcha. Todo estaba rodeado de vegetación, la humedad se notaba en el ambiente y lo llenaba todo de ese aroma especial. Sabía que estaban cerca del agua, no necesitaba que se lo dijeran. Parecía una zona natural en la que pasar el día con la familia, en un pícnic o en una barbacoa.

Al llegar al final, aparcó y esperó a que Mackenzie se bajara. Apoyó las manos en sus hombros para hacerlo y tomó la bolsa. Sucedió. Era la primera vez que notaba ese frío en la espalda cuando una chica bajaba de su moto. No entendía por qué, pero ella tenía algo diferente que le hacía verlo y sentirlo todo de otra manera. Quizás solo era esa curiosidad que no cesaba, aumentaba con cada cosa que descubría de ella y lo mantenía enganchado.

No, no como si fuera una droga, como si fuera adrenalina pura. ¿Cómo una persona que era adicta a la adrenalina podía alejarse de alguien que era adrenalina pura?

—No sé si conoces Glencairn Gardens, pero es uno de mis lugares favoritos.

—¿Un parque es uno de tus lugares favoritos?

—Sí, ven —ordenó y, sin esperar confirmación, empezó a subir por la puerta de rejas hasta que estuvo al otro lado. Lo había hecho en un segundo, con bolsa de comida incluida. Sin derramar nada. Estaba claro que era habitual en ella.

—No sé si...

—¿Nunca has saltado una verja? —lo provocó desde el otro lado.

Cabeceó, molesto, se llevó las manos a las caderas y tras unos segundos se encaramó a la puerta y la escaló con dificultad, no porque no hubiera hecho nunca algo así, o cosas peores, sino porque le dolía todo el puto cuerpo. A pesar de todo, prefería estar con ella que tirado en la cama descansando con algunas decenas de pastillas.

—Vaya, has tardado más de lo que pensaba.

Fue su comentario después del esfuerzo que había puesto.

—¿Te olvidas de que estoy molido a golpes? Además, no es una forma de hablar, es literal.

—No me olvido, tampoco de que has dicho que eres un chico duro que ya no tenía molestias.

Y, tras dejarlo sin palabras porque era cierto lo que había dicho, se dio la vuelta y caminó, despacio, supuso que en deferencia al pobre niño que tenía el cuerpo dolorido.

Sonrió a la vez que bufaba y se colocó a su lado, tomó la bolsa de papel de malas maneras y, sin saber por qué, cogió su mano entre la suya.

Mackenzie detuvo el paso, sabía que no debía dejar que pasara, que no podía permitirse que llegara más lejos. En pocas semanas estarían en la facultad y lo suyo no iba a ir a ninguna parte... aunque, tal vez, esa era la clave. Si no tenían futuro, ¿por qué no aprovechar el momento?

—Venga, no le des más importancia de la que tiene. Es de noche, está oscuro y no quiero que te caigas. No estoy en óptimas condiciones ahora mismo.

Pensó en sus palabras, lo había dicho en voz baja, casi tímida, y por eso decidió no decir nada y seguir el paseo bajo un firmamento lleno de puntos brillantes. Cuando llegó al lugar al que se dirigía, se detuvo.

—Es aquí, siéntate.

Y Jakob, cansado como estaba, obedeció y, al hacerlo, se dio cuenta de que no era un banco común, era un columpio que se balanceó con suavidad al tomar asiento.

—Vaya..., no montaba en uno desde... desde que era muy pequeño.

—A mí me encanta este lugar —murmuró, sentándose a su lado.

—¿Vienes a menudo? —preguntó a su vez, dejando que su peso cayera sobre el respaldo.

Durante unos segundos ninguno dijo nada, tan solo escuchaban el sonido del agua al correr. Jakob miró su alrededor, con los ojos acomodados a la poca luz pudo ver la fuente. Era grande y tenía varios estanques escalonados por los que caía el agua imitando pequeñas cascadas. Todo estaba verde, lleno de plantas, flores y árboles que los hacía parecer estar en mitad de un bosque deshabitado.

—De vez en cuando, sobre todo, si he tenido un día de mierda o quiero estar a solas.

—¿Por qué estamos aquí hoy? ¿Tan horrible ha sido pasar el día conmigo? Porque está claro que a solas no estás...

—No, no estoy sola y no, no he pasado un día horrible contigo, de hecho, has sido lo único bueno hoy. Me he divertido y la verdad es que he disfrutado como una enana cuando has dejado *KO* a Chicago. Se lo merece.

—¿Qué... qué hay entre tú y él?

No estaba seguro de si debía preguntarlo, pero no podía contener esa maldita curiosidad que despertaba cada cosa de ella.

—Nada. Supongo... que solo soy un capricho porque soy algo que no ha podido tener.

Sin más que decir, callaron; Mackenzie sacó de la bolsa dos perritos calientes completos que les hicieron la boca agua y que devoraron sin respirar, acompañados de dos latas de refresco de cola. Dakota era el mejor. Siempre lo había tenido en alta estima y, de alguna manera, él también se sentía responsable por el encarcelamiento de su padre, tal vez por eso la cuidaba con tanto celo, para suplir al padre que no podía estar presente.

—No logro entender lo del infinito. ¿Cómo puede algo no tener fin? —susurró con la vista fija en el firmamento.

—Supongo que es un concepto parecido a la fe. Creer en algo que no se ha visto, en algo que te dicen que fue o es así.

—¿Estudias física?

—No, no soy tan listo. Me decidí por Administración Deportiva.

—Va contigo. Creo que se te dará bien.

—Sí, supongo que me pega eso de dar puñetazos sin control.

—No es eso lo que quería decir, yo...

Mackenzie se sintió mal, ¿había parecido una acusación? No había sido su intención, aunque tal vez había sonado así.

—No te preocupes, tienes razón. Soy así. Mejor cuanto antes lo sepas, ¿no?

—¿Saber qué...?

La luz intermitente de una linterna los puso sobre aviso; alguien iba hacia ellos.

—Vamos, es el guardia. Si nos pillan aquí, vamos a tener problemas con el jefe Tunner y no me apetece pasar la noche en una celda.

Sin más, se levantaron y corrieron hasta la verja, que saltaron con agilidad. Jakob se subió en la moto, la arrancó y puso rumbo a la casa de Mackenzie.

El paseo hasta su casa había sido agradable, le gustaba Jakob, le caía bien y se sentía a gusto a su lado. Estaba relajada y cansada, el día había sido muy largo. Pero, cuando llegaron cerca de su casa, supo que iban a estar en problemas. Los cerberos, Chicago y su madre habían llegado a la vez que ellos. La mirada de su madre era de curiosidad, no le quitaba la vista de encima, ¿o era a Jakob? Después de lo que había visto con Chicago... nada podía sorprenderla.

—Buenas noches, hija —saludó con su falsa sonrisa y ese tono condescendiente que tanto odiaba—. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Mackenzie, entra en casa. —La voz dura de Chicago se metió en medio de la conversación que debería ser entre ella y su madre.

—Mi nombre es Jakob, señora —se presentó de manera educada mientras se bajaba de la moto—. Chicago —incredó sin disimular que no era de su agrado—, se irá cuando ella decida. Está conmigo, así que lárgate tú.

Chicago bufó sin poder creer los huevos que tenía ese chico o tal vez era que no tenía nada de cerebro. ¿Cómo se atrevía a hablarle así delante de los suyos?

—Mackenzie, la cosa se va a poner seria. Vete —advirtió, furioso, tratando de contener las ganas de volver a pelear con él.

—Chicago, relájate —ordenó, seria, su madre—. Soy Carolina Taylor, encantada Jakob... —se interrumpió esperando que el joven le dijese el apellido.

Jakob dudó, sabía que iba a parecer un maleducado, pero no estaba seguro de si podía decir que era Jakob Wolf sin que lo relacionaran con el jefe de policía Tunner, su padre.

—Solo Jakob —contestó con una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

—Está bien, *solo* Jakob. Supongo que eres ese al que llaman Lobo y que pelea bastante bien. Incluso has vencido a mi mejor boxeador. Además, veo que tu gusto en motocicletas es afín al nuestro. ¿Te gustaría aspirar a ser un cerbero? Creo que podrías compartir también nuestra forma de vida. Nuestros ideales. Y, la verdad, me vendría bien alguien como tú.

—Gracias, señora, pero ahora mismo no me interesa la oferta.

—¿De dónde eres? Está claro que no de por aquí. Tu acento es... muy *sexy*.

Mackenzie abrió los ojos de par en par. ¿En serio? ¿Era posible que su madre no se cortara ni delante de ella? ¿No tenía bastante con su padre, Chicago y a saber con quién más que también quería a Jakob? ¡Todo era una puta locura!

Y sucedió, no lo pensó. No fue algo que hubiera planeado, tan solo lo hizo cansada de que todos decidieran qué era lo que podía o no hacer. Sin saber cómo ni de dónde había encontrado el coraje, se acercó a Jakob, al que pilló también por sorpresa, se alzó sobre la punta de sus pies y lo besó.

Fue algo... mágico. No podría describirlo de otra manera, una electricidad que no había sentido nunca la recorrió, logrando que sintiera frío y calor a la vez, miedo y paz, sosiego y euforia. Una mezcla que no era capaz de gestionar porque nunca antes había lidiado con algo así.

Los labios de Jakob eran cálidos y suaves y tenían un sabor desconocido. Antes de pensar que no estaban a solas, las manos de Jakob aferraron su cintura acercándola más a él. Su pecho, agitado, rozaba el del chico, fuerte, firme... Ese torso que ella había visto y ahora sentía tan acelerado como el de ella.

El beso cambió, ya no era dulce ni suave, se volvió profundo, intenso y la hizo temblar. La asustó. Porque supo que había metido la pata hasta el fondo. Ella sola. Sin necesidad de que nadie la ayudara. Había besado a Jakob solo por joder a Chicago, a ver si de una puta vez la dejaba en paz, pero no había contado con eso. No había contado con que el beso fuera así.

Jadeando, y todavía con sus manos aferrando el cuello masculino, se apartó y miró unos segundos a Jakob a los ojos. Parecía tan afectado como ella. Tal vez mucho más. Sus manos seguían apresando la cintura femenina y las de ella bajaron lentamente hasta sus hombros, como si bailaran una canción que nadie más era capaz de escuchar, una melodía cuyos acordes eran sus respiraciones y el latido desaforado de sus corazones.

¿Se suponía que un beso debía afectar tanto a alguien? ¿Era posible sentir tanto con un solo beso? ¿Qué pasaría ahora? Era consciente de que su tiempo con Jakob era limitado, tendría que acabar cuando empezara el semestre. Ahí debía olvidarse de ese chico para centrarse en otro. En uno impuesto por su madre.

Se alejó un paso y agachó la cabeza. Al perder el contacto entre ellos, se sintió helada, más que en pleno invierno. Como si nevara a su alrededor, pero toda la nieve cayera sobre ella.

Chicago no podía creerlo, apretó los puños y se encaminó hacia ellos, dispuesto a machacar a ese recién llegado que se atrevía a tocar lo que era suyo. Apretó los dientes y farfulló:

—Voy a matarlo por tocar lo que es mío.

Carolina lo miró un segundo, vio la ira, el odio y el dolor que provocaba en él esa imagen. Lo agarró de la mano y lo miró a los ojos a la vez que negaba con la cabeza. Por más molesto que estuviera, una orden de la jefa era sagrada y debía obedecer, aunque se lo llevaran los demonios, aunque el perro de tres cabezas que llevaba tatuado no dejara de aullar de dolor.

Mackenzie alzó la mirada y se colocó delante de Jakob, que,

sorprendido, entendió que trataba de protegerlo, de escudarlo con su frágil cuerpo. ¿Estaba loca? ¿Pensaba que iba a servir de algo si se iniciaba una trifulca?

Carolina caminó con una tranquilidad aterradora, pero Mackenzie aguantó el tipo, sin moverse. No pensaba dejar que lo hirieran por algo que había hecho ella.

—¿Cómo te atreves? ¿No tienes ni rastro de decencia? —preguntó en un tono de voz tan bajo que apenas hubiese sido audible si no fuera por el silencio sepulcral que reinaba en el lugar.

—Tal vez... me parezca a mi madre —fue su respuesta.

No debía, lo sabía, pero el recuerdo de ella con Chicago, de su padre en la cárcel confiando en ellos, de su mirada lasciva a Jakob... le dieron el coraje que pensó que no tenía para contestar así. ¿En serio se atrevía a echarle en cara a ella que no tenía decencia?

Carolina agarró a su hija por la muñeca y tiró de ella hacia la casa, a rastras.

Jakob, a los pocos segundos, reaccionó y caminó para seguir las, pero Chicago y los demás perros falderos se colocaron enfrente, como si fueran una barrera humana que le iba a impedir el paso.

—Vete, *lobito* —escupió Chicago—. Aquí no pintas nada.

—¿Y tú sí? ¿Crees que tienes alguna oportunidad? Eres un moscardón molesto. ¿Cuándo vas a dejarla en paz? ¿Todavía no te has dado cuenta de que no quiere nada contigo?

La risa de Chicago hizo que Mackenzie regresara de ese lugar al que la humillación de su madre la había enviado, sintió un escalofrío que la recorrió por completo. Era increíble, después de todas las veces que lo había rechazado, después de verlo en esa actitud tan íntima con su madre... ¿aún pensaba que podría tener algo con ella? Se detuvo en seco, obligando a su madre a detener el paso y se giraron para ver la escena.

—¿Qué? ¿Ahora me dirás que está interesada en ti? Sigue soñando, Lobo. Y tú, ¿qué coño haces, Mackenzie? —gritó Chicago, girándose para encararla y sin molestarse en disimular que estaba molesto.

Quería decir algo o, en su defecto, salir de allí. Huir como la cobarde que se había dado cuenta que era, ya que no era capaz de enfrentar lo que pasaba dentro de su cabeza ni de su pecho. Pero no pudo. Tan solo se quedó quieta mientras Chicago se acercaba a ella y la zarandeaba como si fuera una flor vapuleada por el viento y su madre seguía sin soltarla de la mano con una sonrisa macabra en la cara.

Jakob se acercó un paso más y los perros estrecharon el cerco.

—Te lo voy a advertir ahora que todavía soy capaz de controlarme —informó Jakob con una voz diferente, como si tratara con desesperación de controlar el mar que rugía en su interior y que Mackenzie podía ver en sus ojos claros—. Quítale las manos de encima.

—¿Lo estás oyendo, Mack? Me ordena, ¡a mí! Al segundo al mando de esta familia —ladró de nuevo acompañando los gritos de una risa que rayaba la histeria—. Quiere que te quite las manos de encima. ¡Cómo si tuviera derecho sobre ti! —bramó fuera de sí, soltándola para darse la vuelta y acercarse a él hasta quedar cara a cara.

—Lo tengo, perro, ella me lo ha dado —dejó claro refiriéndose al beso que se habían dado—. Ahora, si eres listo, te irás y no volverás a ponerle ni un dedo encima. Nunca. ¿O quieres acabar esta vez en el hospital en vez de sobre la puta lona? —susurró.

Y ese susurro fue aterrador, mucho más que los gritos de Chicago. Lo vio, pudo verlo, esa ira burbujeando en el fondo de sus pupilas como si en verdad deseara que Chicago lo atacase y poder descargar toda esa rabia contra él.

—Chicago, cerberos —dijo Carolina disfrutando de la escena y de comprobar cómo el joven boxeador se trataba de contener con todas sus fuerzas porque estaba a punto de explotar. Pero lo último que necesitaba era una pelea de niños pequeños y a Tunner husmeando de nuevo por allí—. Marchaos. Yo me encargo. Chicago —repitió mirándolo a los ojos—, mañana tú y yo hablaremos. Ahora, vete —ordenó con acritud. No podía negar que la había molestado su comportamiento.

Mackenzie tuvo dudas, no tenía ni idea de cómo iba a terminar la noche y se imaginaba el peor de los escenarios, pero Chicago cedió. Con mirada decepcionada, asintió sin pestañear, apretó los puños y los dientes y se

largó, no sin antes golpear con su hombro el del Jakob, desestabilizándolo, seguido de sus fieles perros guardianes.

Y, cuando todo parecía haber terminado, cuando pensó que la paz llegaría, ocurrió. Sin esperarlo, Jakob se dirigió a un árbol cercano y comenzó a gritar y golpearlo con todas sus fuerzas. Podía ver desde esa distancia y pese a la oscuridad cómo sus manos se llenaban con la sangre que brotaba de las heridas que la corteza del árbol volvía a abrir.

—Vaya, me pregunto si tendrá ese ímpetu en la cama —masculló su madre relamiéndose. Mackenzie sintió el dolor cegarla y, como siempre, se dejó arrastrar al interior de su casa mientras Jakob, agotado por el exabrupto inesperado, se dejaba caer a los pies del árbol al que tan duro le había dado.

Capítulo 10

Rescatando damiselas

El local iba quedándose cada vez más vacío, casi tanto como se sentía Arizona por dentro. Pensó en Mackenzie, esperaba que le hubiese ido mejor que a ella, aunque eso no era muy complicado.

Miró de nuevo la botella de *whisky* que había pedido y de la que había vaciado la mitad y dio un nuevo trago. No había notado que ya no quedaba nadie, ni que la música y el barullo se habían apagado para dar paso al sonido tintineante del entrecuchar de las copas y vasos al ser colocados.

—Creo que ya deberías estar en casa, hace horas. ¿Viene alguien a recogerte o llamo a un taxi? —cortó el hilo de sus pensamientos una voz desconocida.

—No estoy tan borracha, ¿sabes? —contestó sin molestarse en alzar la mirada—. Puedo pedir un taxi yo misma. Los tíos y vuestra manía de ir rescatando damiselas, como si todas lo pidiéramos a gritos —farfulló con la voz pastosa.

El chico la miró con más atención y la reconoció, la había visto con Mackenzie. ¿Por qué la habría dejado sola su amiga en ese estado? Salió de la barra y se colocó frente a ella con los brazos cruzados, lo que hacía que sus musculosos antebrazos resaltaran bajo la camiseta negra que llevaba con el logo del Anarchy. Era un distintivo único y que se había hecho muy popular. La A dentro del círculo rojo no tenía nada de innovador, pero de una de las esquinas de la A colgaban un par de guantes de boxeo en referencia a las peleas que se llevaban a cabo allí.

—No estás tan borracha, ¿eh? ¿Y Mackenzie? Eras tú la que estaba con ella, ¿verdad?

—Se fue —soltó, volviendo la mirada hacia arriba, al hacerlo, se apartó la melena oscura de la cara y se quedó paralizada al ver el color azul de sus ojos, tan intenso como su carácter—. ¿La conoces? —preguntó—. Claro que sí, todos conocen a Mackenzie... —masculló en voz baja, cerrando los ojos un instante.

—La conocí hace mucho, cuando era un aspirante a cerbero.

—Supongo que tienes pinta de ser uno de la familia...

—Algo así —sonrió.

Al hacerlo, Arizona se dio cuenta de que era atractivo, con ese aire de chico malo que tanto gustaba a las chicas, con esa mirada que parecía pedir a gritos que lo salvaran del pozo en el que se estuviera hundiendo.

—Hemos venido a ver la pelea.

—¿Te gusta el boxeo? —preguntó, sorprendido. Esa joven estaba empezando a llamar su atención. Se sentó en el otro extremo de la mesa para quedar frente a ella, le quitó el vaso y bebió de un solo trago.

—Primero, eso es mío, así que no te lo bebas. Segundo, algo así.

—Ya veo... ¿Has venido a ver a Chicago?

Arizona cerró los ojos de nuevo y se llevó las manos a la sien, para apartarse, acto seguido, los mechones rebeldes de la cara.

—Algo así —contestó de nuevo.

—Algo así... Sé que Chicago es popular entre las chicas, así que imagino que eres una de sus grupis.

—¿Grupi? Paso de esas mierdas.

Su respuesta fue seca, Jackson sonrió y dio otro sorbo de *whisky*, había tenido un día de mierda y la noche no había sido mucho mejor. Esperaba tener más suerte esa madrugada, aunque nunca se sabía. Estaba hasta el cuello, la mierda que lo rodeaba no lo dejaba respirar, sin embargo, esa chica parecía ser esa bocanada de aire fresco que necesitaba.

—Así que te ha rechazado.

Escuchar como otra persona ponía voz a sus pensamientos le dolió. Cogió el vaso y lo colocó frente a ella, lo llenó hasta que rebosó y se derramó sobre la mesa y después se lo bebió de un solo trago.

La sensación de quemazón en su garganta la alivió, de alguna forma la hacía sentir viva, que no todo había acabado, que pronto se iría de ese miserable pueblo en el que vivía bajo la atenta vigilancia de todos y podría ser lo que quisiera. Libre.

—Parece ser que no soy su tipo.

—Claro que no, le gustan más mayores —musitó para sí mismo.

Arizona abrió los ojos, había escuchado sus palabras, que tenían un aire de confesión. Al parecer, no estaba tan borracha como le gustaría, todavía era capaz de enterarse de todo, todavía seguía atada a la realidad.

—Soy Jackson, por cierto —dijo a la vez que extendía su mano para tomar la de ella.

—Me llamo... —Arizona se detuvo, si conocía a Mack y era un cerbero seguro que, al decirle su nombre, adivinaba de quién era hija, así que pensó que lo mejor era mentir— Indiana.

—Un placer. ¿Eres nueva por aquí? No pareces de fuera, tu acento te delata, pero no te había visto nunca.

—Estoy de paso, he venido a visitar a Mackenzie por las vacaciones, pero en unas semanas me iré.

—Es una pena... —confesó sin quitarle la vista de encima.

Era curioso, Chicago la había despreciado, sin embargo, Jackson la miraba con deseo. Tal vez no era tan mayor como le gustaban a Chicago, pero sabía lo suficiente de hombres como para interpretar esa mirada. No era la primera vez que se dejaba llevar y acababa teniendo relaciones de una noche. Ni siquiera recordaba bien la primera vez, después de perder la molesta virginidad no volvió a ver al que tuvo el honor de arrebatársela...

—Bueno, estoy aquí, esta noche.

Jackson sonrió, ella miró su alrededor y comprobó que estaban solos. Solo ellos. ¿Quién le impedía disfrutar de un poco de compañía y de paso aliviar el dolor que le oprimía el pecho?

—No me gusta aprovecharme de jovencitas pasadas de alcohol y con el corazón roto.

—Siento decirte —murmuró, levantándose para acercarse donde estaba sentado— que no soy ni una cosa ni la otra.

Y, sin pensarlo, acercó su boca generosa a la de ese joven atractivo y lo besó. Al principio Jackson la apartó, no estaba seguro de que eso estuviera bien, pero la mirada de decepción que apareció en su bonito rostro le hizo pasar de todo y dejarse llevar. No estaría mal dejar que por unas horas su

cabeza descansara y que fuera su cuerpo el que tomara el control o, mejor, que lo perdiera en el cuerpo perfecto de esa chica que había aparecido como por arte de magia en el momento adecuado.

Un desahogo, no sería nada más. Al día siguiente sería como si no hubiera existido.

Capítulo 11

Todo menos el beso

Mackenzie no podía conciliar el sueño. Todo había sido tan extraño. Todo había sido una locura para olvidar, todo menos el beso, aún notaba los labios cálidos y podía sentir el sabor de la boca de Jakob en la suya.

Se levantó de la cama, parpadeó por el cansancio y por culpa de las lágrimas que había derramado, y se acercó a la ventana. Apoyó la cabeza contra el cristal y dejó escapar un largo suspiro que llenó el vidrio de una nube blanquecina y limpió con la manga de la camiseta.

Al hacerlo, su visión se enfocó en el árbol y lo vio. Seguía allí. Solo. Sentado en el mismo lugar que horas antes. ¿Estaba loco? No le extrañaría. No podía dejarlo ahí, iba a pillar una pulmonía.

Se puso las zapatillas, cogió una sudadera y abrió, con sigilo, la puerta de su habitación. Todo parecía estar en silencio, así que bajó las escaleras de madera oscura con cuidado. No quería despertar a su madre.

Casi llegaba a la puerta cuando escuchó un murmullo apagado. Se acercó al despacho de su madre y las voces fueron cobrando fuerza. La puerta no estaba cerrada del todo y por la rendija salía un haz de luz que provenía de dentro.

Se acercó con sigilo, no podía ser vista, no quería ser vista. Si su madre la pillaba husmeando, lo de hacía unas horas no iba a ser nada comparado a lo que podía pasarle. Si algo tenía Carolina Taylor, era un agujero negro en el lugar que debería haber un corazón.

—Hay que hacer algo, no dejan de jodernos todas las entregas, jefa. — Escuchó la voz de Chicago murmurar.

Parecía una conversación seria, siempre había tratado de mantenerse al margen de los negocios de sus padres, pero no era tonta y, aunque no supiera todo con detalle, sí que conocía algunos de ellos.

—Solo aguanta un poco más. Tengo un plan en marcha, muy pronto Tunner dejará de ser un estorbo.

—Estoy cansado de esperar, Carol —dijo en un tono decaído, usando el

apelativo que únicamente le había escuchado usar a su padre.

—Vamos, ¿es que no te trato bien? —interrogó con voz melosa.

—Ya sabes que no me refiero a eso.

—Por cierto, ¿qué ha sido eso de ahí afuera?

—¿El qué?

—Ya lo sabes, ese numerito con el chico problemático.

Por unos segundos se hizo el silencio, Mackenzie se retiró unos pasos hacia atrás, temerosa de haber sido descubierta. No podía arriesgarse, así que dejó de fisgonear y se marchó con cuidado de no hacer ruido.

Evitó la puerta delantera y se coló en la cocina para usar la trasera. Una vez fuera respiró algo más aliviada y corrió en busca de Jakob.

—¿Estás loco, Jakob? —increpó, furiosa, una vez junto a él.

Jakob la miró sorprendido porque no la esperaba y, además, no entendía bien a qué demonios se refería.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has escapado?

—Sí, levanta, anda. Vámonos antes de que se dé cuenta mi mad... Carolina y tenga más problemas.

Jakob no dijo nada más, se levantó y, al hacerlo, ella lo tomó de la mano para arrastrarlo hasta que estuvieron cerca de la Harley.

—No la arranques, solo llévala. Mejor no hacer ningún ruido que los alerte.

—Ese cabrón está dentro.

Mackenzie no dijo nada, tan solo asintió con la cabeza y caminó junto a él. La moto quedó entre ambos, como si necesitaran esa barrera entre ellos en ese instante.

—¿Estás bien? —preguntó al cabo de un rato, lo que tardaron en alejarse lo suficiente de su casa.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Estarás de coña, ¿no? Te he visto destrozarte las manos contra el

tronco del árbol. «¿Por qué no iba a estarlo?» —repitió tratando de imitar su acento y deteniéndose en seco en mitad de la calle.

Jakob la miró un instante, cerró los ojos y puso la patilla a la moto.

—¿Hubieras preferido que le diera los golpes a él? Estaba dispuesto, Mackenzie, ¿o no lo has visto?

—¿De qué hablas? —preguntó Mackenzie, dando unos pasos hacia él, acortando la distancia. Lo miraba a los ojos, lo enfrentaba sin miedo y eso hizo sonreír a Jakob, ¿cómo era posible que no le temiera ni un poco? ¿Estaba loca? ¿No había visto de lo que era capaz cuando perdía el control?

—¿De qué hablo? ¿No lo has visto? —escupió, molesto. ¿A qué jugaba?

—Sí, te pregunto que de qué hablas. ¿Sabes qué podría haberte pasado? Una cosa es pelear en un *ring* con más o menos reglas, uno contra uno, pero ¿qué ibas a hacer? ¿Pelear tú solo contra todos? ¿Sabes de lo que son capaces los Cerberos? —interrogó sin ocultar lo furiosa que estaba—. Al final todos los tíos sois iguales, solo sabéis medirlos para ver quién la tiene más larga o más gorda... no lo sé —bufó, dejándose caer en el bordillo. Estaba agotada.

Jakob la miraba, había escuchado sus palabras y tal vez tenía razón, tal vez debía alejarse de ella en ese momento, no volverla a ver, pero la mera posibilidad lo molestaba. Notaba en su pecho una desazón que no comprendía, pero que ahí estaba. Tampoco tenía claro qué había hecho mal, ni siquiera había sido el primero en besarla, había sido ella. ¿No era eso una declaración en toda regla? ¡Lo había besado frente a su madre!

—Mackenzie —la llamó a la vez que sentaba a su lado—, creo que es mejor que no nos veamos más —soltó para su asombro y para el de ella.

—¿Eso crees? Vale, está bien —dijo sin más, como si no le importara en absoluto y eso le dolió como mil rechazos bien dados.

—¿Vale? ¿Está bien? ¿Y ya está?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que llore? ¿Que monte una escena como has hecho tú? De todas formas, tampoco es como si tuviésemos la oportunidad de tener algo.

—¿Una escena? ¿Eso crees que es lo que ha pasado? ¡Joder! —gritó de nuevo fuera de sí y, sin que Mackenzie lo esperara, pateó la moto con tanta fuerza que la tiró al suelo.

El estrépito la sobresaltó, pero no más que ver cómo seguía maldiciendo y dando golpes a algo que era valioso para él.

—¡Joder! ¡Me cago en ese hijo de puta!

Mackenzie lo miró unos segundos más, antes de darse la vuelta y empezar a alejarse, bastante drama había ya en su vida como para añadir un montón más y parecía que Jakob tenía tanto que rebosaba por sus poros y... por sus puños.

—¿Dónde vas? ¡Mackenzie! ¡Joder! ¡Espera! —gritó dejando en paz la moto.

Mackenzie siguió caminando, no quiso mirar hacia atrás, estaba confusa. Podría haber justificado el arrebato anterior culpando a Chicago, pero ¿ahora? Ahora estaban ellos solos.

—Mackenzie —la llamó con voz más suave, suplicante, y eso la hizo girarse—, lo siento —murmuró.

Estaba frente a ella, a varios metros, con la cabeza inclinada hacia el suelo y las manos en las caderas. Sus hombros caídos le decían que estaba arrepentido del arrebato, aun así..., no tenía claro que la curiosidad que sentía por él ni el beso que tanto le había gustado fueran suficientes para aguantar esos ataques de ira que parecía no poder controlar.

—Entiendo que quieras alejarte, de verdad... Todos acaban haciéndolo. Apartándome a un lado. No te preocupes, no te volveré a molestar, pero, me gustaría contarte qué es lo que me sucede.

—¿Qué es lo que te sucede? —inquirió, dando un paso en su dirección.

Jakob asintió y el alivio se dibujó en su mirada al ver que se acercaba de nuevo, que la distancia entre ellos no era tan grande.

—Sufro de trastorno explosivo intermitente —confesó, avergonzado.

—¿Trastorno explosivo intermitente? ¿Eso existe? —preguntó, acercándose un paso más.

Jakob asintió con la cabeza y tomó aire en profundidad. La miró y decidió que parecería menos amenazante si se sentaba, así que levantó la moto, ya se encargaría de ella más tarde, y se dejó caer en el bordillo antes de responder.

—Al principio no tenía nombre... o más bien, ni mi madre ni yo sabíamos por qué sucedía ni qué lo provocaba. A veces no había motivos aparentes, pero ahí estaba: esa explosión de ira. Y sucedía. Tenía que golpear lo que fuera, gritar, patalear..., no podía controlarlo, estaba fuera de mí, tan solo podía reconocer el rojo.

—¿El rojo? —preguntó, acercándose más, hasta quedar cerca, sentada en el bordillo, pero salvando las distancias.

—Cuando sucede todo lo veo rojo. El día que mi madre decidió que era hora de acudir a un especialista fue el que me golpeé la cabeza contra la pared con tanta fuerza que me la abrí en canal —musitó, mostrando una cicatriz que llevaba cubierta por el oscuro cabello.

Mackenzie no sabía qué decir, la imagen de un Jakob más joven dándose golpes contra una pared hasta abrirse la cabeza era difícil de digerir.

—Después de varias visitas nos explicaron qué era lo que me sucedía, resulta que no estaba loco, lo que sufro tiene un nombre. Es un problema relacionado con el control de los impulsos. Me vuelve violento y suelo tener una respuesta demasiado agresiva, desproporcionada lo llaman ellos, al hecho que la causa.

—Así que, a veces, sucede algo que para mí no tendría importancia, pero en ti desata esos arranques...

—Sí, algo así. Las crisis duran unos minutos y luego... luego desaparecen de forma espontánea, como si no hubiese sucedido nada. Pero ha sucedido y entonces llega.

—¿Qué llega?

—El arrepentimiento, la culpa, el dolor...

Mackenzie lo había escuchado en silencio, sopesando todo lo que le había contado. Al menos tenía una causa y una explicación para su comportamiento.

—¿No hay cura?

—No es una enfermedad, es un trastorno, así que no. Pero... —continuó adivinando las siguientes palabras de ella—, tiene tratamiento y puede mejorar. Aparte de los fármacos que tomo, practico boxeo para mantenerlo a raya, solo que a veces estalla.

—Entiendo...

—¿Entiendes?

—Claro, Chicago es insoportable. No me extraña que te haya dado una crisis, casi me da a mí.

Eso hizo que Jakob estallara en una carcajada que hizo vibrar su pecho y ella le siguió.

—¿Por qué suceden? —preguntó, acercándose un poco más.

Jakob agradeció el gesto, no era normal que se acercaran a él después de ver un estallido de los suyos, pero ella parecía diferente. Eso era peligroso para él porque empezaba a sentir cosas que no debería. Que tendría que tener vetadas.

—Bueno, hay muchas causas. Traumatismos en el parto, encefalitis, hiperactividad, el ambiente familiar en el que se crece, tener padres alcohólicos, maltrato infantil... El abanico es amplio.

—¿Y en tu caso? —continuó con el interrogatorio.

En su caso... en su caso, quizás, había sido un cúmulo de cosas. Pero no era el momento de hablar de eso, no se sentía preparado para escarbar en su pecho y sacar la mierda que llevaba tantos años enterrada.

—Mejor lo dejamos para otro día. ¿Y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Por qué dejas que todos hagan contigo lo que quieran?

—¿Crees que todos hacen conmigo lo que quieren? —interrogó a su vez, sorprendida. Como si no fuese consciente de ese hecho—. Supongo que, desde fuera, puede interpretarse así. Me he criado de esa forma. Mi padre... ahora mi madre, dan órdenes y todos obedecemos, entre otras cosas porque es la mejor forma de estar a salvo.

Jakob la escuchaba en silencio, se inclinó hacia atrás y apoyó las manos

en la dura superficie de granito. Miró hacia arriba y cerró los ojos. La noche era oscura, pero siempre había luces al final del túnel, en este caso, la negrura se veía rota por las salpicaduras plateadas de las estrellas.

Sabía a qué se refería, uno no se daba cuenta de su propia mierda hasta que otro de fuera se la restregaba por la cara, porque uno se acostumbra a todo, por mal que huela. Por mucho que duela.

—Supongo que no se puede juzgar sin saber la verdad que se oculta tras cada sonrisa, ¿verdad?

—De todas formas, todo acabará pronto. Tengo una cosa más que hacer para mi madre y después... después me alejaré de ella. Del club. De Chicago. De todos. Para siempre.

Mackenzie se sorprendió al escucharse decir esas cosas en voz alta, eran sus pensamientos más ocultos, esos que no se atrevía ni a confesarse a sí misma, y ahí estaban, reales gracias a que les había puesto voz.

—¿Cuando vayas a la universidad?

—Sí, no se lo he dicho aún, pero no pienso volver. Encontraré un trabajo a medio tiempo para pagarme la estancia y mantenerme y, cuando acabe la carrera, me iré lo más lejos que pueda de aquí. A un lugar dónde ella no pueda encontrarme.

—No te escondas demasiado, no me gustaría no volver a verte.

El susurro de Jakob llenó la noche, Mackenzie se giró para mirarlo a la cara y no pudo evitar notar lo guapo que era. Sus ojos azules, fríos como el hielo, la atraían de una manera irracional. Por alguna razón deseaba que esa frialdad se derritiera y los llenara de una luz diferente a la que desprendían. Se acercó un poco más, buscando su calor. La noche se volvía más fría por momentos y no llevaba nada para abrigarse.

Jakob notó el calor de Mackenzie cuando se colocó a su lado. Se tensó en un primer momento, pero, después, cuando apoyó su cabeza dorada en su hombro y se relajó, una calidez que no sentía desde hacía mucho le llenó el pecho.

¿Qué demonios le sucedía? Era como... como si la frialdad que notaba siempre dentro se derritiera suavemente, porque tenía cerca un sol que brillaba con fuerza.

Capítulo 12

Como si no corriera peligro

Pasaron en esa posición un tiempo indeterminado. Ninguno quería moverse para no romper la magia que se había creado entre ellos. Era curioso porque sin ser algo tan íntimo como un beso o un abrazo, parecía serlo mucho más. Estaban cerca, tan solo disfrutando del calor del otro, de la compañía del otro, y lo que más le sorprendía a Jakob era que ella no le temía, que estuviese a gusto junto a él. Como si no corriera peligro.

Eso le trajo de nuevo ese sentimiento de arrepentimiento por no haberse podido controlar y se sintió incómodo de pronto.

—Es muy tarde, Mackenzie, deberías volver a casa.

—No me apetece —murmuró con la voz somnolienta—, preferiría quedarme aquí toda la noche.

—¿Preferirías quedarte aquí, conmigo, toda la noche? No sabes lo que dices, ¿no te das cuenta del peligro que corres?

Sus palabras la hicieron reaccionar y sonrió. Se puso de pie y lo miró sin temor. Él seguía sentado en el bordillo y ella dio un paso más, obligándolo a abrir sus largas piernas para dejarle hueco. Una vez tan cerca que el calor era insoportable, Jakob miró hacia sus ojos para evitar posarlos en lo que tenía enfrente, que no era otra cosa que el maldito objeto de su deseo. ¿No se daba cuenta de con qué clase de fuego jugaba? Podía agarrarla por el culo en cualquier momento y hundir la cara entre sus piernas, para saborear y deleitarse con lo que ocultaba y que no dejaba de desear cada segundo con más fuerza.

—Jakob, no me siento en peligro cuando estoy contigo —susurró, colocando las palmas de sus manos en sus mejillas, que raspaban por el vello que comenzaba a crecer.

—¿Te sientes a salvo conmigo? Estás más loca de lo que pensaba... —musitó fuera de juego. En realidad, no tenía claro qué pensar, por un lado, lo asustaba como mil infiernos oírle decir que no le temía, por otro..., algo en su pecho latía con fuerza y le hacía sentir algo parecido a la felicidad.

—Puede... pero ¿qué tiene de divertido la vida sin algo de locura? —Y, en ese preciso instante, bajó la cabeza y lo besó de nuevo. Esta vez no empezó como algo tímido, lo besó con el deseo que había reprimido antes, con las ganas que llevaba guardando desde ese primer beso de improviso que ninguno había esperado y que tanto le había gustado.

—Mackenzie —la llamó en voz baja, apartándose de ella con una fuerza de voluntad que no sabía que tenía—, voy a volver a decírtelo una vez más. Si te empeñas en besarme, en acercarte a mí... no sé qué puede pasar. No tengo claro que pueda controlarme.

—¿Quién te ha pedido que mantengas el control, Lobo? —murmuró junto a su boca antes de volver a besarlo.

No se contuvo, sus manos se aferraron a su trasero y la atrajeron hacia él. El cabello largo caía sobre ellos como una cortina que los ocultaba de la mirada de cualquiera que pasara. No les importaba, tan solo se dejaron llevar por la intensidad del beso, por el calor que los abrasaba y los hacía ser uno solo en ese momento.

Mackenzie no sabía muy bien lo que hacía, se notaba que era inexperta, nada comparado a las mujeres que solía besar, por eso, cuando notó cómo su tímida lengua se aventuraba en su boca buscando de forma inconsciente su lengua, no pudo evitar emitir un sonido primitivo cercano a un gruñido.

—¡Joder, nena! Me estás matando.

—Lo siento... —susurró sin aliento.

Jakob notó en su voz un deje de inseguridad, como si pensara que lo estaba haciendo mal.

—¿Por qué? Es la mejor forma que conozco para morir.

Mackenzie, al escucharlo, sonrió y le dio un suave beso en los labios. Jakob se incorporó, la postura era incómoda y necesitaba que sus extremidades... se relajaran. Sobre todo, cierta parte de su cuerpo que no dejaba de apretarle con fuerza la entrepierna.

—¿Vas a acompañarme a casa? —preguntó, agarrándolo de la mano a la vez que buscaba su mirada. Quería saber cómo se sentía después de ese beso.

—Sí, te voy a acompañar a casa... —se interrumpió para atraerla hacia sí. El cuerpo de Mackenzie quedó soldado al suyo. Parecía perfecto para él, se amoldaban el uno al otro como si alguna vez hubiesen sido parte de un todo que se había roto por la mitad, separándose, y por fin se habían vuelto a unir—, pero quiero que tengas claras las cosas antes de que esto llegue más lejos, Mackenzie.

—Dispara.

—Ya sabes que no soy un tío normal, que tengo mis mierdas y... que me cuesta contenerme.

—Sé que nunca me harías daño.

Su afirmación lo pilló desprevenido, ¿por qué estaba tan segura de eso cuando él mismo no lo estaba?

—Bueno, al menos uno de los dos lo está. Pero has de entender que en esos momentos me pierdo por completo y no razono. No quiero que luego, si alguna vez me pasa contigo, me eches más mierda encima de la que tengo, porque te lo estoy avisando.

—Tampoco soy una ganga... —susurró.

Él la miró y pensó en cómo era posible que dijera algo así, para él era... como un ángel caído del cielo que no se merecía ni un segundo de su atención, sin embargo, al parecer, estaba dispuesta a estar con él. ¿Hasta cuándo? Esa cuestión era la que quedaba en el aire.

—Mackenzie, no digas tonterías.

—Jakob, quiero estar contigo, me has advertido, no me estás engañando y he visto con mis propios ojos lo que sucede cuando... tienes una crisis. Ahora, déjame decirte algo a ti, esto, sea lo que sea que tenemos, tiene fecha de caducidad. No puede alargarse más allá del final del verano. En otoño, cuando empiece el semestre, será como si nada de esto hubiese pasado. Como si no nos conociéramos. Como si nunca nos hubiésemos encontrado. Si estás de acuerdo con eso, no tengo problema ninguno en que nos divirtamos unas semanas.

Jakob había escuchado con atención su discurso, no sabía a dónde podría llegar eso que estaba naciendo entre ellos, pero la verdad era que tampoco estaba dispuesto a renunciar a ella tan pronto. Seguía despertando

su curiosidad, quería saber qué era lo que había sucedido en el pasado para que sintiera que tenía una deuda que pagar, ¡por favor! Si todavía no era más que una niña, ¿qué podría haber hecho tan grave?

Por otro lado, debía reconocer que había más cosas que despertaba en su cuerpo aparte de la curiosidad y una de ellas todavía era evidente y apretaba bajo el pantalón a pesar de los minutos que habían pasado, pero tenerla tan cerca, notando sus pechos rozando el suyo... parecía demasiado incluso para él.

—Está bien, nos divertiremos hasta que acabe el verano, tampoco es que tengamos nada mejor que hacer ninguno de los dos, ¿verdad?

—Entonces, ¿hay trato? —inquirió, extendiendo la mano como pudo hacia él, incómoda por la escasa distancia que los separaba.

—Hay trato —afirmó besándola. No iba a perder la oportunidad de besarla para cerrar un trato con ella con un apretón de manos.

Otra vez, el beso los dejó sin aliento, era extraño, porque la sensación la dejó sin fuerzas y con un mareo similar al vértigo. Como si estuviera a muchos pisos de altura y, a pesar del miedo a caer, le gustara el riesgo que suponía. La hacía sentir viva, libre. Y su sabor era adictivo, era como si Jakob Wolf fuese el indicado, el problema era que había llegado antes de tiempo, unos meses antes...

Regresaron de la misma manera que habían llegado hasta allí, caminando. La Breakout iba entre los dos, como si la necesitaran para guardar la compostura. Charlaron animadamente de cine, era curioso que a ella solo le gustaran las comedias románticas, pensó que también le gustarían las de acción, al igual que a él, pero al parecer no era así.

—Bastante acción tengo ya en casa —murmuró.

—Así que, si te invito al cine, ¿voy a tener que llevarte a ver una mierda romántica de esas?

—¿Pero vas a llevarme al cine y vas a ver la película? No me esperaba eso de ti, Lobo —rió de buena gana. Y su risa llenó de pequeñas luces brillantes la noche.

Junto al árbol que horas antes había aporreado, se detuvieron. Jakob la tomó por la cintura y la besó a conciencia. Quería que ese beso no la dejara

dormir, porque sabía que él no iba a hacerlo tampoco pensando en lo que podría suceder después de esos besos e imaginando cómo sería estar con ella si un solo beso lo dejaba *KO*.

Entre risas propias de amantes, se despidieron, sin ser conscientes de que no eran los únicos en el jardín de la casa de Mackenzie.

Capítulo 13

Mal humor

Chicago dejaba la casa de Carolina Taylor molesto, ni siquiera volver a follársela le había quitado el mal humor. Todo parecía complicarse. Todo parecía estar a punto de irse a la mierda. Todo por lo que había trabajado tan duro parecía desvanecerse ante sus ojos.

Ese Lobo había ganado puntos frente a la jefa, no solo porque lo había dejado *KO* sobre el *ring*, el muy cabrón peleaba bien, debía reconocerlo, sino porque, además, parecía que tenía encandilada a Mackenzie y no le gustaba.

Aunque se tirara a Carolina de vez en cuando para aliviarse y para tenerla contenta, la realidad era que Mackenzie tenía algo que lo atraía desde siempre y había dado por hecho que terminaría con ella. En cuanto Phoenix Taylor saliera de la cárcel, no tendría que estar sujeto a los caprichos de Carolina, aunque tampoco era que fuera un sacrificio muy doloroso. Carolina era una mujer de cuarenta años en la flor de la vida con un atractivo indudable y un físico envidiable. Era una versión madura y segura de sí misma de Mackenzie, se parecían mucho, aunque a Carolina no le gustara admitirlo, pero Mackenzie tenía esa mezcla explosiva de mujer fatal y joven inocente que era insoportablemente atrayente.

Salía de casa, después de dejar a la jefa satisfecha, en busca de su vehículo, cuando los vio. Al principio pensó en acercarse, obligar a Mackenzie a entrar en casa y patearle el culo al niñato de los cojones de una vez por todas, pero después, a pesar de apretar tanto los puños que casi se hirió la piel de las manos, pensó que lo mejor era seguirlo para averiguar dónde vivía y quién era en realidad ese tal Jakob Wolf que había aparecido de la nada tan solo para joderle todos sus planes.

Esperó con paciencia a que se despidieran, maldijo a todo lo que se le ocurrió e imaginó las mil y una formas en las que volvería a pelear con él y lo haría lamer la lona y, cuando por fin Mack entró en la casa, se aventuró a seguir a Jakob.

Al principio no entendía a dónde iba, había creído escuchar, aunque no tenía claro de a quién, que era uno de los niños de la casa de acogida que

había en Fort Mill, aunque más que una casa de acogida era un reformatorio en plan militar para jóvenes problemáticos, que cumplían allí su condena a base de servicios para la comunidad, se reformaban y dejaban de ser un problema, y una carga, para el estado.

Por eso le pareció extraño el camino que tomó, en dirección contraria al pueblo de Fort Mill, así que eso despertó más su curiosidad, además, el hecho de que no hubiese arrancado la Harley y tan solo la llevara a remolque lo hizo desconfiar más. Debía de ir a un sitio cercano, ¿a casa de otra chica? ¿De algún amigo? ¿Haría algo que lo metiera en problemas? La incertidumbre le hacía hervir la sangre en las venas por la expectación, no podía dejar de pensar en qué era lo que se traía entre manos y se quedó de piedra cuando, en pocos minutos, lo vio detenerse justo en la casa del jefe Tunner.

En un primer momento pensó que iba a robar o hacer alguna fechoría, pero al ver que guardaba la moto en el garaje y que entraba por la puerta de la casa, hizo que la pieza del puzzle que no era capaz de encajar lo hiciera en ese preciso momento. Estaba claro: era el hijo del jefe Tunner, ese del que todo el mundo hablaba y que nadie conocía porque se suponía que iba a llegar justo un par de semanas antes de empezar las clases. ¿Qué hacía aquí tan pronto? ¿Qué se traía entre manos para no desvelar su identidad? No lo sabía, pero lo averiguaría, de momento, se guardaría ese as en la manga y esperaría el momento exacto para usarlo.

Más tranquilo, se marchó al Anarchy, necesitaba relajarse. Y hablar con Jackson sobre negocios. Así que arrancó su moto y, con una gran sonrisa en la cara, puso rumbo al Anarchy.

Cuando detuvo la moto en la puerta del local, era ya casi de día. El sol empezaba a amenazar con llenarlo todo de colores. Otra maldita noche sin dormir, pero no le importaba, esas horas que había robado al sueño merecían la pena, sin lugar a dudas.

Al entrar se encontró el lugar desordenado y a Jackson, con pinta de no haber pegado ojo tampoco, ordenando algo el lugar antes de que volviera a abrir las puertas.

—¿Qué te trae por aquí, Chicago? —preguntó con voz apagada sin necesidad de girarse para saber quién era. Conocía el ronroneo de la Harley

de Chicago, como la de otros tantos, a la perfección, así podía saber de antemano quién lo visitaba sin que lo pillara por sorpresa.

—¿Cómo has vuelto a saberlo? No entiendo cómo lo haces... —soltó con tono distendido y más relajado a la vez que tomaba asiento en uno de los altos taburetes de la barra.

—Fácil, me ha llegado el olor a perro chamuscado —escupió, sabiendo que esas palabras iban a molestarlo.

—En otro momento te partiría esa boca que tienes, pero hoy no. Estoy contento.

—Me alegro por ti. Ahora dime, ¿qué quieres? Estoy cansado y quiero largarme de aquí de una puta vez.

—¿Una mala noche? —inquirió con malicia.

Jackson había sido un cerbero, en realidad lo seguía siendo porque no lo dejaban salir. Aunque lo deseaba. Pero su adicción a los juegos de azar, sobre todo al póker, le hacía estar cada vez más endeudado con el club y se veía en la obligación de trabajar horas extras para ellos, además de mantener su trabajo habitual.

Jackson estuvo a punto de decirle que no, que en realidad gracias a él había pasado una noche estupenda consolando a una de las chicas a las que había roto el corazón, de hecho, la había consolado justo en la barra del bar, en ese mismo lugar en el que ahora se apoyaba, pero algo lo retuvo. No quería meter en problemas a Indiana, aunque no fuesen a verse nunca más, debía reconocer que había sido diferente con ella. Había sido la primera vez que se había dejado llevar de verdad, que se había olvidado de toda la mierda que lo ahogaba poco a poco, cada día más.

—Como todas. Ve al grano, quiero irme a casa y descansar.

—Se está preparando una partida clandestina. Va a haber en juego mucho dinero. La inscripción para participar será de cincuenta de los grandes. Van a ser tres partidas simultáneas, tres mesas, seis jugadores por mesa. Dieciocho en total. Se abre con un mínimo de cien de los grandes, sin límite en la apuesta.

Jackson no pudo evitar silbar. Había llamado su atención, era una partida de las de verdad, de esas que hacían que los huevos se te pusieran de

corbata si eras un muerto de hambre como él e ibas perdiendo, pero precisamente ahí radicaba la emoción. Ya notaba la adrenalina recorrer su cuerpo por completo.

—¿Te interesa hacerte cargo de ella?

—¿Qué me voy a llevar yo? —preguntó tratando de sonar indiferente, como si no lo afectara para nada ese hecho. Como si no fuera un puto adicto al juego.

—Un cinco por ciento de lo que gane la banca.

Estaba colocando una de las sillas sobre la mesa para poder barrer bien y la dejó caer en ese momento con demasiada fuerza. Sabía que, si perdían mucho, él podía ganar mucho. En partidas de ese tipo la gente que se metía tenía un poder adquisitivo tan alto que perder un millón de pavos no suponía problema alguno para sus finanzas. Tal vez era su oportunidad de ganar lo suficiente para saldar su deuda y dejar de una puta vez ese mundo en el que estaba atrapado. Pero la tela de araña que habían tejido a su alrededor era tan sutil como fuerte: irrompible.

—Tengo que pensarlo, es una partida importante.

—Puedes ganar mucho.

—También perder mucho.

—Mucho no, todo. Si sale mal, perderías todo, incluida la vida. Ya conoces las reglas. Antes muerto que delatar a la familia.

Jackson se llevó las manos a las caderas y bajó la cabeza, tenía que meditarlo todo bien, se había propuesto poner fin a ese mundo que no paraba de ahogarlo más, pero las tentaciones cada vez eran mayores y si de algo carecía era de fuerza de voluntad.

—¿Cuándo? —preguntó sin más. No hacían falta más detalles.

—Te avisaré, pero antes de Navidad.

—No tendrás intención de hacerlo allí, ¿verdad? —interpeló, imaginando el peor de los escenarios.

—Justo allí. Ahora te dejo, tengo que descansar, esta noche tengo que pelear.

—Espero que no vuelvas a hacerlo con ese chico nuevo, creo que no vas a poder vencerlo, es mucho mejor que tú usando los puños.

Chicago esbozó una sonrisa de medio lado, esa que siempre usaba para acobardar a sus presas, esa misma que le otorgaba ese aire que avisaba de que era peligroso, y se acercó a él. Jackson no se amedrentó, no era la primera vez que chocaban como dos trenes de mercancías fuera de control, su odio era mutuo, al igual que la necesidad del uno por el otro.

—Sabes que cuento con una fuente de recursos inagotables, tengo otras formas sé vencerlo sin necesidad de levantar los puños —afirmó a la vez que se alejaba con paso firme y seguro, sin prisa. Disfrutando de la derrota de Lobo por adelantado.

—Soy consciente de ello, ¿y tú? ¿Cuándo vas a dejar de joderle la vida a niños perdidos?

—Nunca, amigo, nunca. Ese es mi negocio.

Capítulo 14

Su calor, sus palabras

Abrió los ojos y, por un momento, no sabía dónde se encontraba. Todo estaba oscuro y no había ni un solo ruido en la casa. Se levantó y describió la cortina para cerrar los ojos de nuevo a toda prisa, el sol la había cegado.

Parpadeó una y otra vez hasta que los ojos se acomodaron a la luz y enfocaron fuera. No sabía qué era lo que podía estar pasando, todo su jardín estaba repleto de motos aparcadas. Por lo general, siempre había movimiento, pero no recordaba haber visto nunca tantos cerberos en casa al mismo tiempo, así que supuso que sería algo gordo lo que su madre estaría tramando.

Dejó escapar el aire y golpeó el vidrio, tibio por el calor del sol, con la frente. Estaba agotada, pero... pero feliz y sonrió a la vez que se llevaba las manos al estómago, revuelto al recordar la noche con Jakob, el beso, su calor, sus palabras... Ahora estaban juntos, ¿verdad?

Con una sonrisa boba de la que no era consciente, salió de su habitación dispuesta a darse una ducha y quitarse un poco del cansancio que se acumulaba bajo sus ojos.

Cuando regresó a su dormitorio, secándose la larga melena dorada con una toalla, se encontró sentada en la cama con las piernas cruzadas a Arizona. Estaba preciosa, siempre lo estaba.

Su cabello oscuro y sus ojos azules la hacían muy llamativa y, además, tenía una boca de labios carnosos que, hasta a ella, le apetecía besar. No le extrañaba que fuera un imán para los tíos, porque a pocas mujeres les gustaban las motos y el boxeo. Y, para colmo, era inteligente. Eso la hacía una bomba y lo irradiaba por cada poro de su piel.

—Buenos días, dormilona. ¿A qué hora volviste a casa? Me han puesto al día abajo los perros de tu madre, parece que hubo *festa*.

—Algo así..., pero no tengo ganas de hablar de ello. Y a ti, ¿cómo te fue con Chicago? —soltó y, en ese instante, cayó en la cuenta de que él había llegado con su madre, ¿le habría dado calabazas? No, eso no era posible, ¿calabazas a Ari?

—Bueno, si te digo la verdad..., me fue fatal. Llegué allí y me echó, sin miramientos. Así que lloré, me emborraché y conocí a un tío que estaba buenísimo y... me lo tiré.

Mackenzie dejó de secarse el pelo, la miró a los ojos y se sentó a su lado en la cama. La conocía muy bien y no era de las que se iba tirando a cualquiera que acabara de conocer, por eso supo que el rechazo de Chicago le tenía que haber dolido como mil demonios derramando lava dentro de su pecho.

—Ari, ¿estás bien? Aquí no tienes que disimular, no conmigo.

Arizona levantó los ojos hacia su amiga, que se anegaron de humedad, y se abrazó a ella. La verdad era que le dolía el pecho, no solo por el rechazo, sino porque no podía contarle a su amiga que lo había visto con otra mujer y que no era otra que su madre. Tampoco podía contarle que los había visto follar. ¿Cómo iba a romperle así el corazón? Sabía, mejor que nadie, cuánto se culpaba por el hecho de que su padre estuviera preso, además, su madre no dejaba de recordárselo en cada oportunidad que se le presentaba.

Se habían criado como hermanas, su padre, Brooklyn, y Phoenix, el padre de Mack, habían sido como hermanos y, cuando la madre de Ari murió, pasaron mucho tiempo juntos. Por lo que las niñas habían crecido como familia y el sentimiento no había desaparecido ni cambiado con el paso de los años. Por eso se encontraba en ese dilema, no quería decírselo porque sabía el daño que podía hacerle, pero tampoco le parecía bien callarse algo así. Eso era lo que más le dolía, no saber qué hacer, que ella estuviera en medio de esa situación tan extraña.

—No lo estoy. Claro que no, llevo enamorada de Chicago desde... siempre. A pesar de saber que la única que le interesaba eras tú. Pero me dolió que me rechazara, que me echara. Además, cuando me iba, vi que otra entraba en la sala de descanso.

—¿Quién era? ¿La conoces? —Mackenzie tenía claro quién podía ser, no en vano había visto la actitud de su madre con Chicago en el Poker Face, así que no le extrañaría para nada, de hecho, estaba muy segura de que esa mujer que había acudido a verlo tras la pelea había sido su madre. Tal vez ese era el motivo por el que Arizona estaba tan destrozada, si lo pensaba, si se ponía en su lugar, debía estar entre la espada y la pared.

Ari la apretó más fuerte contra ella y hundió su cara en el hueco de su cuello. Siempre que estaba rota lo hacía. Y habían sido muchas veces, uno de los defectos de Arizona era que se enamoraba con mucha facilidad, la misma que tenía para que le rompieran el corazón. A pesar de su apariencia de chica dura, en realidad era un trocito de pan y muy sensible, sobre todo, en los temas del amor. Tal vez por no haber conocido el amor materno, quizá ese era el motivo de que constantemente estuviese buscando algo que no sabía qué era y que pudiera suplir ese hueco que su progenitora había dejado hacía tantos años.

—Era mi madre, ¿verdad? —Suspiró, alejándola para poder mirarla a la cara.

Al hacerlo, se dio cuenta de que estaba en lo cierto, su expresión había cambiado a una casi de horror.

—No te preocupes, los vi. Sé que se acuesta con Chicago, lo que me hace pensar en cómo de larga es su lista de amantes y si mi padre tendrá alguna idea de lo que pasa aquí en su ausencia.

—Lo siento... —susurró su amiga todavía compungida.

Mackenzie cabeceó, ella tenía madre, pero era como si no la tuviera. A veces... a veces pensaba que la que tenía que haber muerto aquella noche debía haber sido su madre y no la de Arizona.

—No te preocupes. Así que, ¿has conocido a un chico?

—¿Un chico? No, para nada, ya sabes que a mí los niños no me van —bromeó para quitarle hierro al asunto—: un hombre. Además, es guapísimo y tiene un cuerpo... Aunque lo mejor de todo fue cuando me lo hizo sobre la mesa de billar en el Anarchy.

—Eres incorregible —dijo dejándose llevar por la atmósfera más ligera—. Espera, ¿sobre la mesa de billar? ¿Es eso posible?

Arizona resopló, no podía creer lo ingenua que era su amiga y menos siendo la hija de una mujer como su madre.

—Y sobre la barra del bar, en el taburete... Me faltó hacerlo con él en la Harley —confesó, guiñándole uno de sus bonitos ojos.

—¿También se puede hacer en una Harley? —preguntó, sorprendida y a

la vez interesada en esa posibilidad.

—Tienes mucho que aprender, pequeña —dijo poniendo los ojos en blanco y sonriendo a la vez al ver la expresión pensativa de su amiga—. Necesitaba algo de calor humano y él se presentó en el momento adecuado. Además...

Mackenzie miró a su amiga, esperando su confesión. Era extraño, por lo general nunca había un *además*.

—¿Además? —preguntó, alzando la ceja con interés.

—Además, es extraño, pero, aunque parecía un cerbero, no lo conozco, no lo he visto nunca y...

—¿Hay más? —la interrumpió—. Eres una caja de sorpresas, Ari, ¿qué más hay?

—No sé..., fue... diferente.

Al escucharla usar esa palabra, supo exactamente a qué se refería. Era cierto que ella no tenía su experiencia. En realidad, aparte de algún beso y algún que otro tocamiento con ropa incluida, su conocimiento del sexo era nulo, mucha teoría, sí, pero cero práctica. Sin embargo, eso mismo había sentido al estar tan cerca de Jakob, que era diferente. Que lo que despertaba en ella lo era, que ella misma a su lado lo era.

—Suenas peligroso para ti, Arizona.

—También lo pensé y la verdad es que no me lo he podido quitar de la cabeza, pero da igual, porque no voy a volver a verlo.

—¿Estás segura? ¿No trabaja en el Anarchy?

Arizona abrió mucho los ojos al caer en la cuenta de que su amiga tenía razón. Si quería volver a verlo solo tenía que pasar por allí. ¿Lo haría? No lo tenía claro porque sus planes de futuro eran inamovibles, iría a la universidad, estudiaría y se largaría tan lejos como pudiera, ojalá que Mackenzie la acompañara y se alejaran de esa mierda las dos juntas.

—Bueno... ¿y qué pasó con Jakob?

Mackenzie la miró a los ojos, después los cerró y los presionó a la vez que dejaba escapar un suspiro.

—Cenamos en el Poker Face, estaba hasta los topes, como siempre. Me estaba divirtiendo con él. A pesar de su pinta de chico malo, es mucho más que eso, esconde tanto que me hace sentir curiosidad por él.

—Vaya, mi amiga se ha enamorado por primera vez —musitó, estirándose en la cama y colocando sus manos como almohada tras su cabeza.

—Y pasó, no me lo esperaba, pero Chicago, los chicos y mi madre entraron en el local. Ahí los vi. Con una actitud muy poco apropiada para ser solo jefa y subordinado.

—Entiendo... por eso lo has sabido.

Mackenzie no contestó, tan solo asintió con la cabeza.

—Cogí a Jakob y lo saqué de allí sin que nos vieran. ¿Sabes? Para llegar al Poker Face me dejó conducir su Breakout.

Al escuchar eso, Arizona se levantó de la cama como impulsada por un resorte y la agarró por los hombros.

—¿Qué coño...? ¿Te dejó su moto? ¿No es coña?

—Yo también flipé, la verdad es que no imagino a ninguno de los Cerberos dejando su moto a nadie, ya conoces su credo: «Las cosas de montar ni prestan ni se dan», lo que incluyen a sus mujeres y sus Harley. Pero lo hice, no te imaginas qué bien va, tiene un ronroneo ronco y sensual...

—Vale, vale, me hago una idea y, ¿cómo es que te dejó conducirla?

—Después de la pelea no se encontraba bien y me dejó llevarla. Bueno, pues después de salir a hurtadillas del local, fuimos a Glencairn Gardens.

Arizona dio un bote en la cama y volvió a zarandearla por los hombros, lo que hizo que su cabello, aún húmedo, se pegara a su rostro.

—¿Lo has llevado a tu lugar especial? ¡Vaya! Sí que te ha dado fuerte... ¡No me lo creo! —gritó, entusiasmada, dejándose caer hacia la cama y tapándose la cara con la almohada para, acto seguido, patear sobre el colchón. Mackenzie no pudo evitar reírse de buena gana. Arizona era tan expresiva...

—Pues cenamos allí, charlamos y regresamos a casa cuando nos encontramos con la sorpresa de que mi madre y los perros regresaban también.

—Vaya, puedo imaginarme el encontronazo.

—No, no podrías ni aunque te lo contara...

—¿Se liaron a golpes?

—Casi, pero no, mi madre empezó a darme órdenes e hizo un comentario poco apropiado, yo estaba furiosa porque sabía que tenía algo con Chicago, así que, frente a todos, me acerqué a Jakob y lo besé — confesó en voz baja las últimas palabras ante la mirada asombrada de su amiga.

—¿De verdad hiciste eso? —insistió sin poder creer lo que escuchaba, Mackenzie tan solo asintió y sonrió con timidez—. ¡Mierda santa! ¿Y me lo perdí? ¿Qué cojones estaba haciendo? Ah, sí, estaba tirándome a ese tío bueno de Jackson.

—Espera, ¿Jackson? ¿Alto, con el pelo claro, guapo y con una sonrisa encantadora?

Arizona miró a su amiga y asintió con la cabeza, ¿lo conocía?

—¿Lo conoces?

—Hacía mucho tiempo que no lo veía, ha cambiado mucho, fue un aspirante hace años, aunque pensé que lo había dejado... Lo que más me sorprende es que no has olvidado su nombre. Sí que tuvo que impresionarte —dijo riendo sin parar.

—Ya lo sabes, por mucho que me gustara, mis planes no van a cambiar por nada ni por nadie. ¿Sucedio algo más?

—Bueno...

—¿Bueno? No venía preparada para esto, Mack. Tenías que haberme avisado, hubiese traído palomitas.

Mackenzie sonrió, una sonrisa de verdad de esas que llegan hasta los ojos y los llenan de un brillo especial.

—Después de unas horas, me asomé a la ventana porque no podía

dormir y lo vi, seguía sentado en el suelo, junto al árbol que escalábamos de niñas, y me escapé.

—Para, para, para, que has metido el turbo, ¿te escapaste de casa en la madrugada para irte con él?

—Sí. Y, además, creo que estamos saliendo...

—¿Crees que estáis saliendo? ¿Cómo que crees...? ¿Lo estáis o no?

—Hasta que acabe el verano, sí. Después..., después no podremos seguir. Ya sabes.

—No, no sé...

—Tengo un encargo de mi madre.

—¿Un encargo? —preguntó, recelosa, ¿qué podría haberle pedido su madre que hiciera para ella? Nada bueno, eso lo tenía claro.

Mackenzie asintió con la cabeza, se alejó de su amiga unos pasos y se quedó mirando por la ventana el patio todavía repleto de motos. Dejó escapar el aire y se giró para contarle a su amiga lo que su madre le había pedido.

—Quiere que capte a un chico para el club.

—¿Un chico? ¿Qué chico?

—Al parecer, Tunner tiene un hijo. Llegará un par de semanas antes de que comiencen las clases. Carolina quiere que lo atraiga y que haga lo que tenga que hacer para cumplir con el encargo.

Arizona asintió, conocía bien a Carolina y no podía decir que la sorprendiera el encargo. Era una mujer que no se había ganado el derecho a ser llamada madre, pero también sabía que Mackenzie lo haría sin rechistar porque la culpa estaba muy arraigada en ella.

—No tienes que hacerlo, mándala a la mierda de una puta vez, es una arpía —escupió, furiosa.

—Lo sé, por eso lo he decidido: será lo último que haga por ella.

Capítulo 15

Ganas insatisfechas

Jakob estaba agotado, no había dejado de darle duro al saco desde que se había levantado. Lo primero que había hecho había sido dar una vuelta por el pueblo, corriendo. Necesitaba quitarse la sensación de entumecimiento que recorría su cuerpo, pero, claro, apenas había podido dormir nada. La culpa la había tenido Mackenzie y sus ganas insatisfechas de ella.

Así que cuando se cansó de dar vueltas en la cama y de sonreír como un alfeñique, se levantó y se dispuso a entrenar. Al menos eso mantendría a raya la tensión; lo último que deseaba era volver a tener un estallido incontrolable frente a ella, ni herirla. Si en algún momento la lastimaba..., no se lo perdonaría nunca.

Seguía apoyado sobre el viejo saco de boxeo que su progenitor le había conseguido del gimnasio de la policía cuando entró sin previo aviso.

—Te buscaba..., hijo —dijo con la misma incomodidad que él sentía.

—No hace falta que me llames hijo, no es cómodo para ninguno de los dos esta situación, lo sé, pero no te preocupes, solo serán unas semanas más, después me iré a la universidad y dejaré de ser un estorbo.

—No quería que sonara así, es tan solo que... todavía no me creo que tuviera un hijo sin saberlo.

—¿Qué quieres? —preguntó, enlazando otra secuencia de golpes contra el saco.

—He pensado que te gustaría venir conmigo.

—¿Contigo? ¿Adónde? —preguntó con sorpresa, deteniendo en seco su ataque.

—A Winthrop Lake.

—¿Vas a ir a un lago? ¿Para qué?

—A pescar algo para la cena.

Jakob cerró los ojos un segundo, hacía tiempo que había pasado la hora

del almuerzo, aunque él no hubiera tomado nada, con toda seguridad pronto la noche se les echaría encima y no quería agobiar a Mackenzie, aunque se muriese de ganas de verla. Tampoco había recibido un mensaje suyo, aunque, claro, ¿cómo iba a poder recibir un mensaje o una llamada? Acababa de recordar que no se habían intercambiado los números de teléfono. ¡Menudo fallo!

También creyó que no era del todo una mala idea charlar un rato con ese hombre que le había dado la vida y conocerlo algo más. Descansar y disfrutar de un poco de paz, después del día y noche pasados tan ajetreados, le vendría bien.

—Vale, me parece perfecto. Deja que me cambie.

—Te esperaré en la camioneta —contestó con una sonrisa en la cara que le hizo darse cuenta a Jakob de que de verdad le agradaba la idea.

El jefe Tunner se conservaba bien para la edad que tenía, seguía bastante en forma, era atractivo y la verdad, aunque le jodiera, se parecía a él más que a su madre, de la que solo había heredado el color azul de ojos.

Subió a su habitación, se dio una ducha rápida y se puso ropa cómoda. De pronto, la idea de pasar algo de tiempo a solas con el hombre que le había dado la vida no le parecía tan mala.

De hecho, si se atrevía y surgía la oportunidad, tenía muchas cosas que preguntarle. Muchas dudas que no dejaban de rondarle por la cabeza. Al terminar, bajó y salió buscando la *pick-up* negra que conducía. Al localizar a su padre en ella, se subió en el asiento del copiloto y este arrancó rumbo al lago.

Al llegar, aparcaron en la zona destinada para ello, Jakob se bajó del coche sin saber muy bien qué hacer, el viaje había sido un poco incómodo, ya que ninguno de ellos había encontrado las palabras para iniciar una conversación por torpe que fuera.

—¿Puedo ayudar en algo? —interrogó a su padre acercándose a la parte de atrás.

—Sí, claro, lleva las cañas y las sillas, yo llevaré el resto de enseres.

Jakob asintió y cogió el par de fundas que su padre le ofrecía, supuso que dentro irían las cañas, aunque la bolsa le parecía muy pequeña, imaginó

que, de alguna forma, estas se plegaban para caber ahí dentro. También tomó un par de sillas plegables y su padre agarró un par de neveras después de cerrar el vehículo y comenzar a caminar.

Llegaron a una zona que, supuso, estaba preparada para la pesca, a unos metros de distancia podía ver a un hombre mayor mirando el lago, en paz, con la caña a su lado, con la misma tranquilidad de la que él hacía gala.

—Pon las sillas aquí, pero deja espacio suficiente en medio para que quepa la caja de aparejos y la nevera.

Así que una de ellas no era una nevera, era una especie de caja de herramientas que desplegó y que estaba llena de artilugios. Algunos hasta le sonaban. Vio algunos que parecían corchos, otros que supuso eran las plomadas, los señuelos, ¿se les llamaba moscas? Y anzuelos, esos eran los que tenía más claros.

Se sentó en la silla sin saber qué más podía hacer y su padre se sentó a su lado, abrió la otra nevera y sacó un par de cervezas, ofreciéndole una. Dudó, pero al final decidió que podría tomar al menos una, no más, no quería que el jefe de policía le enchironase por ir bebido.

Con calma, abrió una de las fundas y empezó a montar la caña, él miraba de reojo, no sabía muy bien cómo comportarse, se sentía un poco coartado y tampoco entendía de pesca tanto como para iniciar una conversación.

—Ten, está lista, tan solo levántate, tómala con cuidado y tírala. Da igual a dónde caiga. No te preocupes por eso.

Jakob asintió e hizo todo lo que le pedía ese hombre al que todavía no podía llamar padre. Tomó la caña de su base, inclinó el brazo y el cuerpo un poco hacia atrás y después lanzó.

Fue limpio, recto y largo: perfecto.

—Vaya, ese ha sido un lanzamiento muy bueno —murmuró, sorprendido. No porque lo hubiese hecho bien, sino porque la genética era asombrosa; no solo le recordaba a él en su versión más joven, sino que lanzaba la caña de la misma maldita forma en la que él lo hacía.

Se levantó e hizo lo mismo, Jakob se dio cuenta del detalle y bajó la cabeza para ocultar la sonrisa que asomó a su rostro. Nunca había tomado

una caña, nunca la había lanzado, ¿así que la genética funcionaba de esa forma?

Se sentó tras el lanzamiento, que sobrepasó en distancia al de su hijo, y acercó la botella de cerveza a la suya para brindar. Tras el sonido que hizo el cristal al entrechocar dieron un sorbo. Jakob no soltó la botella entre sus piernas como había hecho su padre y como él mismo habría hecho, necesitaba tener algo entre las manos, que sentía húmedas por los nervios.

—Así que eres bueno usando los puños.

—Bueno, no me quedó otra alternativa —masculló.

—Sé que sufres un trastorno por el que te cuesta contener... los arrebatos de mal genio.

—Es una forma de verlo, pero no es tan simple. Ojalá lo fuera.

—He querido decírtelo desde que llegaste, pero la verdad... —se interrumpió llevándose una mano al cuello y frotándoselo sin parar— es que no sé muy bien cómo manejar esto. Hasta hace unas semanas no sabía ni que tenía un hijo.

—Yo tampoco sabía que tenía un padre, ni que mi madre no te había contado de mi existencia, hasta que murió.

—Lo siento, debía haber estado allí. Si tan solo hubiésemos mantenido el contacto...

—Supongo que ya da igual, tampoco podrías haber hecho mucho.

Las imágenes de una niñez muy diferente a la que había tenido aparecieron sin aviso en su mente, pero las apartó de un plumazo. No tenía tiempo para imaginarse creciendo al lado de ese hombre, yendo a pescar los domingos, enseñándole a montar en bicicleta...

—¿Qué vas a estudiar en la universidad?

—Administración Deportiva.

El hombre cabeceó, conforme. Jakob dio por hecho que era una forma de demostrar que le parecía una decisión acertada.

—¿Vendrás... de vez en cuando? ¿En vacaciones?

Lo preguntó con apenas un hilo de voz, sin dejar de mirar el horizonte y

dando un largo sorbo a su cerveza después, como si lo avergonzara demostrar que quería mantener una relación con él.

—¿Te gustaría? —preguntó con sorpresa.

—Claro, eres mi hijo.

Esa afirmación hizo que el vello de su nuca se erizara, habían sido tantas las veces que lo había odiado, que lo había culpado de todo..., pero lo había hecho porque era fácil, mucho más que culpar a una madre que no supo hacerse cargo de él ni pidió ayuda al hombre que lo había engendrado. Una madre que lo había dejado en un segundo plano, que había permitido que abusaran de ella, pero también de él.

—Supongo que podría venir de vez en cuando y... pescar contigo.

El comentario hizo que el jefe de policía esbozara una sonrisa de medio lado. Le gustaba la idea de poder conocer a ese joven que tanto se parecía a él a pesar de no haberse criado junto a él.

Pasaron unos largos minutos en silencio, la cerveza se terminó y el jefe sacó otro par de botellines y un par de lo que imaginó serían sándwiches.

—Me ha llegado un rumor que no sé si creer —soltó de repente. Tal vez el alcohol consumido lo ayudaba a tener el valor que no encontraba de otra forma.

—¿Qué rumor? —inquirió sin saber muy bien a qué se refería.

—Dicen que te han visto con los Cerberos, en concreto que te han visto con la chica Taylor.

—¿Y si fuera así?

—Preferiría que te mantuvieses alejado de ellos. Son unos buenos para nada. Solo saben buscar y meterse en problemas. Son peligrosos, además, están enredados en todos los asuntos turbios que puedas imaginar.

—Mackenzie me gusta, es diferente a ellos. Lo que no sé es por qué no eres de su agrado, ¿qué sucedió entre vosotros? —se atrevió a preguntar.

La mirada del jefe Tunner se oscureció, como si viajara atrás en el tiempo, a un lugar oscuro que evitaba visitar.

—¿No te han contado nada? —Giró la cabeza para mirarlo a los ojos y

ver que Jakob negaba con la cabeza—. Cuando tenía más o menos tu edad, Phoenix Taylor y yo éramos inseparables. Nos gustaban las mismas cosas, hasta tal punto que nos gustaba hasta la misma mujer.

Jakob abrió los ojos, ahora podía entender un poco qué sucedió. Pero ¿había sido Carolina la que los había separado o por el contrario se habían separado cuando ella eligió?

—Es gracioso que tengas un gusto parecido al mío en mujeres. Mackenzie se parece mucho a su madre cuando tenía su misma edad. Era pura vida. Era lo que más me gustaba de ella, y yo pensé que ella se sentía de igual forma. Pero no fue así. Eligió a Phoenix y me costó entenderlo porque se había unido a los Cerberos y no dejaba de cometer fechorías. No podía comprender cómo prefería a un delincuente antes que a un representante de la ley. Así que nuestra relación de tantos años de tres se rompió para siempre y me dejó con el corazón destrozado.

Jakob se formaba una idea bastante clara de lo que había sucedido, de hecho, si hubiese sido amigo de Chicago hubiese vivido una situación parecida, solo que Mackenzie no tenía la opción de elegir al chico bueno, porque ambos eran chicos malos.

—¿Fue cuando viajaste a Alemania?

—Sí, viajé, mucho, quería ver mundo y fue ahí cuando conocí a tu madre. Dana Wolf era un huracán, aguantaba el alcohol como el más sembrado de los hombres, jugaba al póker, fumaba y le gustaba la acción. La conocí una noche en un garito en el que bebía, se subió a la barra del bar e hizo una demostración de cómo sabía mover ese cuerpo que tenía.

Jakob dio un sorbo a su cerveza, tal vez era demasiada información de golpe. Pero no sabía si volvería a pillarlo con ganas de hablar y le gustaba conocer una parte de la vida de su madre que era desconocida para él.

—Me enamoré de ella. Fue un flechazo, instantáneo. Y, bueno, después de unos meses intentándolo, nos dimos cuenta de que no éramos el uno para el otro, regresé aquí y..., bueno, el resto de la historia la conoces mejor que yo.

—Sí, la conozco mejor, para mi propia desgracia —farfulló—. ¿Qué sucedió con el padre de Mackenzie? ¿Por qué te culpan de joderles la vida?

—Lo pillé haciendo algo ilegal y le cayeron varios años. Carol siempre se lo tomó como una venganza porque lo eligió a él, pero no es cierto. Solo hacía mi trabajo, todavía recuerdo la cara de la pobre niña...

—¿Qué hacía allí? —interrogó sin poder evitarlo. No podía imaginar por qué un padre llevaba a su hija a un lugar en el que podían, en cualquier momento, ser sorprendidos por la policía haciendo algo ilegal.

—Le gustaban las motos a la mocosa, se ha criado en medio de ellas, y perseguía a su padre por todos lados —murmuró a la vez que tomaba un sorbo de cerveza. Su mirada parecía estar perdida en el pasado y, con seguridad, eso era lo que sucedía.

Jakob esperó a que su padre le contara la historia al completo, aunque no tenía la intención de proseguir. De todas formas, podía hacerse una composición de lo que sucedió. Y fuera lo que fuese, la madre de Mackenzie la culpaba de todo. ¿Cómo podía echarle la culpa de algo que sucedió cuando tenía cuatro años? Estaba claro que no todos los adultos eran lo suficientemente responsables como para traer descendencia a este mundo. Lo sabía bien y, al parecer, Mackenzie también.

—Me gusta Mackenzie y no tengo intención de dejarla, al menos de momento, tan solo te informo, no es que te esté pidiendo permiso ni nada de eso...

—Está bien, hijo, eres adulto y, además, supongo que no tengo ningún derecho a pedirte nada. Pero, ten cuidado, no son trigo limpio.

—Ella es diferente, estoy seguro de que se alejará de todo cuando se vaya a la universidad.

—Eso espero, hijo, por tu bien. No me gustaría que terminaras siendo uno de ellos, sería algo que no podría perdonarte. Jamás.

La conversación cesó, Jakob miró hacia el lago y se dio cuenta de que su caña se movía. Nervioso, se levantó y ayudado por el jefe de policía cogieron la presa. Esa noche tendrían una gran cena. Después..., después iría a ver a Mackenzie, no había dejado de pensar en ella en todo el día.

Capítulo 16

Un poco más en casa

Tras la copiosa cena, que tenía que admitir le había sabido a gloria, tal vez, porque lo había pescado él con sus propias manos, se despidió del jefe de policía y salió. En ese instante se sintió un poco menos fuera de lugar, un poco más en una casa, quizá sí podían ir cultivando una relación con el tiempo, poco a poco. Quizás sí que pudiese llegar a llamarlo padre alguna vez, en el futuro.

Arrancó la Breakout y puso rumbo a casa de Mackenzie, debía haberse vuelto loco, ¿cuándo cojones había hecho algo parecido? No tenía que pensar la respuesta: nunca. Resopló bajo el casco, con fastidio, no sabía qué coño tenía esa chica que no podía dejar de pensar en ella, pero no solo en ella, sino en todo lo que era. En esa maldita sonrisa que le aceleraba el corazón, en esa mirada limpia, ¿cómo podía mantenerse tan inocente viviendo en esa clase de mundo que no distaba tanto del que lo había transformado a él? En sus ocurrencias, en su forma de caminar, de mirar su moto. De mirarlo a él..., sin miedo. Con deseo.

Golpeó el casco con fuerza para espabilar, estaba soñando con los ojos abiertos. ¿Qué le pasaba? La única explicación posible era que Chicago, con uno de sus directos, le había machacado parte del cerebro. Eso tenía que ser, eso tenía que ser.

Al llegar cerca de la casa de Mackenzie, detuvo el motor, dejó la Harley aparcada a cierta distancia y continuó el resto del camino a pie. No podía hacerlo de otra manera, así que lo haría a la vieja usanza y rezó, con todas sus fuerzas, porque las piedras fueran directas a su habitación y no a otra...

Mackenzie no dejaba de dar vueltas en la cama. Era pronto para dormir, pero no había tenido ganas de aguantar por más tiempo la cara de su madre. Con cada cosa nueva que descubría de ella, más la odiaba. Era una palabra muy fea para que una hija la pensara de la persona que le había dado la vida, pero no podía evitarlo; era justo lo que sentía en ese momento.

El primer impacto la dejó desconcertada, después del segundo supo que no eran imaginaciones suyas. Se levantó y tomó entre sus finos dedos el pequeño proyectil, ¿le estaban lanzando piedras? ¿Era real? Un nuevo golpe

le dio en la nuca y se llevó la mano para rascarse la zona, le había dado fuerte.

Furiosa, se acercó a la ventana abierta y, al asomarse, otra piedra redondeada le dio justo en la frente.

—¿Pero qué coño...? —exclamó.

—¿Mackenzie? Soy Jakob.

—¿Se puede saber por qué me apedreas? —increpó con un tono de voz bajo para no alertar a su madre.

—¿Cómo iba a saber que tenías la ventana abierta?

—¡Estamos en verano! ¿Quieres que me ase como un pollo? —Miró hacia abajo y sonrió, estaba encogiéndose de hombros y la miraba con cara de no haber roto un plato en su vida, ¿se podía tener más cara?—. Además, ¿no podías poner un mensaje como todo el mundo en este siglo?

—Podría, de hecho, iba a hacerlo, pero me he dado cuenta de que no tengo tu número. —Mackenzie cerró los ojos, él tenía razón, de hecho, ella también lo había pensado.

—Dame un minuto, voy a salir.

Jakob sonrió y se alejó de la casa, se sentó justo donde la última noche, a los pies del árbol que aún guardaban las marcas de sus puños y las manchas de su sangre, ya reseca. Desde ese día, sería su árbol. No en balde lo había marcado a sangre.

Mackenzie salió sin hacer ruido, no quería alertar a su madre ni tener que dar explicaciones. Mejor si pensaba que estaba en su habitación.

Al salir por la puerta trasera, aceleró el paso amortiguado por el césped; en otros tiempos había lucido lustroso, de un verde intenso, ahora había muchas zonas sin césped por culpa de las ruedas de las motos, pero ya no estaba su padre y nada era como antes.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —preguntó al llegar junto a él, que se levantó con agilidad.

Sin contestar y sin saber qué tipo de impulso se había apoderado de él, pasó sus manos por su estrecha cintura y la atrajo hasta su pecho para

besarla a conciencia.

El beso fue una explosión de... fuegos artificiales. La verdad era que no había otra palabra que se acercara más a lo que sentía cuando la tenía entre sus brazos.

—Vaya, Lobo, parece que me has echado de menos.

—Claro, los lobos siempre extrañan a la luna.

Mackenzie no supo qué decir, no le quedaba ni una pizca de aire en los pulmones, no solo por el beso, sino por sus palabras. Él la tomó de la mano y la llevó consigo, ella tan solo se dejó arrastrar como un náufrago por el oleaje del mar. En ese instante estaba sin voluntad, sin fuerza, sin cerebro..., se le había derretido todo con esas palabras.

¿Era sano tener ese tipo de reacciones por alguien? ¿Había enfermado? Y si era así, ¿tendría cura?

—Mackenzie, ¿vamos?

Escucharlo llamarla la hizo reaccionar, parpadeó y vio que le ofrecía un casco para que lo usara. Lo tomó sin decir nada más, tan solo se subió de paquete y se abrazó a su cintura, dejándose llevar a dónde fuera. No le importaba si era con él, no le importaba si era lejos de su madre.

Aparcaron a las afueras de la ciudad, no conocía bien la zona, no era uno de sus lugares favoritos, pero al parecer había allí algo interesante, o tal vez buscaba estar a solas con ella. Un escalofrío la recorrió, sopesando posibilidades.

—Vamos —pidió con una sonrisa y ofreciéndole la mano.

Dudó, por una milésima de segundo dudó, pero lo vio en su mirada. Nunca iba a hacerle daño, por más que la hubiese advertido, por más que dijera que podía perder el control hasta tal punto que dejaba de ser él, nunca la lastimaría. Estaba completamente segura de eso.

Tomó su mano y sonrió echando a correr para poder seguir su paso. Era más alto que ella y fuerte, además, tenía un entrenamiento del que ella carecía. Eso le trajo a la mente ese momento en el que confesó que boxeaba no solo porque le gustara o por diversión, sino que era una forma para mantener a raya su trastorno.

—Ven, te voy a enseñar un sitio que... que he encontrado por casualidad.

La verdad era que no sabía si podía contarle todavía que era el hijo de Tunner sin que saliera huyendo, no estaba seguro de que su relación, si se podía pensar que tenían una, fuese lo suficientemente fuerte como para dejar de lado ese hecho. De todas formas, ella había puesto fecha de caducidad a su tiempo juntos, así que, ¿qué importancia tenía si él no le contaba toda la verdad?

La soltó de la mano para mover una persiana que chirrió con estrépito destrozando la quietud de la noche y la tomó de nuevo para hacerla pasar. Una vez dentro, buscó con mano torpe el interruptor y, cuando la luz de la bombilla que colgaba del techo consiguió dejar de parpadear para ofrecer algo de claridad, volvió a cerrar la persiana.

Era un antiguo gimnasio. Mackenzie miró alrededor, podía ver un cuadrilátero, en muy mal estado, pero no tanto como para no saber lo que era. Había una zona de la que colgaban algunos sacos, unos guantes colgados de las cuerdas de una esquina del *ring*, sillas tiradas aquí y allí. Un montón de cuerdas apiladas, cascos, cubos, toallas...

En algún momento pasado fue un sitio con esplendor, ahora no brillaba más que la escasa luz de la única bombilla que había sobrevivido al paso del tiempo.

—Es un viejo gimnasio. Lo descubrí por casualidad, me gustaría ponerlo a punto.

—¿Cómo vas a hacerlo? ¿Eres rico? —formuló la pregunta entre risas y con las manos en las caderas. No lo creía capaz, ni con todo el oro del mundo, de devolverle a ese lugar su esplendor.

—Rico no, pero he ganado bastante pasta con los combates. Además, me ha salido barato, nadie lo quería, así que el dueño casi me lo ha regalado. Todavía estamos con el coñazo del papeleo, pero le he dado una buena señal y él, a cambio, las llaves para que vaya pensando qué hacer con él.

—Vaya, vas en serio —soltó, sorprendida.

—Sí, me gustaría crear un concepto diferente. Un lugar en el que por la

mañana puedan entrenar, pero que al llegar la noche el público pueda disfrutar mientras toma algo de un buen espectáculo de boxeo, y legal.

—Estoy sin palabras. Me parece muy original y casi casi que puedo imaginarlo, pero ¿sabes en dónde te metes? No creo que a mi madre y los Cerberos les guste que otro meta las barbas en su sopa.

—No les tengo miedo.

—Deberías, ya te lo he dicho en alguna ocasión. Ellos no se andan con tonterías.

—Yo tampoco.

—No hay nada que diga que pueda hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

—Me temo que no —confesó, bajando la cabeza para ocultar la sonrisa que de nuevo ahí estaba, molesta como una mosca en verano.

—Bueno, supongo que tendré que ayudarte a limpiar este desastre.

Antes de poder decir nada más, se encontró en el aire. Él la había tomado por la cintura y la alzaba por encima de su oscura cabeza. Mackenzie se agarró a su cuello y bajó la cara hasta hundirla en su cuello. Olía tan bien, un aroma tan suyo...

—¡Joder, Mackenzie! ¿No eres capaz de dejar nada en inocente?

No entendió a qué se refería hasta que notó cómo su cuerpo resbalaba con lentitud por el masculino y la dejaba en el suelo. Jakob coló las manos por su cuello y la miró con esa intensidad que solo ella parecía poder ver. Esa luz que brillaba, oscura. Aunque no todas las luces debían ser brillantes para estremecer, ¿no?

Por un momento se perdió en esa mirada, cerró los ojos y escuchó a su cuerpo. Todo dentro de ella era una mezcla de deseo, de latidos acelerados, de expectación, de anhelos, de calor, de frío, de jadeos contenidos...

Jakob dio un paso atrás y ella no tuvo más remedio que darlo con él, después otro, y otro más. Como si bailaran acompañados por una música que nadie más era capaz de escuchar.

Hasta que se detuvo, la tenía contra las cuerdas. La miró una vez más a

los ojos para después bajar con pasmosa lentitud hasta su boca. No pudo contener un gemido y su boca generosa se abrió para él, que no dudó y cogió la oportunidad al vuelo para hacerla suya.

Cuando sus bocas se unieron, se perdieron el uno en el otro. La lengua de Jakob no era capaz de dejarla respirar, necesitaba todo de ella, aprenderse cada rincón de su interior, su textura, su sabor..., todo, lo quería todo de ella, ¡maldita fuera! Era la primera vez que necesitaba algo con tanta fuerza, que quería algo con tanta intensidad. Y tenía que ser ella, la única que con toda seguridad lo despreciara cuando supiera quién era su padre, la única con la que no tenía futuro porque ella misma le había impuesto un tiempo que era limitado. La única que podía hacerle caer más profundo y dejarlo para siempre enterrado en su propia miseria.

Eran como Romeo y Julieta, solo que sus familias no eran los Montesco y los Capuleto. Eran los Taylor contra los Tunner, por lo demás todo era similar, incluso su romance. Era un mal romance. Lo mirara por donde lo mirase. Y ahí se le ocurrió, mientras la besaba enredado en ese mar de confusión que le provocaba, supo cómo iba a llamar a ese lugar: Bad Romance.

Porque, aunque no todas las historias tenían que tener un final feliz, todas eran dignas de vivirlas, durasen lo que duraran, tuviesen el final que tuvieran.

Capítulo 17

Combustión espontánea

El beso se hizo más profundo, Mackenzie pensó que no iba a sobrevivir, iba a morir por combustión espontánea, si era capaz de hacerla sentir arder con solo un beso, ¿cómo sería estar con él? ¿Cómo sería entregarse a él?

Colocó las manos en sus hombros y lo apartó un segundo, lo suficiente para apoyar la cara en su hombro y tratar de recuperar el aliento. Jakob podía hacerse una idea bastante aproximada de qué era lo que le pasaba, él que estaba acostumbrado a estar con mujeres más experimentadas estaba igual, a punto de perder la razón por completo, ¿cómo estaría ella? No podía asegurarlo, pero por sus reacciones podía adivinar que nunca había estado con un hombre y eso, de alguna forma, lo hizo feliz.

—Mackenzie, ¿eres virgen? —preguntó sin rodeos y sin aliento.

Ella alzó el rostro hacia él y pudo ver en su mirada, tímida, que era así. Asintió sin más, tampoco tenía sentido que le mintiera porque, si llegaba ese momento adecuado, iba a saberlo.

—Sabes que pararé en cuanto lo pidas, ¿verdad?

Ella seguía sin pronunciar palabra, tan solo lo miraba y asentía. Jakob no pudo evitar pasear la yema callosa de sus dedos por la suavidad de sus mejillas enrojecidas.

—Tienes que tener claro que en este aspecto mandas tú, cuando quieras que lo deje, solo dilo. No importa qué lejos lleguemos, si no te ves preparada para avanzar, tan solo pídemelo que pare. Lo haré, no te quepa la menor duda.

—¿Yo mando? —murmuró con una sonrisa traviesa que le llenó la mirada.

Jakob asintió, serio. Podía tener un trastorno que lo hacía explotar sin causa aparente, pero nunca nunca se atrevería a ponerle la mano encima o a obligarla a hacer algo que no quisiera.

—Tú mandas, pero solo aquí, en lo demás..., ya se verá.

—Hablas como si lo nuestro tuviese futuro, no lo olvides, todo esto

acabará cuando empiecen las clases.

—No lo olvido, no dejas de recordármelo. ¿Qué tenemos exactamente?
—interrogó para saber qué pensaba ella de la relación que había nacido entre ellos y a la que no se atrevía a ponerle nombre.

—El ahora, solo eso. Estos momentos.

Y tenía razón, era lo más auténtico que nunca nadie había dicho: lo único que tenían era el momento, porque uno nunca sabía con certeza cuándo iba a ser el último.

La cogió y la sentó en el borde del *ring*, que se alzaba unos centímetros sobre el suelo, y ella, instintivamente, abrió las piernas para acogerlo. De nuevo las cuerdas le servían de respaldo, aunque ahora las notaba desde las caderas hasta la cabeza.

Las manos de Jakob volvieron a pasar por su cuello y, en ese momento, al ver lo fuertes y rudas que eran, se dio cuenta de algo evidente: estaba a su merced. Si en ese instante decidía partirle el cuello, estaba segura de que no revestiría ninguna dificultad para él. Su cuello no era nada entre sus manos, era frágil y él, la fortaleza hecha persona. No solo por su físico imponente, era la fuerza que destilaban sus ojos, esos mismos que trataban de ocultar a toda costa todo el dolor por el que habían pasado.

La boca de Jakob se acercó a la suya con cautela. Sus pulgares acariciaron su boca, que parecía volver a arder, y es que las caricias de ese chico habían resultado ser la gasolina perfecta para que el fuego que intentaba mantener a raya se descontrolara, tanto como lo estaba ella.

Sin poder aguantar más su juego, en el que acercaba la boca para alejarla, ese mismo en el que su nariz rozaba la suya con promesas de un contacto que no llegaba, tomó la iniciativa. En ese momento no le importaba parecer torpe, necesitaba, si no apagar, al menos aliviar el calor que la abrumaba entre las piernas.

Así que con sus manos agarró el cuello de la camiseta y lo atrajo hacia ella con fuerza. El contacto fue una explosión de deseo, de placer, de alivio y a la vez de desesperación. Notaba su cuerpo duro y firme entre sus piernas, acariciaba sin pudor su abdomen firme, dejando que sus dedos se aprendiesen cada uno de los músculos definidos que había esculpido a base de ejercicio, se entretuvo en cada cicatriz que encontró, tratando de

memorizarla y, sobre todo, dejó que su lengua se impregnara de su sabor, de su calor. Su boca en la suya era perfecta, sus labios en los suyos eran el lugar al que pertenecían.

Antes de darse cuenta, sus manos estaban quitándole la camiseta. Él se alejó, jadeando con fuerza, el eco del lugar le devolvía esos jadeos que la hicieron estremecer y disfrutó con la mirada nublada por la espesa capa de anhelo que la llenaba, de su torso cuando se quedó expuesto ante ella.

Sin ser consciente se mordió el labio inferior y ahogó un gemido. Una cosa era verlo en el furor de la pelea, otra poder disfrutar tan cerca de ese espectáculo que era su cuerpo. Sus dedos no dejaban de acariciarlo y él con cada roce gruñía de placer. Se tensaba, lo que hacía que sus músculos sobresalieran más.

—¿Te haces una idea, Mackenzie... —se interrumpió para apretar los dientes— del autocontrol del que estoy echando mano ahora mismo?

—¿Te contienen? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Crees que puedes acariciarme así, mirarme así y esperar que no me entren ganas de...? —se interrumpió de nuevo, no sabía si iba a ser capaz de parar si decía lo que pensaba en voz alta.

—¿Ganas de qué...? —inquirió otra vez con la voz enronquecida por el mismo deseo que él sentía—. Dilo, quiero oírlo.

—Sin que me entren ganas de follarte, ¡joder! De hacerte mía.

Mackenzie ahogó un jadeo, se inclinó hacia atrás golpeando su espalda contra las cuerdas y se quitó la camiseta.

Jakob abrió mucho los ojos, ¿iba a pasar? ¿De verdad iba a pasar?

—Hazme tuya, Lobo. Hazme tu luna, para siempre.

Y no necesitó más, no iba a torturarse con la espera. La agarró con fuerza y la levantó, sus piernas se enroscaron a su cintura y él se dio la vuelta para sentarse en el borde del *ring*.

Ella, a horcajadas sobre él, era la imagen más seductora que había contemplado jamás, con el pelo revuelto, el rostro sonrosado y los pechos justo al alcance de su boca.

Y los probó. Cogió uno con la mano y lo sacó del sostén blanco y liso que llevaba, lo liberó para segundos después volver a hacerlo preso, pero esta vez de su boca. Lo lamió, lo saboreó y con cada roce se tragaba los gruñidos que emitía solo estando con ella. ¿Por qué sentía con tanta intensidad solo con ella? Nunca antes le había pasado y lo asustaba como mil demonios, porque no tenía claro que, después de hacerla suya, se saciara y quisiera seguir solo o si, por el contrario, hacerla suya iba a condenarlo para siempre al no querer dejarla escapar.

Cuando terminó de torturarse, miró hacia arriba y la vio con la cabeza inclinada hacia el techo sucio y poco iluminado, su cuello era largo y solo pensó en que de verdad parecía la luna y él podía en ese momento ponerse a aullar como el lobo que llevaba dentro.

Sus manos acariciaron casi con reverencia la piel desnuda de su pecho y, cuando sus miradas volvieron a encontrarse, cuando vio sus ojos oscurecidos por el deseo y esa forma de contemplarlo como si de verdad fuera algo más que un niño perdido con problemas, como si de verdad fuera importante, como si de verdad sintiera por él algo auténtico, lo hizo darse cuenta de que no podía dejarla escapar.

No se la merecía, lo sabía, pero su lado egoísta le gritaba que la mantuviera a su lado, pasara lo que pasase, aunque la arrastrara a los infiernos en los que tantas veces llegaba a hundirse.

—¿Por qué me miras así? —inquirió en un susurro que lo enardeció aún más.

Era tan inocente que no imaginaba qué cosas pasaban por su mente, ni se podía imaginar en la cantidad de rincones en los que estaba como loco por hacerle el amor. ¿Hacerle el amor...? Las palabras fueron traídas de nuevo, como si el eco del gimnasio vacío rebotara también dentro de su cabeza, vacía de todo que no fuera ella y su cercanía.

—¿Cómo te miro? —devolvió la pregunta sonriendo y pasando sus manos alrededor de su estrecha y perfecta cintura.

—No lo sé... nunca nadie me ha mirado así.

Las palabras de ella calaron hondo, ¿cómo la miraba? ¿Cómo era posible que nadie la hubiese mirado así antes?

—Tampoco nadie me ha mirado a mí de la manera en que tú lo haces.

—¿Cómo te miro?

—Como si valiera la pena.

—Poca gente en mi vida merece la pena, y tú, lobito, eres una de ellas, no te olvides nunca.

Sus bocas se unieron de nuevo y las manos de ambos enloquecieron al entrar en contacto con la piel del otro. Jakob no había acariciado a nadie tan suave como ella y, cuando sus manos apretaron el trasero de ella, que reposaba sobre sus muslos, Mackenzie se agitó y jadeó sobre él, lo que hizo que sus sexos entraran en contacto y que una corriente eléctrica los sacudiera con fuerza.

—¡Joder, Mackenzie! Me estás matando suavemente.

—¿Por qué? ¿Por moverme así? —preguntó provocativa a la vez que repetía el movimiento, esta vez con plena conciencia de lo que provocaba en él.

—¡Joder! Mackenzie, ¿estás loca? Si vuelves a hacerlo, no sé qué va a pasar.

Y ella, con alevosía y premeditación, repitió el movimiento, pero esta vez apoyó las manos en sus hombros y volvió a perder su mirada en el techo, jadeando y disfrutando del momento junto a él.

—¿Qué más puede pasar? —suspiró, perdida en la intensidad que los arropaba.

—Pues... —trató de articular palabras coherentes—, o me voy a correr sin bajarme los pantalones, o te voy a follar, nena.

—¿Qué preferirías tú?

—¿Yo? —bufó con esfuerzo—. Estar dentro de ti, siempre.

Ella bajó la cabeza y lo miró de nuevo a los ojos, ¿estaba segura? ¿Era lo que quería? En ese momento no le importaba nada más que Jakob y lo que la hacía sentir, hacía poco que se conocían, era verdad, aun así..., eso parecía carecer de importancia en ese instante y, además, tampoco era que tuvieran mucho tiempo.

—Yo también te quiero dentro de mí, Jakob, quiero que seas el primero.

El sexo masculino se agitó dentro de sus pantalones, le encantaba tanto la idea de ser su primera vez que se quedó sin aliento, pero ¿y si al día siguiente se arrepentía? Las dudas lo acosaban, por otro lado, ella le había dejado claro que, en otoño, en la facultad, serían como desconocidos. Y si no tenía bastante que debatir de por sí, Mackenzie se levantó y frente a él se quitó el vaquero corto que llevaba y se quedó tan solo con unas diminutas braguitas que apenas ocultaban algo de su piel.

No había visto nunca nada más hermoso que ella, allí, ofreciéndose sin reservas, si miedo, a él. Como un sacrificio a un diablo que no merecía poseer un ángel como ese, pero que, de todas formas, iba a hacer suyo.

Capítulo 18

En llamas

Jakob se acercó a ella despacio, conteniendo a la bestia que lo que deseaba era correr y tomarla de forma salvaje, tan salvaje como lo hacía sentir, pero no podía. Tenía que recordar que carecía de práctica y que confiaba en él. Eso tenía un valor para él incalculable.

Sus manos rozaron sus pechos, logrando que sus pezones se irguiesen por el escalofrío que la recorrió. Después, apretó uno de ellos y se deleitó con su mirada, que no escondía el miedo por descubrir cosas nuevas, pero tampoco todo lo que estaba disfrutando con él. Con esa experiencia.

Mackenzie no podía dejar de jadear, su piel se erizaba por las caricias que le regalaba Jakob y que la hacían sentir que estaba en llamas. No tenía claro si era su piel o la del chico con el que estaba en esa situación tan íntima. La verdad era que no entendía de dónde había sacado ese valor, supuso que de las ganas de estar con él que dominaban su razón.

Sentía algo profundo por Jakob Wolf, no podría llamarlo amor, apenas se habían conocido días atrás, sin embargo, era algo mucho más complejo que una simple atracción física.

De pronto sus pies abandonaron el suelo y era cargada por él hasta el centro del cuadrilátero. Allí, colocó una colchoneta y sobre esta puso su propia camiseta, después la tumbó sobre ella. La bombilla se movía de vez en cuando, dejando sus rostros entre claros y oscuros, igual que lo estaban sus almas.

Se quitó los vaqueros bajo la atenta mirada de ella, que se relamió al descubrir el tatuaje que llevaba en la parte superior del muslo. Era la cabeza de un lobo aullando a la luna, pero la cabeza era el centro de un atrapa sueños del que colgaban tres plumas.

Le encantaba, poca gente sabía qué significado tenía para él, muchos pensaban que tan solo era en homenaje a su apellido o a su nombre cuando se subía a pelear, pero no era así. Era algo más profundo de lo que no había hablado con nadie y que le recordaba que debía luchar cada día para controlar al lobo para evitar, después, las pesadillas.

—Vaya, es precioso... El tatuaje —especificó un poco avergonzada.

—Tú eres preciosa, Mackenzie. No temas, pararé cuando me lo pidas.

Asintió, tranquila aunque expectante. En realidad, se temía que no iba a pedir que parase, tampoco era una cría que no supiera qué se hacía. Además, él tenía algo que la arrastraba a una especie de frenesí que no podría refrenar ni aunque quisiera.

Jakob se tumbó a su lado y comenzó a acariciarla despacio, casi con reverencia. Ella se dejó llevar y disfrutó de cada roce. Tenía los ojos abiertos porque le encantaba ver los cambios en la mirada del chico que iba a ser su primera vez.

«Su primera vez», la frase resonó en su cabeza una y otra vez, pero por más que lo repitió en ningún momento deseó que ese momento fuera con otro. Quería que fuera con él. Por una vez había sido ella la que había elegido qué hacer y con quién y lo que ocurriera después..., ya lo manejaría como pudiera. Pero tenía claro que su madre iba a obligarla a atraer al hijo del jefe Tunner usando todas sus armas y esas incluían llevárselo a la cama si era necesario, así que, al menos, deseaba que su primera vez fuera elección suya.

Y lo había elegido a él.

Dejó escapar un hondo gemido y se mordió el labio inferior al notar como los dedos de Jakob acariciaban justo la zona bajo el elástico de la ropa interior. El calor que la llenó hizo que su corazón palpitara más deprisa si cabía. Con fuerza. Un sonido tan estridente que no comprendía como él no lo podía escuchar. ¿De verdad solo estaba dentro de ella ese alboroto?

Jakob sonrió y se acercó a ella, mucho. La contempló unos segundos con la mirada extraviada, perdida en ese mismo mundo en el que estaba ella. Ese en el que no existía nada ni nadie más que ellos dos.

—No dejes de preguntarme si te muerdes el labio para no morderme a mí.

La confesión le sacó una sonrisa, sus manos se movieron y lo agarraron por el cuello para atraerlo y, cuando lo tuvo cerca, mordió su cuello. Él jadeó, ella lamió la zona y repitió la operación para grabarse a fuego su sabor. Nunca lo olvidaría.

Su boca buscó la clavícula y la mordisqueó también, subió por la línea de la mandíbula hasta encontrar la boca y fundirse con ella en un profundo beso. Los dedos de Jakob se hundieron a la vez en su interior, caliente, apretado, húmedo... el paraíso.

Eso era Mackenzie, su paraíso.

Ella, al notar la invasión, arqueó la espalda, molesta, pero el pulgar de Jakob, como adivinando lo que iba a suceder, se adelantó y empezó a acariciar el centro en el que se acumulaba todo ese placer que llevaba guardando durante años, y se olvidó de todo lo que no era sentirlo.

Con un ritmo que crecía cada vez más, movía sus dedos dentro de ella y a la vez acariciaba su clítoris sin dejar de besarla. No podía pensar, la tenía enloquecida. Sus sentidos no reaccionaban a otra cosa que no fuera a él y el hambre en su estómago creció hasta salir por su boca.

—Te quiero dentro, ya —exigió para su propia sorpresa.

Y sonrió, porque la quería justo ahí, al borde del precipicio, con un anhelo tan grande como el suyo, con unas ganas tan inmensas que nunca, jamás, iba a olvidarse de su primera vez.

Y se colocó sobre ella, después de ponerse protección y con toda la contención que pudo, la penetró con lentitud, sin dejar de besarla para tragarse cada molestia o jadeo de incomodidad que su invasión le provocara.

Pero no contó con el hecho de que iba a perder la razón al sentirse dentro de ella, al saber que era el primero. Y, sin saber por qué, por primera vez en su vida sintió cómo el deseo de querer tener algo suyo había aparecido. Y la idea de imaginarla con otro en una situación tan íntima lo puso de malhumor.

Con un beso hambriento acabó de penetrarla y, una vez dentro, se detuvo. Se alejó un poco, lo justo para poder verla, y acarició su rostro.

—Voy a tratar de no moverme durante unos segundos, para no hacerte daño.

—Está bien, aunque se siente genial tenerte dentro, Jakob.

Su nombre en su boca le supo a gloria y no pudo evitar sonreír. Pero de

verdad, sin necesidad de ocultarlo. Verlo así la hizo sonreír también y se movió para darle un beso en la nariz, al hacerlo, hizo que Jakob jadeara y cerrara los ojos.

—Está claro que no quieres repetir, porque no vas a dejarme con vida esta noche.

—¿Te ha molestado que me mueva? —preguntó con esa voz impregnada de inocencia que la hacía una bomba de relojería para él.

—¿Molestarme? No, me encanta, pero no quiero perder el control contigo, nunca.

—¿Así que te gusta que me mueva...? —repitió con una sonrisa pícaro a la vez que se movía.

Jakob apoyó los codos al lado de su cuerpo y cerró los ojos. Iba a matarlo, lo que no habían conseguido tipos más duros y fuertes iba a lograrlo ella.

—Sí, así, nena, ¡joder...!

Y, en el momento en que ella abrió más las piernas y las levantó para facilitarle llegar más profundo, perdió el control. Y empezó a moverse dentro de ella a la vez que la besaba sin compasión. Enlazaba los movimientos y los besos de manera magistral y Mackenzie no podía dejar de jaderar, de gemir y de repetirse mentalmente que había sido tonta, porque se había estado perdiendo algo tan increíble durante mucho tiempo. Ahora entendía a Arizona.

Jakob se movía con más rapidez y ella notó cómo su estómago se tensaba, no tenía claro por qué, pero imaginaba qué era lo que iba a suceder a continuación, y sucedió: su cuerpo explotó.

Su mente dejó de existir. Tan solo quedaban pedazos de ella repartidos por el lugar. Se había roto. Era la única explicación que podía encontrar para describir lo que acababa de vivir.

Jakob seguía sin aliento a su lado, su cabeza enterrada en el hueco de su pecho y la apretaba con fuerza por las caderas, como si sus manos se hubieran soldado a esa zona.

Después de unos largos segundos, por fin Jakob rompió el silencio.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Mackenzie sonrió, le resultaba divertido ver al chico duro preocupado por la *niña* que no era su tipo.

—Voy a dejarte clara una cosa, Jakob Wolf —dijo con un tono de voz solemne—, esta es la única forma en la que te permito hacerme daño —advirtió, seria—. Oye, por cierto —comentó para aliviar la tensión que se había cernido sobre ellos después de su comentario—, ¿cómo vas a llamar a este lugar?

—Bad Romance —soltó sin pensarlo.

—¿Eres fan de Lady Gaga? —preguntó, recordando que él mismo hizo esa pregunta cuando llegaron al Poker Face.

—Más bien es por Shakespeare —susurró.

—Vaya, así que debajo de esa fachada de chico duro se esconde un auténtico romántico.

—¿Romántico? ¿Eso crees?

—Bueno..., Shakespeare escribió Romeo y Julieta.

—¿Y eso te parece... romántico? —recalcó.

—A ver, no tuvieron un romance ideal...

—Tuvieron el peor de todos los tiempos —la interrumpió—, terminaron muertos. Los dos —farfulló.

—Entonces, Shakespeare le puso nombre y Lady Gaga le dio voz... —afirmó como si fuera lo más obvio del mundo.

—Es una forma de verlo —dijo en voz baja.

—¿Vamos a seguir debatiendo sobre este tema? Estoy agotada. —Sonrió, pícara, acariciando su cara.

—No, no hay nada que debatir al respecto —dijo serio de repente—. Solo es que me acabo de dar cuenta de que Shakespeare tiene la culpa —resopló, molesto.

—¿De qué? —preguntó con curiosidad.

Mackenzie se había incorporado un poco y lo miraba apoyada en su

codo, Jakob se había girado hacia arriba, usando sus brazos a modo de almohada. La penumbra lo hacía más oscuro y atractivo de lo que era. No pudo contenerse y dejó que su dedo resbalara por el torneado pecho, aprendiendo su forma.

—De que penséis que ciertas mierdas que hacemos los tíos son románticas o que las hacemos con una doble intención que en realidad no existe. Somos mucho más simples que eso y no le damos tantas vueltas a todo. Ese es el mayor problema, sobre todo, si sois aún inocentes y no habéis descubierto todavía que el amor verdadero no existe.

—¿No existe el amor? —preguntó fuera de juego, ¿qué era entonces lo que había pasado entre ellos?

—No.

—¿De ningún tipo? —insistió.

—De ninguno —afirmó con un tono que no dejaba lugar para las réplicas.

—Interesante. Entonces, según tú, ¿una madre no ama a su hijo? —interrogó, haciéndole ver que el amor tenía muchas variables. No solo el amor entre un hombre y una mujer.

—Supongo que dependerá de qué madre y dependerá de a qué hijo —murmuró sin disimular el escozor en su voz.

Mackenzie no se esperaba esa respuesta, por eso se sorprendió a sí misma guardando silencio. Tenía razón, ¿no lo había pensado ella misma muchas veces? Así que, muda, se acomodó en sus brazos y cerró los ojos.

—¿Estás bien con eso, Mackenzie? —inquirió al ver el cambio en ella.

—¿Con qué? —susurró sin abrir los ojos.

—Pues..., con eso de que no crea en el amor y en esas mierdas.

Y rompió a reír, no tenía claro por qué, supuso que era un cúmulo de todo. Del miedo a lo que iba a suceder, a lo desconocido, al hecho de haber perdido su virginidad, al dolor que no había sido tal, a vivir por primera vez un orgasmo intenso que la había dejado por unos minutos sin sentido. Por todo. Pero rio. Con ganas. Una carcajada limpia, de felicidad, que le llenó de humedad sus ojos verdes, transformándolos de verdad en un lago en el

que Jakob, al verlo, quiso sumergirse, para siempre.

Capítulo 19

Con más fuerza

Ruidos de vehículos, de motores, de persianas al ser alzadas... lo despertaron. Era temprano aún, ¿se habían quedado dormidos? Sí, le había hecho el amor a Mackenzie y se habían quedado dormidos, ¡mierda! Todavía estaba abrazado a ella, ¿desde cuándo era de los que abrazaban?

¡Joder! ¿Qué mierda estaba haciendo esa chica con él?

A pesar de todo, no levantó la mano, la abrazó con más fuerza y la atrajo hacia sí, su corazón empezó a retumbar con ímpetu, con tanto que temió que saliera disparado atravesando sus costillas.

Acercó la nariz al cabello de Mackenzie y aspiró su aroma. Era extraño, no solo olía a ella, también a él. Ella gimió, todavía perdida en las brumas del sueño y al moverse pegó su trasero a su entrepierna, que palpitó también. No era suficiente su erección matutina de por sí, que esa mañana se encontraba con un agradable aliciente para ayudarla a crecer.

Volvió a sonreír. ¿Qué estaba mal con él? ¿Por qué no dejaba de mover los labios hacia arriba? ¡Joder! ¿Estaba feliz? ¿Eso era sentirse feliz? Tenía que serlo, era la única explicación razonable.

Mackenzie se movió de nuevo, él ahogó un gruñido. Mierda, estaba listo para penetrarla de nuevo, en esa misma postura, no necesitaba ni que se moviera, su polla se lo gritaba con cada gota de humedad que derramaba tan solo por tenerla cerca.

¿Era posible que una mujer no solo te vaciase, sino que también te llenara? Al parecer, así era, porque él se sentía lleno de ella y de esperanza, de vida... y a la vez solo podía pensar en vaciarse dentro de ella una y otra vez, sin descanso, durante, al menos, mil años.

—¿Quién es? —musitó en sueños.

—¿Cómo...? ¿Sigues dormida? —preguntó bajando la voz.

—No dejan de llamar a la puerta —comentó con voz soñolienta y burlona refiriéndose a los golpes que le daba sin ser consciente con su sexo entre sus nalgas—, así que pregunto quién es.

Y rio. De golpe. Una carcajada enorme que brotó de su pecho y lo hizo llorar hasta los ojos. Durante un rato eterno disfrutó de esa vibración que lo recorría, de la felicidad, de tenerla a su lado, de escuchar la risa de ella acompañando la de él. Y lo supo, maldita fuera su vida si la dejaba escapar. Nunca. Era suya. Ella misma se había entregado a él a pesar de que estaba roto, pero no se lo había ocultado. Y a ella le había dado igual, no solo no había echado a correr, no, le había dado algo único a él. Algo tan especial que no entendía cómo había pasado que se lo regalara a una persona tan ordinaria.

—Soy... tuyo —confesó, esperando que esas palabras pudieran adquirir todo el significado que él quería darles.

Mackenzie cerró los ojos y apretó las manos, su corazón se saltó algunos latidos y no pudo reprimir una sonrisa que le llenó el alma. Era suyo..., sonaba tan jodidamente bien. Se sentía tan jodidamente bien.

—Vaya, deberías tener cuidado con lo que dices, esa frase me hace pensar que tengo mucho poder sobre ti —susurró.

No podía evitar esa mezcla de sentimientos, por un lado, se sentía la mujer más feliz del mundo, por otro, la asustaba como mil demonios el rumbo que tomaban las cosas, porque lo que de verdad quería era decirle: «y yo tuya».

Pero no podía. Su madre se lo impedía. Tal vez, una vez terminado el trabajo que su progenitora le había encargado, fuese libre para siempre y pudiera vivir una historia de amor con él.

—Lo tienes —susurró para su propia sorpresa.

Podía ser muchas cosas, lo que nunca había sido era un mentiroso, menos consigo mismo, y no podía mentir sobre lo que de verdad se removía inquieto dentro de él. Era nuevo y le hacía sentir algo más joven, como si estuviese recuperando una parte de su pasado, una de tantas de las que había perdido.

Mackenzie se giró y quedó bocarriba. Verla así, con los ojos llenos de sueño, con el pelo alborotado, con las mejillas sonrosadas y los labios algo inflamados, detuvo su corazón. A pesar de no llevar maquillaje ni ir arreglada, era la mujer más hermosa que había visto jamás.

Y, sin poder reprimirse más, la besó. Y el contacto de sus bocas volvió a ser una explosión que los dejó jadeantes y sin aliento por un largo rato.

Los ruidos fuera se volvieron insistentes y no les quedó otro remedio que recomponerse para abandonar el lugar.

—Tenemos que irnos antes de que sea más tarde. ¿Crees que tendrás problemas con tu madre? —inquirió, no podía estar seguro. Él sabía que a su... padre le daría igual.

—¿Problemas? No creo ni que se haya dado cuenta de que no estaba. Es una mujer muy atareada.

Jakob asintió y le dio un beso en la frente, después la abrazó con fuerza. Mackenzie esbozó una sonrisa.

—¿De pronto me he convertido en tu hermana?

Eso dejó fuera de juego a Jakob, que no comprendió a qué se refería.

—¿Primero me dices que eres mío y después me besas en la frente?

En ese instante comprendió qué era lo que decía y, sin más demora, la besó con pasión, ese deseo que solo parecía nacer cuando sus labios tomaban conciencia de los de ella.

—Así mejor, señor Lobo.

—¿Eso te convierte en mi Caperucita?

—Hum —pensó por un segundo—, tal vez.

—Pues ten cuidado, porque a Caperucita se la comió el lobo.

—Te han contado mal el cuento, Lobo, fue el lobo el que perdió la cabeza por Caperucita, ella tan solo se dejó devorar de cara a la galería, pero la que de verdad tenía el control de todo era ella. Se deshizo de la abuela y perpetró el crimen perfecto, el cazador sería el culpable de matar al lobo, pero todo fue un engaño, el cazador terminó en la cárcel y Caperucita heredó una casa, dinero y un gran jardín para que su lobo paseara con libertad durante el día y aullara a la luna por las noches.

—Vaya..., ¿esa es la versión del cuento que os cuentan aquí?

—No, no es una versión, esa es la historia real, solo que la adaptaron para que las niñas inocentes teman a los lobos.

—Es que damos miedo.

—Otra vez te equivocas, ¿sabes cuál es el problema de los lobos?

Él encogió los hombros y negó con la cabeza, estaba divirtiéndose de lo lindo con esa conversación que, a pesar de lo que pudiera parecer, tenía muchos significados ocultos.

—No, pero estoy seguro de que me lo vas a decir.

—Que no saben que son lobos hasta que les muestras la capa roja.

Eso lo dejó pensativo, ¿sería así? ¿Sería eso lo que le sucedía? Tal vez su apellido era lobo y se había sentido uno durante toda su vida, pero, cuando realmente habían aparecido las ganas de aullar, había sido con ella. Cerca de ella. ¿Sería ella su Caperucita Roja?

—Entonces..., si eso es así, ya sé quién es la que lleva la capa del color rojo que va conmigo.

La tomó de la mano sin decir nada más y salieron del local. Al irse, cerró la puerta y le echó una última mirada.

—¿De verdad vas a darle vida?

—Eso espero —musitó.

Le ofreció el casco, subieron a la Breakout y la acercó hasta su casa. Aunque en algo estaba equivocada Mackenzie, sí se habían dado cuenta de que no estaba y sí la estaban esperando y buscando.

El jardín de su casa era un caos. Había tipos grandes y barbudos que daban miedo por todos los lados. No había un solo hueco de césped verde, todo era negro y rojo.

Rojo.

Eso lo asustó.

Como mil demonios.

¿Qué pasaba si perdía el control otra vez?

No, no podía, menos delante de ella.

Aparcó con una tranquilidad de la que hizo gala, pero que no sentía. Bajó y tomó a Mackenzie de la mano, que temblaba como una hoja a punto

de caer de su rama.

—Será mejor que te vayas, entraré sola —susurró sin disimular que estaba inquieta.

Los cerberos no dejaban de mirarla con cara de decepción y a él..., con cara de pocos amigos, solo les faltaba sacar los dientes y gruñir, aunque no sabían que el chico a su lado tenía colmillos afilados. Eso la llevó a pensar en que tal vez este tipo de situación podía hacer que él estallara de nuevo y no tenía ni idea, si eso volvía a suceder, de si sería capaz de ayudarlo a controlarse.

—No voy a irme hasta estar seguro de que estás a salvo —dijo en voz alta y con determinación.

Tenían las manos entrelazadas y él la apretó aún más para que supiera que no iba a dejarla sola.

—¿Qué insinúas, niño? ¿Crees que va a estar mal aquí, en su casa, con su familia? El único peligro para ella aquí eres tú —escupió uno de los cerberos.

—Entonces, perro, dime: ¿por qué está junto a mí de la mano en vez de ahí, con vosotros?

Los cerberos se miraron unos a otros, confundidos, como si lo que hubiese dicho tuviera toda la lógica del mundo y ellos no se habían dado cuenta de ello hasta ese momento.

Uno de ellos, mayor pero todavía en forma, tal vez de la edad del padre de Jakob, se acercó unos pasos.

—Mack, ¿estás bien? ¿Ha sucedido algo?

—No, Brooklyn, estoy bien. Me trata bien, no te preocupes.

—Nos has tenido en vela toda la noche, niña. Arizona tampoco sabía nada de ti y no contestabas el teléfono. Tu madre estaba fuera de sí, casi llama al jefe Tunner para que sus hombres te buscaran.

Mackenzie notó como su pecho se revolvía, ¿de verdad su madre se había preocupado por ella? Era... inaudito.

—Vale, entraré —suspiró.

Justo en ese momento la puerta de su casa se abrió y salió Chicago, que frenó en seco y le dedicó una mirada de alivio, pero solo hasta que se dio cuenta de que iba de la mano de ese lobo al que tanto odiaba.

Una fuerza, que Mackenzie no podía ver, lo impulsó hacia un lado, obligándolo a reaccionar, y fue en ese momento cuando vio a su madre. Carolina Taylor tenía ojeras y mal aspecto, casi como si de verdad hubiese estado preocupada por ella.

Se abrió paso como el viento entre las espesas nubes y se colocó frente a ella, tampoco disimuló el disgusto al verla tomada de la mano de ese joven que no era el indicado en esos momentos. Se lo había advertido; no podía enamorarse de nadie porque debía cumplir con su misión, ¿o acaso se pensaba que el alojamiento y la comida eran gratis?

Mackenzie hizo el intento de soltar la mano de Jakob, pero este la aferró con más fuerza, como si de pronto sus manos se hubiesen transformado en garras, como si de repente el humano hubiese cedido el control al lobo.

—¿Estás bien?

Ella tan solo asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra. Su madre se cruzó de brazos, haciendo que su generoso pecho destacara más bajo la estrecha camiseta negra con el dibujo del Anarchy.

—Ya veo —musitó.

A pesar de lo que muchos pensaran, Carolina Taylor no era solo una cara bonita, tenía una mente ágil y supo, de inmediato, lo que había sucedido esa noche entre ambos. La cara de su hija era un libro abierto y la forma en que él la defendía, con... colmillos y garras, le dejaba claro que la reclamaba como suya.

Sin que nadie lo esperara, levantó la mano y abofeteó a su hija todo lo fuerte que pudo. El rostro de Mackenzie quedó hacia un lado, Jakob se quedó petrificado en un primer momento por lo inesperado del ataque, pero cuando fue capaz de reaccionar la cogió por los antebrazos y la colocó tras él. Como si fuera un escudo humano.

—Si vuelve a ponerle una mano encima... —murmuró con los dientes apretados para que nadie más lo escuchara.

—Entra —ordenó, impasible.

Y, para sorpresa de Jakob, Mackenzie salió del refugio que era su espalda y se alejó de él camino a su casa. Carolina lo miraba con los brazos cruzados de nuevo y una sonrisa de triunfo se dibujaba en su cara. Él seguía apretando los dientes y los puños. Trataba de contener la furia, pero su vista empezaba a volverse roja.

Todo a su alrededor empezaba a ser tan solo un borrón rojizo.

—Jakob, luego te llamaré. Ahora ve a casa —suplicó con la mirada llena de lágrimas y el rostro enrojecido por la reciente bofetada de su madre.

—Vamos, nena —murmuró en un ruego.

Mackenzie negó con la cabeza y entró en la casa. Una vez que la puerta se hubo cerrado, todos los cerberos se pusieron alrededor de él; en el centro, la reina de todos ellos, la reina del infierno. Lo miraban serios, no tenía claro si para evaluar si tenía los cojones suficientes de quedarse ahí o si, por el contrario, saldría lloriqueando con el rabo entre las piernas.

El problema era que su rabo ya sabía entre qué piernas quería estar y no eran otras que las de Mackenzie Taylor. No le importaba ser un Tunner. Ni siquiera se consideraba uno, ni le importaban las mierdas que flotaban entre los padres de ambos, eran cosa de sus pasados, a él no iban a meterlo por el medio.

—Parece que tu interés por mi hija es real, pero déjame decirte, Lobo, que no tienes ninguna oportunidad de estar con ella.

Jakob no dijo nada, trataba con desespero de controlarse, pero nadie imaginaba el esfuerzo titánico que estaba haciendo. Carolina se dio la vuelta para regresar a casa, Jakob alzó la mirada y se encontró a Mackenzie mirando desde detrás del vidrio que los separaba, con los ojos llenos de lágrimas y las manos apoyadas en el cristal, como si fuera una prisionera.

Unas manos la tomaron por los hombros para alejarla de allí y desapareció de su vista para dejar en su lugar la imagen de Chicago cerrando las cortinas y sonriendo con malicia. Como si hubiera ganado alguna batalla. No había guerra entre ellos, era lo que no comprendía. No la había, no la habría porque para Mackenzie él no existía y porque, además, él la había ganado antes de empezarla, la había reclamado y era suya.

—No le estoy pidiendo permiso. Tengo el de ella, para mí es suficiente.

Esas palabras osadas hicieron que Carolina se girara sobre sus talones y regresara junto a él. Debía reconocer que el chico tenía un aire atractivo que le recordaba a alguien en quien no quería pensar. Sus ojos azules destellaban seguridad, su semblante era atractivo, afilado, marcado por algunas cicatrices, pero eso solo lo hacía más atractivo. Tenía un cuerpo formado gracias al boxeo, deporte en el que, al parecer, era muy bueno, y esa pinta de chico malo al que sueñas con rescatar del infierno, pero que, al final, es el infierno el que te atrapa a ti, que tanto le había gustado a ella también.

No podía negar que era hija suya. Tenían el mismo gusto por los hombres. No iba a reprochárselo, a ella no le había ido mal. Había bajado al infierno, cierto, pero se había coronado como la reina y eso la enorgullecía.

—Si de verdad la quieres para ti, hay una forma, solo una —explicó, seria—. Y solo una oportunidad —advirtió.

—¿Cuál? —interrogó con curiosidad. Necesitaba seguir distraído hasta que el impulso pasara.

—Tienes que ser uno de los nuestros.

Escucharla decir eso fue como un golpe en el estómago, no se lo esperaba. ¿Tendría que vender su alma al diablo para estar con Mackenzie?

—¿Uno de los vuestros? ¿Estás de broma?

—Veo que hemos perdido las formalidades, está bien —afirmó a la vez que alzaba la mano para frenar a sus matones—. No, no estoy de broma. Si quieres estar con Mackenzie, la única opción es que te conviertas en un cerbero. Estarás bajo la tutela de Chicago y, si cumples con los requisitos, estarás dentro. Entonces, seré la primera en bendecir esa unión.

—¿Cómo sé que, si hago todo eso, cumplirás con tu promesa?

—Mi palabra es lo único de valor que tengo —rugió, como si la hubiera ofendido que la pusiera en duda.

—Pensé que sería tu hija —soltó mordaz.

Esa frase la hizo parpadear, le había dado un buen derechazo sin ni siquiera rozarla. Se lo merecía.

—Piénsalo, Lobo, si quieres a mi hija, a cambio de entregártela, quiero tu alma.

Capítulo 20

Rojo intenso

Jakob no supo cómo fue capaz de contenerse. En cuanto todos entraron en la casa, se largó a la suya. Llegó furioso, no podía ver otra cosa que no fuera un rojo intenso a su alrededor.

Soltó la Harley en el suelo sin importarle si se arañaba o si estropeaba algo al dejarla caer de esa manera y se metió en el cobertizo en el que había colgado el saco. Antes de llegar a él, aligeró la marcha y lo golpeó con tanta fuerza que una brecha se abrió en uno de los costados.

No se detuvo, siguió golpeando sin piedad hasta que el relleno no fue suficiente para soportar sus acometidas. Tenía que sacar esa imagen de su cabeza, lo iba a volver loco. Se llevó las manos a ella y tiró de su oscuro cabello. La mano de Carolina estrellándose contra el rostro de Mackenzie, que no derramó ni una sola lágrima, que aguantó el temple frente a todos, aunque estaba seguro de que quería... de que *necesitaba* un abrazo que no llegaría.

Le trajo recuerdos de las noches en las que era su madre la que soportaba los golpes, las embestidas, las palabras de odio. Todo por algo de dinero, todo para costear otra puta botella de alcohol...

Tan inesperadamente como había llegado, el impulso se fue y lo dejó sin fuerzas. Cayó de rodillas al suelo sucio y arenoso, y sucedió algo que desde que era niño no le pasaba: lloró.

Lloró sin control, jadeaba, sollozaba y gritaba fuera de sí. Por la culpa que ahora lo arrasaba, pero también por la impotencia de no poder hacer nada por ella, ni por su madre. Lo había enterrado muy profundo, pero no había conseguido matar esos recuerdos, al contrario; habían enraizado en el fondo de su alma y siempre serían parte de él, cada vez que perdiera el control le sucedería, llegarían para alimentar la culpa y el arrepentimiento.

Unos brazos lo rodearon con fuerza, en un primer momento no supo a quién pertenecían ni quién se atrevía a acercarse a él en ese instante en el que más que humano parecía un animal acorralado.

Alzó un poco la mirada y vio el pecho de su padre. No necesitaba ver

más que el uniforme de jefe de policía para saberlo. Quiso alejarse, pero, al parecer, el hombre que le había dado la vida se esperaba ese movimiento y su abrazo se hizo más férreo.

Lo intentó otra vez, quería gritarle que lo dejara en paz, que no necesitaba esos brazos que tan tarde llegaban, pero no podía seguir engañándose. Había soñado con ese abrazo muchas veces y lo había esperado otras tantas y por fin sucedía, así que dejó que el niño que fue y que se negaba a dejar regresar, lo hiciera, y se acomodó en el pecho de su padre, permitiendo que su calor lo reconfortara.

Ambos, en el suelo, permanecieron sin decir nada durante largos minutos en los que el silencio tan solo se veía interrumpido por los sollozos de él.

—¿Qué demonios te han hecho? ¿Qué cojones hizo Dana contigo? —susurró, posando su boca en el cabello húmedo de su hijo.

No tenía ni idea del pasado que había vivido ese niño, porque a pesar de querer parecer un adulto, no era más que un niño con un cuerpo demasiado desarrollado, pero empezaba a imaginarse que su hijo había vivido una niñez de mierda por culpa de una mujer que solo había pensado en ella misma, hasta tal punto que no lo dejó saber que tenía un hijo.

Las lágrimas llegaron sin avisar, tan solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando notó que de su barbilla goteaba algo. Pero ¿cómo no sentirse culpable? Aunque no hubiese sabido nada de su existencia ahora no podía dejar de pensar en lo diferente que hubieran sido sus vidas, sí, las de ambos, de saber el uno del otro. Tal vez ninguno de los dos hubiese vivido el infierno que, al parecer, habían compartido sin saberlo.

—Ya estoy bien, puedes soltarme —musitó algo incómodo por la situación. No era que el contacto físico fuera uno de sus puntos fuertes, pero mucho menos estaba acostumbrado a abrazar a otro hombre, a no ser que fuera un contrincante en el *ring*.

—Yo no lo estoy, hijo —confesó, llamándolo hijo en voz alta por primera vez sin titubear.

Jakob no supo qué hacer, tan solo se quedó quieto, dejando que lo abrazaran y tratando de recuperar todo el aliento que había perdido. Tras un tiempo indefinido, el jefe Tunner lo soltó, se puso de pie y lo ayudó a

levantarse. Una vez uno frente al otro, le puso la mano en el hombro y bajó algo la cabeza, avergonzado por mostrar un momento de debilidad.

—Tómate con este viejo una cerveza y cuéntame qué coño ha pasado. Aunque puedo hacerme una idea.

—¿Hacerte una idea? —preguntó con la voz ronca por el llanto.

—Sí, me apuesto el cuello a que la chica Taylor tiene algo que ver.

—Pues... has acertado, así que tu cuello va a seguir en su sitio.

Tunner asintió, sonrió, aunque fue una mueca fingida, y caminó a su lado hasta la moto. Lo ayudó a levantarla y comprobaron que tan solo tenía unos roces y poco más. Después de guardarla, entraron y se quedaron en la cocina con dos cervezas entre ellos.

Se habían sentado cada uno a un lado de la mesa. La cocina no tenía mucho uso, Jakob lo supo porque, a pesar de la antigüedad de los muebles, estaban impecables, igual que la pesada mesa de madera a juego con las sillas.

—Has tenido algo que ver con el revuelo, ¿cierto? La chica Taylor estaba contigo, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, Mackenzie estaba conmigo. Y lo va a seguir estando —soltó con seguridad. No quería que su padre, a causa del momento de intimidad vivido, pensara que tenía derecho a decidir sobre su vida.

—No creas que voy a decirte qué hacer, para eso llevo varios años tarde, pero sí quiero que, al menos, tengas las cosas claras. Los Cerberos son peligrosos, tal vez no lo parece, pero lo son. Si tienen que terminar con la vida de alguien, no van a dudar en hacerlo, los preparan para eso. Para actuar sin pensar, tan solo obedecer órdenes.

Jakob escuchaba atento a la vez que le daba un sorbo a la cerveza, sin alcohol, y asentía. No era una sorpresa, la verdad.

—¿Qué negocios manejan? Aparte de las peleas de boxeo ilegales.

—Todo, peleas, partidas de póker, drogas, algún que otro encargo para quitar de en medio a unos u otros... Te lo he dicho, son más peligrosos de lo que parecen.

—Mackenzie no es así, ella odia ese mundo —la defendió.

El suspiro que dejó escapar su padre era antiguo, como si lo hubiese guardado por mucho tiempo.

—Carolina Taylor también era así, ya te dije que se parece a su hija mucho. Estaba llena de vida, cuando sonreía todo dejaba de existir para mí. Incluso estaba dispuesto a perder a mi mejor amigo por ella. No me importaba nada más. Ella... me llenaba de vida.

—¿Qué sucedió?

—La vida, ella lo eligió a él. Nunca entenderé por qué prefirió vivir en el infierno. Tomamos caminos diferentes y Carol, al final, rompió todas las promesas que me había hecho y me abandonó por él.

—Mackenzie... —¿qué podía decir? Ella le había advertido que lo suyo tenía fecha de caducidad—, ella solo quiere escapar, solo que no ha llegado el momento.

—Ni llegará, Jakob, ni llegará. No te engañes. Su madre nunca la va a dejar abandonar la manada. Nunca. Tal vez lo intente, tal vez ahora lo piense, pero al final caerá en las redes.

—¿Por qué su madre la culpa de lo que le sucedió a su padre? Sigo sin entenderlo.

La cocina se había vuelto fría, no tenía claro la hora que era, pero su estómago rugió. Tunner se levantó y fue hasta el refrigerador, sacó algo que no supo identificar y tomó pan de molde. En unos segundos tenía frente a él un emparedado y su padre, otro.

Tunner dio un bocado y él lo imitó. Después dio otro y su padre retomó la conversación para su alivio.

—Nos dieron un soplo, nunca supimos quién fue. Tan solo llegó una llamada a la comisaría en la que nos decía que en el Anarchy acababa de llegar un cargamento de heroína pura. Así que, solo por si era cierto, cogí a un par de mis hombres y nos fuimos a investigar.

—Sigo sin tener claro qué pinta Mackenzie en todo eso.

—Come y déjame acabar —ordenó, acercándole el plato un poco más —, alguien tuvo que avisarlos de que llegábamos y se escondieron, algunos

se largaron dejando la droga en el local, otros se metieron en la bodega del antro. El caso es que cuando entramos no había nadie, excepto una pequeña niña que era una copia en miniatura de su madre. No tuve que preguntarle quién era.

—¿Habían dejado a la niña sola?

—Con las prisas se la habían olvidado en un taburete, no debía de tener más de cuatro o cinco años, pero ya desprendía esa misma belleza que no podías dejar de mirar. Esa misma que tenía... —se interrumpió y frotó sus ojos cansados—, que tiene su madre. —Jakob no dijo nada, se notaba que su padre todavía sentía algo por Carolina Taylor, así que tan solo dio otro mordisco al sándwich. Estaba famélico, pero, claro, la actividad de la noche pasada lo había dejado exhausto. Recordarlo le hizo tener una erección que lo avergonzó porque no estaba solo, estaba acompañado de su padre—. Cuando le pregunté a la niña por su padre, me dijo, con la inocencia de un niño de esa edad, que había ido al baño y ahí estaba mi amigo, tratando de tirar por el retrete los paquetes de droga. Pero no tiró los suficientes, tampoco quiso implicar a nadie más, así que él se cargó solo toda la condena.

—Tuvo que ser una puta mierda...

—Cuida tus modales, muchacho —lo riñó su padre.

Jakob tragó, asintió y después sonrió. Aunque pareciera extraño, le había gustado que lo tratase como si en realidad fueran una familia.

—Quería decir que tuvo que ser difícil. Arrestar a tu propio amigo... ¡Joder! ¡Es que tiene que ser una mierda!

—Lo fue, solo por eso te voy a permitir, por esta vez, ese vocabulario en mi presencia. Lo fue y más tener que ver la cara de Carol y de la niña, que no entendía qué había hecho mal su padre.

—Pero sigo sin entender por qué culpa a Mackenzie de aquello.

—Supongo que le recuerda el hecho de que fue ella la que me dijo dónde estaba oculto su padre; si ella no hubiese hablado, quizás al encontrarlo ya se hubiese deshecho de todas las pruebas. Sea como sea, la revisión de condena de Phoenix está cerca, así que lo más probable es que pronto esté fuera y vuelva a hacerse cargo de los negocios familiares.

—Me parece que Carolina Taylor es una mujer muy cruel, no entiendo que culpe a Mackenzie de aquello cuando tan solo era una niña.

—Nunca olvides, Jakob, que la culpa es la mejor aliada para que los demás se vean obligados a hacer lo que tú quieras. Es un arma poderosa. Más si es un padre el que la usa contra su propio hijo.

—Parece que Mackenzie adora a su padre.

—Y Carolina lo sabe, por eso la puede manejar a su antojo.

—Entonces, tendré que ponerle remedio.

—Jakob... —murmuró Tunner, dejando escapar un suspiro—, no sé si lo sabes, pero para estar con un cerbero hay que ser uno de ellos.

—Sí, Carolina me lo ha dejado claro esta mañana, pero lo que no sabe es que, igual que uno puede convertirse en uno de ellos, también puede dejar de serlo.

Tunner se quedó callado, no quería continuar con la conversación, había avanzado mucho con el chico y lo último que quería era perderlo del todo antes de recuperarlo.

Así que apretó las manos contra el tablero de la mesa y no dijo nada. Tendría que vigilar de cerca a su chico y también hacerle una visita a Carol, si se atrevía a tratar de hacerlo suyo..., no se lo perdonaría y esta vez acabaría con ella. Sin compasión.

Capítulo 21

A su antojo

Salió una vez que la noche había llegado. Prefería no ser vista, no tenía ganas de otro enfrentamiento con su madre. Ni tampoco de dar explicaciones, si antes dudaba en si alejarse o no de los Cerberos, una vez que acabara el trabajo que su madre le pedía, después de los acontecimientos pasados, lo tenía decidido: no iba a permitir que su madre siguiera manejándola a su antojo. Ya había pagado, con creces, el error que cometió y que le costó a su padre dar con los huesos en la trena.

No podía esperar para verlo, por eso le había puesto un mensaje para que se encontraran en la misma puerta del parque donde cenaron aquella noche que ahora parecía tan lejana. Necesitaba verlo. A pesar de que todo se había complicado, había tenido la mejor noche del mundo, con él.

Ni siquiera su madre, ni la bofetada recibida, había apagado el brillo de la sonrisa que no había perdido en todo el día. Había sido... uf, no encontraba ni las palabras para describir todo lo que había sentido con él, por él.

Poner en orden sus pensamientos la hizo darse cuenta de lo peligrosa que se estaba volviendo la situación, se había prometido no sentir nada por Jakob, tan solo divertirse con alguien que le gustaba hasta que llegara la hora de sacrificarse por la familia; sin embargo, no podía negar que lo que sentía era... intenso. Ni tampoco ignorar los latidos de su corazón, fuertes y acelerados, cada vez que pensaba en él.

Antes de llegar a la puerta, lo vio. Estaba apoyado sobre la Breakout, con las piernas cruzadas y el casco entre las manos, con el que jugaba distraído. ¿Cómo era posible que fuera tan... perfecto? ¿Cómo era posible que su corazón pudiese tronar en vez de latir? ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo la hiciera sentir así?

Se secó las manos en el pantalón corto que llevaba y caminó hasta estar cerca de él y llamar su atención.

—¿Esperas a alguien, guapo, o estás solo?

Jakob alzó la cabeza y la buscó con la mirada. Mackenzie supo que su

corazón se había parado y su respiración se había congelado junto con ese momento que iba a atesorar para siempre, pasaran los años que pasaran. Que estuviera así, tan... aliviado al verla la conmovió. Era bonito ver cómo se preocupaba por alguien que no era de su familia ni tenía su misma sangre.

Sin esperar esa reacción, Jakob dejó caer el casco al suelo sin importarle nada y corrió hacia ella. Al estar frente a frente, la miró a los ojos y después tan solo la abrazó. Con una fuerza que la abrumó, con un ansia parecida a la suya, con unas ganas... unas ganas tan grandes como las de ella.

Sin dudarlo, rodeó su cintura firme con sus manos temblorosas por la emoción y se dejó llevar por la intensidad de lo que sentían, de lo que nacía cuando estaban juntos.

Tras unos minutos deliciosos y que no quería que terminaran jamás, la alejó lo justo para poder mirarla a la cara, no a sus ojos, miraba justo el lugar en el que había recibido el golpe. Había tenido que usar un poco de maquillaje sobre la zona que había empezado a oscurecerse.

—¿Estás bien, *schnuki*? —preguntó, acabando la frase en su lengua materna. Era la primera vez que utilizaba ese apelativo que significaba cariño y lo pilló desprevenido a él también.

Escucharlo hablar en alemán la sorprendió, pero, sobre todo, la asombró que lo primero que preguntara era cómo se encontraba.

—Sí, ahora estoy genial —murmuró a la vez que volvía en busca de otro abrazo.

Jakob sonrió contra su pelo, le encantaba tenerla entre sus brazos. Y cada segundo tenía más claro que nada ni nadie iba a arrebatarla.

—Sabes que diciéndome esas cosas me pones más difícil que te deje ir al final de verano, ¿no?

Era cierto, no quedaba mucho para el comienzo de las clases y eso la hizo tener en un puño el corazón. Pero, por eso mismo, no podía desperdiciar el tiempo, tenía que exprimirlo al máximo con él.

—Tenemos un trato, Lobo —dijo tratando de sonar segura de sí misma, algo muy lejos de la realidad—, no lo olvides.

Jakob apretó las manos alrededor de su cintura y la atrajo a él, sin pedir permiso o esperar la besó con fuerza, tenía que hacer desaparecer esa furia que empezaba a cegarlo, y nada mejor que en su boca.

Pero los dos sabían que el tiempo se agotaba y pasara lo que pasase después, ahora no era momento para perderlo en discusiones, así que la tomó de la mano y la llevó al que sería su lugar a partir de ese momento. Allí nadie los molestaría y podrían estar a solas lejos de miradas indiscretas.

El trayecto lo hicieron sin prisa, Mackenzie se estremecía cada vez que él apretaba sus manos, que rodeaban su cintura, con la suya, mientras con la otra guiaba la moto. El aire empezaba a ser fresco y ella también sintió un poco de helor en las piernas desnudas. Jakob pareció notarlo, porque la mano abandonó las suyas y frotó su pierna.

Ahora los escalofríos no eran por el frío, eran por la sensación tan placentera de sentir sus manos sobre su piel. Y el imaginar en qué otros lugares podrían tocarla una vez a solas la hizo soltar un jadeo que ahogó contra su espalda.

Jakob aparcó su Harley sin dejar que bajase de ella, abrió la puerta del gimnasio y volvió a por ambas, aunque se subió detrás de Mackenzie, a la que permitió meter la moto.

No lo había hecho con ninguna doble intención, pero cuando sintió el cuerpo tibio de ella junto al suyo y pudo contemplar su trasero lleno, no pudo contenerse y acarició sus muslos descubiertos.

El calor que lo llenó fue súbito. Una llamarada que lo dejó jadeando y con su sexo tan caliente como el mismo infierno que se había desatado en su interior, mientras que ella permanecía ajena a la guerra que se libraba en ese momento.

Una vez hubo parado la motocicleta, Mackenzie se inclinó hacia atrás y dejó que su espalda reposara sobre el pecho de Jakob, y fue en ese instante en el que se dio cuenta de que algo le pasaba. Su corazón tronaba con tanta fuerza que golpeaba su espalda y él no decía nada, tan solo jadeaba como si no tuviera bastante aire.

Giró la cabeza hacia arriba para encontrar su barbilla y subió la mano hasta el cuello de este para obligarlo a mirarla. La postura no era la más cómoda, pero, aun así, su lobo se las apañó para besarla.

El gruñido resonó por el lugar, vacío, rebotando en las esquinas para regresar con ímpetu renovado y golpearlos de nuevo, dejándolos fuera de juego. Ella se dejó arrastrar a esa guerra de jadeos y gemidos que se acrecentaban con cada roce de las manos de él, que no le daban tregua y acariciaban sus pechos, pellizcaban sus pezones y apretaban su estómago entre sus manos, tan hambrientas como sus bocas. Tan necesitadas de calor como sus almas.

—¡Joder, *schnuki*! —aulló—. Si sigues así no voy a poder contenerme, porque me vuelves loco. Me vuelves loco... —repitió con voz más baja, perdido en ella.

—¿Quién te ha dicho que te contengas, Lobo? —lo provocó, dejando que su lengua resbalara por los labios masculinos.

—Yo... quería esperar, supongo que... —trataba de hablar, pero le resultaba complicado cuando ella no dejaba de restregar su trasero contra su sexo—, supongo que estarás molesta.

—¿Quieres esperar? Siento decirte que no estoy de acuerdo, no puedo aguantar las ganas que tengo de ti —confesó con la mirada velada por el deseo.

Jakob resopló, la levantó en la postura en la que estaba y bajó sus pantalones cortos, ella entendió la maniobra y sin bajarse de la moto levantó un pie y luego el otro para que pudiera sacárselos. Pensó que haría lo mismo con la ropa interior, pero no, volvió a colocarla a horcajadas sobre la moto, como si ella fuera la piloto, aunque el que llevaba el control era él.

—Te las voy a dejar porque estás muy *sexy* con ellas —murmuró en su oído, mordisqueando después el lóbulo de la delicada y pequeña oreja femenina, que provocó un suspiro profundo que llenó todo de una música especial.

—Así que te gusta mi ropa interior...

—Me gustas tú, *schnuki*. No, no me gustas, me vuelves loco. De una manera que no sé controlar, ni quiero.

—No la trates de controlar, nunca —jadeó ella al notar cómo los dedos de él se paseaban a lo largo de su trasero hasta llegar al punto que más lo anhelaba de todo su cuerpo.

Una de las manos de Jakob acariciaba su seno, la otra no dejaba de torturarla, hasta tal punto que no era capaz de seguir en esa postura porque le temblaban las manos, así que se dejó caer sobre él y fue cuando notó cuánto la deseaba.

Tanto como ella a él.

Jakob retiró el delicado encaje que lo separaba de estar dentro de ella, se desabrochó el vaquero, se puso protección y la penetró con cuidado. No quería lastimarla, pero cuando la invadió y notó el calor y la humedad que lo aguardaban, se olvidó de todo. Menos de ella.

Sus movimientos trataban de ser controlados, pero Mackenzie se adueñó de la situación y se elevaba y dejaba caer sobre él ayudada por el manillar de la moto. ¡Joder! ¡Era lo mejor que le había pasado en la vida! No follar en la moto, no: ella.

—Mackenzie, ve más despacio o no respondo de mí —rogó con la voz a medio tono. Ella no se imaginaba cuánto esfuerzo suponía contenerse y no dejarse llevar.

—Jakob, mi lobo..., fóllame. ¿No te das cuenta de cuánto te he extrañado? ¿No puedes ver cuánto disfruto contigo? ¿No puedes notar lo que provocas en mí? Me vuelves loca, haces que no exista nada más que tú.

Y eso fue lo que necesitó para dejarse llevar. La agarró con dureza por las caderas y la ayudó en sus movimientos, que cada vez eran más rápidos. Entrar y salir de ella era una sensación incomparable, una que nunca antes había sentido con nadie, por nadie. Y cuando pensó que iba a perder la cabeza, los dos estallaron en un orgasmo que aullaron a una luna que no podían ver, pero que ahí estaba, aguardándolos. Por fin el lobo había encontrado a la compañera perfecta para formar una manada.

Capítulo 22

Un fiel reflejo

Tunner no estaba ciego, tampoco era un imbécil que no se diera cuenta de nada, aunque no hubiese estado presente en la vida de su hijo, los días pasaban y podía ver lo que le sucedía: estaba loco por la chica Taylor. No podía evitar pensar, al verlo, que era un fiel reflejo de sí mismo años atrás.

Y sabía lo que eso conllevaría, estaba seguro de que Carolina no iba a perder la oportunidad de seguir haciéndole daño a través de su descendencia. Y no estaba dispuesto a que arruinase la vida del joven, como había hecho con la suya.

Sopesaba la posibilidad de ir a hablar con ella o no, sentado en la *pick-up* a pocos metros de la entrada de los Taylor cuando la puerta se abrió y Carolina apareció con un cigarrillo en la boca y su habitual seguridad. Esa imagen de *femme fatale* que no había desaparecido con la madurez, al contrario, ahora era más evidente y eso la hacía todavía más... atractiva. Por más que le jodiera reconocerlo.

—Joder, Duncan, dime ya lo que sea que hayas venido a decirme. Me he fumado con este... —se detuvo para hacer una cuenta mental—, tres cigarros esperando que bajaras de la dichosa camioneta.

Lo pilló desprevenido, tanto la aparición como la invitación a pasar dentro de su casa, pero no podía echarse atrás en esa situación, nunca había sido un cobarde y no lo iba a empezar a ser ahora.

—¿Qué tal estás, Carol? —preguntó al bajar del vehículo, usando el diminutivo con el que siempre se refería a ella y que sonó extraño y lejano a sus oídos.

—Cansada de esperar a que te salieran los huevos para venir a verme. ¿Qué ha pasado con el viejo Duncan? ¿Ese que se atrevía incluso a llevar la moto con los ojos cerrados?

Esas palabras tuvieron un efecto extraño en él, como si fueran una máquina del tiempo que lo arrastraba sin remedio a un tiempo que ya no volvería jamás. A aquellos años en los que estaba tan enamorado de esa mujer que lo hubiese dado todo por ella, incluso su alma.

Sabía a qué se refería, a veces se probaban, siempre había existido rivalidad entre los dos amigos y Phoenix era un adicto, entre otras cosas, a la adrenalina y siempre lo retaba a hacer cosas peligrosas, cuanto más lo fueran, mejor.

Así, una noche, en una carretera que estaba en obras y sin circulación, se jugaron mucho dinero para ver quién era capaz de aguantar más rato en la moto con los ojos cerrados. Y eso hicieron, subirse a la Harley y taparse la vista con su banda oscura y dar gas, hasta que uno de los dos paró.

Por una vez, ganó Duncan, por eso siempre salía a relucir aquella noche, fue la única vez que se hizo con el triunfo, aunque luego no le valiera para hacerse con el corazón de la chica.

—Lo mataste hace muchos años, Carol, junto con la inocencia del primer amor —dijo, serio.

No podía estar seguro, pero creyó ver un velo de tristeza, de añoranza o tal vez de arrepentimiento en la mirada de Carolina. ¿Quizás, alguna vez, se había arrepentido de su decisión?

—Vamos, entra y dime qué te trae hasta las puertas del infierno y luego vete, estoy muy ocupada.

—Sí, supongo que ser la reina del infierno tiene también sus cosas negativas.

Carolina sonrió y Tunner no pudo evitar que su maldito corazón latiese con algo más de ritmo del habitual. Aún quedaba algo dentro, tal vez solo recuerdos, pero con la suficiente fuerza para arder con solo una mirada o una sonrisa de ella. Al parecer, la esperanza era en realidad tan dura como el diamante y tan difícil de vencer que ni el tiempo, a veces, podía destruirla.

Caminó tras Carolina, la puerta se cerró después de él y pudo ver a algunos de sus perros. Todos sus guardianes estaban en posiciones relajadas, pero sin dejar de advertirle con sus miradas agresivas que no dudarían en morder justo en la yugular si llegaba el caso, aunque fuera el jefe de policía.

Carolina lo invitó a pasar a su despacho y cerró la puerta. Se acomodó, después de dar la vuelta al escritorio con estudiada calma, en su silla, y con un gesto de su largo brazo le indicó que tomara asiento frente a ella.

—¿Y bien? —interrogó, colocando sus piernas sobre la esquina de la mesa y reposando sus brazos sobre el regazo.

—Está bien, iré directo al grano y me iré. Deja al chico en paz.

Carolina no tuvo que preguntar a quién se refería, lo que no acababa de entender era por qué le interesaba un chico que estaba en una casa de acogida en Fort Mill.

En ese momento, se dio cuenta, ¿cómo había estado tan ciega? Ahora era capaz de ver el parecido. Tal vez por eso le había atraído tanto desde que lo había visto. Se parecía a él, a ese Duncan joven al que una vez amó y que al final dejó por Phoenix Taylor.

—¿Qué chico? No sé de quién me hablas... —dijo en su lugar, quería ver hasta dónde llegaba Tunner.

—Mi chico. Por si no lo sabes, es mi hijo. Te quiero lejos de él.

—¿Tu hijo? —preguntó con voz inocente, como si no supiera nada. Tunner podía ver en su mirada que lo había relacionado con él en algún momento de su conversación, ¿tal vez se había equivocado al ir a pedirle que lo dejara tranquilo?—. No puedo creerme que Duncan Tunner tuviese un hijo y que no lo supiera nadie. ¿Dónde está su madre?

Carolina se había levantado y se acercaba a él con una tranquilidad pasmosa. Cada paso parecía ser una promesa que estaba dispuesta a cumplir y hacía que su cuerpo vibrara de expectación, ya que no podía dejar de imaginarse dentro de ella.

—Ha muerto, lo ha pasado realmente mal, así que he venido a pedirte que lo dejes tranquilo por las buenas, no quiero tener que volver a repetírtelo, ni a ti, ni a tus hombres. No quiero que le jodas la vida como...

—¿Como te la jodí a ti? —lo interrumpió. Duncan no dijo nada, tan solo se levantó y se dispuso a marcharse—. Tal vez eso tendría arreglo, ¿sabes? Últimamente, desde que encerraste a Phoenix, me he sentido muy sola, a lo mejor deberías hacerme compañía, al fin y al cabo, que me sienta así no es culpa de nadie más...

La tenía frente a él, sus manos se habían enroscado en su cuello imitando a una serpiente que lo tentaba con una mordida al paraíso, aunque en realidad lo que pretendía era arrastrarlo al infierno.

Cerró los ojos y sin esperar que algo así sucediera, se encontró con los labios de Carolina sobre los suyos. Nunca antes aguantar el tipo le había supuesto un esfuerzo tan grande. Era un hombre. Un hombre que había amado a esa mujer de una manera irracional y, ahora, se le ofrecía. Se arrojaba a sus brazos sin más. ¿Por qué tenía que pasar por algo así? Aun así, permaneció impasible, sin mover los labios y con sus manos agarró las de ella y las alejó de su cuello.

Ese gesto de desprecio le dolió a Carolina más que si la hubiese abofeteado, ¿quién se creía que era él para despreciarla? El odio la llenó hasta rebosar por sus ojos, que se oscurecieron advirtiéndole a Duncan de que la tormenta había empezado.

—Te recuerdo que el que está empeñado en ver a mi hija es él. No he tenido nada que ver en eso. Y ya conoces las reglas, si quiere estar con ella, tendrá que ser uno de los nuestros. Además..., tiene edad suficiente para decidir su camino por sí solo, ¿verdad? A lo mejor tu hijo los tiene mejor puestos que tú y sea capaz de dejarlo todo por ella.

Escuchar esas palabras le dolieron más de lo que esperaba y se giró sobre sus talones, molesto. Ahora la ira vibraba en su garganta. Había guardado mucho durante mucho tiempo.

—Tú fuiste la que me dejó por Phoenix, ese día no solo te perdí a ti, también a mi mejor amigo, a mi hermano. Y, aunque las cosas salieran de forma diferente, no voy a traicionarlo follándome a su mujer mientras él está en la cárcel. No, Carolina, ya no soy aquel joven, pero hay algo que no ha cambiado en mí y es que no estoy dispuesto a venderme por ti.

—Lo supe en aquel momento, por eso me quedé con Phoenix, aunque al que de verdad amaba era a ti.

De nuevo sus palabras lo hicieron acercarse un paso más, furioso. Notaba cómo la ira burbujeaba en sus venas y apretó los puños para no dejarla escapar. Debía controlarse.

—Tú nunca nos amaste a ninguno. No podrías, Carol, no tienes corazón, en su lugar solo hay un agujero negro que has llenado de odio y codicia. Ahora me iré, aléjate de mi hijo o no voy a dejarte respirar. Me tendrás pegado a tu nuca día y noche, así que piénsalo bien antes de hacer nada.

Tras esas palabras, se marchó. Salió del despacho dejando a Carolina

Taylor con la respiración agitada, por la rabia y el dolor del desprecio, ¿quién se creía que era Duncan Tunner para rechazarla? ¿Se había olvidado de aquella lejana noche en la que no solo le rompió el corazón, sino que se había quedado con trozos de él?

Tunner salió de la casa molesto, se subió a la *pick-up* y decidió que más tarde tendría una charla con su hijo. Quizás no podía obligarlo a mantenerse alejado de Mackenzie Taylor, pero, al menos, quería que estuviera al tanto de los planes de su madre.

Carolina lo vio alejarse a toda velocidad en la camioneta, al mismo ritmo apabullante que su corazón latía. Si había pensado dejar que las cosas siguieran su curso con el chico Tunner, ahora tenía claro que no iba a dejarlas al azar. Le pagaría con creces el desprecio, se lo cobraría con lo más valioso que tenía. Quería verlo de rodillas pidiéndole perdón y rogando para que liberara a su hijo del infierno al que iba a entrar por su propio pie y del que no iba a dejarlo escapar.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó uno de sus hombres al verla junto a la puerta.

—Lo estará. Voy a salir, necesito que vigiléis a Mackenzie por mí, tiene prohibido salir de casa hasta nuevo aviso.

Su hombre asintió y ella salió de la casa para coger la Harley y dirigirse a dónde sabía que encontraría a Jakob, en Rock Hill nada estaba fuera de su alcance y sabía todo de todos. Incluidas las miserias y, en este caso, los sueños de cada uno de sus habitantes.

Capítulo 23

En una encrucijada

Los días pasaban a toda prisa, llenos de ellos. Para Jakob no había nada más y para Mackenzie... solo existía Jakob, hasta tal punto que se olvidó de lo que ella misma había propuesto, que sus vidas dejarían de estar unidas cuando empezaran las clases; algo que sucedería en breve. ¿Cómo había pasado tan deprisa el verano? Apenas había sido un parpadeo.

Salía para verlo cuando se enteró de que su madre le había puesto un cepo y no podía salir de la casa. Todos los cerberos se encargaban de su vigilancia. Miró por la ventana y vio el espacio vacío en el que antes estaba la motocicleta de su madre, lo que la hizo preguntarse qué era lo que sucedía y adónde habría ido.

Tenía pendiente visitar a su padre, hacía semanas que no iba a verlo y la revisión de la condicional estaba cerca, así que iría antes de que empezara la universidad, lo que sería en unos días.

El verano había pasado en un suspiro y ya se entristecía ante la ruptura inminente con Jakob; no quería, habían sido los mejores días de su vida, pero no podía hacer otra cosa más que obedecer a su madre. Aunque nadie más lo comprendiera estaba en una encrucijada y su madre se aprovechaba de ello, era consciente, pero, aun así, esa sensación de que se lo debía no desaparecía de su pecho.

Se tumbó en la cama y empezó a idear la forma de alejarse de Jakob sin que sufriera mucho y, esperaba, sin que sufriera una de sus crisis cuando le dijese que lo suyo había llegado al final. Por otro lado, no sería una sorpresa, se lo había advertido, así que tenía que estar esperando que sucediera de un momento a otro, ¿verdad?

Carolina aparcó la Harley justo frente a la persiana del local que había comprado Jakob. No tenía claro que quería hacer allí, tal vez un gimnasio, lo que sí sabía era que lo iba a pagar sin necesidad de un préstamo.

Tenía ojos en cada esquina y sabía que ese era el lugar en el que su hija se reunía con ese joven al que quería para los Cerberos. Estaba segura, después de verlo pelear, que era el único que tenía una oportunidad contra la

mole que iban a enviar Los Ángeles del Infierno a la pelea, por eso lo quería, pero ahora, después de saber quién era, lo deseaba aún más.

Golpeó la persiana con el pie y esperó a que le abriese. Cerca de allí tenían un almacén clandestino que pocos conocían donde guardaban un *whisky* de fabricación casera ilegal y no apto para cualquiera, por eso sabía de ese lugar, los habían visto.

Supo que su hija ya no era tan inocente porque su mirada había cambiado, incluso temió que el enamoramiento fuese un problema, hasta hacía un rato cuando Duncan le había pedido que se alejara de su hijo. Pobre, no tenía ni idea de lo que en verdad tenía pensado para él...

El chico abrió la puerta con una gran sonrisa, sin duda esperaba ver a Mackenzie y no a su progenitora. Debía reconocer que era un bombón al que no le importaría darle un buen bocado. Sus ojos eran azules, una gran diferencia con los de su padre, por lo demás, se parecía mucho a él.

—No va a venir, la tengo en casa retenida —explicó antes de que dijese nada, haciéndolo a un lado para pasar dentro.

Dio una vuelta por el lugar bajo la atónita mirada de Jakob, admirando el trabajo que estaba haciendo. La Breakout tenía el depósito desmontado y había pintura roja a un lado, por lo que supuso que había sufrido algún accidente y la estaba arreglando.

Llevaba un mono de trabajo atado a la cintura y en la parte superior, una camiseta de tirantes que en sus mejores tiempos fue blanca, pero que ahora no era nada más que un lienzo sucio.

—Y, ¿a qué debo el honor de su visita? —preguntó cuando se hubo recuperado de la impresión y de lo que significaban esas palabras.

—Ya lo sabes, no quiero pensar que no eres tan listo como pienso. La quieres, sé que ella te quiere, si no, no se hubiese entregado a ti. Mi hija es una mojigata que le daba mucha importancia a su primera vez. Así que tienes que ser especial para que te haya elegido.

Escuchar esas palabras fueron un golpe en los huevos que lo dejó sin aire, ¿Mackenzie lo quería? ¿Para ella él era especial? ¿Su madre lo sabía por ella o porque lo había imaginado?

—La quiero, no es un secreto que tenga la intención de ocultar, aunque

sigo sin saber a qué ha venido aquí.

—Quiero que seas uno de los míos. Te necesito.

—No es cierto, tiene disponibles a muchos como yo, incluso mejores.

Carolina sonrió, el chico no tenía un pelo de tonto como había imaginado, otra cosa en la que se parecía a su padre.

—Cierto, tengo a otros dispuestos a lo que sea por ser uno de los nuestros sin tener que ofrecer nada a cambio, tú eres diferente y si no fuera porque necesito un tipo que sepa usar los puños, ni siquiera te echaría cuentas, pero resulta que eres muy bueno boxeando y yo necesito al mejor sobre el cuadrilátero ahora mismo.

Jakob sonrió y caminó hasta dónde le esperaba la Harley, desnuda frente a los ojos de los demás.

—No me interesa, no tiene nada que ofrecer que quiera.

—A mi hija.

—No puede ofrecerme algo que, en realidad, no es suyo. Es libre de elegir con quién estar —dijo, molesto. ¿Cómo era posible que pretendiera venderle a su propia hija?

La carcajada de Carolina rebotó por todas las esquinas vacías de la habitación y lo golpeó con fuerza desde todos los ángulos. Desde luego podía parecer un ángel, pero era una verdadera arpía.

—No tienes idea de nada, pequeño Tunner —masculló cada sílaba para que quedara claro que sabía quién era.

Jakob apretó la mano alrededor del trapo que sostenía en ese momento y se mordió la cara interna de la mejilla hasta que sintió la sangre, necesitaba controlar la rabia que ahora mismo bullía en su estómago y peleaba con fuerza para liberarse.

—¿Lo sabe ella? —Carolina negó con la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿Esa va a ser su jugada? ¿Amenazarme con revelar que soy hijo del hombre que metió a su padre en prisión? Estoy dispuesto a correr el riesgo, así que no valdrá para nada su... advertencia. La respuesta sigue siendo no.

—No quiero delatarte, ni tampoco voy a amenazarte a ti. Como imagino

que ya sabes, tu padre y yo tenemos un pasado. Además, ha venido a advertirme que *deje a su chico en paz* —explicó para asombro de Jakob, no se lo esperaba para nada—. De todas formas, una cosa es lo que decida hacer o no contigo y otra la que piense hacer con mi hija y te aseguro que...

Las palabras de Carolina quedaron congeladas en el aire, Jakob, como una exhalación, se había colocado frente a ella, tan cerca que esta necesitaba mirar hacia arriba para poder verle la cara.

—¿Qué? ¿Crees que me dan miedo las amenazas de un crío? ¿O las de tu padre? Si no tenías los cojones suficientes para jugar duro, no tenías que haber entrado en el juego. Es mía y, por hoy, está en casa sin poder salir, pero su encarcelamiento puede ser para siempre, también puedo enviarla lejos, a estudiar a la otra parte del continente, o hacerla desaparecer para siempre de tu vida, como si nunca hubiese existido...

—No sería capaz... —murmuró en voz baja y cortante.

—Ponme a prueba —respondió ella con el mismo tono.

Jakob vio en la mirada de esa mujer que no tenía ningún apego por su hija y que haría todo lo que pudiera para alejarla de él si no cedía a su petición.

—Estoy dispuesto a pelear, a nada más.

—Solo una cosa más, la pelea y... que te marques. Que todos sepan que eres mío.

Jakob cerró los ojos, no le gustaba que lo obligaran a hacer lo que no quería, pero esa mujer había dado justo con su talón de Aquiles y no estaba dispuesto a perderla.

—En cuanto acabe la pelea, nos dejará ir. La dejará ir. Será libre, no quiero verla cerca de ella nunca más.

—Trato hecho.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de su palabra?

—Porque es lo único de valor que me queda, nunca he faltado a un trato. Y hemos cerrado uno. Ella será tuya después de la pelea.

—El tatuaje, la pelea y una cosa más: Mackenzie deberá permanecer

ajena a todo. No quiero que sepa la verdad, nunca.

—Nunca lo sabrá por mí, no te preocupes.

—Una cosa más, ¿cuándo y cuánto? —interrogó sin mirarla, había devuelto su atención a reparar los arañazos de la Breakout, como si lo que ella le dijera no fuese importante.

—En un mes. Si ganas, cien de los grandes para ti. Podrás hacer lo que sea que quieras hacer con este antro.

Jakob silbó, con ese dinero podía poner a punto el Bad Romance para empezar una nueva vida. No podía negar que la idea era tentadora, de todas formas, no era tan mal trato: la chica que amaba y un montón de pasta a cambio de un tatuaje y una pelea. Tal vez Carolina no era tan malévola o tan lista como ella misma creía.

Carolina se dio la vuelta, satisfecha. Abandonaba el local con una sonrisa de satisfacción enorme: había ganado. Otra vez.

Capítulo 24

Hecha de hierro

Carolina Taylor llegó a la casa entrada la noche, Mackenzie se había aburrido como una ostra. Ni siquiera había recibido un mensaje de Ari o de él. La miraba entrar con su caminar seguro, ese que parecía que no la abandonaba nunca. Era como si estuviese hecha de hierro, nada podía quitarle ese orgullo ni esa aura que destilaba peligro, era como si nunca estuviese cansada. Pero lo estaba. Lo sabía, era su hija y podía ver cómo los círculos violáceos bajo sus ojos se hacían más intensos cada día que pasaba.

No tenía claro por qué era, pero se imaginaba que el jefe Tunner se lo estaba poniendo demasiado complicado y, al fin y al cabo, los Cerberos también tenían sus propias deudas que pagar.

Carolina miró hacia su ventana y, al verla, le sonrió. Como si nada hubiese pasado, como si nada pasara. No le devolvió la sonrisa, se metió en su habitación y dejó que la oscuridad la arropara y la ocultara de la mirada de su madre.

—Buenas noches, hija. Que tengas dulces sueños —canturreó a la vez que entraba en la casa, lo supo porque escuchó la puerta cerrarse con un golpe sordo.

Oteó el horizonte que lucía tan sombrío como se sentía en ese momento, pero no vio nada: no lo vio a él.

Y tomó la decisión, no iba a demorar más la visita a su padre. Quería verlo, hablar con él, pedirle perdón por aquello que hizo y que seguía pesando dentro de ella. A pesar de todo, se había dado cuenta de que no podía seguir viviendo bajo el pesado yugo que le imponía su madre.

La mañana se despertó fresca. Se notaba que el otoño estaba anunciando su llegada, una nueva estación, una nueva oportunidad para empezar de cero. A ser posible, lejos de ella.

Se levantó, se duchó y se vistió a toda prisa para ir a la cárcel a ver a su padre. Eligió unos vaqueros negros largos y una camiseta del mismo color oscuro con la insignia de su club. Quería que todos estuviesen advertidos y supieran de quién era hija.

Se plantó en la cárcel comarcal en una hora. El autobús hacía una parada muy cerca de las instalaciones, por lo que hizo el resto del camino andando y pensando en qué iba a decirle a su padre y cómo reaccionaría al verla después de tantos meses sin aparecer por allí.

La rutina para ver a su padre siempre era la misma: llegaba, daba los datos de la persona a la que quería ver, los guardias comprobaban que todo estuviera en regla, la hacían pasar por un detector de metales y luego comprobaban que no llevara nada peligroso.

Las comunicaciones se hacían con antelación y el preso las debía aceptar, ellos tenían pactada una visita familiar a la semana en una sala privada que duraba tres horas. Que ella supiera, su madre llevaba meses sin ir, ella también, y eso la hizo sentirse aún más culpable.

Se sentó, acompañada por un guardia, en la silla que le indicaron. Había una mesa y otras dos sillas, pero al informar al guardia que solo iba ella, se llevó tras de sí la que no iba a ser ocupada. Así que esperaba a su padre mientras observaba ese lugar tan frío e impersonal y pensó en lo que debería de sentir su padre ahí, en lo solo que se estaría sintiendo sin siquiera saber de su esposa e hija, por las que se había sacrificado. ¿Le visitaría alguno de los que se hacían llamar amigos?

Phoenix Taylor apareció esposado. Mackenzie sintió cómo su corazón se aceleraba. No parecía su padre o al menos ella lo encontraba mucho más mayor. Cansado. Su cabello oscuro estaba plagado de zonas grises, sus ojos tenían arrugas pronunciadas y el brillo azul en ellos se había apagado. Estaba más delgado, demacrado, y eso la hizo notar cómo el nudo en su garganta se apretaba con fuerza.

—Gracias, Billy —dijo con voz seria al guardia que le quitaba las esposas y los dejaba a solas mientras él se frotaba las muñecas.

Las lágrimas no tardaron en aflorar en los ojos de Mackenzie, que acudió con rapidez al refugio que el pecho de su padre le brindaba, con los brazos abiertos para acogerla con cariño.

—Mackenzie, estás preciosa. ¿Por qué lloras, niña? —interrogó con la voz llena de emoción a la vez que besaba su dorada cabeza.

—Lo siento, papá —hipó, enterrando aún más la cabeza en el cuello de su padre, al menos no había perdido su olor, seguía siendo el mismo—,

siento no haber venido antes.

El abrazo de su padre se estrechó a su alrededor para alejarla acto seguido y poder verla bien. Había crecido, mucho. Ya apenas quedaban rastros de la niñez en su rostro o en su cuerpo. Era toda una mujer. Preciosa, debía añadir para su fastidio. Estarían todos los aspirantes a cerberos locos por ella. Apretó los dientes, no podía hacer nada estando ahí, por eso deseaba que llegara la vista y le dieran la condicional, se había estado comportando para conseguirla.

—No sientas nada, cariño, no eres más que una niña..., no era cosa tuya lo de venir aquí a verme, tu madre era la que debía haberte traído más a menudo. Por cierto, ¿no ha venido Carol contigo?

Mackenzie negó con la cabeza, tratando de apaciguar su llanto y la respiración para hablar con su padre con tranquilidad.

—Ya veo... ¿Sabe que has venido?

De nuevo negó con la cabeza. Su padre la abrazó de nuevo y la acompañó a la silla, esperó a que se sentara y él hizo lo mismo, frente a ella.

—Vamos, nena, relájate. No podemos perder el poco tiempo que nos dan en llorar, ¿verdad?

Mackenzie volvió a negar, pero esta vez acompañó el gesto con la cabeza.

—En breve empiezas la universidad, ¿no?

—Sí, en un par de días me marchó.

Phoenix supo que esa frase encerraba más de lo que se podía creer y eso no hizo más que confirmar sus sospechas, sabía que Carol no tenía ese instinto maternal que veía en otras mujeres, pero, al parecer, no había sabido criar a su hija como se merecía. Podía ver en su mirada la falta de cariño que su mujer no había sabido darle.

—Tu madre te lo está poniendo difícil, ¿no es así?

Mackenzie abrió los ojos de par en par, ¿su padre podía leer en ella muy bien o es que era un libro abierto para todo el mundo?

—Bueno... —murmuró—, me lo merezco. Si estás aquí es por mi culpa

—confesó en un susurro ahogado.

Escuchar a su hija decir eso lo enfureció tanto que se levantó de golpe y la silla cayó al suelo con gran estrépito. Si su mujer se había atrevido a culpar a la niña..., no tenía claro de lo que era capaz de hacer con ella.

—¿Eso es lo que te ha dicho tu madre? ¿O son cosas tuyas?

—Bueno, yo... —Mackenzie no sabía qué decir, la reacción de su padre la había sobresaltado y ahora tenerlo mirándola con fijeza a los ojos le daba escalofríos. Desde luego su padre, enfadado, asustaba.

—Mackenzie, ¿tu madre te ha metido en la cabeza que eres la culpable? —insistió con voz seria.

—Bueno... —balbuceó de nuevo—, quizás alguna vez ha insinuado que si yo no hubiese dicho dónde estabas..., nada de esto habría pasado.

—Esa perra... —masculló—. Mack, dime, ¿te está obligando a hacer algo más? No me mientas, voy a enterarme de todo si pregunto. Aún tengo fuera ojos y oídos que me informan.

Si eso era cierto, ¿estaba al tanto su padre de los escarceos amorosos de su madre?

—¿No me crees? Sé que hay un chico que le ha plantado cara no solo a tu madre y a ese hijo de puta de Chicago... —añadió apretando los dientes—, sino también al resto de cerberos. Parece que los tiene bien puestos y que no se achanta. Me gusta, por si te interesa mi opinión.

El corazón de Mackenzie revoloteó. No sabía, hasta ese momento, lo que necesitaba escuchar esas palabras. Sonrió, no pudo evitarlo y esa sonrisa llenó sus ojos. Su padre se sintió feliz por ella, también un poco molesto. Había dejado de ser su pequeña para pasar a ser la pequeña de alguien de más. Pero era ley de vida. No hacía mucho que él mismo andaba haciendo locuras por amor.

—Así que te lo pregunto otra vez, ¿hay algo que tu madre te esté obligando a hacer?

Mackenzie dejó escapar un suspiro, apretó sus rodillas con las manos y lo soltó todo. Del tirón. Sin respirar.

—Quiere que deje a Jakob cuando entre en la universidad porque se ha

enterado de que Tunner tiene un hijo y va a ir a mi misma universidad. Al parecer es un año o dos mayor que yo, no lo tienen claro, y quiere que lo atraiga, que lo enamore para que se convierta en un cerbero y así poder joder a Tunner y amenazarlo para que deje los negocios del club en paz.

—A ver, Mack, para. ¿Duncan tiene un hijo? ¿Y es más o menos de tu edad? —Ella asintió.

Phoenix echaba cuentas, su hija lo tenía claro. Su mirada se había ido hacia atrás, al pasado.

—Está bien, así que eso tuvo que ser... Sí, debió de ser por aquella época —masculló.

—¿Qué época? —interrogó con curiosidad.

—Cuando estuvo fuera, en Europa, creo que en Austria... No, no, espera, no era Austria... —Tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa, pensativo—. En Alemania. Sí, fue Alemania. Tuvo que ser en aquellos años porque coincide con la edad que dices que tiene su hijo.

De pronto, todo hizo clic en la cabeza de Mackenzie, el mismo que hacía la pieza clave de un puzle que le daba sentido a todo. Jakob Wolf, alemán, cortando el césped del vecino de Tunner... Ella había dado por hecho que era un chico de los de la casa de acogida de Fort Mill. Él no lo había negado, pero no era así. No. Era el hijo de Tunner, ahora podía ver el parecido entre ambos. ¿Entonces...? Claro, debía ser por eso. ¿Se lo habría ocultado porque ella había hablado mal de Tunner? Estaba claro, ahora de repente todo cobraba sentido. Y ella tenía una baza, su madre no sabía nada de aquello, todavía pensaba que iba a encontrar al hijo de Tunner en la universidad y resultaba... que lo había metido en casa sin ser consciente de nada.

—Sigo. Tunner tiene un hijo que va a asistir a tu universidad y tu madre quiere que lo captes. Es tan típico de Carolina Taylor. Y, además, te obliga a hacerlo como pago por lo que hiciese cuando tenías cuatro años, que, según ella, fue meterme aquí, ¿me equivoco?

Mackenzie asintió, avergonzada. Escuchar a su padre decirlo en voz alta le sonaba ridículo incluso a ella.

—Mackenzie, no quiero que hagas de manera forzada nada de lo que tu

madre te pida. No estás obligada a nada. Ni me debes nada. No dejes que te manipule, es muy buena en eso. Esto —dijo, señalando el lugar donde estaban— no fue culpa tuya. ¡Por todos los demonios! ¡Si tan solo eras una niña! En todo caso habría que echarle la culpa de todo al que hizo la llamada vendiéndonos —musitó en voz baja, pero tan cortante como el más afilado de los cuchillos—. Si te gusta ese chico, adelante. Si te hace daño, le corto el pescuezo, eso también quiero que se lo digas. Estudia lo que quieras, vive tu vida como te dé la gana... No entiendo cómo tu madre, que nunca dejó que nadie eligiese por ella, te obliga a hacer su voluntad.

—Supongo... que es complicado estar al frente del club sin ti.

La risotada ahogada que escapó del pecho de su padre le confirmó de nuevo sus sospechas, sabía que su madre no le estaba siendo fiel.

—¿Sabes, pequeña? En nada voy a obtener la condicional y todo va a cambiar, ya lo verás. Ya lo verás...

Y esas últimas palabras sonaron como la peor de las amenazas.

Capítulo 25

Para su sorpresa

Mackenzie salió con fuerzas renovadas de la visita a su padre. Se habían puesto al día de muchas cosas, entre ellas, le había contado que iba a estudiar Derecho, algo que sorprendió y a la vez gustó a su padre, para su sorpresa.

Regresó a casa pasada la hora de comer; para no variar, su madre no estaba en casa, así que se hizo un sándwich y se fue a su dormitorio. Estaba decidida a hablar con Jakob esa misma noche, le contaría todo, le diría que sabía quién era en realidad y que no le importaba. Que él, al igual que ella, no tenía la culpa de los pecados ni de los problemas de sus padres.

Así que lo mensajeó diciéndole que la recogiera sobre las ocho porque quería verlo y hablar con él.

Jakob recibió un mensaje. Le extrañó, no solía recibir muchos. Y su sorpresa fue mayor cuando vio que era de Mackenzie y que le decía que quería verlo y hablar con él. En ese momento se quedó helado, si lo pinchaban, estaba seguro de que no iba a sangrar. Había tenido que aguantar la charla de su padre, incluidas las advertencias, de que se mantuviera lejos de Carolina, que lo quería para hacerle daño a través de él, para usarlo contra él. Carolina pensaba que su padre iba a dejarla en paz si él era un cerbero, pero qué equivocada estaba.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —gritó, furioso. Tanto que se dio la vuelta buscando qué golpear. Al menos estaba en el local y se fue directo al saco que más cerca tenía para machacarlo.

De nuevo ahí estaba, forzándolo a perder el control. No podía perderla, no podía... Ella era... su paz. Su calma. Con ella todo mejoraría. Con ella el rojo no volvería a aparecer nublando su vista y haciéndolo perder la razón.

No podía parar, no podía dejar de pensar que lo iba a dejar, que al final iba a cumplir con su parte del trato e iba a dejarlo justo antes de ir a la universidad. Pero no se lo iba a poner fácil. No era que ella no lo quisiera, era por otro motivo que no quería contarle y estaba seguro de que implicaba

el hecho de que no era un cerbero, pero eso iba a cambiar, aunque ella no lo supiera, él estaba dispuesto a hacer lo que fuera por no perderla, incluso vender su alma al diablo.

Mackenzie se miró por decimosexta vez en el espejo. ¿La encontraría guapa? Esperaba que sí, al igual que esperaba que le agradara lo que tenía que decirle. Iba dispuesta a confesarle que lo amaba, porque no podía seguir fingiendo que no sabía cómo llamar a eso que le hacía sentir.

Lo único que iba a ocultarle era el verdadero motivo por el cuál lo suyo no podía ser. No quería desvelar que sabía quién era, quería que fuera él mismo, cuando se encontrara preparado, el que le dijese quién era su padre y el motivo por el que se lo había ocultado, aunque estaba casi segura de que había sido por los comentarios que ella había hecho sobre el jefe Tunner.

Bajaba las escaleras dispuesta a ir en su busca cuando se topó, al pie de ellas, con Chicago. La miraba con gesto adusto y los brazos cruzados bajo el pecho. Llevaba la chaqueta de cuero con el distintivo de los Cerberos y sus brazos bajo el tejido se veían enormes.

—¿Vas a salir?

Ella asintió con la cabeza sin ganas de dar más explicaciones, tampoco se las debía.

—¿Vas a verlo? —volvió a preguntar, esta vez agarrándola por el antebrazo con fuerza y frenando su paso en seco.

—Suéltame, Chicago —espetó a la vez que tiraba con fuerza para aflojar el agarre de este—. A ti no te importa —dijo, seria.

—Así que son verdad los rumores...

—¿Qué rumores, Jordan? —inquirió llamándolo por su nombre real, ese que tenía antes de ser un cerbero. Supo que le jodería y así fue. Se mordió el labio inferior a la vez que sonreía y cerraba los ojos, molesto.

—Esos que dicen que te follas al hijo de Tunner, al hijo del enemigo.

La dejó de piedra. ¿Cómo coño lo había averiguado él?

—Así que no estoy equivocado, en realidad es el hijo de Tunner... y te lo follas. Qué decepción.

—¿Decepción?

—Sí, porque has resultado ser una puta más.

Esas palabras tendrían que haberle hecho más daño, sabía que Chicago las había soltado para hierirla, para hacerla sentir mal, pero no iba a conseguirlo. No había hecho nada malo, además, lo quería.

—¿Cómo sabes quién es?

La mirada de Chicago se agrandó, así que lo había pillado por sorpresa que ella supiera quién era Jakob... ¡Bien! Punto para ella.

—Aun sabiendo quién es, ¿te has entregado? —preguntó más furioso a cada segundo que pasaba. Si seguía así, iba a empezar a disparar sus dientes a modo de proyectiles.

—Bueno, Chicago, es lo que suelen hacer las mujeres cuando se enamoran, ¿no?

Y, con esa frase, lo remató. Pudo ver el dolor nublar su mirada, aunque fue tan breve como un parpadeo.

—Te vas a arrepentir por el resto de tu vida... —amenazó en voz baja, tan escalofriante que su cuerpo se sacudió.

—¿De qué, Chicago? ¿De qué se va a arrepentir mi hija? —preguntó Carolina, apareciendo de repente, como por arte de magia.

—¿Sabes de quién es hijo ese Lobo? —preguntó haciendo una pausa dramática—. Es hijo de Tunner.

—Lo sé, Chicago. Y, te advierto, deja de meter las narices en donde nadie te llama. Y no pongas en entredicho mis órdenes.

—¿Lo sabías? ¿Órdenes? —inquirió más confuso todavía. Tanto como lo estaba Mackenzie, ¿su madre sabía quién era Jakob? ¿Desde cuándo?

—Así es. Mi hija tiene la misión de atraer a Jakob a nuestras filas, ¿verdad, cariño? —dijo con voz melódica y suave a la vez que acariciaba la barbilla de Mackenzie—. Lo quiero convertir en uno de los nuestros, no hay nada en el mundo que pueda hacerle más daño a Tunner que ver a su propia sangre convertido en algo que odia tanto. Además, así conseguiré que me deje en paz una temporada. A mí y a nuestros negocios.

Mackenzie no sabía qué decir, ni qué hacer. ¡Había sido tan tonta! Una estúpida ajena a todo lo que su madre tramaba. Debía haberse dado cuenta de que algo raro sucedía en el momento en el que no le puso pegatas para estar con él. Quizás había pensado que, si de verdad a ella le gustaba el hijo de Tunner, todo sería más fácil. ¡Pero qué equivocada estaba! Eso no había hecho más que empeorarlo todo.

—En realidad fue una sorpresa que llegara antes de tiempo, nos pilló desprevenidos a todos... —continuó Carolina con voz silbante, dejando ver la serpiente que trataba de ocultar, pero que llevaba dentro—. Aunque ha sido un golpe de suerte, ahora lo vamos a tener más fácil para reclutarlo. Además, necesitarás a alguien que te eche una mano en la universidad. No puedes con todo tú solo. Será un buen cerbero.

—¿Y eso incluía que se lo follara? —espetó más furioso aún. Perdido en ese hecho, sin importarle lo demás, ni siquiera el club. Además, no le había gustado nada saber que detrás de todo estaba Carolina. ¡Esa perra! ¿Había jugado con todos?

—¡Eres un gilipollas! —gritó sin poder contener más su furia y Mackenzie hizo algo que nunca antes había hecho, abofeteó a Chicago con fuerza, en la cara. Con tanta contundencia que le hizo una pequeña herida en el labio, que se enrojeció cuando unas gotas de sangre salieron por ella.

—Vaya, al final sí que te pareces a mí cada día más —se carcajeó Carolina sin parar.

Mackenzie miró su mano, después la cara de Chicago. En ese momento se dio cuenta de que se había condenado para toda la eternidad. Él no iba a olvidar nunca lo sucedido y sabía que no lo iba a pagar con ella, sino con Jakob. Podía ver cómo el perro más fiel de su madre se relamía, casi podía ver cómo en sus pupilas se reflejaban sus pensamientos y las torturas a las que iba a someter a Jakob una vez fuera un aspirante a cerbero y tomó la decisión más dolorosa de su vida. Iría a hablar con él, solo que el discurso iba a ser muy diferente a lo que de verdad quería decirle.

Capítulo 26

Miles de veces

Mackenzie llegó al local. Había tomado un taxi hasta allí, estaba demasiado lejos para ir caminando, a unos veinte minutos de la universidad. Tenía una buena ubicación para que jóvenes de varios pueblos de alrededor se acercaran a disfrutar de lo que tenía en mente una vez lo tuviera listo.

Un sueño que quería compartir con él y que, ahora, ya no sería posible. No iba a permitir que su madre se hiciera con el control de él ni de ella y por eso iba a hacer lo más doloroso que había hecho nunca: iba a dejarlo.

Había ensayado el discurso miles de veces, había tratado de calmarse y convencerse a sí misma para no llorar. Para ser fuerte y poder decirle que lo dejaba sin más demora, que lo suyo había llegado a su fin. Que no podía ser.

En un día estaría camino de la universidad. Había decidido quedarse allí a pesar de la cercanía, sabía que podía hacer esa hora todos los días para ir y venir, pero deseaba salir de casa. Alejarse de su madre y tratar de respirar un aire que no estuviese contaminado por Carolina Taylor.

El problema: Jakob estaría allí también. Y le iba a costar, ¡demonios! Solo pensarlo la desgarraba, ¿cómo iba a ser capaz de hacerlo? Pero no le quedaba otra, tenía que ponerlo a salvo de su madre, obligarlo a tomar distancia. No quería que su madre malograra a otra persona, todo lo que tocaba lo intoxicaba, lo envenenaba hasta que dejaba de tener una vida real para ser tan solo un alma condenada más en su infierno particular al que llamaba familia.

¿Familia? ¿Qué sabía ella de eso? No quería a nadie que no fuera a ella misma y no deseaba otra cosa que no fuera poder.

Abrió la puerta del local, que, para su sorpresa, no se quejó y fue suave como la seda. Supuso que Jakob habría engrasado todos los mecanismos y los rieles por los que corría la persiana.

Entró y tardó un poco en acostumbrarse a la escasa luz de la bombilla; tras un rato buscándolo, lo encontró. Y al verlo su corazón se detuvo. Estaba tirado en el suelo, parecía... Era un muñeco sin vida.

Eso la alarmó y en lo primero que pensó fue en Chicago, ¿se había atrevido a hacerle una visita antes de que ella llegara? ¿Lo había herido en algún lado? Antes de darse cuenta, corría hacia el lugar en el que Jakob estaba tendido.

Al llegar, se arrodilló a su lado y lo tocó con suavidad, con miedo, por si todo era peor de lo que parecía. A su alrededor había un desorden que la hizo sentir incómoda, ¿había habido una pelea? Lo parecía, la motocicleta parecía desmontada, había un saco tirado en el suelo, junto a él. ¿Por qué? ¿Por qué no le contestaba? ¿Por qué no respondía?

—Jakob... —lo llamó de nuevo—, Jakob, soy yo, Mackenzie.

Al pronunciar su nombre, le pareció advertir un leve movimiento tras el que abrió los ojos.

—Mackenzie, ¿eres tú? —preguntó como si no fuera posible que ella estuviera junto a él, en otro lugar diferente que no fuera en su propia mente.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han hecho daño? ¿Ha sido Chicago? —preguntó con apenas un hilo de voz.

La sonrisa que mostró su rostro le hizo sentir un escalofrío. Volvió a mirar alrededor y se dio cuenta de que el estropicio no era tal y que la Breakout no estaba destrozada, sino desmontada. Vio el bote de pintura y se dio cuenta de que él llevaba un mono de trabajo.

Así que se puso en lo peor y llegó a la conclusión de que había sido una de sus... crisis. ¡Mierda! ¿Qué le habría hecho estallar esta vez? ¿Debía preguntar? Tal vez... podría usarlo como una de las causas para alejarlo de ella. Aunque no fuera real, aunque se estuviera muriendo en ese instante por dentro, por abrazarlo, por tenerlo. Por consolarlo.

—No, no..., ha sido el rojo, ha vuelto —murmuraba todavía perdido en su propio mundo—. Lo siento, lo siento tanto —repetía una y otra vez, incorporándose hasta que estuvo a su lado y se abrazó a ella.

—Jakob, ¿qué ha pasado?

Él parpadeó, como si volviera a la realidad de repente y fuera consciente de todo lo que había sucedido.

—Leí tu mensaje —confesó sin más.

—¿Mi mensaje? —preguntó porque no sabía, en ese momento, a qué se refería.

—Sí, leí el mensaje. Ibas a venir a verme y a hablar conmigo.

«Mierda, ese mensaje».

—Lo sé, Mackenzie, vienes a dejarme porque pasado mañana te marchas a la universidad, eso... me hizo estallar.

—Así que has sufrido una crisis porque te he avisado de que vendría a hablar contigo.

Él asintió, sin fuerzas. Las había agotado todas golpeando lo primero que había pillado. Miró sus manos, sin disimulo, y pudo ver la sangre reseca en sus nudillos.

—Jakob —lo llamó con la voz seria, tratando de controlar todo lo que bullía dentro de ella, sus ganas de abrazarlo, de llorar con él, de jurarle que todo iba a ir bien..., porque ¡mierda! Nada iba a ir bien, todo iba a ir como una puta mierda, pero no podía dejar que su madre se aprovechara de él, que lo usara, que averiguara cuál era su debilidad y lo explotara hasta dejarlo sin vida—. Lo sabías, no te engañé. Te advertí que todo acabaría justo antes de marcharnos a la universidad. Te lo dije, muchas veces, solo nos divertiríamos hasta el final del verano..., no podemos continuar con esto.

—Sí, sí podemos —dijo en tono de súplica, enredando sus manos en el cabello, dando tirones de él—, yo conseguiré que tu madre me acepte...

—¿Mi madre? No es ella quien tiene que aceptarte, Jakob, soy yo.

—Pero... tú me quieres, ¿verdad?

Y, en ese segundo, lo escuchó. El sonido que hizo su corazón al romperse en piezas pequeñas, tan diminutas que salieron por su boca al dejar escapar el aliento. Sufría, nunca había hecho nada tan doloroso y sabía que no iba a hacer nada parecido en la vida, no podía haber un dolor comparable al que ella sufría en ese momento.

—Jakob, te lo dije, hay otro. Me reuniré con él cuando empiecen las clases.

La mirada azul de Jakob se volvió tan oscura como la del lobo que

aguardaba en su interior. Pudo ver los colmillos preparados, las garras... todo a punto para destrozar al que se acercara a lo que consideraba suyo: a ella.

—Mientes..., sé que mientes, Mackenzie. Te has entregado a mí, sé que mientes, te conozco, mientes...

Sus palabras sonaban tan rotas como lo estaba ella, pero había llegado hasta allí y no podía perder ni un centímetro de terreno. Pensó en su madre, en la cara de satisfacción al creer que se iba a salir con la suya, en cómo se relamía con anticipación pensando en que iba a tener un alma más a la que exprimir... y no estaba dispuesta a consentirlo.

Amaba a Jakob y sabía que lo hería, pero era mejor ese dolor ahora que todo lo que vendría después. No podía, no podía dejar a su madre hacerse con el control de él. Era suyo y no permitiría que Carolina Taylor lo destrozara y no dejara de él nada más que un montón de escombros inservibles, imposibles de recomponer. No se lo merecía, sabía que había sufrido mucho.

—No te he mentado nunca, Jakob, te lo dejé claro desde el principio, que solo nos íbamos a divertir, ¿o de verdad pensaste que quería pasar el resto de mi vida con alguien como tú? ¿Con alguien que es como tener una bomba a punto de explotar entre las manos? —Las palabras salieron afiladas, cortando su garganta al pronunciarlas y el corazón de Jakob al escucharlas.

Su cara no ocultaba lo que sentía, lo estaba destrozando, pero seguía repitiéndose a sí misma que mejor ella que su madre. Al menos ella no disfrutaba con esto, su madre se regocijaría y se revolcaría en la miseria que le provocaba.

Se levantó y se alejó sin mirar atrás. No podía, si miraba, aunque fuera solo una vez, estaría perdida. Porque cada paso que la alejaba de él era tan doloroso que solo quería tirar la toalla, rendirse y contarle la verdad. Pero no era una opción. Así que siguió caminando a pesar de que el dolor la rompía en mil pedazos.

—Tienes razón, Mackenzie. —Lo escuchó susurrar y, aunque detuvo su paso, se negó a darse la vuelta y enfrentarlo, no podía, era una cobarde—. La primera vez que te vi pensé que no eras real, que eras un ángel, inocente

y puro, muy alejado de mi mundo. Fuera de mi alcance, al fin y al cabo, ¿qué pintan un ángel y un demonio juntos? Eres... especial y sé que no te merezco, créeme, lo sé.

Sus palabras se detuvieron, y ella supo por sus pisadas, que se acercaba donde estaba. No la tocaba, pero era capaz de sentir el calor que desprendía a su espalda y eso la hizo flaquear.

—Soy un desgraciado, un maldito bicho raro con un trastorno que lo hace ser... una bomba a punto de explotar. Lo sé, ¡maldita sea! Ojalá no fuera así, ojalá fuera tan solo un tipo normal rebelándose contra su padre en un arranque de adolescente. Pero no lo soy, soy un puto niño al que le jodieron la vida. Al que su propia madre le jodió la vida... Ni siquiera sé que hago aquí, *schnuki*, no pertenezco aquí, no pertenezco a ningún lugar, solo al infierno.

Las lágrimas corrían sin control por el rostro de Mackenzie, pero se negó a hacer ningún ruido ni a girarse para abrazarlo, para confesarle cuánto lo amaba, que lo quería por todo, no solo por las partes que tenía, sino por aquellas que le habían robado, aquellas que había perdido y aquellas que estaba rotas. Que ella lo abrazaría, lo besaría y consolaría hasta que algunas volviesen a nacer, hasta que otras volvieran a estar unidas, que repondría las robadas con algunas de las suyas. Que tal vez por separado no eran nada, pero juntos lo eran todo.

Pero no podía, si lo hacía, su madre ganaría la partida y no podía consentírselo. No le importaba si su madre la hería a ella, pero no dejaría que tomara el control de la vida de Jakob. Tal vez ahora le doliese a rabiarse, pero estaba segura de que se le pasaría en unos días. Al fin y al cabo, solo sería hasta que su madre los dejase en paz o hasta que su padre hiciera su aparición en escena, después se lo confesaría todo.

—Lo siento, Jakob, pero yo no quiero estar en el infierno, nunca más.

Y se marchó, dejándolo solo, frío y muerto. Igual que se sentía ella. Podía sentirlo a su alrededor, dentro de ella, por todos lados. Ese frío que la dejaba destrozaba, más sola que nunca. Con el corazón palpitando a mil tratando de mantener, con ese ritmo acelerado, los pedazos juntos. Pero con cada paso que la alejaba de él, iba perdiendo uno de ellos.

Cerró la puerta y se derrumbó. Se alejó unos pasos, pero a pesar de todo

escuchó la explosión de Jakob.

—¡Mackenzie! —gritó, desgarrado, y, por un momento, pensó que sabía que estaba tras la puerta—. ¡Si tú no quieres bajar al infierno, yo haré todo lo posible para salir de él! ¿Me oyes? Y cuando salga, te buscaré... —prometió, bajando la voz.

Claro que lo escuchaba, alto y claro. Y eso le dolía como mil demonios, porque a ella, en realidad, no le importaba estar en el infierno con él, a la que no quería cerca era a esa mujer a la que debía llamar madre.

Otra cosa más que agradecerle.

Otra cosa más para alejarse de la jefa de los Cerberos.

Otra cosa más por la que odiar a Carolina Taylor.

Capítulo 27

Jamás

Nunca había llorado tanto, jamás. Llegó a casa, aunque no tenía muy claro cómo, y subió directa a su dormitorio. Se encerró en él. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. Incluso se negó a contestar los mensajes y llamadas de su amiga Arizona.

No podía, simplemente, no tenía fuerzas. Solo pensaba en si alguna vez Jakob la perdonaría, si lo suyo tendría arreglo más adelante. Aunque a veces la asaltaba el sentimiento de duda, de si había hecho o no lo correcto, estaba segura de que de otra forma todo hubiera sido peor. Mucho peor.

Era de madrugada cuando se levantó de la cama, la dejó deshecha, no solo las sábanas estaban revueltas, también la había vapuleado con sus movimientos inquietos y sus sollozos apagados.

Tomó la maleta de su armario, pensaba llenarla de todo lo que podría necesitar para largarse de allí en cuanto terminara de arreglar las cosas. Necesitaba poner distancia para vaciarse por completo. Solo así podía empezar de cero y tener una oportunidad con Jakob.

Le escocían todavía en la lengua las palabras que había vertido sobre él, como si fueran lava. Pero era lo mejor, tenía que serlo, no podía dudar en ese aspecto. Metió su ropa y algunos objetos de aseo. No iba a llevarse nada que la relacionara con los Cerberos, tampoco quería llevarse ningún recuerdo, tan solo cogió una vieja fotografía de sus padres y ella. En algún momento de sus vidas fueron felices. O eso parecía.

Recibió un mensaje de Arizona. Sabía que debía responder, pero la verdad era que no le apetecía hablar con nadie. Estaba tan triste que en vez de ojos tenía la sensación de tener nubes de lluvia en su lugar.

Tomó el móvil y se llevó la mano a la boca cuando descubrió que el mensaje no era de Arizona, sino de Jakob.

«No voy a arrastrarte a mi infierno, Mackenzie, saldré de él y luego iré a buscarte. Nos vemos en el campus».

En un acto reflejo, tiró el móvil sobre la cama, como si con eso fuese a

borrar de su mente, de su alma, lo que acababa de leer. Él seguía dispuesto a luchar, no iba a darse por vencido y eso hizo que su corazón palpitara sin control.

Al cabo de unos segundos lo cogió de nuevo y puso un mensaje a Arizona:

«Salgo para la universidad en el autobús de las diez. Nos vemos. Un beso».

Miró la hora, eran apenas las ocho y media, pero ya no aguantaba más en esa casa. Las últimas horas habían sido terribles, como si las paredes y el techo se le vinieran encima.

Cogió la maleta y una chaqueta, para resguardarse del fresco de la mañana, y bajó las escaleras tratando de no hacer ruido. Quería irse sin despedirse. Quería irse sin verla. Sin decirle adiós. No tenía el ánimo de enfrentarse otra vez a ella.

La casa estaba mortalmente silenciosa, eso le puso el vello de la nuca de punta. Solo podía significar que algo grave había pasado, pero ya no era asunto suyo. Renunciaba a los Cerberos desde ese momento, desde ese justo momento en que iba a salir por la puerta. Y los vio. Y el alma se le encogió. Porque ella tenía corazón, a diferencia de su madre.

Todos los cerberos estaban montados en sus Harley, dispuestos a darle una despedida de verdad. Su madre reinaba en mitad de la colmena, pero a ella ni se molestó en mirarla. Todo estaba pasando por su culpa, por su avaricia, todo en realidad había sido por culpa de esa ansia de poder que no la dejaba disfrutar de nada más, porque nada, nunca, era suficiente.

—¡Adiós, Mackenzie! —gritaron algunos cerberos a la vez que hacían sonar el claxon de sus Harley.

—¡Que te vaya bien! ¡Nuestra niña ha crecido! —gritaban otros.

Trataba de mantener el tipo, aunque sabía que su rostro reflejaba la noche que había pasado. Estaba temblando, por la emoción y la debilidad de lo que había tenido que hacer.

—Gracias a todos —dijo en voz baja, simulando una sonrisa falsa que estaba muy lejos de sentir.

—Hija, ¿no les vas a dar un abrazo a tu madre? —preguntó, posicionándose en el centro de todos con los brazos abiertos, como si de verdad quisiera una despedida, como si de verdad quisiera a su hija.

—Claro, madre. Te echaré de menos —mintió, dejando que esta la apretase entre sus brazos.

—Recuerda nuestro trato, quiero al chico Tunner convertido en un cerbero antes de que acabe el mes —susurró solo para sus oídos.

—Cuenta con ella, jefa —contestó en el mismo tono de voz, justo antes de apartarse y seguir caminando.

Justo cuando estaba a punto de salir de su jardín, Brooklyn se acercó y le dio un abrazo de oso que casi logró que su máscara se resquebrajara. Era auténtico, sincero, como el cariño que le tenía.

—Hoy mis dos chicas emprenden una nueva aventura, cuidad la una de la otra y si algo pasa..., ya sabéis que iré allí y me encargaré de cualquiera.

—Papá, ¿vas a darle el mismo discurso a Mackenzie que a mí? Ya se lo resumo yo: estudiar mucho, bla, bla, bla, nada de chicos, bla, bla, bla, estaré vigilando, bla, bla, bl...

Y sus palabras quedaron interrumpidas cuando su padre la cogió y la abrazó también. Un abrazo a ambas chicas que las hizo sonreír a pesar de todo. Arizona sabía que a su amiga le había pasado algo grave en cuanto la vio salir por la puerta. Antes incluso de leer esa mierda de mensaje que le había puesto, antes... porque no había conseguido contactar con ella y que no respondiera solo significaba que estaba mal, realmente mal.

—Vamos, papá, vamos a llegar tarde.

—¿Tarde? ¡El autobús no sale hasta dentro de más de una hora! —se quejó.

—Sí, pero tenemos que llegar allí y tomar un café y charlar de lo felices que somos porque empezamos la uni. Adiós, papá, te echaré mucho de menos.

—Yo a ti también, pequeña —confesó con la voz rota—. A las dos —incidió, dándoles otro abrazo más.

Las dos chicas se despidieron por última vez y Arizona agarró de la

mano a su amiga mientras caminaban y dejaban a lo lejos los pitidos y ronroneos de las motos que las habían visto crecer.

Chicago las miraba alejarse, estaba herido, pero no iba a conformarse. La seguiría viendo por el campus y tarde o temprano su oportunidad llegaría. No solo para ajustarle las cuentas a ese gilipollas alemán, sino también para saldar la deuda con ella.

Arizona se mantuvo en silencio un buen trecho del camino, esperando que fuese su amiga la que iniciara la conversación, pero viendo que no sucedía, decidió ser ella la que rompiera el mutismo.

—Mack, soy yo, así que deja de fingir de una puta vez que estás bien y cuéntame qué coño ha pasado estos días.

Y, al escuchar a su amiga hablarle con tanta franqueza y con la voz cargada de preocupación, se derrumbó y la puso al día de todo. De la visita a la cárcel, del encontronazo con Chicago, del hecho de que su madre conocía la verdadera identidad de Jakob... de todo. Y su amiga la escuchó durante todo el trayecto y lloró con ella, también la abrazó con fuerza durante un largo rato en el que no dejó de repetirle que todo se arreglaría.

Y Mackenzie la creyó, porque necesitaba creer que todo iba a tener un final feliz.

Jakob aparcó la moto en la zona reservada para ello. Bates House era la residencia que había elegido. Las habitaciones, pensadas para dos estudiantes, se veían lo suficientemente espaciosas para no estorbarse mucho el uno al otro. Entró en el edificio un poco perdido, buscando la suya.

No tuvo problema alguno para que un grupo de chicas, que parecían animadoras, se ofrecieran a acompañarlo. La verdad era que no estaba de humor para aguantar gilipollices, y fue un poco brusco con ellas, aunque no se lo merecieran.

Se paró frente a la puerta y tocó, pero no hubo respuesta, así que entró sin más. La habitación estaba vacía. Al parecer, había llegado el primero, así que echó un vistazo a la habitación antes de elegir uno de los lados. El lugar era simétrico, las camas no estaban a ras del suelo, eran altas y debajo tenían espacio para usarlo de almacenaje. Dos armarios idénticos frente a cada una de ellas y a los pies de cada mueble, un escritorio con una silla.

Nada más, tampoco era que necesitara algo más. Con eso tenía más que suficiente. Se sentó en la que daba a la ventana y decidió que esa sería la suya. Al menos, de vez en cuando, podría respirar.

Abrió el armario y colocó sus pocas pertenencias, después dejó la bolsa bajo la cama, junto al casco de la Harley. Ya estaba instalado, se echaría un rato para luego ir a dar una vuelta por el campus.

Después de media hora, su compañero no había dado señales de vida, así que se levantó y salió de la habitación dispuesto a conocer todo aquello. Tenía tiempo hasta la hora de comer de ver el campus, por la tarde iría a pedir el horario de clases y husmearía dónde se entrenaba el equipo de boxeo.

Bajaba las escaleras hasta la entrada cuando las vio. Mackenzie no parecía muy feliz, tenía pinta de que un camión le hubiese pasado por encima y tal vez eso era lo que le había sucedido, porque él se sentía igual.

Las habitaciones de las chicas estaban en el ala opuesta, por lo que no lo vieron. Arizona no dejaba de abrazarla y tomarla de la mano, como si le diera ánimos. Lo sabía, ella no le había dejado por propia voluntad, seguro que había sido su madre porque él todavía no se había presentado a hacerse el tatuaje ni a preguntar por la pelea.

Al menos, lo aliviaba saber que estarían durmiendo bajo el mismo techo y que de vez en cuando se verían.

—Vamos, Mack, estamos llegando, ¿no estás nerviosa? Te dejaré elegir cama, ¿vale?

—Sí, está buenísimo, es un poco brusco, pero me da igual, ya le he echado el ojo —decía una chica teñida de rubio que reposaba en la puerta de al lado.

—No parecía muy interesado, Amber —contestaba otra con el pelo rojo como el fuego y ojos verdes intensos.

—Lo estará, ya sabes que consigo todo lo que me propongo.

—De todas formas..., me quedo con el profesor O'Donnel. Cada año que pasa está más bueno. He vuelto a escoger psicología solo por él.

—¿Os parece interesante nuestra conversación? —les preguntó la chica

teñida, de malas formas.

—A mí sí, tengo de profesor a O'Donnel —soltó Arizona con esa naturalidad que la caracterizaba.

Y la chica pelirroja comenzó a hablar con ella como si se conocieran de toda la vida, así se enteraron de que eran Amber y Tara. Esta última era una estudiante de Irlanda, que había decidido estudiar fuera. Aunque lo que de verdad la había empujado a hacerlo era su pasión por ser animadora y, ¿qué mejor lugar para serlo?

Amber era seria, distante y fría, pero Mackenzie tampoco estaba en uno de sus mejores días, así que se despidió y se metió en la habitación a dejar sus cosas.

Desde dentro podía escuchar a Ari hablando con Tara del profesor O'Donnel. Al parecer, causaba sensación allí por donde iba, tanta que estaba empezando a sentirla incluso ella. Aunque, de pronto, la imagen de Jakob la sacudió y se preguntó si estaría ya en el campus, en qué lugar se estaría quedando y si había tenido suerte con su compañero de habitación.

Ella con la compañera no iba a tener problemas, era Ari, aunque no podía asegurar que con sus vecinas se llevara bien, esa Amber... tenía algo que no le agradaba y era raro, por lo general todo el mundo le solía gustar.

Elegió la cama que daba a la ventana, lo necesitaba, ese pequeño espacio le ayudaría a respirar cuando no tuviera fuerzas para continuar, y mirando por la ventana lo vio. Paseaba a lo lejos, pero era capaz de distinguirlo entre un millón de siluetas. Su corazón se encogió, pero no lloró de nuevo. Ahora estaban lejos de su madre, así que solo esperaría el tiempo suficiente para que se olvidara de ellos y después iría a confesarle toda la verdad.

Solo esperaba que, llegado el momento, no fuera demasiado tarde.

Capítulo 28

Esa nueva aventura

El día amaneció soleado. Ambas tenían ganas de comenzar esa nueva aventura, así que se despidieron en la puerta y se marcharon cada una al edificio donde sus clases se llevarían a cabo. La verdad era que no se imaginaba a Arizona como doctora, pero era lo que quería ser. Si se especializaba en traumatología, solo con los Cerberos iba a tener la clínica a rebosar.

Llegó a su edificio y entró en la primera clase. Era grande, los asientos estaban tapizados en color marrón oscuro y la tela era recia, áspera, pero le gustó la sensación. Se sentó en la parte de arriba, no quería estar abajo, donde todo el mundo pudiese verla.

—Hola, soy Cameron. ¿También es tu primer año?

Mackenzie giró la cabeza y se topó con una versión más mediocre de Jakob. Era alto, fibroso, con el pelo oscuro y los ojos azules, pero de un azul sin brillo, apagado. Después de que lo viera parpadear confuso, se dio cuenta de que lo estaba analizando perdida en su mundo y que el joven esperaba con la mano extendida a que lo saludara.

—Hola, soy Mackenzie, y sí, es mi primer año.

No pudieron hablar mucho más, la clase empezó y todos guardaron silencio. El profesor que la impartía ni siquiera les dijo cómo se llamaba, tan solo entró en materia a la hora en punto. Cuando acabó la clase, se enteró, por otros estudiantes, que tenía fama de ser muy serio y duro a la hora de evaluar y que, aunque pareciera que no se percataba de nada porque estaba dentro de su propia burbuja de soberbia, no se le escapaba ni una.

Arizona llegó a tiempo a clase. Sentía una curiosidad que no podía sosegar. ¿De verdad era tan atractivo ese profesor del que todo el mundo hablaba? Paseó por el aula, era impersonal, fría y le dio un escalofrío. La pizarra de color oscuro no tenía ni el menor rastro de que alguna vez alguien hubiese garabateado sobre ella. La caja de tizas parecía estar sin usar. ¿La habrían llegado a estrenar alguna vez?

Se dio la vuelta para mirar la clase desde la posición del profesor,

¿algún día llegaría a ser una? No lo tenía claro, le gustaba la medicina y quería ejercer, aunque también le tentaba la idea de dar clase, de enseñar lo que ella misma hubiese aprendido. Tal vez pudiese hacer ambas cosas en el futuro.

Todavía faltaban casi diez minutos para que comenzara esa clase. Así que sin poder evitarlo se sentó en la silla del profesor y subió los pies a la mesa para echarse hacia atrás, con las manos tras la nuca. Estaba relajada, se sentía muy bien. Esa silla era, de alguna manera, un trono y la clase, su reino.

—Disculpe, señorita, pero creo que ese sitio es mío. Todavía no se lo ha ganado.

No se esperaba para nada que alguien le llamara la atención, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo.

—¿Está... bien? —Escuchó que preguntaban.

Parpadeó varias veces y se incorporó rascándose la zona del golpe, enfocó y lo vio. En ese momento quiso volver al suelo. Fundirse con él. Mimetizarse con él. No podía ser, ¿verdad? Era por el golpe, estaba segura.

—Creo que no lo estoy, porque lo miro y veo a alguien que conozco —confesó, parpadeando de nuevo.

—¿Qué haces aquí, Indiana? —la llamó por el nombre que ella misma le había dado.

«¡Mierda! ¡Mierda santa! ¡Es él! ¡Maldita sea mi suerte! ¿Qué hace aquí? Espera... ¿Ha dicho que este era su sitio...?».

—¿Me acosas? Estoy seguro de que no tengo a ninguna Indiana en mi clase.

—Ya... eso —se justificó mientras él le daba la mano para ayudarla a levantarse y lo sintió de nuevo, esa electricidad que la dejaba sin aliento cada vez que la tocaba—, bueno, es que no me llamo Indiana en realidad y no te acoso; soy alumna de esta clase.

—Vale, si es así, dime tu nombre, voy a comprobarlo.

—¿Llevas la lista contigo?

—No la necesito, la llevo grabada aquí —explicó, señalando su cabeza.

—Vale, a ver, mi nombre es Amber ...

—Deja de mentir, no tengo a ninguna Amber. Tu nombre o iremos a dirección y lo explicas allí.

Arizona dejó escapar el aire y se llevó la mano al pelo, estaba nerviosa y era un gesto que no dejaba de hacer cada vez que se sentía incómoda.

—Está bien, supongo que de todas formas lo vas a descubrir tarde o temprano. Arizona Clyde, encantada.

Cuando Jackson escuchó el nombre completo de la joven, se quedó sin aire. No podía ser, no podía ser...

—Arizona, dime que tu padre no es Brooklyn Clyde.

Ella, como respuesta, se encogió de hombros. ¿Qué más podía hacer?

—¡Joder, Arizona! ¿Sabes en qué lío me has metido? ¿Sabes qué me hará tu padre si se entera de lo que... de lo que te hice?

—¿Como que lo que me hiciste? Pensé que había sido cosa de dos... —soltó, molesta.

Jackson la miró y no pudo evitar sonreír. Era preciosa y si decía que había podido olvidarla se estaría mintiendo a sí mismo, pero, ¡joder!, no solo era su alumna, sino que también era la hija de Brooklyn Clyde, la mano derecha de Phoenix Taylor. ¿En qué lío se había metido?

—Hablaremos más tarde, ahora ve a ocupar un lugar. Están a punto de llegar tus compañeros, ¡joder! —volvió a exclamar, sobrepasado por los acontecimientos.

—Como usted ordene, señor O'Donnell —comentó, sonriendo con picardía. Ahora entendía por qué despertaba el señor O'Donnell pasiones entre las estudiantes y, desde luego, no se habían quedado cortas en las descripciones. Si vestido como un cerbero estaba atractivo, ataviado con la ropa de profesor era... uf, no existía una palabra en el diccionario para describirlo.

Se sentó en la primera fila, sacó el portátil y un bolígrafo que no necesitaba para nada más que mordisquearlo pensando que era su cuello, y

las imágenes de aquella noche sobre la barra del bar la hicieron tragarse un jadeo.

No iba a poder sobrevivir a ese curso, no iba a poder sobrevivir ni siquiera a una clase. No con él como profesor, no sabiendo qué guardaba bajo la ropa.

La clase se llenó de estudiantes, la mayoría eran mujeres, como era de esperar, y se le hizo eterna. Sobre todo, porque no paraba de escuchar suspiros todo el tiempo. Flotaban en el aire con forma de corazones de todos los colores, el aire parecía un puto arcoíris. Y eso la ponía de mal humor.

La clase acabó y ella esperó a quedarse a solas. Necesitaban hablar, ya que se iban a ver en el campus e iban a compartir espacio vital dos veces a la semana.

—Arizona —la llamó cuando estuvieron a solas—, sabes que ahora soy tu profesor, ¿no?

—No entiendo cuál es el problema, Jackson...

—Señor O'Donnel, no lo olvides, por favor —la corrigió.

—No entiendo cuál es el problema —repitió—, señor O'Donnel. Somos adultos, no es que hubieses cometido un crimen.

—No solo soy tu profesor, Arizona, también soy un cerbero y tu padre me va a degollar si se entera alguna vez de lo que le hice a su hija... ¡Oh, dios!

—¿Te refieres a lo que hicimos sobre la barra? ¿En la mesa de billar? ¿O en la silla alta...?

Jackson le puso la mano en la boca para hacerla callar y en su mirada se dibujó una sonrisa traviesa de la que no puedo evitar contagiarse.

—A todo, Arizona —susurró y su nombre sonó en su boca de una forma que le encogió el estómago—. Olvídate de aquella noche, por favor. Olvídate de mí.

—¿Por qué?

Él la miró preguntándole con la mirada qué era lo que quería saber.

—¿Por qué he de olvidarme? ¿Por qué alguien que es profesor tiene que trabajar de camarero por las noches para los Cerberos?

El silencio se espesó entre ambos y él bajó la mirada para llevarse los dedos al puente de la nariz y apretarlo con fuerza.

—Porque no soy bueno, Arizona. No lo soy. Mantente alejada de mí, te lo estoy advirtiendo por las buenas. Olvídate de todo, de mí, de aquella noche, de todo. Será lo mejor para ti. A mi lado no vas a estar a salvo.

Y con esas palabras flotando en el aire se largó y la dejó sola, fría y con la mente barajando miles de posibles explicaciones para lo que acababa de suceder.

El primer día había sido agotador, no pudo ver ni hablar con Arizona en ningún momento, esperaba hacerlo durante la cena. En la residencia tenían zona para ello. Era un bufete libre en el que podía comer de todo con un precio cerrado y decidieron que era la mejor opción para ellas.

Mackenzie llegó la primera y cogió una mesa, miraba distraídamente el móvil mientras la esperaba cuando una sombra se colocó frente a ella. Por un momento su corazón dejó de latir, porque pensó que era Jakob, pero no era él, era su compañero de clase, ¿Cameron?

—¿Puedo sentarme? No conozco a nadie más —dijo sonriendo.

Iba a contestarle algo cuando se vio interrumpida por Arizona.

—Lo siento, amigo, otro día será. Es mía hoy, porque no la he visto en todo el día y necesito contarle mil cosas. Adiósóóósss —canturreó a la vez que lo despedía con un movimiento de dedos—. Uf, ha estado cerca, te veía diciéndole que sí.

—¿Qué querías que le dijera? No podía echarlo sin más —se justificó.

—¿Cómo que no? ¿No me has visto? Ha sido de lo más sencillo. Escucha, no te vas a creer qué es lo que me ha pasado.

—Sorpréndeme.

—¿Te acuerdas del profesor O'Donnel? ¿Ese del que nuestras vecinas de habitación no paraban de hablar? —Mackenzie asintió con la cabeza sin tener muy claro qué era lo que iba a decirle—. ¿Sabes quién es? —Negó con la cabeza sin querer interrumpirla y con curiosidad—. Es Jackson, ¿te

acuerdas del camarero al que me tiré aquella noche?, pues son la misma persona.

—¿Estás de coña? —preguntó con una sonrisa en la cara de la incredulidad.

—No, es mi profesor de psicología. Me ha pedido que me mantenga alejado de él: «No soy bueno para ti. Soy un cerbero por la noche y un profesor buenorro por el día, pero soy mala persona. Si estás a mi lado, correrás peligro».

Arizona lo dijo imitando la voz de un hombre, pero lo hizo tan mal que arrancó una sonrisa a Mackenzie.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué más? Soy una cerbero, así que me prepararé para la caza.

Capítulo 29

Primera semana superada

Primera semana superada, o eso pensaba. Todo iba más o menos bien, aunque todavía le dolía lo que se había visto obligada a hacer, iba cogiendo ritmo a las clases. Iba corriendo para no llegar tarde cuando lo vio y se detuvo en seco al pie de las escaleras.

Era Chicago, ¿qué demonios hacía allí? No solo estaba él, sus pupilos lo seguían meneando el rabo y sacando la lengua. Se acercaron a un grupo de jóvenes, entre ellas pudo distinguir a sus vecinas de dormitorio, el color rojo intenso de Tara no pasaba desapercibido con facilidad, ni el rubio teñido de Amber, que parecía la *barbie* animadora.

—¿Qué negocios tienes aquí, Chicago? —dijo para ella misma, por lo que no esperaba respuesta.

—No dejan de rondar el campus, venden droga y animan a los estudiantes a asistir a las peleas de boxeo y a participar en las partidas de póker clandestinas. ¿No lo sabías?

Mackenzie tragó la saliva que se le había acumulado en la boca. No hacía falta que volviera el rostro para saber quién era, su voz era la única capaz de hacerla perder el control, su cuerpo era el único que prendía ese calor en lo más profundo de su ser. Era él. Pero por más que deseara darse la vuelta, mirarlo a la cara y refugiarse en sus brazos, no podía. No todavía, y menos delante de los Cerberos.

La mirada de Chicago se topó con la de ella para, al segundo, desviarse justo hacia donde estaba Jakob. No podía dejarle creer a Chicago que todavía había algo entre ellos, así que tan solo echó a correr escaleras arriba para alcanzar el edificio donde tenía su próxima clase.

—Vamos, Mackenzie, no huyas. Vamos a hablar... —rogó, tratando de llevar su ritmo, a su lado.

El movimiento no pasó desapercibido para Chicago, aunque tenía otros negocios entre manos, no podía dejar de buscarla cada vez que iba. De hecho, le había gustado comprobar que aparte de sus clases y de Arizona, apenas tenía contacto con nadie más en la universidad, pero ver al Lobo

persiguiéndola no le gustó. Aunque esperaba a ver qué sucedía.

Mackenzie no sabía qué hacer. Por un lado, sabía que Chicago podía verlos y en teoría debía atraer al chico Tunner a ellos, así que huir de él no era lo propio de alguien que intentaba engatusar a otra persona, además, estaba segura de que iría con el cuento a su madre... Por otro lado, no estaba segura de tener las fuerzas suficientes para disimular. Pero tendría que hacerlo, si su madre se enteraba de que no estaba haciendo su trabajo..., ambos estarían en problemas.

—Hablaemos, pero dentro del edificio —consiguió articular y no sabía cómo, de verdad que no lo sabía.

Jakob no dijo nada, tan solo la siguió en silencio por el resto de escalones que quedaban, eso era mucho más de lo que se esperaba por parte de ella. Una vez dentro del edificio y a salvo de los ojos vigilantes de Chicago, se detuvo en seco y lo miró a los ojos. Podía ver en el rostro de Jakob el mismo anhelo que en el suyo, pero todavía debía aguantar un poco más.

—Jakob...

—No, espera, antes de que me eches... solo quería saber cómo estás, cómo te estás adaptando. ¿Estás bien?

—Jakob, necesito tiempo. Por favor...

No era capaz de decir nada más, tenerlo frente a ella, tan cerca y a la vez tan lejos, la destrozaba.

—Mackenzie, ¿vienes a clase? —los interrumpió una voz familiar.

—Sí, espérame, Cameron —pidió. Como si de verdad deseara alejarse de él.

Jakob torció la cabeza y sonrió de medio lado, colocando las manos en las caderas.

—Así que me dejaste a mí para quedarte con una imitación barata —soltó con desprecio.

Mackenzie apretó los puños alrededor del asa de su bolso, no quería ni podía entrar en ese juego. No, si se permitía flaquear una vez, iba a caer sin remedio en sus redes y esta vez sabía que no la iba a dejar escapar, así que

guardó silencio y se dio la vuelta para marcharse.

—Esta noche hay pelea en el Anarchy. Da la casualidad de que mi rival es él, por si no lo sabes es un aspirante a cerbero. Irás a verlo, ¿verdad?

Mackenzie estuvo a punto de darse la vuelta y confesarlo todo, pero no era el momento, así que caminó hacia donde Cameron la esperaba con una gran sonrisa, una que él iba a borrarle esa misma noche.

Mackenzie paseaba nerviosa por la habitación, esperaba que Arizona no llegara tarde, desde que había decidido cazar al profesor O'Donnell apenas la veía. Pero necesitaba que la acompañara al Anarchy, quería ver con sus propios ojos si de verdad Cameron iba a pelear contra Jakob y si era un aspirante a cerbero.

—Ari, ¿dónde estabas? —preguntó en cuanto la puerta se abrió, corriendo a su lado.

—En clase, ¿sucede algo?

—Acompáñame, por favor.

—A ver, Mack, dame un segundo que suelte la bolsa y dime, ¿qué sucede?

Mackenzie tomó aire y cogió a su amiga por los brazos, desesperada.

—Esta noche hay una pelea en el Anarchy, Jakob va a pelear contra Cameron.

—¿Quién es Cameron? —la interrogó sin tener claro a quién se refería.

—Cameron es el chico que echaste de la cafetería. ¿Te acuerdas?

—¿La versión famélica de Jakob? —interrogó a su amiga, haciendo evidente que el parecido era real y no cosa suya.

—Sí, ¿vamos, por favor?

—A ver, Mack, espera un momento, si vas y Jakob te ve, va a saber que estás allí por él, ¿no se supone que ibas a alejarte de él hasta que la arpa os dejara en paz?

—No, porque cree que tengo algo con Cameron.

Arizona miró a su amiga con incredulidad.

—Para, para, a ver, ¿todo eso ha pasado hoy?

—Sí, esta mañana. Iba a clase y vi a Chicago y los aspirantes hablando con las vecinas.

—¿Con Amber la teñida y con Tara? —preguntó empezando a comprender algo más de la situación.

—Sí, estaban hablando con todo el grupo de animadoras, yo iba a clase y al verlos me he parado, entonces estaba hablando sola y me ha contestado.

—¿Quién? —siguió con el interrogatorio mientras se cambiaba de ropa.

—Jakob. Me ha pedido hablar, no podía despacharlo con Chicago mirando, se supone que estoy intentando que sea un cerbero, ya sabes que mi madre no sabe nada de nuestra ruptura. Así que le he dicho que sí, pero que mejor hablaríamos dentro del edificio para evitar que Chicago nos viera. Y no sé cómo he podido, Ari, no lo sé... tenía tantas ganas... tantas ganas de él. Entonces ha aparecido Cameron como por arte de magia y me ha salvado.

—¿Y cómo hemos llegado a lo de la pelea?

—Me lo ha dicho Jakob, que esta noche pelearía contra él y que si sabía que era un aspirante a cerbero.

—Vale, me hago una idea de todo —dijo mientras terminaba de cambiarse la ropa por otra más apropiada para ver una pelea—, y puedo decirte dos cosas: una, ten cuidado, dos, creo que a Cameron también lo ha enviado tu madre para vigilarte.

Mackenzie frenó en seco el hilo de sus pensamientos, no había pensado en ello, pero ¿y si Ari tenía razón?

—Sea como sea, tenemos que ir.

—Después de ti, princesa —dijo haciendo una reverencia como si de verdad fuera algo más que una simple mortal.

En el Anarchy no cabía ni un alfiler. Las habían dejado pasar solo por el hecho de ser hijas de quienes lo eran. Todos los allí reunidos eran cerberos, universitarios o aspirantes de otros clubs cercanos. El negro reinaba en el local, como si fuese una advertencia de lo que podía llegar a suceder esa noche.

Mackenzie y Arizona se abrieron paso a codazos hasta estar a una distancia prudencial para verlos bien sin ser detectadas. A lo lejos, Arizona se fijó en una silueta conocida. Era Jackson y estaba junto a Chicago, lo que la hizo preguntarse qué negocios se traía con ese perro faldero de Carolina.

La pelea empezó después de unos minutos tensos. El griterío y la adrenalina se respiraban por doquier, las apuestas subían, bajaban y cambiaban con la misma rapidez con la que se golpeaban. Había estado en lo cierto, Cameron era el contrincante y, a pesar de ser similares, Jakob era una máquina bien engrasada que enlazaba unos golpes con otros sin dejarlo respirar.

Si no paraban la pelea, Mackenzie se temía lo peor. Pasó todo el combate con el pecho en un puño, aunque su mayor preocupación era Jakob, no quería que lo hirieran, pero tampoco quería que nadie parase el combate y que Cameron saliera tan mal parado que Jakob tuviese que rendir cuentas ante la justicia.

Aunque debía reconocer que era todo un espectáculo verlo sobre el *ring*. Parecía que no tocaba el suelo, era ágil, fuerte, rápido y... elegante. Sí, tal vez sonara raro, pero lo era. Golpeaba con clase. Y su corazón no dejaba de latir desbocado cada vez que se acercaba donde estaba ella.

El combate se puso serio, por un segundo Mackenzie temió lo peor, Cameron estaba en un rincón y no parecía responder, era un muñeco sin vida entre las manos del Lobo que mordía y rasgaba con furia.

—¡Ari! —gritó para que la escuchara por encima del griterío—. ¡Haz que detengan el combate! ¡Lo va a matar!

Arizona comprendió, se escabulló como pudo y se subió, ni corta ni perezosa, al *ring*, donde increpó al árbitro por no parar la pelea. Sabía que allí era intocable, tal vez por eso era tan audaz. Desde abajo, los ojos vigilantes de Jackson contemplaron toda la escena y no pudo evitar sonreír.

Esa joven era increíble, si no fuera porque era hija de quien era hija, si no fuera porque era una de ellos, de esos mismos de los que trataba de escapar a toda costa aunque no pudiera, si no fuera porque él era un puto enfermo...

El árbitro, avergonzado por la reprimenda de la joven Clyde, detuvo el combate y proclamó campeón absoluto a Jakob, que no dejaba de disfrutar

de la adrenalina que ahora mismo corría por sus venas mientras un par de tipos sacaban a rastras a un Cameron inconsciente del *ring* y lo dejaban tirado, a su suerte, en los vestuarios.

Arizona llamó la atención de Mackenzie, que supo de inmediato a dónde se dirigía su amiga. Le iba eso de ser médico, no podía ver lastimada ni a una mosca. Así que se escabulló entre el gentío hasta los vestuarios, tras su amiga.

—Vamos, chico, voy a llevarte de vuelta al campus. —Escuchó que decía Ari al pobre, que apenas empezaba a volver en sí—. Ven, Mack, ayúdame. Ponte por ese lado, yo lo tomaré por este.

Mackenzie asintió y entre las dos arrastraron el cuerpo del joven a la calle, necesitaban un taxi para llegar a la universidad.

—Mack, ¿eres capaz de sostenerlo tú sola mientras busco un taxi? Ah, espera, mejor, ven. Vamos a apoyarlo contra la pared y así tú solo tendrás que ponerte delante y sostenerlo así —explicó, apoyándose de lado contra el pecho del joven, como si fuera una pared en vez de un pobre diablo al que le habían dado a base de bien.

Mackenzie asintió y se colocó así, pero llegó un momento en que no podía más con el peso y puso sus manos sobre el pecho de Cameron, que de pronto le pasó las suyas por el cuello y apoyó su cabeza en el hueco de su cuello.

Carolina no se había perdido detalle del espectáculo, no solo el que se había llevado a cabo sobre el cuadrilátero, sino de todo lo que sucedía entre bambalinas. Había seguido a su hija y se encontró con Jakob, que se quitaba las vendas que usaba bajo los guantes.

Jakob, por un momento, creyó que la mujer entre las sombras era Mackenzie, preocupada. Hasta que la invitada dio un par de pasos y la luz desveló quién era en realidad.

—¿Qué quiere, señora Taylor? —preguntó, molesto al darse cuenta de que no era quien pensaba.

—Sígueme, Lobo, hablemos fuera.

Sin entender por qué para hablar con él lo sacaba afuera, la siguió refunfuñando, hasta que los vio. El tal Cameron, ese al que había

vapuleado, estaba abrazando a Mackenzie y la rabia que lo inundó lo hizo perder el control otra vez, pero no corrió hacia ellos, se metió dentro de nuevo y en los vestuarios dio rienda suelta a su rabia golpeando la puerta de una de las taquillas hasta que quedó plegada como un acordeón.

—¿Sabes por qué está con él y no contigo? Porque él es uno de los nuestros, Mackenzie sabe bien que lo primero es la familia y que solo puede estar con alguien que sea uno de los nuestros —explicó Carolina para que no le quedara ninguna duda—. Te lo advertí.

Jakob se detuvo en seco, era cierto que habían hecho un trato, pero este se había quedado en el aire. Era hora de hacerlo real.

—El trato era que me tatuase y que peleara, ¿no es así? —Carolina sonrió satisfecha, podía saborear el siguiente triunfo.

—Ese era el trato, sí.

—Después..., después nos dejará en paz, ¿verdad?

—Si es lo que queréis, sí. Así será.

Jakob asintió y se puso una camiseta. No iba a esperar más, no podía seguir así. Iba a volverse loco sin tenerla cerca, sin besarla, sin estar a su lado... Casi... casi había matado a ese joven porque estaba con ella. Así que pondría fin a todo eso esa misma noche.

—Está bien, me tatuaré ahora mismo y quiero una fecha para el combate.

Carolina mostró su mejor sonrisa y caminó hacia la habitación donde, por fin, el hijo de Tunner sería suyo, en ese infierno en el que entraría por su propio pie y en el que iba a entregarle su alma. Para siempre.

Capítulo 30

De una forma especial

El tatuaje dolió menos de lo que pensaba, tal vez porque le dolía más el cuerpo por los golpes del combate o el corazón por la visión de Mackenzie abrazada a ese otro al que había vapuleado sin compasión.

Sabía que se había pasado de la raya, no era rival para él, y tenía claro que todo había sido porque sentía celos de ese joven con el que parecía que Mackenzie tenía una relación que iba más allá de la de amigos.

Decidió hacerse el tatuaje de los Cerberos de una forma especial. La montaña de cráneos la pidió en los nudillos y en la base de la mano, el perro de tres cabezas rabiosas. Había quedado espectacular, debía reconocerlo.

Se miró la mano sensible por el dibujo recién hecho y sonrió. Cada vez que destrozara a uno de ellos, lo haría con ese puño. Los golpearía con lo que eran.

—Ha quedado espectacular —aprobó Carolina, que no se había ido hasta ver su obra completa. Ahora era suyo.

—Sí, creo que es mi mejor tatuaje hasta el momento —dijo pagado de sí mismo el hombre al que le faltaba algún que otro diente—. Ha sido una gran idea lo de ubicar las calaveras en los nudillos y el Cerbero en la mano. Queda impresionante.

—Voy a pedirte una cosa más, *jefa* —dijo recalcando esa palabra que tanto le gustaba oír y él lo sabía—, no quiero que nadie más lo lleve donde yo. Será mi distintivo.

Carolina sonrió y guardó silencio, cada vez le gustaba más ese muchacho, si su hija se descuidaba..., tal vez ella le diera un bocado, solo para probarlo. Tenía todo lo que a su padre le había faltado y, desde luego, en atractivo también lo superaba, aunque se pareciera mucho, era una versión mejorada de Duncan.

—¡Hecho! Kansas, ¿has oído? —interrogó para asegurarse de que su hombre había entendido de verdad.

—Sí, jefa. Será el único en llevarlo así. Es una pena —murmuró,

mesándose la barba larga y gris—, estoy seguro de que muchos de los nuevos aspirantes lo querrán tener en ese mismo lugar.

—Pues está vetado, di que es orden mía, así no te buscarás problemas ni tendrás que dar más explicaciones. Si alguien no está conforme, que venga a pedirme cuentas a mí.

Y sin más se alejó de la estancia dispuesta a irse. Justo en la puerta se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—En dos semanas es el gran combate. Te quiero en forma, así que nada de peleas. Con lo que has ganado esta noche, tienes para una buena temporada.

Jakob sonrió, había ganado diez de los grandes. Las apuestas habían estado en su contra y eso le había proporcionado mucho dinero a él y al Anarchy.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba esperando a Arizona, lo único que sabía era que no podía más. Si no llegaba pronto, iba a tener que dejar caer al suelo a Cameron, porque sus fuerzas tenían un límite.

—¡Dios! ¡Cuánto pesa! ¡Arizonaaaa! —protestó sin esperar respuesta.

—Lo siento, lo siento, ya llego. Es que no encontraba ningún taxi, pero lo he encontrado a él —explicó con una gran sonrisa mientras miraba sobre su hombro.

Arizona se acercó y ayudó a Mackenzie a sostener a Cameron hasta que otros brazos más fuertes la reemplazaron.

—¿Jackson?

—¿Qué tal, Mackenzie? He venido a echaros una mano —resopló mientras tomaba al joven en su espalda.

Caminaron junto a Jackson, que las guio al coche, normalmente llevaba la Harley, pero la tenía en el taller para que le echaran un vistazo a un ruido que no le había gustado nada y por eso había cogido el Ford Mustang GT que apenas usaba.

Al llegar, Arizona no pudo evitar silbar, alejarse de ellos y pasear acariciando la carrocería del auto. Era de un negro brillante y de líneas elegantes: uno de sus coches favoritos.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Un Mustang GT? Es precioso.

—¿Te gustan los coches? —inquirió, intrigado y agotado por llevar al muchacho sobre su espalda.

Abrió el auto y lo colocó en la parte trasera, tumbado sobre los asientos, pero con las piernas fuera; necesitaba recuperar algo de aliento.

—¿No lo sabías? Arizona es una loca de los coches, sobre todo si son clásicos, pero los Mustang... Esos, Jackson, son sus favoritos, los de antes y los de ahora.

—También es mi coche favorito.

—No me extraña, es precioso —musitó sin dejar de admirarlo y acariciarlo.

—Lo es... —murmuró a su vez Jackson sintiendo una presión en el... pantalón.

—Ari, ¿podemos dejar de admirar el coche y centrarnos en Cameron? Lleva mucho tiempo sin reaccionar, ¿y si tiene algo grave? ¿Debemos llevarlo al hospital?

—Le echaré primero un vistazo, después pensaremos qué hacer.

Jackson no entendía nada, ¿es que esas niñas de verdad vivían tan ajenas al mundo en el que se estaban criando? ¿No sabían nada de las normas de esos combates?

—Arizona, ni siquiera has empezado el primer año de la carrera, ¿y ya vas a ejercer de médico?

—No te preocupes, Jackson o... —se interrumpió—, ¿debería llamarte señor O'Donnel?

—Te lo ha contado, claro que te lo ha contado... Aquí soy Jackson, en el campus soy el señor O'Donnel, ¡va por las dos! —puntualizó alzando la voz y señalándolas con un dedo acusador.

—Vale, no te preocupes, Jackson, sabe lo que hace. Lleva haciéndose cargo de los Cerberos desde... siempre. Tiene un don.

Arizona no les prestaba atención, necesitaba concentrarse en el joven que parecía más muerto que vivo. Pudo ver que tenía rotas las dos costillas

flotantes, varias contusiones en el pecho, la espalda y una leve conmoción, pero nada grave.

—Vale, está bien, molido a palos, pero bien. Jakob le ha dado con ganas.

—Vaya, ese cerbero es una máquina...

—No es un cerbero —lo cortó con brusquedad.

—Ah, pensé...

—No lo es —volvió a decir con firmeza. No en vano se estaba alejando de él. Necesitaba que quedara claro para que su dolor tuviese una causa justificada.

—Vale, ese chico es una máquina de pelear. Tiene un dominio de la técnica impresionante para su edad, es rápido, ágil..., una máquina perfecta y engrasada —repitió, asombrado.

—Lo es —afirmó, sonriendo. En el fondo no podía negar que le gustaba verlo pelear.

Colocaron a Cameron bien en el asiento y Mackenzie se sentó atrás junto a él, Arizona se sentó en el asiento del copiloto y Jackson arrancó y condujo en silencio hasta que llegaron al campus.

Llevar a Cameron a su habitación no fue tarea fácil y, una vez allí, desvestirlo y hacerle las curas, menos. Tenían razón, era un aspirante. Llevaba tatuado al Cerbero en el omoplato derecho.

Mackenzie dejó escapar el aire y supo que su madre no iba a dejarla en paz hasta que consiguiera lo que quería, pero ella tampoco estaba dispuesta a ceder, así que aguantaría hasta que sus fuerzas gritaran basta.

Arizona vendó la zona de las costillas y curó algunas de las heridas que sangraban con desinfectante. Lo espabiló para hacerle tragar un par de analgésicos y lo dejó descansar. Menos mal que Jackson..., el señor O'Donnel, seguía con ellas, porque solas lo hubiesen tenido más complicado. Ese joven era un peso muerto.

Tras la cura lo dejaron descansar y abandonaron el cuarto. Mackenzie se despidió de ambos y se marchó a su habitación. Era consciente, sin que su amiga se lo dijera, que quería tener a Jackson un rato para ella sola. Y

estaba agotada, así que se despidió y los dejó.

Caminaba por la calle que daba a la residencia cuando se encontró a Jakob, que también regresaba a esas horas en su moto. Eso la pilló por sorpresa, ¿la seguía? ¿Sería posible que se alojara allí también?

Lo miró de arriba abajo, como si no creyera lo que veía, y se dio cuenta de que llevaba una de las manos vendadas, por lo que supuso que la tendría lastimada por la pelea.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un hilo de voz.

Él no dijo nada, tan solo bajó de la moto. No tenía fuerzas para nada más, porque peleaba contra sí mismo, reteniendo las ganas de ir y buscar su calor. Eso lo estaba matando, pero pronto iba a terminar. Ya era uno de ellos, así que no había nada que los pudiera separar.

—¿Te has lastimado? —preguntó, señalando la mano vendada y, al hacerlo, se dio cuenta de que su voz había sonado sin fuerzas, rota.

Jakob seguía sin decir nada, tan solo la miraba. Y ella se rompía con cada segundo que pasaba alejada de él. De pronto, empezó a caminar hacia ella. Quiso huir, pero no podía. Sus pies pesaban como si estuvieran llenos de hormigón. Cada vez estaba más cerca y ella cada vez tenía más dificultad para respirar.

Una vez frente a ella, sin esperar ni pedir permiso, la besó. Su beso fue intenso, como lo había sido todo entre ellos desde el comienzo. Quiso revolversse, quiso alejarlo, pero sus manos, traidoras, en vez de empujarlo lo atraieron más hacia sí, enredándose en su cuello.

Jakob gruñó, casi podía escuchar su aullido y eso la hizo sonreír todavía con su boca en la suya. Él la imitó y sonrió sobre sus labios, esos que había extrañado hasta morir.

La apretó con fuerza y hundió su cabeza en el hueco del cuello de Mackenzie, donde inspiró su olor profundamente; quería volver a grabarlo, refrescarlo en su memoria.

—Te he echado tanto de menos que pensé que me iba a volver loco.

Mackenzie aferró sus brazos alrededor de su cintura y él se quejó, tendría molestias por la pelea. Cerró los ojos con fuerza y tomó varias

bocanadas de aire. Necesitaba coger fuerzas de donde fuera.

—Yo también, Jakob, yo también..., pero eso no significa nada. No podemos estar juntos, asúmelo.

Esas palabras lo hirieron más que los puñetazos que había recibido momentos antes. Los golpes se quedaban en la superficie, sus palabras atravesaban la piel como afilados cuchillos y cortaban dentro, donde de verdad dolía.

—¿Es por él? —espetó, alejándose unos pasos. Estaba dolido y confuso. No sabía por qué no quería estar con él. Sabía que lo quería. Su beso no podía ser falso, nadie podía mentir tan bien.

—No, Jakob, no es por él.

—¿Es porque soy hijo del hombre que metió a tu padre en la cárcel? —soltó cada vez más molesto.

Mackenzie bajó la mirada y él supo que ya lo sabía. Sí, estaba seguro, esa no era la reacción de alguien a quien se pillaba por sorpresa. No, tampoco era eso. Así que si que fuera hijo de Tunner le daba igual, ¿qué era? Además, ¿en qué momento se habría enterado? ¿Habría sido Carolina?

—Ya veo. Entonces solo me queda una respuesta posible y es que no estás conmigo porque no soy uno de los tuyos.

Mackenzie alzó la mirada, trataba de ser fuerte, de mantenerse impassible y no llorar, pero la humedad se acumulaba en sus ojos a una velocidad que no era capaz de controlar.

—Si es por eso, no tienes que preocuparte más —afirmó y antes de que Mackenzie tratara de adivinar qué era lo que significaban esas palabras, se quitó la venda y le mostró el tatuaje.

Ahogó un grito. Y las lágrimas no encontraron resistencia, así que empezaron a humedecer su rostro. Las piernas le fallaron y cayó al suelo.

Desconsolada.

Destrozada.

Impotente.

Al final, había ganado su madre. Entonces, ¿para qué el sacrificio? ¿De

qué había servido todo el dolor? ¿La desesperación? ¿El vacío?

Jakob se acercó para levantarla y, una vez en pie, solo vio rechazo y reproches en sus ojos claros. ¿Qué había hecho mal ahora?

—¿Por qué, Jakob? ¿Por qué la has dejado ganar? —preguntó con un susurro roto a la vez que lo empujaba lejos de ella.

—¿A quién? —interrogó sin tener claro de qué hablaba, ¿de Carolina?

—A ella. Lo has entendido todo del revés, Jakob, esto era lo que mi madre quería desde el principio, esto... —repitió, señalando su mano.

Mackenzie se alejó, necesitaba esconderse y llorar su dolor sin espectadores. No podía controlar lo que bullía dentro de ella, nunca antes en su vida se había sentido tan perdida. Nunca antes algo le había dolido con esa intensidad que la rompía por dentro y la dejaba como sin vida.

—¡No, Mackenzie! Esta vez no te voy a dejar huir, ¡sube! —gritó, señalando la motocicleta—. ¡Sube de una puta vez, Mackenzie! —gritó fuera de sí, golpeando la Breakout y tirándola al suelo.

Y obedeció, sabía que debía darle una explicación y que ambos tenían que calmarse antes de que todo se les fuera de las manos. Así que caminó hasta la Harley y se subió sin preguntar siquiera a dónde la llevaba.

La verdad era que no le interesaba, estaba con él. Y eso, a fin de cuentas, era lo único que importaba.

Capítulo 31

En la intimidad de su refugio

Jakob aparcó la moto dejándola sobre ella, se bajó para abrir el local y luego regresó a por ambas. Mackenzie había adivinado hacía mucho cuáles eran sus intenciones. Y lo prefería. Si tenía que sufrir una crisis, que fuera allí, lejos de miradas, en la intimidad de su refugio.

La luz de la bombilla parpadeó un par de veces antes de quedarse fija, era como si le diera la bienvenida. ¿También la había echado de menos? Bajó de la moto y se paseó por el sitio. Estaba muy cambiado, se notaba el trabajo dedicado. Todo estaba limpio y ordenado. Algunos sacos de boxeo eran nuevos y las cuerdas del *ring* estaba tensas y perfectamente colocadas.

—Veo que has trabajo aquí.

—He tenido mucho tiempo libre —espetó. Mackenzie se metió las manos en los bolsillos traseros y caminó, nerviosa, por el lugar. No tenía claro por dónde empezar—. Por el principio, Mackenzie —pidió como si leyera sus pensamientos.

—Mi madre me había encomendado una misión, fue después de conocernos. Quería que en la universidad localizara al hijo de Tunner —susurró, mirándolo—, y lo atrajera a nuestro club. Lo quería convertir en un cerbero. Cosa que al final ha conseguido...

—¿Tú no lo querías? ¿No es por eso por lo que me dejaste? ¿Porque no era uno de los vuestros?

—No, no, Jakob. Todo lo contrario —susurró—, cuando supe que el chico del que me había enamorado era el hijo de Tunner, lo tuve claro. No te quería cerca de mi madre, no quería que te envenenara con su ponzoña. ¿Cómo iba a querer que fueras uno de los nuestros cuando yo estoy desesperada por alejarme de ellos?

—Así que tu madre ha jugado conmigo... ¿Y Cameron? ¿Qué hay con él? —interrogó, tratando de poner en orden todo el caos que había dentro de él en ese instante, de dar respuesta a esas dudas que lo envenenaban con lentitud.

—Nada, Jakob, nada. Tan solo es un compañero de clase... nada más.

—Pero te vi en el callejón, después de la pelea, te abrazaba... También estaba tu madre...

Mackenzie parpadeó y dejó escapar una sonrisa rota junto con el suspiro que le oprimía el pecho. Era lógico que su madre estuviera detrás de todo, no dejaba nada al azar, aunque pareciera cosa del destino, era en realidad obra de Carolina Taylor.

—¿No te das cuenta? Todo ha sido orquestado por ella, es inteligente y no le importa a quién pisar con tal de conseguir lo que desea. No abrazaba a nadie, lo sostenía, Jakob. Lo dejaste hecho un desastre, Arizona había ido a buscar un vehículo y yo lo sostenía como podía. Es un cerbero, no lo supe hasta hace un par de días.

—Así que tu madre lo hizo para que diera el paso y me tatuara...

—Ahora empiezas a verlo.

—¿Por qué? ¿Por qué me quiere a mí?

—¿No lo adivinas? Eres el hijo de Tunner, si te convertías en uno de los nuestros, mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, tu padre los dejaría en paz y por otro, se vengaría de él por meter a mi padre en prisión. Cien por cien beneficio para ella, cero pérdidas.

—Entiendo... —susurró. Pero no dijo nada más, no quería alarmarla con el trato que había hecho con su madre, era algo entre Carolina y él. Y él solo lo iba a solucionar. Fuera como fuese, lograría que Carolina los dejara en paz—. He hecho el imbécil. He caído en su trampa.

—¡Sí! ¡Maldita sea! ¡Sí! Y ahora me pregunto, ¿de qué sirvió aquello que hice? ¿Sabes cómo me sentí al soltar todas aquellas mentiras? ¿Cuánto daño me hacía verte sufrir? Y mi único consuelo —continuó con la voz más baja— era pensar que estabas a salvo. Que mi madre no iba a ganar la partida, al menos no tan pronto. Eso era lo que me daba fuerzas para mantenerme alejada de ti, pensar que ibas a estar bien. Solo eso...

Jakob entendió todo y sonrió. Lo quería, lo había hecho para mantenerlo a salvo, se preocupaba por él y un calor desconocido se instaló en su pecho.

—Gracias, Mackenzie —murmuró, llevándose una mano al pecho.

—¿Gracias? ¿Por qué? —inquirió, confusa.

—Por preocuparte por mí —musitó, acercándose a ella—, por sacrificarte por mí, por sufrir por mí..., por quererme. Yo también te quiero.

Sus brazos la atrajeron con el deseo que había reprimido durante días y la levantó del suelo para apretarla contra él. Mackenzie rodeó la cintura de Jakob con sus piernas y este caminó sin saber a dónde iba hasta que topó con uno de los sacos de boxeo, que usó de apoyo, como si fuera una pared. Besarla contra el saco era lo más sensual que había hecho nunca. Jamás podría golpear uno de ellos sin recordar el cuerpo de Mackenzie contra el suyo.

Los jadeos se convirtieron en gemidos, que dieron lugar a gruñidos. Las manos de ambos se acariciaban con el ansia y desespero que los había corroído tantos días.

—¿Quieres que pare, *schnuki*? —preguntó, apoyando su frente en la de ella, sin aliento y con los ojos nublados por el deseo, que lo consumía como si fuera una hoguera que ardía sin control.

Y eso eran, las llamas de un fuego que se alimentaba con sus besos, con sus caricias, con el roce de sus cuerpos, un fuego que estallaba solo cuando estaban cerca el uno del otro.

—Nunca, Jakob, nunca... —pidió.

Se había rendido, si no podía escapar de su madre, al menos estaría con el hombre que la hacía sentir de esa forma tan especial. Aunque no fuera perfecto, aunque tuviera sus taras... Ella también tenía las suyas.

Escucharla decir eso fue suficiente para él. La llevó hasta una de las colchonetas apoyadas en el suelo y la tumbó. La miraba con un sentimiento que le llenaba el pecho de putas mariposas y la polla de excitación, ¿era algo normal? No lo creía, no podía serlo, le sucedía a él porque estaba con ella. Solo con ella.

Sus besos fueron frenéticos, ni siquiera eran conscientes de que se desnudaban y de que todo a su alrededor estaba salpicado de prendas. Jakob cogió un preservativo, se lo puso y la penetró con una embestida firme y profunda que la hizo gritar de placer. Por fin ese malestar, ese vacío que había sentido todos esos días atrás desaparecía. Se esfumaba como humo al

aire con cada envite.

Mackenzie no podía dejar de sentir que su cuerpo iba a estallar, se retorció bajo el cuerpo de Jakob, arañando la colchoneta bajo su cuerpo para seguir conectada a la realidad.

—Te quiero, *schmuki*, te quiero. Di que eres mía.

—Tuya, siempre —confesó, perdida en su mirada a la vez que se rompía en mil pedazos que salieron disparados por su boca junto con el grito que le había provocado el orgasmo.

Jakob al escucharla no pudo contenerse más y dejó que su amor la llenase por completo, vaciándolo para llenarla a ella para, después, volver a llenarse con sus jadeos de placer, esos que se tragó en su boca. No quería que nada ni nadie tuviese algo que le pertenecía y cada jadeo, cada gemido, cada espasmo, eran de él.

El ajetreo de los almacenes cercanos lo hizo parpadear, se habían quedado dormidos sobre la colchoneta. Su pierna y su brazo todavía seguían sobre ella. En algún momento de la noche la había arropado con su chaqueta, no llevaba nada más. Y no necesitaba nada más. Era preciosa. Era perfecta. La quería. Y ella a él. Y eso era... la hostia.

Sonrió y se llevó la mano a la cabeza para agitarse el pelo. Ahora quedaba la parte más complicada, salir ileso de entre las garras de Carolina Taylor y conseguir que los dejara en paz para siempre. Que pudiesen tener un futuro sin que este se viera ensuciado por las mierdas del pasado.

Ellos no tenían que pagar el precio de los errores de sus progenitores y, aunque Carolina Taylor era una mujer muy inteligente, él iba a dar con la solución. Lo haría por ella.

Lo último que deseaba era perderla otra vez. Ya sabía lo que era estar sin ella y que lo colgaran si estaba dispuesto a volver a pasar por todo eso.

Capítulo 32

Sobre ruedas

Todo parecía ir sobre ruedas. Habían hecho las paces y ahora estaba más tranquila, más centrada. Chicago seguía apareciendo por allí de vez en cuando y la miraba con odio cada vez que Jakob la besaba o la tomaba de la mano, pero le daba igual. Era problema suyo. Además, ¿no tenía bastante con su madre?

Cameron desapareció del campus sin dejar rastro y eso hizo que Mackenzie tuviera más claro que era un esbirro de su madre, que estaría revolcándose en su propia felicidad por haber conseguido lo que quería desde el principio.

Salió de la última clase y se encaminó a su dormitorio. Al llegar, como siempre, Tara y Amber estaban en la puerta cuchicheando. Todavía recordaba la mirada que le dedicó cuando vio a Jakob allí por primera vez, tal vez había pensado que iba en busca de ella... Pero estaba equivocada, había ido a por ella.

No le extrañaba, era un chico que llamaba la atención. Jakob también estaba mejor, sonreía más y parecía que las crisis cada vez las controlaba mejor. Quizás algún día desaparecieran, pero, si no era así, ella estaría allí para ayudarlo durante y después de ellas. Tenía claro que su vida estaría ligada a él para siempre.

Muchos no lo entenderían, pero era así. Sabía que era él. Tenía claro que no podría haber sido otro.

Se duchó, se cambió y esperó. Pero Jakob no le contestó ninguno de sus mensajes. Dejó que pasara una hora más y lo llamó. Tampoco le cogió el teléfono. Tomó la chaqueta y se fue caminando al gimnasio, tal vez estaba entrenando duro y no podía atender sus llamadas, pero al llegar allí lo encontró vacío.

¿Qué sucedía? ¿Por qué de repente empezaba a sentir esa sensación incómoda en su estómago? Esa que la avisaba de que algo sucedía.

Cogió el móvil y llamó a Arizona, necesitaba hablar con ella.

—Ari, soy yo. ¿Sabes algo de Jakob?

—Sí, claro. Estoy montada en el coche con Jackson, vamos al Anarchy a verlo pelear, pensé que irías con él.

Esas palabras la dejaron helada. ¿Pelea? ¿En el Anarchy?

—¿De qué demonios hablas? —murmuró con voz temblorosa.

—¿Dónde estás?

—En la puerta del gimnasio donde suele entrenar.

—Quédate ahí. En dos minutos te recogemos.

A Mackenzie esos dos minutos se le hicieron los más largos de su vida. No dejaba de morderse la uña del pulgar sin parar. Estaba de los nervios. ¿Por qué no le había contado lo de la pelea? Si se lo había ocultado, debía de haber una buena razón para ello. ¿O tal vez no quería que fuera a verlo porque sabía que se preocuparía? No, no podía ser eso. Algo pasaba. Algo realmente malo. Si a su madre se le ocurría ponerlo en peligro... Si era capaz de... Si algo le pasaba a Jakob, no iba a responder de sus actos.

El Mustang de Jackson aparcó a su lado y abrió la puerta trasera para montarse en él. No tenía ni idea de qué había entre Arizona y el señor O'Donnel, pero lo que tenía claro era que esos dos no podían estar mucho tiempo alejados el uno del otro.

—¿No sabías lo de la pelea? —preguntó otra vez su amiga.

—¡No! Nada de nada..., estoy nerviosa. Algo me dice que algo va a pasar.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó Jackson, que golpeó varias veces el volante con las manos.

—¿Qué pasa? No será..., no será una de esas peleas, ¿verdad, Jackson? Dime que no —rogó con la voz convertida en un susurro.

—Claro que no —la tranquilizó Arizona—, ya no hacen peleas de ese tipo. ¿Verdad, Jackson?

—Jugáis a ser mayores y solo sois unas niñas. Claro que es una pelea entre clubes y sin reglas. ¡Vive o muere! ¡Esa es la puta regla! Lo que no sé es si Jakob lo sabe o si va a subir a defender a los Cerberos sin tener ni idea

de que puede morir.

—No, no, no puede saberlo... No, no puede saberlo —repetía fuera de sí—. Esto es cosa de esa mujer a la que me veo obligada a llamar madre. Si le pasa algo a Jakob... Si se atreve a arrebatármelo... Voy a quitarle lo que más quiere.

—¿A tu padre? —preguntó Arizona, horrorizada llevándose la mano a la boca.

—No. Su trono.

Estaba nervioso, sabía que se jugaba mucho. Necesitaba ganar para demostrarles a todos de una puta vez que se la merecía. Que iba en serio con ella, que, aunque pocas cosas tenían importancia de verdad para él, Mackenzie era una de ellas.

Y esperaba que Carolina Taylor cumpliera con lo acordado, aunque su propia hija dudara de la palabra de su madre.

Se notaba tenso, tenía los músculos de los hombros cargados de tanto entrenamiento, pero no podía perder. No podía parar. La recordó para centrarse: el tacto suave de sus manos entre las suyas, el último beso que le había dado esa mañana antes de marcharse a clase, el ondear de su cabello por el viento, sus sonrisas, su boca en la suya, su sabor, su olor, su cuerpo desnudo e inocente aprendiendo con él, junto a él, grabándose en él. Y, sobre todo, recordaba lo mal que se había sentido por mentirle.

Tal vez había hecho mal en no contárselo, quizás verla entre el público le hubiese dado más energía, más confianza. Pero también era la primera vez para él. Tal vez había tenido muchas relaciones y su experiencia en el sexo no tenía comparación con la de ella, que era nula hasta conocerlo, pero había sido también la primera vez para él, la primera vez que había descubierto que había más formas de estar con una mujer que dándole algunas embestidas buscando un placer inmediato. Había descubierto lo que era compartir con el otro, abrir las heridas hasta desnudar el alma, que no era otra cosa que sacar todo lo malo que sucedía, porque las cosas que marcaban para toda la vida eran las mismas que marcaban el rumbo de la vida, las mismas que formaban el carácter.

Y él lo había hecho, se había desnudado por completo, había quitado una a una las capas que lo recubrían y había dejado que sus heridas, una vez

más, sangraran, pero esta vez sí había encontrado consuelo. En su cuerpo cálido, en su voz, en sus caricias, abrazos y besos. En ella.

Nunca antes lo había entendido, ¿cómo era capaz la gente de perder la cabeza por otra persona si la mayoría no merecían la pena? ¿Cómo? Si ni siquiera su madre se había merecido ese amor... Y, ¿había algo comparable al amor de una madre? Se suponía que no, que era lo más férreo y profundo que existía, aunque no en su caso.

Para él había sido ella. Esa joven a la que había tratado de ignorar, la que le había mostrado que existía un amor profundo en el que había cabida para todo; el deseo, el sexo, el amor, la confianza..., la felicidad. Por eso debía ganar y presentarse frente a su madre con la victoria en sus manos, que no representaba otra cosa que un salvoconducto para ellos.

Dio unos golpes más al aire, después se acercó al saco y lo golpeó hasta quedar sin aliento, hasta necesitar apoyar la frente contra el duro y oscuro cuero y abrazarlo para recuperar fuerzas.

Nunca había estado tan asustado, nunca antes había tenido miedo de nada, mucho menos de perder una pelea, ahora lo tenía. Estaba acojonado, porque se jugaba su futuro, su vida entera. Y no quería perderla, era consciente de que perder la pelea llevaba consigo perderla a ella. Y si eso sucedía, no iba a recuperarse esta vez, ni iba a querer. Tan solo se dejaría arrastrar a las profundidades de color rojo contra las que tan duramente había luchado.

Mackenzie salió del coche tan deprisa que ni siquiera se había detenido del todo. Corrió dentro y se escabulló como pudo hasta los vestuarios, verlo allí, parado contra el saco de boxeo, la alivió de inmediato. Corrió hasta estar frente a él. Quería gritarle, golpearlo, sin embargo, se abrazó a él, desconsolada.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Cómo te has enterado...? —dijo una vez se hubo recuperado de la conmoción.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme? Explícame por qué no sabía nada de esta pelea y dime, por favor, que conoces las reglas de lo que va a suceder ahí arriba.

Jakob la miró desconcertado, ¿no era una pelea normal?

—¡Maldita bastarda! ¡Hija de perra! —gritó fuera de sí, golpeando el saco.

—Mackenzie, ¿qué sucede? Si me lo explicas, podré entender qué pasa.

—Esta pelea no es como las demás, Jakob, en estas peleas mueres o vives, ¿lo entiendes?

Algo pareció hacer clic en Jakob porque Mackenzie se dio cuenta de que su mirada se tensó. Había sido engañado, lo sabía.

—¿Qué te ha prometido a cambio? —preguntó.

—Nuestra libertad.

Ahí estaba, ese era el as que se había guardado bajo la manga. Lo había tentado con algo que no pudiese rechazar. Si se había convertido en un cerbero por ella, también estaría dispuesto a pelear para conseguir que los dejara en paz. Su madre era una cabrona, pero una cabrona muy lista.

—No pelees, nos vamos. Huiremos —suplicó, desesperada.

—*Schnuki*, ¿confías en mí? —Asintió con la cabeza, no podía decir nada, no encontraba las palabras—. Está bien, entonces sal, ponte en un lugar visible y disfruta del combate.

—Pero...

—Por favor, Mackenzie, confía en mí, por una vez haz lo que te pido sin rechistar.

Mackenzie asintió, lo abrazó y le dio un beso profundo en el que entregó parte de su alma, esperaba que en verdad las cosas salieran como fuera que él tenía pensado o que, en su defecto, ganara el combate.

Salió por el mismo pasillo que lo hacían los contrincantes, pavoneándose, llamando la atención de todos, demostrando a su madre que no le tenía miedo, que estaba enterada de todo y estaba allí. Para verlo.

Carolina abrió mucho los ojos al ver a su hija y algo en su interior se infló dentro de su pecho, ¿era orgullo? Tal vez sí que había criado a una futura líder para los Cerberos.

Se posicionó cerca del pasillo de los vestuarios para ser la primera en entrar cuando el combate acabara y miró a su madre a los ojos, desafiante.

La había visto. Era lo que quería, que la viera. Era la orgullosa mujer de uno de los contrincantes, el que representaba a todo el club de los Cerberos.

El árbitro hizo acto de presencia unos minutos después para presentar a ambos contrincantes. El representante de Los Ángeles del Infierno daba miedo. Era más alto y corpulento que Jakob y Mackenzie tembló porque no estaba segura de que Jakob tuviese una oportunidad real contra esa mole. Después anunció a Jakob, que se presentó con el calzón negro y un aspecto soberbio y seguro de sí mismo que se ganó la ovación de los demás cerberos.

Haría el espectáculo, le gustaba el *show* y se dejaría llevar. Se colocó la mano en el oído como si no escuchara al público y la gente enloqueció, en ese momento, cerró el puño y lo mostró. Ahí estaba, el tatuaje que lo hacía uno de ellos. Ese perro con tres cabezas sediento de sangre y que salivaba por la expectación. Igual que él.

Mackenzie se ahogaba entre dos aguas, por un lado, estaba hipnotizada por Jakob, que se veía imponente ahí arriba, por otro, temía por su vida. No era un miedo infundado, era tan real que se veía flotando en el ambiente.

Capítulo 33

Un demonio

Jakob estaba eufórico. Notaba la adrenalina correr por sus venas. El público estaba tan enloquecido por lo que se avecinaba que le insuflaba el aire necesario para que sus alas pudiesen despegar del suelo. Era un demonio, era cierto, pero ¿acaso no tenían ellos alas también?

Buscó a Mackenzie y al verla se acercó hasta la esquina en la que estaba, la gente del Anarchy rompió a gritos, silbaba sin parar y aplaudían. Él la llamó desde las cuerdas, ella obedeció siguiendo el juego y se levantó sobre el cuadrilátero, él la besó bajo el foco que los hizo el centro de todo aquello.

Quería besarla, lo necesitaba, aunque no lo dijera nunca había tenido tanto miedo como en ese momento y esperaba que todo saliera bien. Tras dejarla ir, se posicionó frente a su rival y lo señaló con el puño.

—Esto, angelito, va a ser lo último que veas esta noche —sentenció, mostrando su puño frente a su cara, para que viera bien la imagen del Cerbero.

El contrincante golpeó su puño desnudo y Jakob se retiró sonriendo. Sin dejar de saltar se puso el guante y, con ayuda de un aspirante a cerbero, se colocó el protector dental. Estaba listo. Se lo jugaba todo. Soltó aire. Giró la cabeza para estirar los músculos de su cuello y esperó, con ansias, el sonido metálico de la campana.

—¿Te das cuenta, Chicago? A pesar de ser más joven que tú, él sí sabe cómo se juega a esto, espero que gane, no me gustaría perderlo. Tiene más valor del que imaginaba, debí haberte hecho subir a ti esta noche, no a él —escupió, desairando a Chicago, que apretó los puños y se alejó de ella.

Mackenzie miraba todo aterrada, no quería verlo, pero no era capaz ni de parpadear para no perderse nada de lo que sucedía. El contrincante de Los Ángeles le había dado un buen par de golpes que lo habían dejado atontado. Lo supo porque no dejaba de mover la cabeza, también vio la sangre que escupió.

Tenía el estómago encogido, sentía una presión como nunca en su vida.

¿Era miedo? No, era algo más aterrador, era barajar de antemano un posible final que incluía perder a la persona que amabas.

Tembló a la vez que el público gritaba eufórico sediento de sangre. Jakob se recompuso e hizo su magia. Flotaba por el cuadrilátero, enlazando un golpe con otro. Era fuerte, directo y aprovechaba la escasa agilidad del otro boxeador, más pesado y mayor.

El primer ataque fue devastador. Empezó con un *jab* para tantear al oponente y siguió con un directo que lo dejó fuera de juego, siguió con un potente derechazo para terminar con un gancho de izquierda que lo mandó a otro mundo.

Había cogido carrerilla y no paró, volvió a enlazar un ataque directo que puso al ángel en aprietos. No dejaba de bailar y golpear. Sus ganchos eran certeros, fuertes, potentes y, antes de darse cuenta, su contrincante estaba tirado en el suelo destrozado y Jakob, levantando los puños proclamándose como ganador. Todo el Anarchy se levantó creando una marea de gritos y felicitaciones por el triunfo.

Para sorpresa de todo el mundo, dejó de celebrar y recrearse en los vítores para fijarse en el hombre contra el que había peleado y que yacía atontado sobre la lona.

El Anarchy se quedó sumido en el más sombrío de los silencios, ese que presagiaba un golpe mortal que le costaría la vida. Vivir o morir era el lema de ese torneo.

Jakob se acercó, triunfal, hasta el trono de Carolina, sentada en un lugar privilegiado que le recordó a un emperador romano decidiendo sobre la vida de los gladiadores.

Carolina no le quitaba la vista de encima, su rostro mostraba una sonrisa envenenada, podía imaginarse relamiendo el veneno que en ese instante humedecerían sus labios, sus manos se aferraban a los brazos del asiento, conteniendo esa emoción que se desbordaría justo cuando le dedicara el triunfo. Sin embargo, Jakob se agachó sin dejar de mirarla y le ofreció su mano al ángel del infierno contra el que había peleado, que la tomó confuso, sin tener claro qué esperar.

—Buen combate —dijo en voz alta para que todos lo oyeran y, después, golpeó los guantes del rival con los suyos.

Si el silencio había sido sepulcral hasta ese momento, ahora lo era más. Carolina se había puesto en pie, mirándolo con un odio poco disimulado. ¿Ese mocoso se había atrevido a desafiarla?

—Acaba con él —soltó fría como el acero y con los dientes apretados.

—¿Puedes ser más explícita, Carolina? ¿Qué quieres que haga con él? —preguntó ante el asombro de todos.

—No ha sido capaz de ganarse el derecho a vivir, así que quiero que muera.

Ahí estaba, lo que había esperado. Se acercó más a ella y desde su posición en el *ring* la miró y sonrió.

—Aunque lleve un tatuaje de los Cerberos, eso no me convierte en uno de ellos. No te da derecho a decidir por mi vida, ni por la de los demás.

Y se largó en busca de Mackenzie antes de que todo se saliera de control. No quería ningún otro premio, solo estar con ella. Saltó por encima de las cuerdas dejando tras de sí los gritos y los silbidos que estallaron tras sus palabras. No le importaban, tan solo quería encontrarla. Supuso que estaría en el vestuario, esperándolo, y se encaminó hacia allí quitándose, con la ayuda de sus dientes, los guantes de boxeo.

Abrió la puerta, que se quejó con un chirrido apagado, y lo vio. Chicago la golpeaba en ese momento, Mackenzie caía al suelo con un golpe sordo. La vio caer, pero no podía moverse, ni ella. Jakob se quedó paralizado. Lo estaba viendo, Chicago tirando de ella, extendiéndola en el suelo, desabrochándose los pantalones... Pero estaba paralizado, no podía mover ni un músculo, volvía a ser aquel niño encerrado en un armario. Hasta que ella se quejó y su mirada, aterrada por lo que iba a ocurrir, se cruzó con la de Jakob.

Y en ese momento sucedió, todo dejó de ser para convertirse en rojo furia. Perdió el control y la razón y lo único que podía hacer era golpearlo una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez... Sin descanso.

—Jakob, para, lo vas a matar. Jakob, para... —La voz sonaba de fondo, monótona, y sabía que debía parar, lo sabía, pero no podía. No controlaba sus instintos, no podía, no tenía la fuerza necesaria—. ¡Jakob! —Escuchó que gritaban de nuevo, y esta vez unos brazos lo rodearon y ese contacto

fue suficiente para hacerlo detenerse, en seco.

Parpadeó, aturdido, miró frente a él y vio a Chicago, ¿lo había matado? Si no lo había hecho, había estado realmente cerca, estaba destrozado. Había sangre por todas partes, incluso Mackenzie estaba llena de ella. Sangre. Por todos lados.

—*Schnuki*, ¿estás... bien? —preguntó con la voz temblorosa, no parecía pertenecerle.

Mackenzie no podía articular palabra, había sido brutal, todo. Le dolía la mejilla por la bofetada que Chicago le había dado, la cabeza también, no solo por el golpe, sino por el tramo del pasillo por el que la había arrastrado hasta allí tirando de la larga melena, también la espalda por el golpe contra el suelo. Todavía temblaba, ¿había ocurrido?

Desvió la vista hasta Chicago y lo vio, tenía los pantalones desabrochados, así que había ocurrido, por eso Jakob había estallado.

—¿Estás bien? Dime algo, por favor... —El ruego en la voz de Jakob le recordó que no estaba sola y supo que ahora había pasado de la fase de perder el control a la de arrepentimiento.

—Estoy bien, Jakob, gracias a ti.

Jakob la miró a los ojos, por primera vez el sentimiento de culpa se disipó tan rápido que apenas lo notó. Tenía razón, había sido justificado, esta vez había estado justificado.

—Yo... iba a violarte. Iba a violarte...

Mackenzie asintió y en ese momento manos extrañas la separaron de Jakob, la levantaron del suelo y la esposaron, igual que a él. La policía... ¿La policía? ¿Quién los había avisado? ¿Por qué Jakob sonreía?

Quería preguntar, pero no encontraba las fuerzas. Tan solo escuchaba la voz insistente del agente que le repetía que si lo había entendido. ¿Qué tenía que entender?

—Tienes que decir que lo has entendido.

—¿El qué?

—Tus derechos, te los he dicho dos veces. Está bien —resopló—. Tiene

derecho a...

—No es necesario, agente, los conozco y los he entendido.

En ese momento el hombre se dio cuenta del estado lamentable de la joven. Estaba cubierta de sangre y tenía la cara inflamada. Se pudo hacer una composición bastante exacta de lo que había sucedido, pero ya tendrían tiempo de explicarlo en comisaría.

El joven del suelo... estaba hecho una puta pena.

—¿Sigue con vida? —preguntó un agente a otro.

El agente se encogió de hombros, como si el hecho de que Chicago pudiese estar muerto no fuera importante y llamó por radio solicitando una ambulancia.

Después la arrastraron a uno de los coches de policía que estaban parados frente al Anarchy. Podía ver a algunos cerberos y algunos ángeles esposados también, otros se revolvían y algunos escapaban a toda velocidad montados en sus Harley.

Todo era caos.

A pesar de ese desorden que reinaba fuera, su interior estaba en calma.

Capítulo 34

Silencio, tan solo eso

Observaba todo a su alrededor, aturdida. Estaba en la comisaría de policía; era lo único que tenía claro. Miraba sus manos una y otra vez, como si no creyese lo que había en ellas. Pero ahí estaba de nuevo, esa imagen que la arrastraba a un bucle que la retenía, que la mareaba sin compasión, dejándole claro que no había salida.

—Vamos, Mackenzie, cuéntame qué ha pasado. Tienes que centrarte y decirme de quién es la sangre.

Silencio. Tan solo eso. No era capaz de decir nada, aunque su mente no dejaba de rememorar lo sucedido una y otra vez, a una velocidad apabullante, tanto que no le permitía poner orden a los pensamientos que se mezclaban con los sentimientos dispares que la llenaban, que formaban una gran bobina de hilo de la que no encontraba el final para tirar y deshacerla.

—Vamos, dime, ¿qué ha pasado? Sé que es una situación difícil, pero necesito que me digas algo, vamos, niña... —insistía el agente de policía.

Volvió a mirarlo, quería..., no, necesitaba enfocarse en su mirada, tratar de detener la rapidez a la que todo pasaba frente a sus ojos y que la mareaba. No lo conseguía. La turbación se acentuó hasta que una arcada la sacudió. Tal vez su cuerpo trataba de echar fuera el miedo que la llenaba.

—Maldita sea, niña, reacciona, ¡joder!

Escuchaba lo que decían, los murmullos de las personas que en ese momento había en la misma sala de ella, el golpeteo insistente de un bolígrafo sobre la superficie fría de una mesa, las sillas chirriar al cambiar de posición los ocupantes, su propia respiración agitada... Aun así, no era capaz de comprenderlos. Nada tenía sentido, lo único que podía ver con claridad era la sangre de sus manos.

—Déjala, viene en camino. No le va a gustar si te encuentra presionándola, está en *shock*, ¿no te das cuenta?

Una nueva voz se había unido a la del hombre que le preguntaba sin descanso qué había ocurrido. Alzó la mirada, aunque no sirvió para nada.

Seguía enredada en la maraña de recuerdos que desearía olvidar..., no, que hubiese deseado no presenciar.

—¿Es el chico que estaba con ella? —preguntó el policía cambiando el foco de atención de ella al joven que entraba esposado por la puerta en ese momento.

Al verlo llevó una mano temblorosa a la boca. Un llanto descontrolado la sacudió y pudo escuchar cómo gritaba, aunque no era capaz de reconocer ese llanto como el de ella: parecía el de una persona con alguna enfermedad mental.

Eso debía de ser lo que sucedía; había perdido la razón.

Sus ojos se encontraron con los de Jakob, que no parecía afectado. Llevaba sus manos esposadas y cubiertas de sangre. Su camiseta blanca ya no lucía inmaculada, ahora mostraba las marcas del pecado que había cometido. Quiso levantarse, pero sus piernas fallaron y volvió a caer sobre la silla, como un peso muerto.

Él se detuvo e hizo un brusco movimiento que logró liberarlo de las manos del agente de policía que lo empujaba de malas formas.

—No te pases, cerbero... —gruñó el policía, sacudiéndolo por la camiseta.

Él giró la cabeza y encaró al joven agente, después regresó la mirada hacia ella y su boca se torció en una mueca que simulaba una sonrisa. Parecía satisfecho, ella no. Sentía cómo la boca del estómago le ardía, cómo ese calor ácido subía hasta su garganta y contuvo una nueva sacudida.

Lo último que vio era cómo lo arrastraban hacia dentro por un pasillo. Quería enfocar, levantarse, salir de allí, huir..., pero nada de eso ocurrió porque no tenía fuerzas.

Nunca debió entrar en ese juego. Nunca debió obedecer a su madre. Nunca debió permitir que la arrastrara a su juego de adultos.

Pero, sobre todo, nunca, jamás, debió enamorarse de él.

Había sido un error, porque su madre, al final, había ganado. Si Jakob había matado a Chicago..., estaría condenado de por vida. Eso la hizo temblar y un miedo súbito se apoderó de ella, que buscó una papelería para

vaciar el contenido de su estómago.

—¡Joder! —gritó fuera de sí el agente—. Llévala a una puta celda, si está en *shock*, esperaremos a que se le pase.

—¡Quítale las manos de encima a mi hija! —Retumbó la voz de Phoenix Taylor por toda la estancia.

Mackenzie no podía creer lo que escuchaba, por eso, al girar la cabeza para comprobar que no había perdido por completo la razón y vio a su padre, un alivio inmediato la inundó hasta hacerla desfallecer.

Phoenix Taylor tuvo los suficientes reflejos para cogerla en el aire y dejarla de nuevo en la silla.

—¿No has visto el estado en el que está? ¡Es una niña! ¡Es mi niña! —rugió, acallando cualquier sonido dentro de la comisaría—. ¿Qué cojones ha pasado, Stu? —preguntó, dirigiéndose al hombre que momentos antes tenía tantas agallas y ahora se atragantaba con ellas.

—Vaya, Phoenix, qué sorpresa. Pensé que...

—Te equivocaste —lo cortó en seco sin dejarlo terminar de decir que pensaba que estaba entre rejas y por eso se comportaba así con una joven a la que algo le habían hecho.

—No lo sabemos, no sabemos todavía qué ha pasado. A lo mejor el bastardo que estaba con ella te puede decir algo.

—Ese bastardo es mi hijo —soltó, serio, Duncan Tunner al entrar por la puerta—, es el mismo bastardo que ha arriesgado su vida para que tengáis pruebas contra Carolina Taylor y es el mismo bastardo que te va a hacer ganar una medallita de esas que tanto te gustan para que la luzcas en el pecho. Así que mueve tu culo ahora mismo y saca a ese bastardo de donde sea que lo has metido y déjame hablar con él —ordenó Tunner.

Todos los de la comisaría se quedaron de piedra. Ver a los dos juntos era algo de lo que muchos solo habían escuchado hablar. Eran una leyenda. Los dos eran como hermanos y sus hazañas eran conocidas en los pueblos de alrededor, al igual que la rivalidad que nació después a causa de una mujer que los hizo competir para terminar eligiendo a Taylor.

Tunner, por el contrario, eligió el lado del bien, aunque decían que había

tenido un par de años malos, tentado de caer en el mismo agujero que Phoenix. Y verlos juntos era impresionante. A pesar de su madurez, eran hombres imponentes y las mujeres de comisaría no pudieron evitar mirarlos de arriba abajo más de una vez.

—No... no sabía que era tu hijo.

—Pues ahora ya lo sabes, ahora mueve el culo y tráelo aquí. Y, Stu —lo llamó con voz amenazante—, más os vale a todos haberlo tratado bien.

Capítulo 35

Bajo arresto

Jakob esperaba dentro de la celda, estaba sentado en el suelo y se frotaba las muñecas, no era lo que más le dolía del cuerpo, pero sí lo que más le molestaba. Estaba harto, ¿por qué demonios la habían apresado a ella? ¡Era una víctima, joder!

Aunque deseaba rebelarse, prefirió no empeorar las cosas, así que tan solo se había quedado en el suelo, en el mismo lugar en el que lo habían tirado, frotándose las muñecas y pensando qué estaría sucediendo por la cabeza de Mackenzie y preguntándose cómo de mal estaría Chicago.

La puerta se abrió, chirriante, y un oficial le indicó que se levantara. Obedeció sin más, no tenía ni idea de lo que vendría ahora, por extraño que pareciera, era la primera vez que estaba bajo arresto.

—Ven, han venido a verte —ordenó con las manos en la cintura, cerca del arma, ¿lo amenazaba?—. Espero que no digas que hemos usado violencia ni nada por el estilo contra ti.

Ahí estaba, la amenaza. Así que su padre había llegado, por fin, cómo se alegraba de haber hecho esa puta llamada antes del combate, les había salvado la vida... Al salir encontró a su padre al lado de otro hombre que no podía ser otro que Phoenix Taylor, el padre de Mackenzie.

Al verlos juntos sintió un poco de... respeto. ¡Joder! A pesar de la edad, el padre de Mackenzie no sería un tipo fácil de tumbar y lo miraba con ganas de... ¿matarlo? La verdad era que esperaba que le diera la enhorabuena, al fin y al cabo, había salvado a su hija, aunque, por otro lado, había sido el culpable de que cogieran a Carolina Taylor con las manos en la masa.

—¡Joder, Duncan! No puedes negar que es tuyo, parece que, de repente, he retrocedido hacia el pasado.

Jakob miraba a ambos y pudo notar como el pecho de su padre se inflaba un poco, ¿era orgullo lo que veía en su mirada?

—Jakob... —Escuchó la voz de Mackenzie en un tono tan bajo que

pareció un susurro—. Jakob... —volvió a llamarlo—, ¿estás... estás bien? —preguntó, tragando con fuerza.

Jakob caminó hacia ella y se arrodilló justo al llegar a su lado. Ella seguía sentada y estaba escoltada por las dos moles que eran sus progenitores. El silencio en el lugar daba escalofríos, pero solo quería saber cómo estaba ella. Se preocuparía de todo lo demás más tarde.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Te ha visto un médico? —interrogó a toda prisa, sus palabras se atropellaban unas a otras, pero necesitaba respuestas, ¡ya!

—¿Tú sabes quién le ha hecho esto a Mackenzie? —lo interrumpió su... ¿suegro? antes de que ella hablara.

Jakob alzó la mirada y vio la preocupación de ambos, se puso de pie sin soltar la mano de Mackenzie y asintió.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó su padre, que hablaba por primera vez desde que lo había visto.

—Sí, más o menos.

—No lo pareces. Estás hecho un desastre...

—Tendrías que ver al otro tipo..., a los otros tipos.

—Jakob parece más lúcido que Mackenzie, ¿os parece si nos explica qué coño ha sucedido allí dentro? —intervino Stu, el jefe de policía, pidiendo permiso a los tutores.

Lo último que quería era iniciar una guerra contra el jefe de policía de Rock Hill y el jefe de los Cerberos. Además, el soplo se lo había facilitado el propio Duncan Tunner, así que tampoco podía pasarse de la raya con los críos, al menos hasta saber qué coño había pasado y la gravedad del cerbero que habían llevado al hospital.

—Hijo, ¿estás en condiciones para hablar?

Jakob asintió y se sentó al lado de Mackenzie, en ningún momento le soltó la mano, algo que no pasó desapercibido para ninguno de los presentes. Phoenix lo miraba y regresaba la vista a su padre, una y otra vez, como si no creyera el parecido.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó sin tener muy claro qué era lo que debía contar.

—¿Qué hacías en el Anarchy? —preguntó Stu a la vez que encendía la grabadora.

—Esta noche tenía un combate de boxeo.

—¿Quién era tu rival?

—No lo conozco, no sabía contra quién peleaba.

Stu asintió con la cabeza, poco convencido, como si dudara entre si decía la verdad o mentía muy bien.

—¿Sabes que esas peleas son ilegales?

—Lo sé, pero necesito el dinero para la universidad, además...

—Además... —lo animó su padre a que continuara.

—Jefe Tunner, estás en mi jurisdicción, déjame hacer mi trabajo.

—Sí, déjalo, Duncan. Estoy muy interesado en la historia —admitió Phoenix, que cogió una silla cercana, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el respaldo, Tunner hizo exactamente lo mismo.

Jakob miró a Mackenzie, parecía perdida todavía en su mundo. Tal vez necesitaba tiempo para digerir lo que había estado a punto de suceder. ¡Maldita fuera! Si solo hubiese llegado un minuto después...

—Carolina Taylor me había dado su palabra. Si ganaba el combate, nos dejaría en paz, a Mackenzie y a mí —aclaró.

—Entonces, ¿por qué la delataste?

—No sabía que era un combate cuya única regla es vivir o morir. Yo quería vivir, pero no quería que fuera a costa de la vida de otro. Así que llamé a mi... padre... —dijo, tragando saliva, era la primera vez que lo decía en voz alta frente a él y resultó algo extraño, aunque su padre lo miró con la emoción reflejada en el rostro—, para contarle lo que iba a suceder. Él me dijo que alargara todo lo que pudiese el combate, que iba a buscar ayuda. Así que eso hice, di un buen espectáculo y lo alargué todo lo que pude, pero, aunque mi contrincante era más grande y fuerte que yo, también era más mayor y la verdad es que no opuso mucha resistencia.

—¿Después qué pasó?

—Hice que Carolina confesara frente a todos que quería que matase a ese hombre, ya había visto llegar a los primeros agentes, así que di por hecho que sus testimonios serían tenidos en cuenta.

—Bien hecho, chico —murmuró Phoenix, que parecía impresionado por el temple del muchacho.

—¿Y después?

—Fui a buscar a Mackenzie para largarnos de allí, pero entonces lo vi...

De pronto el frío inundó la estancia. Algo había cambiado en la mirada de los chicos, que se miraron sin pestañear, hasta que Mackenzie asintió y empezó a llorar.

Phoenix no tenía ni idea de qué había pasado, pero supo que algo muy malo, así que tomó la mano libre de su hija entre las suyas y la apretó con fuerza. Si alguno la había tocado...

—¿Qué viste, Jakob? —preguntó Stu de nuevo.

—Uno de los cerberos, Chicago, golpeó a Mackenzie, que cayó contra el suelo, se quedó inmóvil. Por un momento pensé... pensé que la había matado.

Jakob estaba perdido en el recuerdo, pero Phoenix no y conocer ese dato lo enfureció tanto que soltó la mano de su hija, se levantó y cogió la silla para, acto seguido, lanzarla contra el suelo gritando como un animal salvaje.

Las astillas de la silla volaron y Tunner se acercó al que había sido su amigo y lo agarró con fuerza para que entrara en razón, aunque podía entenderlo porque en ese mismo momento él también estaba dispuesto a matar a Carolina Taylor.

—¡Cálmate, Phoenix! Vamos a dejar que mi chico acabe de contar lo que pasó y luego... luego ya veremos —escupió con la voz tan dolida y llena de odio que sonó a venganza.

—Sí, Phoenix, tranquilízate, no tengo ganas de tener que esposarte —advirtió Stu—. ¿Qué pasó después? —insistió.

—Vi..., vi cómo se bajaba los pantalones... dispuesto a... —balbuceó y

tomó aire, era difícil decirlo en voz alta— violarla. Y reaccioné. Se lo saqué de encima y todo lo demás... está difuso.

—Lo has hecho muy bien, hijo. Muy bien.

—Sí, muy bien, Jakob. Fue una gran idea avisar a tu padre y una suerte que llegáramos justo a tiempo. Por ahora con tu confesión me vale, pero has de entender, Tunner, que tenga que pasar algunas noches aquí. Al menos hasta que sepamos la gravedad de Chicago. No debe meterse en peleas ilegales. Nunca más. Pero supongo que al ser su primera vez faltando a la ley y siendo la pieza fundamental para destapar todo esto no creo que lo acusen de nada. Tal vez trabajos comunitarios.

—¿Puede ahora un médico ver a Mackenzie? —fue lo único que preguntó y los demás se sintieron avergonzados porque ninguno había pensado en eso antes.

—Claro, claro, Phoenix, puedes llevártela a que le echen un vistazo y debes estarle agradecido, no sé qué hubiera pasado si...

—Lo he escuchado todo, Stu, no necesito que me digas qué debo hacer —gruñó.

—¿Jakob? —murmuró al ver que la levantaban y la arrastraban lejos de él.

—Estaré bien, *schnuki*, ahora necesitas atención, nos vemos más tarde, no voy a moverme de aquí —dijo con una sonrisa pícaro y guiñándole un ojo.

Mackenzie pareció más convencida y dejó que su padre la sacara de allí. Verla alejarse le dolió, pero sabía que en ese momento necesitaba algo que él no podía darle.

—Mi hijo también necesita atención médica, ¿no es obvio?

—Sí, claro, la tendrá. Hemos llamado al doctor Spencer, estará al llegar.

Tunner pareció darse por satisfecho y consintió que se trasladara a su hijo a una de las celdas mientras esperaba, pero solo si se le permitía estar cerca.

—¿Seguro que estarás bien, hijo?

—Sí, jefe Tunner, estaré bien. Solo son magulladuras, nada grave, créeme, lo sé.

Tunner bajó la mirada, supo que algo había ido mal con ese muchacho estando bajo el cuidado de Dana, pero no había querido escarbar mucho, tal vez por miedo de sentir eso que ahora mismo le pesaba sobre los hombros: culpabilidad.

—No, no lo es. Nada es culpa tuya, papá. Ni siquiera sabías que existía, así que no te culpo, tampoco lo hagas tú.

Las palabras de su hijo lo dejaron atónito, al parecer, podía leer en él como en un libro abierto, no solía pasarle, por eso lo sorprendió o quizás era que él mismo conocía bien ese sentimiento y por eso le era más fácil reconocerlo. Fuera como fuese, tendrían tiempo para descubrirlo.

De improvisto, se oyó movimiento en el pasillo, Tunner miró y vio que sacaban de una de las celdas del fondo a alguien que conocía bien. Apretó los puños contra los barrotes y golpeó su cabeza contra ellos, después se alejó y se acercó al grupo de guardias que la escoltaban.

—¿Cómo has sido capaz de enviar a mi hijo a la muerte, Carolina? Te advertí por las buenas que te alejaras de él, que lo dejaras en paz.

—Tu hijo... —sonrió con tristeza—, ese cabronazo me ha vendido. Mejor será que a partir de ahora no le quites el ojo de encima —amenazó con esa media sonrisa que la hacía parecer tan cruel como era.

Tunner se apartó y se apoyó contra la pared. ¿Acababa de amenazar a su hijo? ¿A él? ¿Pensaba que tenía todo bajo su control? ¿Que él no podía hacer lo mismo porque llevaba una placa? ¡Qué equivocada estaba!

—Creo que la que debe estar preocupada eres tú.

El grupo se detuvo y Carolina, esposada, se dio la vuelta para mirarlo con dificultad.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Crees que voy a terminar encarcelada?

—Reza porque sea así. Phoenix ha salido.

No necesitó decir nada más, el semblante de Carolina cambió a uno tan pálido que pensó que se desmayaría allí mismo, perdió el equilibrio y no cayó al suelo gracias al agarre de los guardias, que la arrastraron hasta la

sala de interrogatorios. Le iba a caer una buena condena, le tenían ganas desde hacía mucho tiempo y tenían pruebas suficientes, incluyendo su propia orden a voz en grito de que mataran a un hombre sobre el cuadrilátero.

No iba a salir nunca. Mejor. Porque de estar fuera estaba seguro de que Phoenix se las apañaría para tomar venganza. Por fin había revelado su verdadera identidad la arpía.

Capítulo 36

Como un buitre

Phoenix Taylor no dejaba de dar vueltas por la sala de espera de la consulta del hospital. Había llamado a Brooklyn, el único en el que de verdad podía confiar y, cuando más nervioso estaba, apareció junto con su hija.

—¿Cómo está Mackenzie? —preguntó sin más dilación Arizona, que había acudido a la llamada de su padre.

Su rostro estaba lívido y la preocupación era más que notable. ¿Él también luciría así?

—¿Arizona? Vaya, te has convertido en una preciosidad. Te pareces a tu madre. ¿Estás seguro de que es hija tuya, Brook? —interrogó a su amigo sin disimular la burla que ocultaban sus palabras.

—La misma seguridad que tienes tú de que Mack sea tuya —respondió su amigo, serio.

No era momento para decir tonterías, lo sabía, pero a la vez necesitaba algo que le aliviara la tensión.

—Creo que sí, aparte de la magulladura parece que no llegó a... suceder nada más.

—Pero ¿qué pasó?

—¿Por qué no estabais juntas? —la interrogó Brooklyn con la furia llameando en sus ojos.

—Lo estábamos, de hecho, llegamos juntas al Anarchy, pero se fue a avisar a Jakob de lo que le esperaba y la perdí de vista. Después..., todo se descontroló y no supe nada de ella. La busqué, pero no la encontré por ningún lado y tampoco me contestaba el móvil...

Se justificaba sin dejar de llorar. Había pasado mucho miedo, sobre todo, cuando se vio en mitad de una redada y Jackson la obligó a largarse de allí para que no la pillaran. ¿Qué habría pasado con él?

—Cuando terminó la pelea, el chico Tunner fue a buscarla y se encontró

con... —Phoenix se detuvo y apretó los puños, su amigo lo conocía lo bastante como para saber que algo grave había sucedido—. Ese hijo de perra de Chicago ha firmado su propia sentencia de muerte —masculló más para sí que para sus oyentes, aunque lo escucharon y supieron que algo había ido realmente mal.

—¿Qué le hizo Chicago a Mack? —preguntó Arizona, furiosa.

—Ese bastardo la golpeó e intentó abusar de ella.

—¿Qué cojones? —gritó Arizona.

—Arizona, esa boca, muchacha —la riñó su padre—. ¿Qué cojones...? —repitió él, ganándose una mirada reprobatoria por parte de la aludida.

—Sí, menos mal que llegó el chico Tunner y lo evitó. Parece que le dio fuerte a Chicago, lo han traído al hospital.

Brooklyn miró a Phoenix, lo conocía muy bien, habían sido muchos años a su lado y supo que, si Chicago se libraba de esta, la muerte lo estaría acechando como un buitre: paciente y hambriento.

—¡Mackenzie! —exclamó Arizona al verla aparecer por la puerta acompañada de un doctor, y echó a correr hacia ella.

El médico, mientras las jóvenes se abrazaban, les explicó a ellos que además de las contusiones por el golpe y el leve aturdimiento por todo lo que había vivido, estaba bien. También le aseguró a Phoenix que no habían llegado a forzarla. Eso hizo que Phoenix respirara con un poco más de calma y anotara que el chico Tunner se merecía su respeto.

Salieron todos de allí y Mackenzie seguía un poco absorta en su mundo, por eso todos se sorprendieron cuando, de pronto, pidió que la llevaran a la comisaría.

—¿No prefieres ir a casa mejor? Necesitas descansar.

—Papá, llévame allí. Jakob sigue allí..., no quiero dejarlo solo.

Phoenix resopló, pero no pudo negarle eso a su hija. Así que puso rumbo de nuevo a la comisaría, donde se presentaron los cuatro.

Justo cuando entraban, vieron a Carolina, que era llevada de vuelta a la celda. La mirada de esta al ver a su marido y su hija se congeló tanto como

lo había estado siempre su corazón.

Se detuvo frente a ellos y Phoenix no dijo nada. Tan solo la miró de esa manera en la que solo se puede mirar a las personas que ya no son importantes para ti, de esa forma en las que les adviertes que ya no tienen poder sobre ti.

—Así que es cierto... —susurró Carolina, tragando saliva. No sabía nada y la había pillado por sorpresa. Miró a su hija, pero ni siquiera se molestó en preguntar cómo estaba: orgullosa y fría hasta en esos momentos.

Los guardias tiraron de ella para devolverla a la celda, Phoenix necesitaba que la apartaran de su vista para no cometer una locura. Estaba con la condicional y debía cuidar mucho su temperamento, bastante había llamado la atención ya al reventar la silla contra el suelo, donde seguía junto a las astillas.

—Carolina —la llamó y ella se giró para mirarlo con esa frialdad que la caracterizaba—, asegúrate de no salir de la cárcel. Nunca. Allí estarás más segura.

—¿Me amenazas en una comisaría llena de agentes de policía?

—¿Yo? No, querida, no, solo es una advertencia. Te has ganado muchos enemigos, no quisiera que te ocurriera nada... malo.

Los agentes reanudaron la marcha y Carolina se dejó arrastrar, había perdido. Ahora lo tenía claro. Sola, sin el apoyo de los Cerberos ni de Phoenix su reinado había llegado a su fin. Siempre había pensado que el infierno en el que ardía lo haría para siempre, porque su fuego era eterno, pero acababa de darse cuenta de que había un demonio con más poder, uno que había congelado su reino sin ni siquiera pestañear.

—Stu, queremos ver al chico Tunner —pidió, cambiando de tema.

El jefe de policía levantó la cabeza del montón de informes que tenía que leer y dejó escapar un suspiro de cansancio. No iba a negarse, no quería tener más problemas de los que ya habían ocasionado con la redada.

—Está por allí, ya conoces el lugar —lo increpó.

Phoenix sonrió y, al pasar a su lado, le dejó el informe médico sobre la mesa. Stu levantó la mirada sin entender qué eran esos nuevos documentos.

—Es el informe médico, supongo que lo necesitarás para la condena de Chicago.

—Hablando de Chicago, dile a Tunner que va a sobrevivir.

Phoenix se sintió extraño. Por un lado, estaba feliz porque significaba que el chico Tunner se iba a librar de una buena temporada en la cárcel, por otro, quería a ese bastardo criando malvas.

—Se lo diré. Son buenas noticias.

Mackenzie agarró la mano de su padre y dejó que una leve sonrisa iluminara su rostro magullado. Su padre no pudo evitar acariciar la zona en la que ese hijo de perra la había golpeado y se juró que Chicago iba a terminar, como poco, sin esa mano. Él mismo se encargaría de cortársela y echársela a los perros.

Al entrar en el pasillo que daba a la zona donde mantenían a Jakob encerrado, Mackenzie sintió un frío que la recorrió de arriba abajo. No la agradaba la idea de que Jakob estuviera ahí. Nada. Lo quería fuera y, si no era posible, ella quería estar dentro. Junto a él.

—¿Qué hacéis todos aquí? ¿Ha pasado algo? —preguntó, nervioso, Tunner al verlos aparecer a los cuatro. Y tembló, tenía miedo porque si lo que iban a decirle era que Jakob había matado a ese cerbero... estarían en graves problemas. Aunque pudiera justificarlo como un acto de defensa propia, iba a estar realmente jodida la cosa.

—Sigue vivo —soltó Phoenix, adivinando por dónde iban los pensamientos de su amigo—, por suerte para tu hijo y mala suerte para él, porque ahora ha pasado a ser un asunto mío.

Tunner asintió con la cabeza, más relajado, y se apartó de las rejas para dejarle paso a Mackenzie, que se había aproximado para ver a Jakob.

—Hola, Lobo —murmuró y Jakob al darse cuenta de que era ella pareció cobrar vida.

—Hola, *schmuki*, ¿te ha visto ya un médico?

—Sí, vengo del hospital. No te preocupes, estoy bien. Gracias a ti.

Ella metió las manos entre las rejas y Jakob las tomó entre las suyas para llevarlas a su boca y posar un beso en ellas. Y así pasaron las horas, sin

apenas moverse, sin hablar. Tan solo juntos.

Arizona y su padre se fueron y dejaron a los cuatro a solas. Tunner, cansado, salió a la sala de espera para sentarse un rato en una silla. Se sentía mayor para esos disgustos y sus huesos no aguantaban tanto como años atrás. Phoenix lo había seguido, sentándose a su lado y dejando solos a los chicos.

—Te veo mayor —dijo Tunner a modo de broma a Phoenix.

—Pues anda que tú. Pareces un anciano. ¿Desde cuándo no duermes? —espetó y acto seguido los dos rieron. Como en los viejos tiempos.

—¡Joder! Menudo susto. Me falta rodaje. Apenas me enteré hace unas semanas que tenía un hijo y ha sido... intenso —confesó.

—Se parece a ti, pero él los tiene mejor puestos que tú.

Tunner se quedó pensativo, quién iba a decirle meses atrás que tenía un hijo y que, además, iba a terminar enamorado de la hija del hombre que más odiaba. No, ya no era verdad, no lo odiaba. Carolina había resultado ser una mujer manipuladora y sin corazón, así que no los había querido realmente a ninguno. Solo quería una cosa aparte de a sí misma: el poder.

—¿Qué piensas hacer ahora? Tienes la condicional, ¿no? No puedes pasarte de la raya ni te voy a dejar. Estaré respirando en tu nuca —amenazó, pero no era una amenaza real, era un consejo de amigos. Por los viejos tiempos.

—Lo sé, y si de algo he tenido tiempo en la cárcel estos últimos años, ha sido de pensar. Creo que ya es hora de que nos retiremos. Tendremos que sobrevivir de forma legal. Por ella. Se lo merece.

—Es una buena chica.

—Tu chico lo es. La ha salvado, así que la deuda está saldada —confesó, mirándolo y dándole a entender que el pasado quedaba en el olvido. Tunner asintió, había comprendido y estaba de acuerdo.

—Phoenix, te has parado a pensar que, si eso —dijo refiriéndose a ambos jóvenes— sigue adelante, ¿seremos familia?

Y eso les sacó una sonrisa a ambos que se llevó todo rastro de odio, ira o resquemor que quedara en ellos. A partir de ese momento, podrían volver

a ser amigos.

El pasillo donde estaba era frío, también tranquilo. Pero no le importaba ni el helor ni lo incómoda que era la postura, solo le importaba que él estaba bien y que, por suerte, Chicago viviría para contarle y no pesaría sobre Jakob ni su muerte ni una condena de por vida.

—Gracias, Jakob —susurró—, si no hubieras llegado a tiempo..., yo...
—Jakob apretó su mano y ella derramó unas lágrimas en silencio.

—Siempre voy a llegar a tiempo, *schnuki* —prometió.

—¿Qué significa?

—¿*Schnuki*? —inquirió para asegurarse. Mackenzie asintió—. Bueno, es una de las formas de llamar a la persona que quieres de manera íntima, significa cariño.

—Vaya..., al final vas a ser un romántico empedernido.

—¿Lo dudas? ¿De dónde crees que he sacado el nombre de Bad Romance?

—Pensé que te gustaba Lady Gaga —dijo, haciendo referencia a una conversación que ya parecía muy lejana, y sonriendo.

—Más bien de Shakespeare, ¿o no crees que Romeo y Julieta tuvieron un mal romance?

—Parecido al nuestro —confesó, mirándolo.

—Sí, parecido, pero el nuestro tendrá un final diferente. El nuestro sí tendrá un final feliz. ¡Que te jodan, Shakespeare! —gritó y ambos, a pesar de todo lo que había pasado y de la incertidumbre de sus futuros, rieron con ganas, porque sabían que, al menos, había un futuro para ellos.

Epílogo

Tres meses después.

Era la noche. Todo había ido sobre ruedas desde que Carolina Taylor había desaparecido de sus vidas. Al parecer iba a terminar sus días sin volver a ver la luz del sol. Sentía un poco de aprensión, pero no podía decir que la tristeza no la dejase seguir adelante; se lo había ganado a pulso.

—Pensando en ella...

—¿Cómo olvidarla si cada vez que me miro al espejo la veo? Es una desgracia que me parezca tanto a ella.

—Y una suerte que no te parezcas a tu padre —susurró en su oído a la vez que se agitaba como si lo recorriera un escalofrío.

Sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Ahora lo hacía mucho y sus crisis habían disminuido en intensidad y frecuencia. Quería pensar que ella tenía algo que ver. Todo lo ocurrido pasó a gran velocidad por su mente, hasta ese preciso instante que iba a cambiar sus vidas.

Jakob había salido bien parado con respecto al asunto del Anarchy, el juez había dictaminado que bastante castigo era ya tener como padre a un agente de la ley tan estricto como el suyo, lo que hizo que los asistentes estallaran en carcajadas que trataron de amortiguar. Algunos fingiendo un ataque de tos...

Al ser la primera vez que se veía envuelto en un asunto así, solo tuvo que pasar un par de semanas en el calabozo, como escarmiento, y pagar una multa económica. Además, se comprometió con el juez a que en el Bad Romance habría un espacio para los jóvenes que quisieran aprender a boxear. Sería gratuito, durante dos horas todas las mañanas abrirían las instalaciones para su uso libre. Al juez le pareció una gran idea, así que ese fue su pago a la comunidad, enseñar a jóvenes promesas. Resultó que, además, el juez era un aficionado a ese deporte y conocía al Lobo, que no solo había logrado entrar en el equipo universitario, sino que estaba invicto.

La relación entre el jefe de policía Tunner y Phoenix Taylor se había relajado. No les quedaba otra, al fin y al cabo, si las cosas continuaban así,

iban a ser familia. También debía reconocer que su padre estaba haciendo un esfuerzo titánico para volver al buen camino.

Se habían terminado las peleas ilegales en el Anarchy y habían dejado el Poker Face a Dakota; ellos tan solo se llevaban un porcentaje del *whisky* destilado que Tunner dejaba que vendieran haciendo la vista gorda.

Sus clases iban geniales, cada vez le gustaba más la universidad y solo la apenaba el constante acoso de Arizona a Jackson que no parecía dar frutos. Lo miró una vez más a los ojos, ahora brillaban con una luz menos oscura, más limpia.

Miró alrededor, todo estaba listo. Habían trabajado duro, aunque los cien mil pavos de aquella pelea a muerte que nadie se acordó de reclamar o preguntar por ellos habían ayudado mucho a que ese sueño se hiciera realidad. La verdad era que el *ring* en el centro y la parte de la que colgaban los sacos y estaban el resto de máquinas para entrenar se veía en sintonía con la parte en la que la reina indiscutible era la barra.

Toda la temática unía las Harley y el boxeo y, realmente, eran el complemento perfecto la una de la otra. Como ellos. Se dieron la mano antes de entrar y encender el cartel de fuera. El neón parpadeó un par de veces para mostrar, segundos después, las letras donde se podía leer Bad Romance iluminado.

Le encantaba, era como ellos. Incluso la letra O que parecía un corazón con rabo y cuernos era el toque perfecto.

—*Schnuki*, ¿estás lista?

—¿Para qué?

—Para el resto de nuestra vida.

Fin

Agradecimientos

Una vez más llega la hora de agradecer a todos aquellos que me ayudan a seguir de pie y que me tienden la mano cuando caigo.

Primero a mi marido, no sé qué haría sin él. Cuántas horas te robo, cuántas horas te quito de sueño, cuántas horas te arrastro a mi mundo y siempre estás ahí, sin quejas, sin reproches, con tu mano sosteniendo la mía. Te quiero, hasta el infinito y más allá.

A mi familia, son mi combustible más potente y me siento agradecida por tenerlos, por su amor y apoyo incondicional. Gracias a todos, os quiero.

A mi querida Paola C. Álvarez, no solo por ser mi amiga, mi confidente y mi paño de lágrimas en muchas ocasiones, también por quererme tal y como soy. Te lo he dicho muchas veces, pero una vez más lo repito: eres de las mejores cosas que me ha regalado el mundo de la literatura.

A Teresa, mi supereditora, gracias por confiar en mis locuras, por arriesgarte junto a mí, por materializar mis sueños en papel, por el cariño y el respeto. Que te quiero no es ningún secreto, pero lo dejo por escrito que tiene más valor ja, ja, ja.

A mis lectoras, a las de siempre, a las de ahora, a las futuras..., gracias a todas y cada una de vosotras por darles una oportunidad a mis historias. Gracias por pasar las páginas, disfrutarlas, enamoraros de mis letras..., porque gracias a vosotras ellos cobran vida una y otra vez. Os quiero.